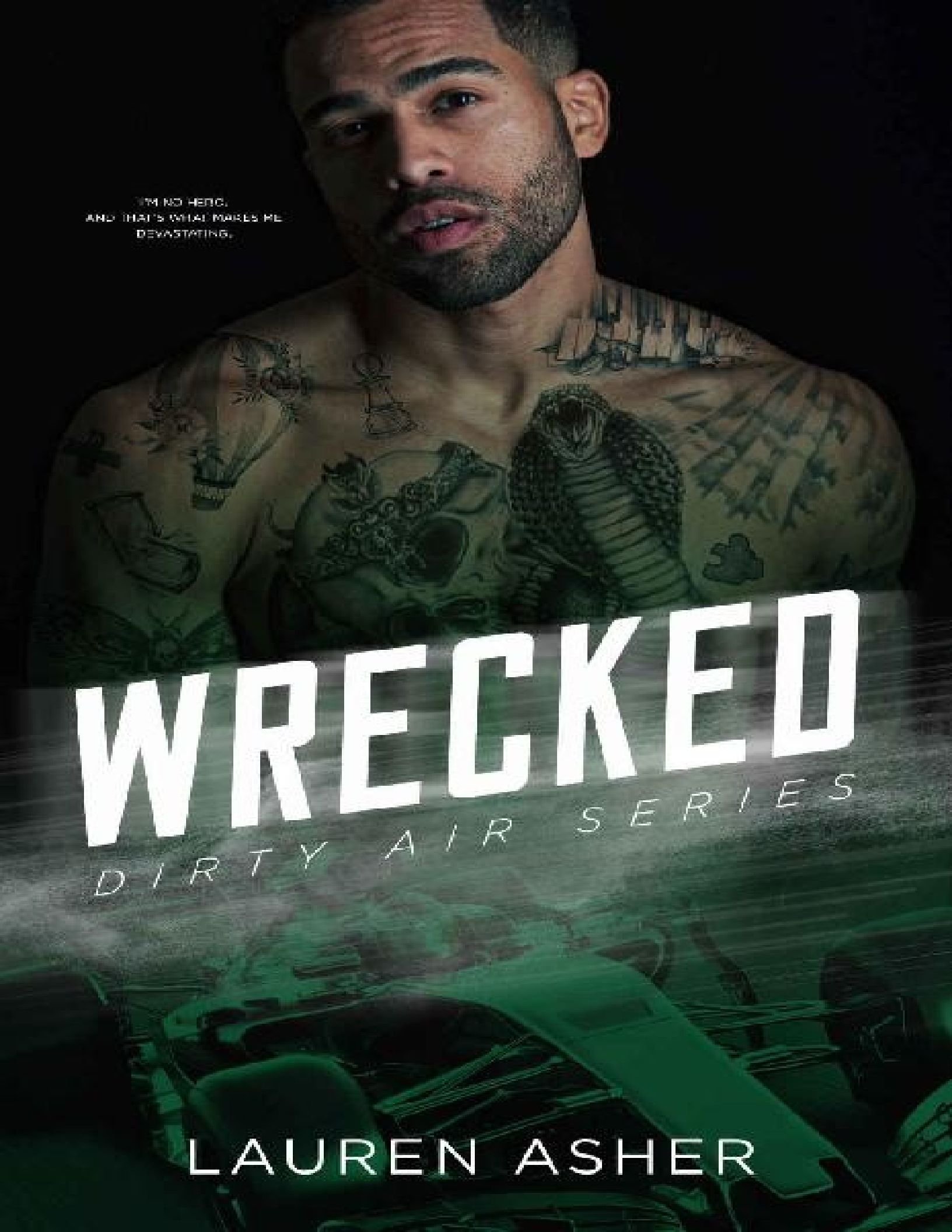

I'M NO HERO.
AND THAT'S WHAT MAKES ME
DEVASTATING.
WRECKED
DIRTY AIR SERIES
LAUREN ASHER


Just Read Fora

¡Importante!

¡Esta traducción fue hecha sin ánimo de lucro!

Ningún miembro de este foro recibe compensación económica por esto.

Por lo que te pedimos que no vayas a la página de la autora a comentar que ya has leído esta historia. Si no hay una traducción oficial de la misma. No subas screenshots de este libro. No comentes que existe esta versión en español.
Las autoras y sus fans no les gusta ni apoyan esto. Así que por favor no lo hagas. No subas nuestras traducciones ni otras a Wattpad.

De esta manera podremos seguir dándote a conocer más historias, que no están en nuestro idioma.
Apoya a los foros y blogs siendo discreta.

Disfruta de la lectura…

Staff

Traducción

Sleep Pumpkin

Ed Nigma

Anaile

Alex

Sunflower

Soraya

Moonlight

Teter

Corrección

Frida

Risseto

Corrección y Revisión Final

Chloé

Lectura Final

Velaris

Miss Library

Diseño

Chloé

Ed Nigma

A mis ansiosos de ahí fuera: esto es para ustedes.

No dejen que sus preocupaciones ganen.

PLAYLIST

Lonely — Noah Cyrus

My Stress — NF

Me, Myself, & I — G-Eazy & Bebe Rexha

Slow Grenade — Ellie Goulding ft. Lauv

Tongue Tied — Marshmello, YUNGBLUD, & blackbear

Strange (Piano Version) — Gabrielle Aplin

Love Like That — Lauv

Rainbow — Kacey Musgraves

Catching Feelings — Drax Project

Graveyard — Halsey

Bad Things — Machine Gun Kelly & Camila Cabello

Somebody — Dagny

Conversations in the Dark — John Legend

Put Me Back Together — Caitlyn Smith

Unsteady — X Ambassadors

What We Had — Sody

Let Her Go (Acoustic) — Passenger

You Should Be Sad (Acoustic) — Halsey

Happiest Year — Jaymes Young

This Love — Taylor Swift

The One — Kodaline

Thinking Out Loud — Ed Sheeran

CONTENIDO

SINOPSIS
PROLOGO
Elena
1
Jax
2
Elena
3
Jax
4
Elena
5
Jax
6
Jax
7
Elena
8
Elena
9
Jax
10
Elena
11
Elena
12
Jax
13
Jax
14
Elena
15
Jax
16
Elena

17

Jax

18

Jax

19

Elena

20

Jax

21

Elena

22

Elena

23

Jax

24

Elena

25

Elena

26

Jax

27

Elena

28

Jax

29

Elena

30

Jax

31

Jax

32

Elena

33

Elena

34

Jax

35

Elena

36

Jax

37

Elena

38

Jax

39

Jax

40

Elena

41

Jax

42

Elena

43

Jax

44

Elena

45

Jax

46

Jax

47

Elena

48

Jax

49

Elena

50

Jax

51

Jax

EPILOGO
Elena
EPILOGO EXTENDIDO
Elena

SINOPSIS

Jax

Pastillas. Alcohol. Adrenalina.

Soy adicto a las decisiones destructivas que adormecen mi dolor.

Hasta que una noche cometo un error catastrófico.

Para reparar mi reputación rota, mi equipo contrata a Elena.

Una niñera sobre pagada dispuesta a arruinar mis planes.

Ella es mi condena disfrazada de salvación.

Y mi nueva adicción.

Elena

Le rogué al universo que me salvara de mi desastre financiero.

Respondió a mi llamada con un equipo de Fórmula 1 desesperado por un milagro en las relaciones públicas.

Una temporada. Un trabajo. Un corredor británico malhumorado.

Excepto que Jax convierte nuestra habitación de hotel en un campo de batalla.

Para vencer al enemigo, necesito encontrar sus puntos débiles.

Lo que descubro amenaza con arruinar todo.

A él. A mí. A nosotros.

El amor es una zona de guerra, y ninguno de los dos piensa rendirse.

PROLOGO



Elena

Hace trece años

—Si no estás lista en cinco minutos, no tendrás un cuento. Puede que tengas doce años, pero tu hora de dormir sigue siendo a las ocho. —La voz de mi padre retumba en los pasillos de nuestra casa en el segundo piso.

Me apresuro a ir al baño. Soy una chica en una misión, que se apresura a cumplir con su rutina para ir a la cama, ya que los deberes se han alargado demasiado hoy. Después de cepillarme los dientes, me hago rápidamente una trenza con mi cabello ondulado y cambio mis lentillas por mis gafas.

Llego a la cama con treinta segundo de antelación y salto sobre el mullido colchón con un fuerte golpe. Los pasos de *papi* resuenan en el pasillo cuando asoma la cabeza para ver cómo estoy. Le muestro una gran sonrisa mientras cruzo mis piernas y junto mis manos.

Abre más la puerta, sus ojos marrones me miran fijamente. —¿Debo comprobar si te has pasado el hilo dental?

Sacudo la cabeza de un lado a otro mientras lucho contra una risita.

—El pago de tu próxima visita al dentista debe salir de tu alcancía.

—Prometo hacerlo mañana. Me muero por leer contigo, y los deberes se me hicieron eternos ¿Por qué no puedo ir a la escuela con todos mis amigos? Ellos terminan su trabajo en una hora.

Desde que mi padre se convirtió en embajador de México hace unos años, nuestras vidas han cambiado. Me inscribieron en una escuela privada, nos mudamos a un barrio mejor y ahora tenemos dinero para irnos de vacaciones. *Mami* se queda en casa mientras *papi* viaja de ida y vuelta a Estados Unidos, trabajando en cosas importantes del gobierno.

—Porque un día me agradecerás haberte obligado a asistir a una escuela americana. Todas esas horas que paso encerrando a la gente mala y arreglando México están dando sus frutos.

—Pero me hacen hablar en inglés todo el día —me quejo.

Me da un golpecito en mi nariz arrugada. —Y qué buen acento tienes ahora. Me alegro de que la matrícula merezca la pena. Estoy deseando que llegue el día en que te subas al escenario de la graduación en una universidad americana.

Se sienta a mi lado y mi cama se hunde bajo su peso cuando se aprieta contra mí. Abre mi copia de *Los Juegos del Hambre* en el último capítulo donde lo dejamos, listo para empezar nuestra tradición nocturna. Su cargo conlleva muchas responsabilidades, entre ellas la de perderse nuestras noches de lectura.

—¿Estás lista para empezar? —Mi padre me enseña la página del capítulo.

—¡Sí, sí, sí!

—Ya conoces el trato —Aparta unos mechones sueltos que se ha escapado de mi trenza.

Lucho contra el impulso de poner los ojos en blanco. —Sí. Tú empiezas, yo termino. Woo. Pongamos esto en marcha. —Hago un movimiento con el dedo para decirle que *hable menos y lea más*.

Su voz áspera retoma la lectura justo donde la dejamos hace dos semanas. Me siento contra mis almohadas con volantes, pendiente de cada palabra, emocionada porque Katniss sobrevive a la cornucopia.

Me pasa el libro a mitad de capítulo. Mi padre me corrige mientras leo, con un acento cada vez más marcado a medida que aumenta mi entusiasmo. El

capítulo pasa volando y me deja desesperada por saber más después de un cliffhanger[1].

—¿Un capítulo más? *Por favor* —Le muestro mis pestañas oscuras. Son lo suficiente largas como para rozar mis gafas, un problema molesto que normalmente se evita con las lentillas.

Niega con la cabeza. —Ojalá pudiera, *chiquita*[2]. *Mami* quiere que la ayude con los platos antes de dormir.

Me aferro a su lado, sacando todas mis fuerzas. —Pero te has ido para *siempre*, así que me debes al menos diez capítulos.

—*¿Diez? No mames*[3]. —Se ríe mientras me abraza— ¿Qué tal mañana? Estoy dispuesto a negociar con tres capítulos.

Me alejo y cruzo los brazos contra mi pecho.

—Bien. Si es necesario. —Le hago un gesto para que se aleje, suspirando mientras caigo contra mi almohada de forma dramática.

—Sabía que la nueva escuela sería buena para ti. Mírate, actuando como una verdadera dama. Tu lectura ha mejorado mucho este año. Estoy muy orgulloso de ti —Mi padre me planta un suave beso en la frente antes de cerrar la puerta de mi habitación.

Apago la lámpara. Cierro los ojos y mi mente divaga pensando en el libro y en cómo terminó el capítulo. La curiosidad por saber qué pasará a continuación acaba con mi paciencia. Incapaz de conciliar el sueño, saco de la mesita de noche una pequeña linterna que guardo para noches como ésta.

Agarro el libro y entro en mi armario. Si mis padres me encontraran leyendo esto a altas horas de una noche de colegio, me darían toda una charla. Para salvarnos a todos, me escondo en mi lugar habitual detrás de mi ropa y un par de cajas de cartón. La linterna proyecta sombras mientras abro el libro en el siguiente capítulo.

Mi dedo me guía, manteniendo mi lugar mientras practico la lectura. Katniss huye de los demás mientras evita que la maten. Es valiente y genial.

Un grito suena desde algún lugar del piso inferior. Se me erizan los bellos de los brazos de lo aterrador que suena. El grito de mi padre me sobresalta y mis dedos temblorosos sueltan la tapa dura. Cae al suelo junto a mis pies con un fuerte golpe.

Contengo la respiración mientras intento dar sentido a lo que he oído. Los cristales que se rompen en la distancia y las suplicas lejanas de mi madre me hacen entran en pánico. Mi corazón late más rápido en mi pecho mientras mi padre cambia del inglés al español, pidiendo clemencia. Unas voces extrañas responden a los gritos antes de que algo más se estrelle.

Papi me advirtió de estas cosas. Me enseñó a quedarme en mi habitación y esperar a que uno de ellos viniera a buscarme.

Otro grito de mi madre me deja sin aliento. Me quedo pegada a la alfombra, con los dedos tanteando para agarrar la linterna.

Mi padre grita, sus ruegos atraviesan la puerta cerrada de mi habitación. Lucho por controlar los temblores de mi cuerpo.

El sonido de estallido más fuerte resuena en mi casa como si alguien hubiera disparado unos fuegos artificiales en el piso de abajo. Mi padre deja de gritar y mi madre suelta un grito de dolor.

Mis dedos tiemblan mientras apago la linterna. El chasquido suena demasiado fuerte, rompiendo el silencio mientras la oscuridad me oculta. Se oyen más chasquidos que cortan los gritos de mi madre y me producen un escalofrío en la espalda.

Uno. Dos. Tres.

Me lloran los ojos mientras lucho por respirar, el sonido agitado de mi corazón me impide oír. En el fondo, sé que algo va mal, que mis padres ya no gritan. Sacudo la cabeza como si el movimiento pudiera borrar la preocupación de mi cerebro. La idea de que les pase algo malo es demasiado para mí.

Respiro con fuerza cuando la puerta se abre con un chirrido.

Esto es todo. Me van a encontrar.

La puerta del armario amortigua el sonido de los pasos. Encojo mi cuerpo en un esfuerzo por desaparecer en el rincón más pequeño del armario. Cajas y percheros de ropa me ocultan.

No soy Katniss Everdeen. Soy una farsante, escondiéndome, el miedo me hace acurrucarme en un pequeño montón de nada. Las puertas de mi armario se abren, y el ácido sube por mi garganta ante el ruido. No me atrevo a tragar por miedo a que el desconocido me oiga.

Algunas perchas traquetean y mis zapatos son empujados. Contengo las ganas de respirar cuando algo golpea la caja que tengo delante. Con la misma rapidez con la que llegó el desconocido, cierra la puerta del armario.

—Su hija no está aquí. ¿Tal vez está con otro miembro de la familia? ¿O deberíamos revisar todas las habitaciones?

Me tapo la boca para que no se me escape ningún sonido. Las lágrimas salpican mis dedos, pero guardo silencio.

—*Olvídalo*[4]. Tenemos el trabajo hecho. *El jefe* estará orgulloso de nosotros y tendrá que promocionarnos después de esto. Eduardo ha sido un dolor de cabeza durante años.

Lucho con todo lo que hay en mí para no enfermar y delatarme. Katniss no estaría llorando. Habría salido del armario y habría hecho algo. Cualquier cosa.

Soy una débil y patética cobarde que apenas recupera el aliento mientras lucha contra la necesidad de vomitar.

Una puerta se cierra de golpe en algún lugar de la planta baja.

Mami y papi vendrán a por mí. Están bien. Tal vez un poco heridos, pero vendrán.

Pasan los minutos, pero no escucho ningún sonido en mi casa. Más lágrimas corren por mi rostro mientras rezo para que *Papi* venga a buscarme y me lleve a la cama.

No me muevo durante horas, con miedo de salir. Mis ojos se adaptan a la oscuridad mientras me balanceo de un lado a otro para calmarme.

Finalmente, salgo a rastras de mi escondite, con el estómago caído mientras empujo la puerta del armario para abrirla. Me detengo, escuchando si alguien sabe que estoy aquí. Pasan minutos antes de que crea que es seguro moverse de nuevo.

Respirando hondo, abro la puerta de mi habitación. Emite un chirrido como en uno de esos episodios de Scooby-Doo. Los latidos de mi corazón se aceleran mientras suelto una respiración temblorosa.

Odio la oscuridad. Mi casa me parece espeluznante, con las luces apagadas y las sombras que persisten en los rincones más negros. Me hormiguea la piel de la nuca. Mis pies me llevan escaleras abajo mientras me aferro a la linterna en mis manos, la desesperación me da fuerzas para seguir avanzando.

—¿*Mami*? ¿*Papi*?

Silencio. Puro silencio y oscuridad hacen que la vena en mi cuello palpite. Lucho contra el deseo de subir corriendo las escaleras y esconderme bajo las sábanas. Katniss sería valiente en la oscuridad, fuerte y sin miedo.

Tropiezo con algo que me impide entrar en la cocina. Mi cabeza cae por sí sola. —¡No! No, no, no, no.

La linterna cae con un golpe junto a mis pies antes de rodar. Mis piernas ceden cuando mis rodillas golpean el suelo, mis dedos se aferran a la mano de mi madre, fría en la mía y sintiéndose todo mal.

Las lágrimas inundan mis ojos, recorriendo mis mejillas antes de caer sobre ella. Me arrastro sobre su cuerpo y la atraigo hacia mí.

—¡*Mami*! ¡*Despiértate*![5] —Mis dedos temblorosos le apartan el cabello del rostro, mi corazón se estruja ante sus ojos vacíos que me miran.

Ojos fríos y sin vida, sin ninguna señal de su calidez.

—*Mami, ¿qué pasa? Regresa a mí*[6] —Mis manos se vuelven resbaladizas cuando pierdo el agarre en ella. Compruebo mis dedos, pero la falta de luz hace difícil ver qué los ha mojado. Las lágrimas me estropean la visión mientras avanzo hacia la linterna. La luz se posa sobre mi padre, tumbado junto a mi madre, con un rastro de sangre siguiéndole.

Se me escapa un sollozo y me arrastro hacia *Papi*, abrazándolo mientras aprieto mi oreja contra su pecho, esperando que siga vivo. Puedo llamar a un médico o a la *Abuela*[7] para que me ayude.

—*Por favor, Papi, no me abandones*.[8]

Silencio.

No hay latidos del corazón. No hay respiración. Nada.

—No, no, no —Se me escapan sonidos dolorosos. Lloro en su pecho, perdiendo el control de mí misma. Huele mal. Mis dedos agarran su traje, sacudiéndolo como si pudiera volver a la vida.

Para volver a mí.

—No me dejes —Mi voz rota gruñe.

Nadie responde. Nadie escucha mis gritos. Nadie puede salvar a mis padres. Se han ido.

Muertos.

Asesinados.

Mis manos brillan en la escasa iluminación, ensangrentadas y resbaladizas. Una ola de náuseas me golpea. Apenas avanzo unos metros antes de que la cena vuelva a subir por mi garganta, mi cuerpo se agita hasta que no queda nada.

Coloco mis manos temblorosas sobre el suelo de madera. Un trozo de cristal me atraviesa el dedo, el dolor agudo me arranca un siseo. La sangre sale a borbotones cuando me arranco el grueso trozo del dedo medio.

Las lágrimas corren por mi rostro antes de caer al suelo, desapareciendo en el rastro de sangre que dejó mi padre.

Me recuesto en la resbaladiza baldosa, apretando las rodillas contra mi pecho, deseando que los asesinos me hubieran llevado a mí también. Mi cuerpo tiembla mientras me balanceo de un lado a otro. Apago la linterna y permito que las sombras me rodeen, el silencio desgarra mi última pizca de calma.

1



Jax

Actualidad

—¡Jax, tu desayuno se está enfriando! ¿Qué haces toda la mañana en tu habitación? Tiramos todas tus revistas de *Playboy* hace años —La voz de mi madre retumba a través del intercomunicador de mi antigua habitación.

Esto es lo que ocurre cuando visito a mi familia durante las vacaciones de invierno. Nada dice más de las vacaciones que las llamadas de madrugada y las acusaciones de hacerse una paja antes del té de la mañana.

Gimo mientras me levanto de la cama y pulso el botón del altavoz.

—Me decepcionas. Lo último que quiero oír cuando estoy al borde del orgasmo es la voz de mi madre.

Su risa hace crujir el pequeño altavoz de mi habitación. —Eres asqueroso. Que Dios me perdone por criar a alguien con una boca tan sucia. Ven aquí, tu padre se fue a una reunión y odio comer sola.

Somos ese tipo de familia, con intercomunicadores y personal a tiempo completo, porque papá fue un exitoso boxeador en su día que se construyó una vida de lujo con nada más que sus puños. Ya no pelea, pero sus inversiones hablan por sí solas.

Estamos en la misma categoría financiera de la alta burguesía que los idiotas que se reían de papá porque venía de la pobreza. Bienvenidos al lado

oscuro; tenemos fondos fiduciarios y más inversiones que la maldita bolsa.

—Estaré allí en un momento —Me alejo de la pared y entro en mi cuarto de baño, queriendo quitarme el aturdimiento matutino.

No tenía planeado visitarlos antes del comienzo de la temporada de F1, pero mamá me rogó. Es difícil decirle que no, sobre todo cuando dice que no estaré en casa en Pascua. Además, no es que haya planeado muchas actividades divertidas, ya que Liam está ocupado con Sophie y Noah pasa todo su tiempo libre con Maya. Nuestro trío original se reduce a mí.

Que dios nos ayude a todos.

Tomo el frasco de medicamentos de mi bolsa de aseo. Una bonita píldora blanca resalta sobre mi piel bronceada, tentándome a quitarme los nervios. Con una vida media corta, la autorización de un médico estadounidense y la cláusula de salud mental de la F1, puedo tomar un Xanax siempre que me apetezca. Y últimamente, parece ser una puta tonelada.

Yo -un piloto de Fórmula 1 y un imbécil extraordinario- sufro de ansiedad clínica. Si la gente se entera, podría reírse a carcajadas antes de que les patee el culo, mostrándoles exactamente lo que ocurre cuando me siento un poco nervioso. Por fuera, no parezco ansioso, pero por dentro soy un puto desastre.

Desde que era niño, mi cerebro es como un hámster en una rueda, que se centra en los mismos temas una y otra vez. Con la ansiedad llegan los síntomas de los ataques de pánico. Me golpean, con las rodillas casi dobladas, el pecho apretado y los dedos temblando hasta la inutilidad.

Los ataques de pánico empezaron hace un par de años, lo que ha hecho que mi estado de ánimo y mi productividad se vean mermados. Suelen aparecer cuando estoy estresado al máximo, como cuando trato con mis padres o si me agobia el futuro. Han empeorado progresivamente durante el último año. Después de un discreto ataque el año pasado en medio de una carrera que McCoy calificó de “fallo técnico”, decidí que las pastillas eran mi única solución. No quería ir a terapia, así que encontré un médico estadounidense que me solucionó el problema sin tener que compartir mis sentimientos. Ahora, el Xanax me mantiene lo suficientemente cuerdo como para

asegurar que mi auto de carreras no acabe en el muro más cercano durante cada carrera.

Considero los sentimientos de pánico como mi penitencia por vivir mi vida al máximo mientras que mi madre sufre. La mierda que ocurre es un recordatorio constante de los síntomas similares de mamá. La enfermedad de Huntington[9] es así de perra, robándole momentos año tras año. La hace débil y endeble. Mi modelo a seguir y la luz de mi vida experimenta el peor de los pronósticos médicos y, sin embargo, aquí estoy yo viviendo una vida lujosa con la F1. Los ataques de pánico y la ansiedad parecen pequeños en comparación.

Pero ya sabes lo que dicen los profesionales: un par de Xannies al día hacen desaparecer las preocupaciones.

Me trago la píldora antes de salir de mi habitación, ya no estoy de humor para seguir con mis pensamientos de mierda. Mis pasos resuenan en los suelos de mármol mientras camino por nuestra lujosa casa. Las paredes brillantes hacen juego con los tonos claros que eligió mamá, creando un espacio acogedor que a veces me cuesta abandonar. Las habitaciones de hotel en las que vivo cada semana no son comparables.

Mi madre me sonríe al entrar en la cocina construida para un chef. —Si es mi hijo favorito.

—Soy tu único hijo, lo que significa que soy automáticamente el favorito —Sus dedos temblorosos tiran de sus mechones rubios y lisos.

Soy el amoroso resultado de la herencia sueca de mi madre y de los genes londinenses negros de mi padre. Los niños solían llamarme chucho. Aunque solía molestarme, desde entonces he aprendido que a las mujeres les gustan los labios carnosos de mi padre y los ojos color avellana fundidos de ambos. Por no hablar de los suaves rizos que actualmente tengo recortados a los lados y rebeldes en la parte superior.

—Me disculpo. ¿Dónde están mis modales?

—Probablemente se perdieron en algún lugar entre aquí y Mónaco. Jackie saca a relucir tu noche de casino cada año como un reloj.

—Esa historia ha sobrevivido al viaje del Príncipe Harry a Las Vegas. Me gustaría decir que, después de todo, soy posiblemente el británico más revoltoso —Levanto las cejas de arriba abajo.

La criada de nuestra familia, Jackie, me pone el desayuno y el té delante.

—Aunque tu madre te trata como su principito, eres cualquier cosa menos un miembro de la realeza.

—Ouch. Estarás besando mis botas una vez que sea nombrado caballero —Le guiño un ojo.

—¿Por quién? El servidor de botellas de tu mesa VIP no cuenta —Jackie se cruza de brazos mientras se apoya en la isla de la cocina.

Mi madre suelta una sonora carcajada. —¿Tienes que irte en una semana?

—Eres la única por la que me plantearía dejar la F1, aunque fuera por dos segundos —Le sacudo la cabeza.

—Eso es un segundo mejor que ayer. Imagina que, si te mantengo aquí durante meses, probablemente me salga con la mía —Mi madre se lleva la taza de té a los labios. Sus dedos temblorosos hacen que el líquido se agite antes de que la mitad del contenido se derrame sobre su mano y su vestido.

—Mierda. Deja que te ayude —Agarro mi servilleta de tela y limpio las gotas del té derramado de su pálida piel.

—Qué vergüenza —Ella suspira.

Me duele el corazón al ver su rostro de resignación. Siento una oleada de pánico en mi pecho, el ardor hace que me duelan los pulmones con cada respiración. *Xan, por favor, siéntete libre de ponerte en acción en cualquier momento.*

Expreso una calma que no se corresponde con mi acelerado ritmo cardíaco —¿Qué dijo el médico ayer?

Me da una pequeña sonrisa. —No hace falta que te preocupes por mí.

—Mamá…

Me pone los ojos en blanco, sustituyendo su angustia. —Está bien, de acuerdo. Ha dicho que podemos controlar los recientes problemas que he tenido con mi estado de ánimo y mis movimientos. Pero en general, estoy bastante bien. Tienen muchas esperanzas.

—¿Son buenas noticias entonces? Tal vez no sea tan malo como piensan.

Su mano temblorosa acaricia mi mejilla. —Bueno, dicen que potencialmente puedo vivir unos años más de lo esperado.

—Entonces, ¿estás hablando de otros quince años con nosotros, más o menos? —Me molesta lo insegura que suena mi voz.

—No es algo seguro. Me gustaría poder darte más información, pero es todo lo que tengo —Su sonrisa se tambalea.

Aparto mi plato, ya no tengo ganas de comer. —¿Y qué dijo que podía arreglar los temblores?

—Lo único que podemos hacer es controlar lo mal que se ponen. Ah, y dijo que, para ayudar con el estrés, mi hijo debería dejar de ser terco y conseguir…

—No.

—Pero…

—La respuesta es no. —Suspiro—. Lo siento. Odio decepcionarte, de verdad, pero no tiene sentido. —Mis manos tiemblan bajo la mesa.

—No puedo evitar intentarlo. Siempre que voy al médico, me preocupo por ti. Pienso en lo ansioso que te pones y en las pastillas que empezaste a tomar el año pasado. Las benzodiacepinas ni siquiera son buenas para ti, así que no intentes restarle importancia. Me pregunto si los temblores se deben a…

—Mamá, por favor, deja de preocuparte por mí —Mi voz sale en un susurro. Mierda, odio cómo puede llegar a mí como nadie, pero necesito mantenerme firme—. ¿Podemos, por favor, dejar esta conversación? Disfrutemos de la última semana antes de que tenga que irme. No sé cuán pronto podré volver con la ausencia de Liam y todo lo que está cambiando

en McCoy. —Mi voz apesta a desesperación, rasposa y agrietada mientras la miro con los ojos muy abiertos.

—Lo haré, por ahora, pero sólo porque siempre caigo con tus ojos de cachorro. Así es como terminaste con cuatro caries a los cinco años.

—Siempre he sido un encanto —Le doy mi sonrisa más deslumbrante, esperando alejar todas las preocupaciones sobre el tema.

—Créeme, soy muy consciente de tus titulares del Daily Mail. Me has tentado a blanquearme los ojos demasiadas veces.

Me acobardo. —Lo siento, mamá.

—Estoy deseando que llegue el día en que conozcas el tipo de mujer adecuada y dejes de lado esos días de club.

Me río. —Conocer y comprometerse son dos cosas muy diferentes.

—Con esa boca inteligente, ¿quién podría resistirse a ti?

Jackie toma mi plato sin terminar. —Cualquier mujer que piensa con su cerebro en lugar de su clítoris.

Mamá reprime su risa. —Jackie, eres horrible.

—Lo digo como lo veo —Jackie se encoge de hombros antes de dirigirse al fregadero.

—Ahora, después de arruinar mi apetito, lo menos que puedes hacer es hacer feliz a tu mamá. Sabes qué es lo que más me gusta.

—¿Papá?

Ella resopla. —Muy bien. Parece que, después de todo, has sacado tus bromas de mí. Amable señor, por favor lléveme a nuestro lugar.

—Sólo para ti —Me pongo de pie y le ofrezco mi mano tatuada.

Se apoya en mí mientras nos conduzco por la casa hasta el salón principal. El piano de cola brilla en el centro del espacio. La acomodo en un cómodo sillón antes de sentarme en el banco del piano y me giro para mirarla.

Da una palmada y sonríe. —La mejor decisión que tomé como madre fue obligarte a tomar esas lecciones.

—¿De verdad? De todas las opciones de cosas que has hecho, ¿esa es la mejor?

—Oh, sí. Tu padre no puede tocar una melodía ni para salvar su vida, así que tú eres la siguiente mejor opción.

Sonrío mientras me doy la vuelta. Mis dedos recorren las teclas de marfil antes de empezar a tocar el tema de *Jurassic Park*.

La voz de mi madre se impone sobre la música. —Ni siquiera puedo decir que me moleste cómo rechazaste aprender los clásicos por este tipo de música.

—Una vez rebelde, siempre rebelde.

—No lo sé. ¿De quién crees que lo has sacado? Creciste escuchando historias para dormir en las que abandonaba a mi familia sin mirar atrás.

—Eras una rebelde con causa. Esa es la mejor clase.

—Y no lo olvides. —Me guiña un ojo—. Toca "*Clocks*" después. Se que a ti también te encanta.

Me pierdo en la música. Como una válvula, apago mis pensamientos, dejando que las preocupaciones de mi vida floten con la melodía.

La melodía es inquietantemente bella y resuena en los altos techos. Mi madre sonríe todo el tiempo. Hace que mi visita merezca la pena, a pesar del dolor que siento en el pecho cada vez que se esfuerza.

La vida se reanuda cuando cubro las teclas del piano y ayudo a mamá a subir las escaleras hasta la habitación de mis padres. Sus piernas temblorosas y su bastón me arrancan el buen humor, sustituyendo la felicidad por la desesperación.

Esa noche, después de que mamá se puso a llorar tras dejar caer el tenedor tres veces durante la cena, envié un mensaje de texto a unos viejos amigos de fiesta para ir a una discoteca. Y, como si nada, mi mal humor se desvanece con el alcohol y las malas decisiones.

2



Elena

—Con los cuidados que requiere su Abuela, no estoy seguro de que aquí satisfagan sus necesidades. Deberían ingresarla en un hogar más permanente destinado a pacientes de larga duración. Y con sus fondos, no estoy seguro de que sea posible —El médico levanta la vista de su portapapeles.

Todo se reduce siempre al dinero.

¿Quieres saber cuánto tengo? Si tomaras un euro, le prendieras fuego y lo tiraras al cubo de la basura, eso resumiría mi cuenta bancaria.

Hasta el último euro que he ganado se ha destinado a pagar el cuidado de mi Abuela o las facturas. Ser adulto es difícil, pero ser adulto con deudas es lo más difícil.

Abuela me advirtió sobre la posibilidad de obtener un título en una universidad estadounidense, pero no le hice caso. Quería seguir el deseo de mi padre de que asistiera a una escuela en Estados Unidos, sólo para aprender cómo los sueños se ven mejor sobre el papel. Lo que debería haber sido el sueño americano se ha convertido en mi pesadilla recurrente de tipos de interés altos y préstamos excesivos. Diablos, el préstamo que pedí podría alimentar a un país pequeño durante un mes.

El dolor en mi pecho aumenta cuando miro a mi Abuela, la única conexión que me queda con mi padre. Haría cualquier cosa por mantenerla feliz y

sana mientras viva.

Sus ojos vidriosos encuentran los míos. —¿*Marisol*?

—*Sí. Estoy aquí* —Me quito de encima el amargo sentimiento de resentimiento hacia *Abuela*. Tener un paciente con Alzheimer tiene una forma curiosa de hacer que anheles cosas sencillas como que no te llamen por el nombre de tu madre. La idea hace que una nube oscura ocupe un lugar sobre mi cabeza, pero lucho contra la tristeza de recordar a mis padres.

Aunque desprecio la amargura de que mi *Abuela* me confunda con mi madre, me encanta parecerme a ella. La gente dice que soy su viva imagen, con curvas, cabello oscuro con ondas naturales y estatura media. Lo único que me recuerda a mi padre son mis ojos marrones y mis largas pestañas. La *Abuela* solía decir que era lo mejor de los dos.

Me enfrento al médico. —¿Cuánto más suelen costar esas instalaciones?

—En este momento, se calcula que se pueden gastar 4.000 euros al mes, más o menos.

La habitación da vueltas, mientras proceso sus palabras. Son 48.000 euros más al año que no tengo. Apenas llego a fin de mes con mi pequeño piso de Mónaco del tamaño de una caja de zapatos de niño.

—Podemos hacer que se quede aquí un mes más mientras lo arreglas todo, pero tendrás que buscar otros arreglos. Su condición se ha deteriorado bastante rápido, me temo, y nuestro personal no está equipado para ella. La prueba no ha funcionado.

Lucho por mantener las lágrimas a raya. —¿No hay nada más que puedas hacer? ¿No hay otra medicina que pueda probar?

—En estos casos, no. Lo siento mucho, señorita González. Le recomiendo que disfrute del tiempo que le queda y que la instale en algún lugar que pueda cuidarla hasta…

—Bien —Me muerdo la lengua para evitar decir algo de lo que me arrepienta.

—Si quisieras plantearte volver a México, los servicios allí son mucho más baratos. Podrías encontrar un buen centro con tus limitados fondos.

—Lo tendré en cuenta.

Nada dice tanto de un buen plan como dejar mi trabajo y volver al mismo país en el que mis padres fueron asesinados. Suena como un futuro brillante como el apocalipsis.

El médico sale de la habitación con una tensa despedida, dándome privacidad con *Abuela*.

—*Nena*, ¿cómo está Eduardito? —*Abuela* se agarra a mi brazo con una mano frágil. Sus palabras se sienten como si hubiera clavado una hoja de afeitar en mi corazón.

—Bien. Está ocupado trabajando —No ha trabajado desde hace trece años, pero quién lleva la cuenta.

Deja de ser amargada, Elena.

—¿Por qué pareces triste? Dile que se quede más en casa contigo y con la bebé Elena. Le he dicho que trabaje menos, pero no me escucha. Es terco como su padre.

Suelto un profundo suspiro, continuando como si fuera mi madre. No hay razón para recordarle a la *Abuela* que no soy su nuera y que su hijo está muerto. La última vez que lo mencioné, lloró antes de amenazar con matar ella misma a los asesinos. Hicieron falta dos enfermeras y una inyección de algo potente para calmarla. Ese día me di cuenta de que estaba realmente sola en mi dolor. *Abuela* no puede soportar la verdad y, al final, no tiene sentido. Los dos matones que querían ganarse el respeto del líder de una banda de mala muerte matando a un embajador murieron antes de ver un tribunal. Así es como funciona México. Buscar retribución es inútil, con su sistema roto y lleno de corrupción y muerte.

Durante otra hora de esfuerzo, me dedico a ver la televisión y a almorzar con ella. Le doy a la *Abuela* un beso en la mejilla antes de despedirme. Una vez que salgo del centro, me preocupan los pensamientos sobre cómo voy a pagar los gastos de su vivienda. No sé cómo haré para ayudarla y mantenerme a flote.

Opción 1: Mudar a la *Abuela* a mi apartamento y convertirme en su enfermera a tiempo completo mientras trabajo desde mi oficina-barra-dormitorio.

Opción 2: Volver a México, también conocido como el séptimo círculo del infierno.

Opción 3: Convertirme en stripper a pesar de haber nacido con dos pies izquierdos y un feo caso de miedo escénico.

Deshecho la idea de volver a México. Esa opción es terrible tanto para mi salud mental como para mi trabajo, lo que solidifica mi razonamiento en contra. *Abuela* necesita mi ayuda, lo que significa mantener mi trabajo en este lado del hemisferio. He pasado años haciendo conexiones europeas en el mundo de la F1, y me niego a renunciar a ellas. Con la ayuda de Elías y las relaciones con los equipos, construí un pequeño negocio de representación de atletas.

¿Hay empresas más grandes que pueden hacer mi trabajo? Por supuesto.

¿Hay empresas dispuestas a hacer todo lo posible para ayudar a sus clientes, sin importar el momento y la situación? Sin duda.

Pero esas empresas no pueden ofrecer el tipo de atención que yo ofrezco. Sólo me ocupo de unos pocos clientes a la vez, construyendo su presencia social y dándoles la mejor imagen con un plan individualizado. Con las referencias de Elías, he creado una base estable de clientes fieles. No es nada comparado con una gran empresa de relaciones públicas, pero es todo mío. La construí desde cero y no estoy dispuesta a separarme de ella volviendo a México. Eso es como rendirse, y *Papi* me enseñó a no rendirme nunca, por muy difícil que sea todo.

Vuelvo a mi patético piso que está a un año de ser condenado por inestabilidad estructural. La autocompasión no me sienta bien, pero me merezco una noche de ahogo en mis penas.

Me planteo llamar a Elías, pero opto por no hacerlo porque está ocupado con los controles de pretemporada de la F1. Ni siquiera mi mejor amigo puede ayudarme a salir de este lío. Si le cuento mis problemas económicos a Elías, siempre me ofrece dinero. Aunque me niego, hace lo que puede,

poniéndome en contacto con otras empresas de F1 para que trabaje en sus relaciones públicas. Sus referidos me recomiendan a otros, lo que me ha ayudado a construir mi marca como reparadora de reputaciones.

El año pasado tuve mi mayor oportunidad después de que uno de mis clientes más recientes me recomendara a McCoy, un legendario equipo de F1. Me contrataron para ayudar a uno de los mejores pilotos, Liam Zander, con su reputación. Si bien ese trabajo fue un punto culminante para mí, tuvo fecha de caducidad una vez que Liam cambió de equipo.

El camino de vuelta a mi piso termina demasiado rápido. Subo los deteriorados escalones y entro en mi estudio. Mi autocompasión continúa mientras me salto la cena, me ducho y me dejo caer en la cama. Tras aplazar lo inevitable, saco el teléfono y reviso mi cuenta bancaria.

Tardo menos de un minuto en comprender lo jodida que estoy. Lanzo mi teléfono hacia el extremo de mi cama mientras la desesperanza destruye mi positividad.

—Dios, sé que hemos estado en malos términos últimamente, pero estaría eternamente agradecida por un salvavidas ahora mismo. Aceptaré cualquier cosa. Y seamos realistas, me vendría bien un milagro o tres. Creo que ya he pagado mi cuota —susurro al techo.

Me duele la cabeza mientras asimilo mi situación. Lloro por mi *Abuela* y por la pérdida de su memoria. Otro año, otro juicio fallido. La última conexión con mi antigua vida se me escapa de las manos y no hay nada que pueda hacer por evitarlo. *Abuela* nunca conocerá a mis hijos, y mucho menos se acordará ya de mí. La pena me envuelve como un manto.

Odio cuando entra la tristeza, como una niebla oscura que me roba la felicidad. El sentimiento se aferra a mí con garras invisibles y me mantiene como rehén. No ocurre a menudo, pero cuando lo hace, toda mi vida da un vuelco.

El zumbido de mi teléfono interrumpe mis pensamientos. Me muevo para tomarlo de la esquina de mi cama. Un número desconocido parpadea en la pantalla y contesto sin dudar.

—¿Hola?

—Hola, ¿es Elena González? —Una voz masculina me saluda.

—Esa soy yo —Mi voz se quiebra.

—Genial. Me llamo Connor McCoy. Me dieron tu información de contacto porque trabajaste para Peter McCoy el año pasado. No sé si estás al tanto de todo, pero él tuvo que pedir una excedencia permanente, así que yo me hice cargo de su puesto. Sé que la temporada está a punto de empezar, pero necesito tu ayuda con un proyecto de relaciones públicas.

—¿Qué tipo de proyecto? —Me cuesta mucho controlar mi voz, no quiero que apeste a desesperación.

McCoy sólo tiene dos corredores. Elías, que es nuevo en el equipo tras la marcha de Liam la temporada pasada, y el otro… bueno… ya sé lo suficiente.

—Queremos contratarte para un trabajo privado. Requiere mucho de tu tiempo, incluido un contrato de exclusividad y un acuerdo de no divulgación.

—¿Cuáles son las estipulaciones? —Permanezco indiferente a pesar de que mi cuerpo zumba de expectación. A estas alturas, si no hay que quitarse la ropa me parece bien.

Diablos, incluso eso suena tentador después de comprobar mis fondos.

—Te pagaríamos ocho mil euros al mes durante diez meses, a partir de marzo. Además, una bonificación de veinte mil euros si consigues llegar hasta el Prix final la primera semana de diciembre. —Hace que la segunda frase suene como una oración—. Queremos que trabajes únicamente con Jax Kingston. El trabajo incluiría vigilarlo y ayudar a impulsar positivamente su presencia en los medios de comunicación.

¿Cien mil euros? Por esa cantidad de dinero, haría casi cualquier cosa.

—Tengo algunos clientes con los que necesitaría consultar. Si te parece bien, puedo ayudarte absolutamente en lo que necesites.

Connor desglosa las partes principales de mi contrato, enumerando todo lo que tengo que hacer a lo largo de la temporada de carreras. Su plan es

inteligente y bien pensado. Digo que sí con poco temor, sabiendo que no puedo resistir la respuesta a mis plegarias.

No todos los héroes llevan capa. Resulta que algunos llevan tatuajes y un traje de carreras de McCoy.

3



Jax

Cuando tenía siete años, mi padre me empujó delante de un saco de boxeo después de que le diera una golpiza a un niño en el podio de una carrera de karts. Estaba enfadado con el pequeño imbécil que se burlaba de la relación de mis padres. Ese día, mi padre me miró a los ojos y me dijo que tenía que ahuyentar mis demonios. Por desgracia, después de todos los esfuerzos de mi padre, parece que decidí correr junto a ellos.

Los demonios vienen en todas las formas y tamaños. Ira. Ansiedad. Aversión al futuro. Los míos me tientan a someterme al Xanax para tener algo de tranquilidad. No soy un drogadicto. Lo juro. Pero soy adicto al alivio temporal que proporciona Xan.

Imagino que el cielo se parece mucho a mi cabeza después de que la píldora haga efecto: silencioso, tranquilo y mucho menos oscuro.

No quería que mi vida diera un giro tan drástico este año. A medida que la enfermedad de mamá se agrava y papá se desespera por ayudarla, juego con la inestabilidad. Me entrego a mis vicios cuando las cosas se ponen difíciles. Pero con la evasión llega la ansiedad, como un tren de mercancías que me golpea cuando menos lo espero.

Las carreras me mantienen cuerdo. Algunas personas dicen que no creen en el amor a primera vista, pero para mí lo fue. Me enamoré de la adrenalina, una amante desagradable que me deja tan rápido como llegó. La persigo de

cualquier manera que pueda tenerla. Beber, conducir, follar… todas las actividades que inducen adrenalina para mantener a raya el nerviosismo que llevo dentro.

—Seguro que has hecho un lío —Connor McCoy se enfrenta a mí en toda su gloria. En lugar de divertirme en Melbourne antes de que empiece la temporada, tengo que estacionar mi culo dentro de una sala de conferencias.

—La he jodido. Tú lo sabes, yo lo sé, incluso Elías, mi puto nuevo compañero de equipo, lo sabe.

—Lo que has hecho es preocupante. Joder... —Connor cierra sus ojos azules y se pellizca el puente de la nariz—, no me arruines mi confianza y me obligues a encontrar una solución diferente para controlar tu ansiedad —Su acento británico tiene un toque de humor.

—No volverá a ocurrir porque he aprendido la lección. Esas pastillas no combinan bien con el alcohol, no importa lo que digan las canciones de rap. No consideré los efectos secundarios de mezclar las dos cosas, ya que el Xanax se convirtió hace poco en mi nueva muleta para aliviar mi ansiedad.

La mandíbula de Connor se tensa.

—Deja de joder. Había vídeos tuyos bailando sobre las mesas, actuando como un salvaje, antes de desmayarte junto a un urinario.

Me aguanto las ganas de encogerme. —Odio decir que no soy un hombre con clase y honor a altas horas de la madrugada.

—Tu estupidez puede competir con un reality show de Bravo.

Dejo caer mi boca abierta en falso shock. —Casi me siento insultado. A diferencia de esos programas, mi vida tiene cierto argumento cautivador.

Su sombría expresión me pone en orden. —Sé serio. Comprendo tu razón para estar molesto. Siento lo de tu madre. La mía visitó a la tuya la semana pasada y me dijo que no estaba bien.

—No lo hagas. *No* la traemos aquí —digo con brusquedad.

Que se joda la madre de Connor por chismosear sobre la mía. Uno pensaría que siendo Londres una ciudad enorme, los ricos se quedarían en sus

propias mansiones lejos unos de otros. Pero no, la madre de Connor asiste a un club semanal de novelas obscenas con la mía.

—Bien. ¿Qué tal si evalúas tu imagen pública? Los niños te admiran, por el amor de Dios. Lo que estás haciendo no hace maravillas para tu carrera, con patrocinadores y fans cuestionando tu estabilidad.

—Supongo que tienes suerte de que sólo me quede un año de contrato antes de que se renueve.

Connor se tira del cabello rubio. —No. Tienes suerte de que me agrades, a pesar de lo imbécil que eres. Por lo menos me agradas lo suficiente como para defender tu posición ante la junta de patrocinadores que no me gusta nada. Me niego a darles a esos perezosos lo que quieren, así que ponte las pilas. Sin Liam, tú eres la única esperanza de la empresa para subir al podio.

—Me esforzaré por ser mejor —Me trago el arrepentimiento. Connor no necesitaba enfrentarse a la junta, pero lo hizo como un favor para mí. Y por eso, le estoy agradecido.

—Quiero asegurarme de que he dejado claro mi punto de vista —La mirada de oso de peluche de Connor no tiene la misma fuerza que su predecesor, Peter. Pero al menos es un tipo positivo que se burla menos, además de aguantar mi mierda.

—Créeme, te entiendo. La semana pasada fue un error de juicio —El sentimiento de culpa se apodera de mi maldito pecho, apretando mis pulmones como una Boa.

—Más bien la semana pasada fue una semana dura para tu familia que te tocó vivir en primera persona. Pero con el estado de tu madre y tu imprevisibilidad, no puedo correr el riesgo de que esto vuelva a ocurrir durante la temporada. La prensa está diciendo que estás en un espiral descendente, y no podemos tener eso.

—Seré mejor y no volveré a cometer errores. Considérame el tipo que ve la botella de whisky medio llena.

La semana pasada fue dura, por decirlo suavemente. Utilicé el alcohol para aliviar la tortura de estar sentado mientras mamá luchaba contra su propio

infierno. Temblores. Cambios de humor. Todo el puto espectro de síntomas puso un freno a nuestra semana juntos.

Connor me mira fijamente. —Estoy hablando en serio. Sabes que hay mejores opciones ahí fuera para mantener los síntomas de la ansiedad, ¿verdad?

—Dime, ¿cómo dice uno que no le importa un carajo porque no tiene sentido?

—Bueno, veo un punto, así que he tomado tu problema en mis manos. Piensa en mí como tu hada madrina.

—Prefiero la versión de Al Pacino a un cuento de hadas de Disney.

—Bueno, prepárate para mi oferta que, literalmente, no puedes rechazar.

Aplaudo lentamente unas cuantas veces de la forma más sarcástica posible.

—Bien hecho. No puedo esperar a escuchar cuál es tu gran plan.

—Como estoy ocupado con toda la basura que dejó Peter, contraté a alguien especial. Pensé que te vendría bien tener un poco de ayuda de relaciones públicas individualizada.

Maldigo para mis adentros mientras apoyo la cabeza en el respaldo de la silla. Los equipos de relaciones públicas son lo peor, no aportan más que dolores de cabeza y juicios.

Los perspicaces ojos de Connor encuentran los míos.

—No voy a compartir lo que pasa con tu madre con el representante de relaciones públicas porque mi madre me mataría. Pero tus problemas con el alcohol y tus maneras de salir de fiesta están a la vista. Cada vez que tengas ganas de ser un imbécil, piensa en el equipo y en tu oportunidad de conseguir un Campeonato Mundial este año. ¿Realmente quieres arruinarlo?

—No, no lo sé —Respiro profundamente mientras alguien abre la puerta.

Sus ojos color whisky me miran fijamente, enmarcados por unas gruesas pestañas. Su fina nariz se inclina al final antes de que mis ojos se posen en sus labios carnosos. La palabra “jugosos” no es suficiente. Más bien parece

que se ha topado con un nido de avispas y sus labios han perdido la batalla, tanto los superiores como los inferiores son del mismo tamaño. El cabello oscuro y ondulado cae a su alrededor, por encima de sus pechos, balanceándose contra su blusa de seda. Su atuendo enfatiza su figura, sus curvas a la vista, rogándome que me arrodille ante ella como un puto santuario.

Elena cumple todos mis requisitos. Unas caderas que quiero agarrar, un culo que quiero mirar mientras la follo por detrás y unas tetas que no me importaría besar a mi manera. Pero con ella, no tengo la capacidad de pensar con la polla.

De alguna manera retengo un gemido mientras mi cabeza se levanta del respaldo de la silla. —Elena, qué casualidad verte aquí.

—Jax, no puedo decir que lamento estar de vuelta —Toma asiento frente a mí y extiende su pequeña mano. Me agarro a ella con una mano tatuada, con huesos falsos blancos y negros, y le aprieto los dedos. Un zumbido de reconocimiento me recorre. Un deseo ardiente hace que mi mano apriete más fuerte la suya cuando mi polla registra su presencia. Frunzo el ceño, odiando la forma en que un toque suyo me desconcierta.

La última vez que vi a Elena, Liam anunció que dejaba McCoy después de quedar subcampeón en el Campeonato. Con su partida, pensé que me habría librado de ella. Pero como el imbécil que he sido últimamente, estaba muy equivocado.

No me gusta estar cerca de Elena más de lo necesario. Elena tiene esa forma de mirarme como si supiera que hay algo raro en mí. Como si quisiera verme a mí. No el tipo que aterriza en los podios cada semana. No el hombre con cientos de tatuajes, que parece un tipo duro, pero se queda corto por sus malas decisiones. Y, definitivamente, no el tipo que se acuesta con todo el mundo para tapar el vacío que siente cada día de su vida.

Y si hay algo que he aprendido en los últimos años al ver a mi madre luchar, es que no puedo permitirme el lujo de que alguien conozca mis secretos. Para ser sincero, Elena no podría permitirse un trozo de mi mente ni, aunque ganara la lotería tres años seguidos.

Connor da una palmada. —Llamé a Elena después de oír que había trabajado con Liam y contigo el año pasado. Pensé que sería mejor contratar a alguien conocido.

Más bien alguien que sé que quiero follar, pero A por el esfuerzo. —Mucho tiempo sin verte. ¿Vacaciones en el infierno?

—Lucifer pidió que pasarás por aquí pronto. Dice que tiene un lugar especial preparado para ti —Su acento arrastra las palabras, un ritmo melódico que capta mi atención.

—Sólo si consigo arrastrarte hasta allí conmigo. Después de todo, el infierno sólo es divertido cuando estoy emparejado con el mejor guía turístico.

Connor da una palmada y nos sonríe. —Bueno, me alegro de que se lleven bien, ya que será nuestra fan favorita esta temporada.

Mis ojos pasan de Connor a Elena. —Realmente espero que eso no signifique lo que estás insinuando.

Elena se ríe de mi brusquedad, sus ojos brillan bajo las luces.

Connor le entrega a Elena un pase de acceso exclusivo a la F1.

—Elena te va a ayudar a arreglar tu imagen. Ella se quedará contigo durante todo el programa del Prix para mantenerte a raya.

Mi mandíbula se tensa hasta el punto de estallar. —¿Y qué mierda supone eso?

—Ella firmó un contrato en el que vivirá contigo, asegurándose de que tienes los mejores intereses para McCoy. Cubriremos todos sus gastos porque queremos que se concentre en ayudarte. Además, se unirá a ti en las vacaciones de verano, dondequiera que decidas quedarte. Viendo que la semana pasada no fue muy bien, creo que es mejor asegurarse de que alguien te vigile durante toda la temporada, vacaciones incluidas.

¿No sólo tengo que salir con esta mujer, sino que ahora tengo que vivir con ella? Maldita sea. Si hay algo de lo que estoy seguro es de que no merezco este tipo de karma.

—Esto tiene que ser una broma. No firmé para una bola y una cadena —Mis palabras salen en un medio gruñido.

—Y no me apunté a un conductor con suficientes canicas perdidas como para arruinar una partida de Mancala —Connor me lanza una mirada agitada.

—¿Y qué esperas que hagamos? ¿Trenzarnos el cabello y ver películas juntos?

Los ojos de Connor se deslizan de mí a Elena, lanzándole una cálida sonrisa.

—Ignora su rabieta. Se acostumbrará a tenerte cerca. —*Ninguna maldita posibilidad de que eso ocurra*—. Esperemos que estes bien desde aquí, pero puedes enviarme un mensaje si tienes alguna pregunta. —Me mira y silenciosamente murmura compórtate antes de salir de la habitación.

—Bueno, has reaccionado como esperaba —Cruza las piernas, atrayendo mi atención hacia ellas. Sus jeans se pegan a su cuerpo y enfatizan todo lo que necesito evitar.

—Parece que te han ascendido de representante de relaciones públicas a niñera glorificada. Siempre he querido vivir esa fantasía. ¿Quieres hacer un juego de roles?

Se golpea la mano con la manicura en la rodilla. —Sólo si prometes irte a dormir a las diez.

—Se puede arreglar después de un buen polvo.

Un saludable rubor aparece en sus mejillas mientras sus ojos recorren la parte superior de mi cuerpo. Me siento más erguido, disfrutando del efecto provocado por su mirada. Del mismo modo, la sangre en mi cabeza se precipita a otro lugar. El tipo más divertido que no le importaría hacer sonrojar a Elena en otras circunstancias.

Sus ojos se entrecierran. —¿No puedes dormirte con un programa de Netflix como el resto de nosotros?

—¿Dónde está la diversión en eso?

—Hablando de diversión, tengo algunas reglas ya que vamos a vivir juntos —Se echa el cabello por encima del hombro, evadiendo mi mirada.

—No espero menos de ti.

Saca un iPad de su bolso, sin darse cuenta de mi atracción hacia ella. La misma que hace que mis jeans estén incómodamente apretados y mi respiración sea pesada.

—Has durado tres meses sin mi ayuda. He comprobado tu presencia en las redes sociales y parece que tenemos mucho trabajo por delante. Ya que tu imagen ha tocado fondo, no hay otro camino que el de la subida.

—¿Y qué implica eso exactamente? ¿Serás mi falsa novia? Me encantan ese tipo de historias.

Pone los ojos en blanco. —Ni siquiera una novia puede salvarte de tu reputación. He estado planeando diferentes salidas y experiencias para que tu persona sea tan limpia que rivalice con una estrella de Disney Channel.

Levanto una ceja. —¿Antes de las drogas y el alcohol?

Elena se ríe. Odio la forma en que suena: suave, despreocupada, no contaminada por la angustia. Mientras yo lucho contra el hastío y el pesimismo oculto, ella irradia esperanza y calidez. Tengo la tentación de probar cuánto tarda en explotar su burbuja de positividad.

—Claro. Pero antes de empezar, necesito que me cuentes lo que pasó durante tu aventura de una noche con un urinario del club.

Una risa gutural escapa de mi boca. El sonido es extraño, especialmente después de mi semana infernal. —Bueno, cuando un hombre y una mujer se quieren mucho…

Me lanza un bolígrafo. Rebota en mi pecho y vuelve a rodar hacia ella.

Me froto el pecho. —La violencia nunca es la respuesta.

—Lo dice el tipo que recientemente rompió la cámara de un paparazzi por el valor de dos mil euros.

—De acuerdo, la violencia no suele ser la respuesta, pero el trasfondo racista del reportero me hizo estallar. Oye, desde el punto de vista de las

relaciones públicas, al menos he pagado una nueva.

—Tirarle mil euros a la cara no cuenta.

—Sin embargo, se agachó más rápido que mi último polvo para recoger los billetes.

Me frunce el ceño. —Entonces, ¿la historia del club?

Si hoy no me deja tranquilo, no puedo esperar a ver cómo será el resto de la temporada. —Durante las vacaciones, tomé una decisión estúpida al beber y tomar un ansiolítico en la misma noche. Es la verdad. Así que se puede decir que la noche no resultó como yo quería.

Sus ojos se suavizan, perdiendo la dureza que tenía momentos antes. —No sabía que necesitabas medicación para controlar tu ansiedad.

Me encojo de hombros. —No mucha gente lo sabe.

—¿Has intentado hablar con un psicólogo para que te ayude a controlar los síntomas de la ansiedad? ¿O has reconsiderado tu medicación actual?

—No, porque eso implicaría hablar, y a mí no me gusta en absoluto, bajo ninguna circunstancia, hablar de mis sentimientos. Al diablo con eso, así que no te molestes en intentarlo. Tengo un médico estadounidense contratado que hace el trabajo muy bien —Golpeo mis dedos contra la mesa.

Me mira fijamente. Es inquietante la atención que presto a las motas doradas de sus ojos marrones. Absolutamente inquietante.

—Tienes que ser sincero conmigo. ¿Hay algo más a lo que deba estar atenta además de los ataques de ansiedad?

Sus palabras activan el siniestro temporizador de mi cabeza. Alejo la oleada de ansiedad que se acumula en mi interior, no me apetece enloquecer delante de ella. —No. Sólo mi habitual ración de botella de Jack. Somos mutuamente excluyentes, así que no te hagas ilusiones.

Me hace un gesto de desprecio y niega con la cabeza, desviando su atención a su iPad. —Hablando de alcohol… Puede que no forme parte del club de las niñeras, pero sigo teniendo algunas reglas.

—Mi parte favorita de las reglas es encontrar la manera de romperlas.

—Jax…

El sonido de mi nombre al salir de sus labios me llena de energía. Sus ojos arden y me tientan a buscar más reacciones.

Deja de ser un idiota total.

—Bien. Déjame oír cómo quieres chupar la diversión de esta temporada. —Una pequeña sonrisa se dibuja en la comisura de mis labios mientras ella gira nerviosamente su lápiz Apple. Por lo menos la hago sentir tan incómoda como ella a mí.

—Primero, tienes que dejar el alcohol. No te digo que lo dejes por completo, pero practica el autocontrol. No puedo sacarte de un baño cualquiera, y mucho menos ayudarte a caminar de vuelta a nuestra habitación de hotel.

¿Por qué mi polla palpita en mis jeans al pensar que compartimos una habitación de hotel? Eso es bastante… inusual. La idea de compartir un espacio con una mujer en el pasado me habría hecho reír hasta las lágrimas. Pero con Elena, lo encuentro tentador, la prohibición de nuestra situación actúa como un afrodisíaco de la peor clase.

Apretando los dientes, asiento con la cabeza.

—Me parece justo. Tampoco quiero beber como lo hice durante las vacaciones. —A veces no puedo evitarlo, y el alcohol me nubla el cerebro lo suficiente como para ofrecerme un respiro temporal. Pero por mi oportunidad en el campeonato, intentaré luchar contra mis problemas de una manera diferente durante esta temporada.

Intentar es la palabra clave.

—En segundo lugar, tienes que ser honesto conmigo. Si algo está mal, quiero saberlo para poder ayudarte. Si me entero al día siguiente en los periódicos, entonces es demasiado tarde y me pondré furiosa.

—Bien —Asiento con la cabeza a su segunda regla porque una Elena furiosa suena casi tan divertido como estrellar mi auto durante la primera vuelta de un Prix.

—Siguiente…

—Que me jodan. ¿Cuántas reglas tienes escritas? —Cruzo los brazos contra mi pecho. Sus ojos se detienen en mis antebrazos antes de volver a mirarme a la cara, captando mi tortuosa sonrisa.

Se sonroja mientras se coloca una onda suelta de cabello detrás de la oreja.

—Sólo unas pocas más. Si los dos volvemos a la suite por la noche, eso es todo. Nada de irse. Quiero confiar en ti, lo que significa que no puedes irte a escondidas a hacer Dios sabe qué.

—Puede que Dios no lo sepa, pero el Diablo seguro que lo aprueba —Mi sonrisa se amplía cuando sus inquietas manos vuelven a girar nerviosamente el lápiz.

—Bien… de cualquier manera, no te escabullas. Este trabajo significa mucho para mí y necesito poder confiar en ti. Me están pagando mucho dinero por ayudarte —Sus ojos de desvían hacia un lado.

—Bueno, amor, al menos el sueldo al final de todo esto te mantendrá cerca. No finjas que no te excita ayudar a idiotas como yo que están más jodidos que la Casa Blanca de Donald Trump.

—No. Me excita ayudar a la gente a alcanzar su máximo potencial. Y veo lo que puedes ser si dejas atrás esta terrible imagen pública.

—No fuerces la vista demasiado. Puede que no te guste lo que encuentres después de todo.

—No necesito que me gustes para hacer mi trabajo.

Bueno, mierda, me tiene ahí.

Elena teclea en su tableta.

—La última cosa. Voy a seguirte prácticamente a todas partes. Es parte de mi contrato. —Se muerde el labio, mostrando el borde de sus blancos dientes.

Es preocupante cómo me da una semi con una mirada y una mordida de su labio. Mi polla no entiende porque Elena es malas noticias. La peor de las

putas noticias, como peor que la salida del príncipe Harry de la familia real, y esa mierda fue catastrófica.

Querida polla, por favor, te presento a la espada y la pared entre la que vas a estar atrapada esta temporada.

—¿Significa eso que compartimos dormitorio? Siempre he querido una almohada humana para abrazarla.

Deja escapar un jadeo fingido. —¿Quieres ver eso? Los dormitorios no están incluidos. Realmente planeo mantenerlo como PG-13 entre nosotros así que…

—He oído que las películas PG-13 ahora tienen escenas sexys… —Dejo escapar un silbido bajo.

—Oh, Dios mío. Nada de eso pasará entre nosotros.

La forma en que sus ojos se iluminan mientras se ríe me preocupa porque estoy tentado de obligarla a hacerlo de nuevo. Permanezco en silencio, tratando de entender que tengo que pasar meses con alguien como ella.

Google, ¿cómo se dice estoy jodido en español?

Cierra la funda de su iPad. —En serio, Connor no incluyó una cláusula de relación interprofesional, pero es algo que se da por sentado por lo que no estamos considerando esa opción.

Por supuesto, Connor no incluyó algo así. Él quiere reclamar su derecho a un pedazo de culo caliente. La F1 tiene pocas y distantes mujeres trabajando en la industria porque las mujeres evitan nuestro hostil lugar de trabajo envuelto en el sexismo y la manipulación.

A pesar de que Connor no incluya una cláusula, debo recordar mantener las distancias con ella. Pase lo que pase, ella y yo, no puede pasar. Es la razón por la que me molesta estar cerca de ella más de lo necesario. Ella me provoca reacciones a las que no estoy acostumbrado, unas que no quiero explorar por mucho que me guste su actitud.

No entiendo ese tipo de historias.

Mientras que mis amigos son aptos para un final sacado de la última comedia romántica cursi, yo soy más adecuado para la Guardia de la Noche de Juego de Tronos: aislado hasta el día de mi muerte.

4



Elena

Bienvenidos al infierno. Población: dos.

La semana pasada, cuando Connor me llamó para informarme sobre mi trabajo este año, me dijo que tenía que vivir con Jax. Es mi acuerdo de contrato más extraño hasta la fecha, pero no pude decir que no a los miles de euros que me ofreció. Con todo lo que está en juego, estoy dispuesta a hacer casi cualquier cosa para reformar la reputación de Jax.

Connor explicó los problemas superficiales de Jax y por qué McCoy lo necesita para ser el mejor esta temporada. Dado que Liam ha cambiado de equipo este año tras una discusión con el ex director general de McCoy, Peter, Jax es la nueva cara de la empresa. Esta temporada es la mejor oportunidad de Jax para ganar un segundo Campeonato Mundial.

Con todo el estrés, Connor está preocupado de que Jax pueda quebrarse. Estoy aquí para asegurarme de que maneja la presión con la ventaja añadida de que voy a arreglar su imagen.

Jax y yo entramos en nuestra extravagante suite de hotel. Si quiero enfocar la vida de forma más positiva, puedo destacar el espacio de dos mil pies cuadrados con su propia zona de comedor, sofá seccional y habitaciones separadas. Pero una mirada a la corpulenta figura que está a mi lado echa por la ventana mi positividad en nuestro ático.

Ningún área parece lo suficientemente grande cuando tengo que pasar tiempo con Jax día tras día. Apenas salí indemne la temporada pasada trabajando a su alrededor. Jax me impedía acercarme a su entorno, aparte de las forzadas sesiones de relaciones públicas con Liam. Cada vez que estábamos en la misma habitación, Jax evitaba cualquier conversación conmigo. Me lo tomaría como algo personal si no fuera porque la mayoría de los atletas odian trabajar con representantes de relaciones públicas.

Al principio, cuando empecé a trabajar con corredores, pensé que era mi personalidad. Pero unos cuantos años en esta línea de trabajo me han enseñado que a nadie le gusta que le digan lo que tiene que hacer, especialmente atletas engreídos que tienen una capacidad de escucha similar a la de un niño pequeño. Mi trabajo me ayudó a construir una tolerancia para los imbéciles cuyos egos son tan grandes, que podrían solicitar su propio código postal.

Elías me pregunta todos los años por qué elijo trabajar de relaciones públicas para los mayores imbéciles de Europa. La respuesta es sencilla: no me gusta la gente perfecta. Los trabajos más desafiantes son los mejores, así que dadme todos los individuos rotos que necesitan desesperadamente que alguien les ayude. Esos son los clientes que me gustan. Los que son ellos mismos sin complejos, una y otra vez. Son mis preferidos porque el viaje para ayudarles a llegar a la cima me parece aún más emocionante.

A pesar de mi resistencia y experiencia, Jax me provoca como ningún otro, con su aversión hacia mí. No puedo entender por qué me molesta, y mucho menos entenderlo a él. Pero no soy idiota. Veo cómo trata a los demás, y -noticias- no es tan distante como actúa conmigo.

¿Afecta a mi autoestima? No.

¿Afecta a mi paciencia? Claro que sí.

No sé qué hacer con él, pero estoy en una misión para aprender todo lo que hay que saber sobre él. Jax lleva la angustia como un accesorio. El negro suele ser su estética, a menos que tenga que llevar la marca blanca de McCoy. Su vestuario diario incluye Doc Martens, camisetas y jeans rotos. Lleva chaquetas con lemas y adorna sus dedos tatuados con anillos. Por decirlo suavemente, es malo hasta el último hueso británico de su cuerpo.

No importa lo atractivo que sea, sus ojos avellana cautelosos gritan que me aleje de su camino. Por no mencionar que su actitud hacia mí es tan amistosa como caminar por un callejón oscuro a medianoche.

—Bienvenida a la tierra de la fastuosidad. Disfrútalo mientras dure —Agita su mano por la suite como en un episodio de *MTV Cribs* a medias.

—Vaya, qué manera de poner el listón con tu cálida bienvenida. Muchas gracias —Lo miro fijamente, intentando no detenerme en cómo su camisa resalta los músculos abultados y los brazos cubiertos de tatuajes.

Jax tose, llamando de nuevo mi atención. Sus ojos tienen una rara suavidad.

—Si quieres ver mis tatuajes de cerca, sólo tienes que pedirlo.

—No me interesa, pero gracias por la oferta.

—Algunas mujeres rogarían por tener la oportunidad de verlos en todo su esplendor.

Arrugo la nariz. —Si eso es lo que piden las mujeres, deberían replantearse sus prioridades.

Su risa me arranca una sonrisa. —No critiques las prioridades de los demás. No todo el mundo es masoquista y se ofrece para trabajar conmigo.

—Eso es muy generoso viniendo del tipo que por joder disfruta mandando su carrera a la mierda como pasatiempo.

Se pasa una mano por la barba incipiente. —Hay una cosa que me gusta joder, y puedo asegurar que no es mi carrera.

Contengo la risa que quiero soltar desesperadamente. —Vamos a jugar a un juego: te callas y no hablas más. Tu boca te va a meter en problemas.

—Te sorprendería la clase de problemas en los que me puedo meter en silencio. —Me da una sonrisa malvada.

—¿Sorprendida? Probablemente. ¿Interesada? Definitivamente no.

—Voy a apreciar tenerte cerca. No hay nada que me provoque tanto como una persona empeñada en resistirse a mí.

—Resistirse insinúa que me interesa algo más que ayudarte.

—Voto que ayudarme a tener un orgasmo está a la altura de arreglar mi reputación. ¿Qué dices?

Le doy mi mejor mirada de superación. Me agarro mi equipaje y me dirijo a mi habitación. —Voy a tomar una siesta y una ducha antes de la conferencia de prensa.

—¿Ya estás durmiendo en el trabajo?

Dejo escapar un profundo suspiro, ya no estoy de humor para sus burlas.

—Connor te envió por correo electrónico las preguntas y respuestas que se me ocurrieron ayer. ¿Crees que podrás leerlas?

—Ya está hecho.

Me detengo, tomada por sorpresa. —¿De verdad?

—Sí, en contra de la opinión que tienes de mí, sé leer. Y bastante rápido, si lo digo yo. Ahora, ya que me he portado bien, ¿puedes poner la tele con mis dibujos animados favoritos para que no me aburra? —Se tira en el sofá del salón.

Mi ceja se arquea. —¿Tele? —Tengo que buscar en Google la jerga británica porque algunas cosas que dice no tienen sentido sin pistas de contexto. ¿Quién llama maletero a un portaequipajes?

—*Televisión*[10] —Su falso acento español resbala por su lengua mientras señala el mando a distancia en el mueble de la televisión que está a mi lado.

Intento con todo lo que hay en mí no sonreír. —Te veré en un par de horas. —Decidiendo ignorar su petición, entro en mi habitación y cierro la puerta tras de mí.

—Puedo hacer esto. Piensa en ello como en cualquier otro trabajo. Un trabajo con un hombre cuya voz provoca todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo, pero un trabajo, al fin y al cabo —me susurro mientras deshago la maleta.

Una ducha caliente me prepara para el éxito, librándome del jet lag que he sentido antes. Me recuesto y cierro los ojos, deseando encontrar la paciencia para tratar con Jax.



Después de mi siesta de una hora, me visto. Una blusa de seda y unos pantalones de corte alto tipo bolsa de papel son mi atuendo habitual: sencillo, básico y profesional. Mis accesorios son los tacones y mi iPad.

Salgo de mi habitación y encuentro a Jax recostado en el sofá, golpeando con un pie calzado la mesa de centro mientras cambia de canal perezosamente. Sus ojos me recorren. Como si mi cuerpo siguiera el movimiento, mi piel se calienta.

Vaya. Si esta es la sensación que tengo con una simple mirada, estoy jodida para esta temporada. Tal vez la idea del compañero de piso no era lo mejor después de todo. Se las arregla para provocar una sensación de revoloteo en mi estómago con una mirada y un simple tirón de sus labios.

—Estoy impresionado. Has salido con dos minutos de sobra. —Toca su reloj caro—. Normalmente las mujeres siempre llegan tarde.

—A diferencia de la encantadora compañía que has tenido antes, suelo ser puntual. Especialmente para los horarios que creo.

—Bueno, me apresuré, así que espero que mi cabello se vea bien —Se pasa un dedo por sus rizos recortados hasta el cráneo en los lados, mientras parecen salvajes en la parte superior. Me pican los dedos para comprobar si son tan sedosos como parecen. Sus definidos huesos faciales parecen grabados en metal bronceado, perfectamente equilibrados con unos labios suaves y besables.

—Tu cabello está bien, pero tu sonrisa parece una pesadilla —Jugueteo con la correa de mi bolso.

Su sonrisa hace que mi piel se sienta como si alguien hubiera subido el termostato de la habitación. —Vamos a divertirnos juntos. Nada me gusta más que una chica que da tanto como puede recibir.

—De alguna manera haces que las cosas suenen más pervertidas de lo necesario.

—Es un talento.

—Un talento para hacer que toda mujer cuerda corra en dirección contraria a ti.

Niega con la cabeza. —No quiero personas sensatas. ¿Dónde está la diversión en eso?

—Para alguien como tú, puedo imaginar que es un poco aburrido estar con alguien estable.

—No lo sé. Pareces estable pero apuesto a que eres salvaje en la cama. Como la mirada que tienes cuando me observas cuando crees que no estoy mirando.

Me ahogo con mi repentina inhalación. —¿Qué?

—Está bien, amor. Tu secreto está a salvo conmigo.

—Tan seguro como follar con una persona de una noche sin condón.

Jax deja escapar una sonora carcajada. —Quizá tenerte cerca no sea una pesadilla total después de todo.

Espera, ¿qué?

Toma el teléfono que está sonando. —El auto está aquí.

Me dirijo a la puerta del hotel. —No lleguemos tarde a tu primera conferencia porque eso no es un buen aspecto después de todo.

—Ser bueno es aburrido, y yo detesto ser aburrido —Jax me sigue al pasillo.

Oculto mi sonrisa detrás de mi cabello mientras caminamos hacia el ascensor. —No podrías ser aburrido, aunque lo intentaras.

—Cuidado ahora. Me vas a hacer pensar que estás coqueteando conmigo —Motas de oro y verde se arremolinan alrededor de sus ojos.

—Coquetear contigo significa que primero tienes que gustarme. Y bueno, eso es un no de mi parte, *burro*[11].

—Mentirosa, mentirosa, las mejillas de Elena están en llamas. —Se golpea las suyas con énfasis. Un par de ojos de serpientes me miran fijamente, deslizándose a través de los falsos huesos de esqueleto tatuados en su

mano—. Pones a prueba mi autoestima, pero tu charla sexy en español lo compensa.

Entramos en el ascensor que nos espera. Jax mantiene la mirada fija en los botones del ascensor mientras yo paso el corto trayecto explicando obligaciones y expectativas de hoy. Asiente con la cabeza, aliviando mi creciente nerviosismo por su primer acto publicitario desde su último desastre de relaciones públicas.

Salimos del hotel y entramos en la parte trasera de un todoterreno McCoy que nos espera, prueba de la lujosa vida que lleva Jax como piloto de F1. El fresco aroma de los limones y el cuero invade mi nariz.

Miro a Jax, tratando de obtener una lectura de él. El año pasado, aunque me centré principalmente en Liam, me intrigó el hombre que estaba sentado a mi lado. El poco tiempo que pasé con él fue suficiente para despertar mi interés y me hizo querer aprender qué debilidades disfraza como fortalezas.

Jax se encontró con su equivalente. No soy de las que se echan atrás ante un reto, especialmente cuando mi futuro está en juego. Puede que él sea una bestia en la pista, pero yo puedo mantenerme en la escena de las relaciones públicas.

El silencio no dura mucho entre nosotros, siendo Jax quien lo rompe primero.

—¿Por qué aceptaste este tonto desafío? —Jax golpea sus dedos contra su rodilla a un ritmo desconocido.

—Porque eres una bomba nuclear a punto de desplegarse al pulsar un botón rojo.

—Qué imagen tan fascinante. ¿Has estado planeando decir eso todo el día? —Sus ojos se endurecen.

—Me has atrapado. Me paso horas pensando en mis réplicas.

—Preferiría que pensaras en mí en otra circunstancia, pero es sólo cuestión de tiempo.

Inclino la cabeza hacia él. —Tienes un buen concepto de ti mismo.

—Todo lo contrario. Pero tengo entendido que las mujeres me encuentran bastante irresistible.

Mi burla suena más como una risa. —Te encuentro irresistiblemente molesto. ¿Eso cuenta?

—Es un comienzo.

Lo ignoro, no me interesa coquetear. Sigue moviendo los dedos contra su rodilla al compás de algo que no puedo precisar.

—Nunca quise esto —murmura mientras mira por la ventana.

—¿Qué?

—Convertirme en este tipo de hombre —Sus ojos se encuentran con los míos mientras gira la cabeza hacia mí.

—¿Y qué clase de tipo es ese?

—Del tipo que arruina las cosas antes de que tengan la oportunidad de convertirse en algo bueno. De los que necesitan una niñera porque no se puede confiar en ellos.

—Es tu elección tambalearte en el límite de la bebida y la fiesta, funcionando, pero apenas viviendo. Nadie te obliga a estropear tu carrera.

—Sí. Mi carrera —Su voz resignada insinúa algo más.

—¿Acaso quieres ganar un campeonato?

Su columna se endereza. —Si haces esa pregunta, supongo que careces de inteligencia para ayudarme. Qué lástima apoyar el viejo estereotipo de la belleza sobre el cerebro.

Aprieto los dientes, luchando con todo lo que hay en mí para no gritar. ¿Cómo puede alguien pasar de sombrío a imbécil en unos segundos?

—Bueno, entonces tienes que empezar a actuar como un ganador. Has vivido en la gloria de Liam durante años, pasando por encima del éxito. Así que, en lugar de fingir ser un malote, ¿por qué no te conviertes en uno?

Se gira en su asiento, dándome una visión frontal de él que no puedo ignorar. Su sola visión hace que mis pulmones se contraigan. Todo lo que

tiene de físico me atrae. Desde sus músculos tensos hasta la forma en que sus jeans se pegan a su cuerpo.

Los ojos de Jax se iluminan como si nuestro vaivén le diera energía. —Me gusta tu forma de ser contundente. Palabras despiadadas de labios seductores, mi tipo de tortura favorita.

—Podría decir lo mismo de ti, excepto que no soy una glotona para el castigo.

—Para alguien que parece tan arrogante y perfecto, seguro que tienes una boca traviesa. Todavía no he conocido a alguien como tú.

Mi corazón late más rápido ante su mirada de aprecio. —¿Alguien que puede soportar tu actitud? Debe de ser un poco chocante, estoy segura.

—No tienes ni idea —Me sorprende cuando su pulgar recorre los finos huesos de mi mano, trazando las hendiduras de mis nudillos. Respiro profundamente, inhalando el aroma a jabón de Jax, preguntándome si se molesta en ponerse colonia.

Maldita sea, huele embriagadoramente.

—¿Qué estás haciendo? —susurro. Algo eléctrico sucede donde su pulgar se queda, dejando un camino de calor. *¿Qué pasa conmigo?*

—Ver si tu piel es tan suave como parece —Sus ojos capturan los míos, el remolino de colores se oscurece,

—Bueno, ¿no puedes? Nueva regla: no tocar. —Me alejo de él a pesar de las ganas que tengo de mantener la mano en el asiento de cuero.

Ugh. Soy un cliché, me atrae físicamente un tipo del que debería alejarme.

Se ríe, el sonido áspero retumba en su pecho. —Tantas reglas. Creo que una pequeña parte de ti quiere ser libre.

—Y déjame adivinar: ¿quieres ser tú quien ofrezca ese tipo de ayuda?

—No. No quieres a alguien como yo. No soy lo que buscas.

Eso no es lo que esperaba que saliera de su boca. —¿Por qué?

—Yo sería del tipo que te rompe en lugar de liberarte. Como un pájaro enjaulado, bonito de ver, con las alas cortadas y todo.

¿Cómo diablos responde alguien a eso? No pensé que Jax sería tan sombrío como lo es. Se muestra más hastiado que el año pasado, llamando a la parte oscura y retorcida de mí.

Permanecemos en silencio durante el resto del viaje en auto. Ignoro la forma en que Jax me mira fijamente, aunque mi cuerpo sigue siendo hiperconsciente de él.

La emoción sustituye al fastidio cuando nos acercamos a la zona del paddock de la F1. Nuestro conductor nos deja a lo largo de la calle principal, el equivalente a la fila de fraternidad de la F1. Cada equipo tiene un motor home donde los miembros del equipo y los corredores se relajan antes y después de las carreras. Jax y yo pasamos por delante de los brillantes edificios de todos los colores y estilos, que rezuman energía y ostentación.

Nos dirigimos a la sala de conferencias de prensa, un sencillo edificio gris donde se reúnen los periodistas, los equipos de cámaras y los corredores para las conferencias previas y posteriores de la carrera. Jax abre la puerta de la sala de prensa, que está llena de actividad. Los camarógrafos se apresuran a colocar los trípodes mientras que los periodistas reúnen sus micrófonos y libretas para las preguntas.

Dos mesas se centran en un escenario con tarjetas de nombres. El mejor amigo de Jax, Liam, se sienta junto a Noah y Santiago, dos corredores de Bandini. Mi primer cliente de F1 y nuevo compañero de equipo de Jax, Elías Cruz, se sienta detrás del asiento asignado a Jax.

—Recuerda jugar bien con los otros niños —digo en voz baja para que sólo Jax lo oiga.

—Pero ¿qué pasa si no les gusto? —Me una mirada de cachorro que debería estar prohibida para gente como él. Nadie con decenas, si no cientos, de tatuajes debería poder parecer tan inocente como él.

Le doy un suave empujón y mis manos se posan vergonzosamente en su firme pecho. Me da una sonrisa por encima del hombro antes de subir al

escenario. Atribuyo su felicidad a estar rodeado de sus amigos en la primera carrera de la temporada.

Elías abandona su silla para acercarse a mí. —Cuando me hablaste de tu proyecto privado, no creí que fuera trabajar sólo con Jax. ¿Olvidando ya a los pequeños? Creía que éramos los mejores amigos.

Me río mientras lo miro. Elías tiene un aspecto elegante, con una sonrisa perfecta, piel clara y una melena oscura. Sus ojos marrones se cruzan con los míos antes de que me abrace y me dé un beso en las mejillas.

—Es sólo por la temporada.

—¿Y si necesito algo? Como qué pasa si hago algo estúpido, o si golpeo a alguien en la cara por accidente.

—Si le das un puñetazo a alguien en la cara por accidente, busca consejo legal, no a mí. De todos modos, voy a trabajar a tu alrededor todo el tiempo. No seas dramático.

—Casi pensé que eras demasiado buena para mí ahora. Después de todo, fui tu primer cliente —Su labio inferior sobresale.

Me golpeo la barbilla con el dedo índice. —Cuando lo pones así… quizás.

Me da un suave codazo en las costillas. —Un mes con él y estarás rogando por trabajar conmigo de nuevo.

—Dos horas con él y ya estoy tentada.

Elías se ríe. —Bueno, al menos es bonito de ver. Podría ser peor.

Ese es Elías. Es mi dosis diaria de positividad.

—Cruz, trae tu culo aquí. Estás retrasando a todo el mundo —La áspera voz de Jax resuena en las paredes de la sala de prensa.

Las cabezas se mueven en nuestra dirección, atrayendo una atención no deseada.

—¿Ves? Nos vemos luego. Parece que mi nuevo compañero de equipo está de humor hoy —Saluda con la mano antes de correr hacia su asiento.

Mi cuerpo se gira hacia el escenario, encontrando a Jax con el ceño fruncido. Sus puños cerrados descansan frente a él. Le dirijo mi sonrisa más falsa. Sus ojos parpadean con fastidio antes de centrarse en Noah, ignorándome de nuevo.

Los ojos azules de Noah me evalúan antes de volver a prestar atención a Jax y Liam.

Jax, Liam y Noah están unidos. Son un grupo de chicos con suficientes problemas como para competir con las antiguas *telenovelas* de la *Abuela*. Podrían tener un programa basado en que Noah sale con la hermana de Santiago, Maya, mientras que Liam sale con la mejor amiga de Maya, Sophie, la hija del director del equipo de Noah. Ojalá me lo estuviera inventando. Es como si *Romeo y Julieta* se encontraran con *Rápidos y Furiosos* sin el crimen y el final trágico de Shakespeare.

No puedo quitarme de la cabeza la imagen de la mandíbula apretada de Jax mientras miraba fijamente a Elías. No le puede molestar que hable con Elías, ¿verdad? No hay ninguna razón para que Jax se ponga así, ya que Elías ha estado animando en secreto al otro equipo desde que nació. Jax tiene aún menos razones, ya que no le importa nadie más que él mismo. El problema de los egoístas es que quieren todo lo que no pueden tener.

Lo siento, Jax, no soy una opción porque estoy demasiado ocupada siento tu solución.

5



Jax

—Ya era hora de que aparecieras. Empezaba a preocuparme que ya no quisieras estar conmigo ahora que eres un corredor de primera —Liam me da la bienvenida a su suite privada Vitus.

—Reportes exclusivos dicen que estás muy ocupado con la señorita Sophie Mitchell. ¿Le gustaría comentar algo? —Le pongo un micrófono invisible en la cara.

—Ah, vete a la mierda. El mismo informante me dijo que McCoy te consiguió un monitor de tobillo humano. ¿Cómo va? —Se tira en un sofá de cuero.

—Tan molesto como el verdadero.

—¿Y sabes cómo se siente un monitor de tobillo, por qué…?

—Me metí en problemas en su día. Imagínate.

—Casi te creería, si no fuera porque sé que tu madre te daría una patada en el culo. Como está ocupada en Londres, tendrás a Elena para hacer el trabajo por ella.

Pretendo que la mención de mi madre no me cause malestar. Todos mis mejores amigos creen que ella vive su vida feliz en Londres, lejos de los medios de comunicación y del drama racial. Mantengo esa parte de mí

encerrada de todo el mundo con la esperanza de ocultar los problemas de mi familia. —No me lo recuerdes. No sé cómo me quedé con Elena.

—Te dije que dejaras el alcohol, pero no me escuchaste. Elena fue probablemente la única lo suficientemente loca como para aceptar el trato de seguir tu culo todo el año. Yo, por mi parte, no querría.

—Me arrepiento de lo que hice —Me acomodo en el sofá frente a él.

Liam coloca una almohada bajo su cabeza. —Bien. Úsalo como una razón para patear culos. Por cierto, buen trabajo con tu tercer puesto en la clasificación. De hecho, tienes una oportunidad de vencer a Noah el domingo.

Como un hermano pequeño, me siento orgullosos de los elogios de Liam. —Gracias. No podría haberlo hecho sin ti. Literalmente, por cierto. Ahora que te has ido, toda la atención está puesta en mí, así que gracias.

—Puedes fingir que te importa una mierda, pero buscas la aprobación de los que te rodean. Qué bonito —Liam se lleva la palma de la mano al corazón y pestañea para mí.

Le tiro una almohada a la cara. —Imbécil. Todos tenemos objetivos: tú ser el mejor del resto, y yo ser el mejor.

—Oh, cómo han cambiado las cosas.

—Después de quedar quinto hoy, ¿Te arrepientes de tu elección?

Niega con la cabeza. —En absoluto.

Golpeo mis dedos contra mi rodilla que rebota. —¿Por qué no?

—Porque me enrollé con Sophie después y ella hizo esta cosa con mi…

Le lanzo otra almohada a la cara. —Prefiero beber champán en el podio.

—Hablas como alguien que está a un trago de su primera reunión de AA.

Le muestro el dedo medio. —¿Sabes cuánto te odio?

—Si por odio quieres decir amor, entonces ya lo sé —Liam me dedica una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo lo sabes?

—Es una sensación que tengo en mi interior, cálida y con hormigueo. Algo así como el ardor de estómago después de una comida mexicana picante. Y hablando de mexicana…

Me paso la mano por la cara. —Oh, no.

—Oh, sí. Puede que me hayas desviado antes, pero veo a través de ti —Liam hace el ridículo movimiento de "*te estoy vigilando*" con los dedos.

—No hay mucho que compartir, excepto que ahora estoy bajo arresto domiciliario.

Chasquea los dedos. —¿Cómo el hombre hormiga?

—Más bien *Disturbia*.

—Tu conocimiento común de las películas de Shia Le Beouf es una bandera roja. En realidad, retiro lo dicho. Tú *eres* la bandera roja. Una gran bandera roja que camina y habla.

Le sonrío. —Y la voy a agitar fuerte y orgulloso.

Mi teléfono suena veinte minutos más tarde, interrumpiendo mi ronda de puesta al día con Liam. Me excuso, diciéndole que me reuniré con él antes de la carrera de mañana.

—Hola, papá. ¿Cómo va todo? —Salgo de la suite de Liam.

—*Mejor de lo esperado*.

—¿Y mamá?

—*Aguantando después de todo. Pero también es importante, ¿cómo estás?* —La voz seria de mi padre me arranca una sonrisa. Intimida a todo el mundo menos a mamá y a mí, ya que nos trata como a sus pertenencias más preciadas.

Si la gente piensa que mi actitud se debe a unos malos padres, están tristemente equivocados. Los Kingston son todo sentimiento y mierda, y yo tenía días de cine semanales mientras crecía y noches de pizza en familia después de mis carreras de karts.

Salgo de la autocaravana de Vitus. El sol me ilumina mientras me apoyo en el lateral de la estructura temporal, lejos de las miradas indiscretas. —Todo está muy bien.

Se ríe. *—Vaya, no es de extrañar que seas un profesional delante de las cámaras. Ahora dime cómo te sientes realmente, sin las tonterías, por favor.*

Dejo escapar un fuerte suspiro. —Es una mierda estar lejos de casa. Me siento culpable por competir mientras ustedes están en Londres, lidiando con médicos y chequeos.

—Todos tenemos que actuar con normalidad por el bien de tu madre. No podría soportar pensar que estás cambiando tu vida por ella. Sólo te pido que la tengas en cuenta cuando pienses en hacer estupideces como lo que pasó en las vacaciones. Es lo que más le afecta, sobre todo cuando sabe que estás sufriendo por ella.

¿Cómo es posible sentir su decepción a miles de kilómetros de distancia? Mis manos empiezan a temblar y las aprieto para detener el movimiento. —Tengo a alguien que me ayuda a mantenerme a raya, así que no creo que ese asunto se repita. Al menos no al nivel de lo que ocurrió antes.

—¿Y crees que podrás mantenerlo en un futuro próximo? Tu madre ya tiene bastante, y yo te quiero, pero su salud es mi prioridad ahora mismo. No puedo preocuparme por los dos al mismo tiempo —Mi padre suspira. Me lo imagino escondido en su gimnasio, ocultando esta conversación a mamá.

El dolor agudo en mi pecho se hace más fuerte. —Sí. Puedo estar mejor. Por ti y por ella.

—No he llamado para hacerte pasar un mal rato por tu error porque sé que el equipo lo hará por mí. Quería decirte que quizás deberías llamar a tu madre. Ha tenido un día difícil y significaría mucho para ella.

Mis manos tiemblan más mientras lucho por meter aire en mis pulmones. —¿Qué ha pasado?

—Sabes que algunos días son más difíciles que otros. Tus llamadas telefónicas le sacan una sonrisa, así que, si puedes hacer un hueco en tu apretada agenda, te lo agradecería.

—Por supuesto. La llamaré en cuanto pueda.

—*Gracias. Y felicitaciones por tu gran clasificación. Te queremos mucho y estamos orgullosos. Este va a ser tu año. Lo sabemos.*

—Gracias, papá. Yo también te quiero.

—*Tengo otra llamada en espera. Hablaré contigo mañana* —Cuelga.

No puedo esperar a mi habitual Sucky Sunday Special[12] de sentirme como una mierda después de hablar con mis padres. En el momento en que cuelgo, me regreso a mi suite privada McCoy, necesitando un poco de ayuda en forma de pastilla antes de llamar a mi madre.

La última persona que quiero ver en un momento de debilidad tiene su culo plantado en uno de mis sofás.

Dios, Elena no puede ir, no sé, ¿a arreglar una crisis de relaciones públicas? Me paso una palma agitada por mis rizos.

—Oye, eso fue rápido. Esperaba que Liam te cuidara durante al menos una hora más. Casi supero mi puntuación más alta —Elena me muestra una sonrisa vacilante mientras me enseña una creación de diseño de interiores de un juego en su iPad. Ha creado un enorme salón con decoración playera, similar a la mansión de mis padres en Londres. El recuerdo de lo que me estoy perdiendo hace que un dolor de algo fuerte me atraviese el corazón.

Odio la estúpida y tímida sonrisa de Elena. Odio cómo quiero ver más de ella para aliviar el torrente de emociones dentro de mí. Mi reacción incontrolable hacia ella tiene como resultado que la ira sustituya a la ansiedad. Como un tsunami, estoy en un camino irreversible de destrucción.

—McCoy no paga a Liam para que me cuide, te pagan a ti. Tal vez deberías concentrarte en tu trabajo en lugar de perder el tiempo con un estúpido juego. Si esto es lo que haces durante tu tiempo libre, tal vez no valgas la paga extra después de todo.

—No hace falta que te comportes como un idiota —Su ojo izquierdo tiembla. Es bastante entrañable, lo que aumenta mi frustración.

—Actuar insinúa que este no es mi comportamiento normal. Ahí es donde te equivocas. Este soy yo, y tal vez necesitas empezar a envolver tu linda

cabecita alrededor de eso. No estoy aquí para ser tu amigo, amor —Algo de pelear con Elena me vigoriza. Es jodido, pero la rabia hacia ella se siente mejor que la ansiedad que amenaza mi control.

Su ojo izquierdo libra una guerra para permanecer abierto. —Si tienes un día de mierda, no te desquites conmigo. Sólo estoy aquí para ayudarte.

—Sólo estás aquí para ganar dinero. La rutina del mártir sacrificado es un poco rancia, especialmente para alguien que se va con una cuenta bancaria llena de dinero después de todo esto.

Algo parecido a la culpabilidad destella en sus ojos antes de recuperarse. —No todo es cuestión del dinero.

—Sin embargo, serás la primera en cobrar un cheque mensual de mis problemas.

Deja escapar un suspiro resignado. —No sé qué te ha hecho enfadar tanto. No hay nada malo en estar ansioso e irritable, pero necesitas controlarte. Puedo ayudarte si me dejas.

—No se puede arreglar todo.

—No me voy a ir. Así que, si no puedo arreglarlo, encontraré a alguien que pueda.

Esa es mi preocupación. No puedo tenerla cerca de mí, tratando de hacerme mejor. Para hacer que quiera ser mejor.

La esperanza es para los idiotas con un futuro por delante.

La esperanza es para los que desean bajo las estrellas, o en una iglesia, o en un momento desesperado de necesidad.

Los desperados no tienen ese tipo de momentos. Tenemos un reloj biológico que hace tic-tac sobre nuestras cabezas, recordándonos la mierda de mundo que tenemos.

Aviso de spoiler: todos morimos al final. Sólo que algunos acaban más rápido que otros.

Entro en mi habitación sin mirar atrás. El ruido sordo de la puerta al cerrarse me llena de temor. De nuevo a solas con mis pensamientos, mi

auto-odio y mis interminables preocupaciones. Un equipo de ensueño de la peor clase,

Mi respiración se vuelve errática mientras considero las consecuencias de mis actos. Pelear con Elena aumenta mi vacío, negro e interminable. Absorber su felicidad me jode aún más. Camino por el pequeño espacio, intentando calmar mi corazón acelerado, pero sin conseguirlo.

Mis pensamientos se agolpan en mi cabeza, mi cerebro pasa de un tema a otro sin tregua. Los pensamientos de decepcionar a mi padre, preocupar a mi madre y obligar a Elena a alejarse empujan mi mente más allá de su punto de ruptura. Mis labios respiran forzadamente mientras intento respirar profundamente. Todas mis estrategias para relajarme fallan. Las frías paredes grises parecen cerrarse, dejándome poco espacio para respirar. La ansiedad es así de desagradable. Me arrebata la sensación de escape, creciendo día a día.

Tomo mi fiel frasco de pastillas de la bolsa del gimnasio con manos temblorosas. Nada puede ahuyentar mis miedos como los medicamentos. He intentado tomarlas menos. Realmente lo he hecho. Momentos como estos ponen a prueba mi fuerza mental, y no puedo llamar a mamá cuando estoy a dos segundos de enloquecer.

El alivio inunda mi torrente sanguíneo veinte minutos después, aliviando mi pesar mientras marco a mi madre.

Ansío el adormecimiento que proporciona un Xan. Mis habilidades de afrontamiento son una mierda, pero nombra algo de mí que no lo sea. No voy a aguantar la respiración porque van a estar enumerando mis defectos durante mucho tiempo.

6



Jax

La música suena en la suite del hotel y me despierta. Gruño mientras me quito las sábanas y miro la hora en mi teléfono. *Las putas cinco de la mañana*. Media hora antes de que tenga que despertarme para la carrera.

Salgo de mi habitación, renunciando a una camisa en favor de averiguar qué mierda está pasando. Mis pies se detienen cuando mis ojos se posan en el objeto de mis frustraciones.

Y me refiero a *todas* mis frustraciones.

Del tipo mental. Del tipo físico. Del tipo que hace que mi polla cobre vida en mis boxers.

Elena lleva una prenda diminuta más apropiada para una pasarela de Victoria's Secret. Su sedoso camisón abraza sus curvas y el dobladillo le llega a medio muslo. Sus nalgas me provocan, rogándome que compruebe lo que hay debajo de su diminuto vestido.

—Buenos días —habla con una voz cantarina que no le pega. La forma en que habla y la mirada que me envía por encima del hombro gritan picardía.

O esto viviendo el mejor puto sueño o una pesadilla viviente. El olor a huevos y bacón me dice que todo esto es muy real. Mi polla palpita en mis boxers mientras evalúo las piernas y el culo de Elena. Ese puto culo.

Mierda. Esto es una verdadera tortura.

—¿Quieres desayunar?

Bueno, joder. ¿Quién soy yo para decir que no? Con Elena pareciendo un sueño húmedo, aceptaré cualquier cosa que me ofrezca.

Me siento en la mesa del comedor, esperando ocultar mi creciente erección. Mis ojos siguen todos sus movimientos. Desde la forma en que toma la taza de café de la estantería superior hasta que se agacha para comprobar el tocino en el horno.

Cada maldito movimiento que hace se burla de mí. Sinceramente, no puedo entender su buen comportamiento, sobre todo después de que ayer me portara como un idiota con ella.

Sus ojos brillantes no coinciden con el falso ceño fruncido que tiene en el rostro. —¿Estás bien? Tu cara parece un poco adolorida.

No es lo único que duele.

Se acerca, sosteniendo un plato lleno de comida delante de ella. Podría acostumbrarme a este tipo de trato. Quizá tener una niñera no sea lo peor después de todo.

Se inclina hacia mí, y me llega el aroma de su champú de fresas.

—Esta situación puede ir por dos caminos. O nos tratamos con respeto, o te comportas como un idiota conmigo. Pero si eliges la segunda opción, ten en cuenta que no acepto una mierda. Hay más de una forma de torturar a alguien. —Sus ojos pasan de mi cara a mi entrepierna, observando mi erección.

Mierda. Esto es tan caliente y a la vez tan jodidamente malo. —¿Y cómo estoy siendo torturado? Parece que estoy recibiendo el mejor trato con el desayuno y un espectáculo.

—¿Oh? ¿Pensabas que esto era para tu beneficio? Más bien te programé dos entrevistas seguidas después de tu carrera porque todo el mundo sabe que te encanta ser el centro de atención. Aunque las bolas azules añadidas a tu mañana son un plus —Ella sonríe ampliamente.

—Has jugado conmigo.

Elena niega con la cabeza.

—Piensa en esto como una iluminación. —Se dirige hacia su habitación con el plato de lo que debería haber sido mi desayuno—. P.D. Si quieres desayunar, llama al servicio de habitaciones para ti. No soy tu criada. —Su sonrisa es lo último que veo antes de que cierre la puerta de su habitación.

La maldita Elena González demostró ser una digna oponente.

Que comience el juego.



El equipo recorre el garaje, realizando las comprobaciones de última hora antes del Gran Prix de Australia. El Xanax que tomé después del desayuno ha hecho efecto en mi organismo, convirtiendo mi ansiedad en un problema temporal del pasado. Tomo la cantidad justa para adormecer las preocupaciones mientras me mantengo alerta porque lo último que necesito mientras conduzco un auto a trescientos kilómetros es un ataque de pánico.

Elena me sonríe desde un rincón del garaje, regodeándose de su jugada de antes.

Aprovecho que Elías está ocupado para hablar con ella. —Entonces, ¿así es como va a ser entre nosotros? ¿Yo empujo, tú tiras?

—Eso depende. ¿Vas a ser un idiota conmigo durante toda la temporada?

—No lo sé —Realmente no lo sé. No es como si pudiera predecir cuando la mierda golpeará el ventilador para mí.

—Qué tranquilizador.

Dejo escapar una carcajada. —Algunos me llaman imprevisible.

—¿Son los mismos que te dejaron desmayado junto a un urinario? Porque no se equivocan.

Maldita sea. No se contiene. De alguna manera, lo encuentro… refrescante.

Ay de mí. Un niño rico que hace que todo el mundo y su madre le besen el culo durante quince minutos a la luz pública. Estar cerca de alguien como

Elena me recuerda lo humano que soy. Me hace sentir humilde y al mismo tiempo me asusta.

—Hablando de imprevisible, podría decir lo mismo de ti. El espectáculo de esta mañana fue algo más… ¿Empacaste todos esos camisones para mí?

Sus mejillas se vuelven del mejor tono de rosa. —Es lo que te mereces.

—¿La gente conoce esta faceta tuya?

—¿Los que bajan sin patalear y gritar? Ah, sí.

—Prefiero tenerte gritando que, pateando, pero me apunto si esa es tu perversión.

Sus mejillas pasan del rosa al rojo sangre. —No puedes…

—¿Hablarte así? ¿No puedo decirte cómo, después de tu pequeño espectáculo, me masturbe con la imagen de ti inclinada sobre mi cama mientras te follaba? Seguro que es una forma de hacerme sentir bien antes de una carrera.

Los ojos de Elena recorren el garaje y se posan en todas partes menos donde yo quiero.

Chasqueo los dedos delante de su rostro. —Tú puedes jugar tus jueguitos, pero yo puedo jugar los míos. Y te aseguro que yo conseguiré el mejor trato de esto.

Un miembro del equipo me llama para preparar la carrera.

—Será mejor que me vaya. Disfruta del Prix —Me encanta meterme en su piel. Elena es suave, bronceada, *no me importaría besar cada centímetro de piel*.

Sí. Estoy muy jodido.

—Buena suerte —susurra Elena en voz baja.

Le doy una sonrisa por encima del hombro antes de subir a mi auto.

El equipo me lleva al tercer puesto en la clasificación. Mi posición P3 me sitúa detrás de Noah y Santiago, los chicos de Bandini que luchan con McCoy durante todos los premios.

El equipo ignífugo me protege de la cabeza a los pies, garantizando mi seguridad en caso de que algo salga mal. Mi cuerpo tiembla por el estruendo del motor.

Las luces sobre mí se iluminan antes de volverse negras. Mi zapatilla de deporte pisa el pedal y mi auto acelera. Corro por la primera recta del circuito. Las ruedas rechinan contra el áspero pavimento mientras recreo la conducción de práctica de ayer que completé en el simulador de McCoy.

—Bienvenido de nuevo a la parrilla. Liam, Elías y un montón de otros están detrás de ti, así que sigue con el buen trabajo —Chris, el director del equipo, habla por la radio del equipo. Es un hombre de palabras elegidas y una actitud sin tonterías.

—Los neumáticos se sienten bien. El motor está muy caliente.

—Parece que está funcionando entonces. Lo comprobaré pronto.

Mi auto destroza el pavimento, vuelta tras vuelta. Entro en boxes, dando al equipo dos segundos para cambiar mis cuatro neumáticos. El caucho se encuentra con la carretera, impulsándome por el carril de boxes antes de reincorporarme a la carrera. Después de entrar en boxes, tengo que volver a subir en la clasificación.

—Liam está delante de ti. En la siguiente curva, ve por el exterior en lugar de por el interior. Córtale el paso antes de llegar a la recta. —La voz de Chris reverbera a través del pequeño auricular.

Mi auto se avanza detrás del de Liam. En este deporte todo se reduce a una milésima de segundo, lo que significa que cada giro -cada maldita rotación de neumáticos- es importante. Me pongo al lado del auto de Liam antes de frenar. Él toma el interior como pensaba Chris, y yo me mantengo en el exterior.

Mi auto pasa por delante del de Liam, su motor no es rival para el mío. Me precipito por la recta a más de trescientos kilómetros.

—Ahora devuelve a Elías al lugar que le corresponde —resopla Chris en el micrófono.

—Entonces, ¿a la parte de atrás de la parrilla? —Hago acopio entre jadeos, mi respiración se hace más pesada mientras el motor se calienta detrás de mí.

Chris y mi ingeniero principal se ríen mientras corto delante de Elías en la siguiente curva.

—*Sólo tienes a Santiago y a Noah por delante. Muéstrales quién es su papi*.

Suelto una carcajada. Los autos rojos de Bandini brillan, parecen relucientes bajo el sol. Mi auto se acerca al de Santi en una de las curvas, pero él me empuja de nuevo al tercer puesto. Su auto ocupa el centro de la carretera, pero yo me arrastro detrás de él, con mi alerón delantero subiendo. En la siguiente curva, me acerco al lado de su auto antes de adelantarlo. Sus neumáticos chirrían al frenar repentinamente.

—Buen trabajo. Tu jugada será un tema interesante en la conferencia de prensa. James Mitchell tendrá un puto día de campo si le ganas a sus chicos.

Por último, pero no menos importante, Noah Slade. El cuatro veces campeón del mundo de F1 y recién elegido presidente del escuadrón "Pussy-whipped"[13]. Me frena antes de la siguiente curva.

Quiero esta maldita victoria. Por mí, por el equipo, por mi maldita cordura, Ganar significa superar mis dudas. Quedar primero significa que soy digno de los fans que se preocupan por mí lo suficiente como para llevar el número de mi auto de carreras. Un podio marca un hito y hace que el tiempo que paso lejos de mi madre merezca la pena.

Noah no me lo pone fácil. Se enfrenta a mis movimientos con resistencia, dándome oportunidades limitadas para empujarlo fuera de la primera posición.

—Maldito infierno —murmuro en voz baja.

Chris activa la comunicación. *—Por favor, muéstrale a este hombre lo que pueden hacer los autos McCoy.*

Noah ha ganado suficientes campeonatos para toda la vida. Es hora de que alguien más le baje los humos… o diez. No sé cómo Maya maneja su ego.

Los neumáticos giran, las marchas del auto cambian y mi corazón se acelera al ritmo del motor. Consigo rodear el auto de Noah en una de las últimas curvas y me pongo delante de él cuando más importa. El público enloquece cuando paso por la línea de meta. Una sonrisa de mierda se dibuja en mis labios porque lo he conseguido, joder.

7



Elena

Salgo de mi habitación y encuentro a Jax sentado en el sofá, haciendo rebotar su rodilla con agitación. Está guapo y preparado para la gala de Shanghai con su camisa negra abotonada y sus pantalones. Como si vestirse significara ajustarse a las expectativas de la sociedad, se ha deshecho de la pajarita. Sus músculos sobresalen del caro material de su camisa.

Básicamente, Jax es el peor tipo de tentación. Para mi trabajo. Para mi salud mental. Para el sentimiento loco y lujurioso que hay dentro de mí y que no le importaría aceptar su oferta de ligar. Pero menos mal que valoro más mi trabajo que un polvo rápido con el soltero más malo de Gran Bretaña.

—Bueno, no te ves tan mal —Su labio se curva en la esquina antes de fijar un ceño fruncido en su lugar.

Resoplo. —Tus cumplidos apestan.

—Soy la última persona que quieres que te halague.

—¿Por qué te falta tacto?

—El tacto no es nuestro problema —Su acento británico enuncia sus palabras.

—Soy *yo* el problema para ti —Me golpeo el pecho con el dedo índice.

—¿Qué quieres que haga al respecto?

—¿Te mataría ser más amable conmigo? Diablos, ¿qué tal menos malhumorado?

Se pasa una mano por su barbilla sin barba. —¿Quieres la respuesta honesta?

—¿Seguro? —Pero mi voz suena todo menos segura.

—No estamos hechos para momentos dulces y palabras especiales —Sus ojos vuelven a examinar mi cuerpo mientras acorta la distancia entre nosotros.

Ignoro la energía que me recorre ante su mirada. —De acuerdo entonces. ¿Qué tipos de momentos estamos destinados a vivir?

Su mano me roza el rostro, provocando un leve escalofrío en mí. Agarra un mechón de mi cabello y lo frota entre sus dedos, analizándolo como si contuviera todas las respuestas. —De las que sólo acaban en decepción.

—Estoy orgullosa de ti. No todos los hombres pueden admitir sus defectos en el dormitorio —Le doy un golpecito en el pecho, ocultando lo mucho que se me acelera el corazón ante su proximidad. Mi mano se calienta al recorrer los botones de su camisa para aplanar una arruga.

—*Decepcionante* es la última palabra que usarías para describirme en el dormitorio —Su voz cae en picado con una rima.

—Ah, ¿sí?

Su mano se flexiona como si quisiera volver a tocarme antes de guardarla en el bolsillo. —Siempre he sido mejor mostrando, no contando.

—Es apropiado ya que tienes el rango emocional de un niño de cinco años. Siguen el mismo concepto.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe. —Te puedo asegurar que en todos los años que he estado con mujeres, puedo decir con seguridad que no se han quejado.

—Probablemente porque eres el que se va antes de que tengan la oportunidad de hablar.

—Ahh, ¿ya te estás aprendiendo mis trucos?

—Los trucos insinúan que son engañosos. Olvidas que mi trabajo es aprender todo de ti.

Sus ojos se oscurecen. —¿Incluso las partes malas?

—Especialmente esas. Hace que este trabajo sea más interesante —Junto las palmas de las manos y muevo los dedos, dando mi mejor impresión de genio malvado.

—¿No el hecho de que soy diabólicamente atractivo y tengo un acento asesino?

Pongo los ojos en blanco. —No. Yo lo calificaría de estafa.

Mentiras. Su acento y su aspecto son muy favorables en esta situación.

—¿Por qué te resulta difícil resistirte a mí?

—Ehh. No me gustan los tipos que actúan como tú.

—¿Y eso es?

—Como si estuvieran por encima de mí.

Su máscara de desinterés se desvanece por un momento. —No es eso lo que siento.

—Así es como te presentas, que es lo mismo. No pasa nada. Soy una chica grande y puedo manejar hombres como tú. No eres el primer cliente que me trata así —Me dirijo hacia la puerta principal para salir de la suite. Mi vestido de seda color champán se me pega al cuerpo, dificultando las largas zancadas.

Jax me alcanza fácilmente. Se agarra a mi codo suavemente, girándome hacia él. —No puedo hablar por otros hombres, pero no creo que sea mejor que tú. Mas bien lo contrario. Eres demasiado… —Se muerde el labio mientras recorre mi cuerpo una vez más antes de detenerse en mi rostro—, buena para alguien como yo.

—¿Alguien como tú? —Miro fijamente su mano, tratando de entender por qué mi piel se eriza ante su tacto.

Su pulgar roza perezosamente mi piel. —Soy más adecuado para destruir la felicidad de alguien que para ser su razón de ser.

Dejo escapar un profundo suspiro. —¿Siempre vas a hablar con declaraciones envueltas en confusión?

—Soy como el acertijo de Jim Carrey.

—De todas las películas a las que podrías hacer referencia, ¿eliges la franquicia de Batman de George Clooney? Estoy perdiendo mi respeto por ti.

—El hecho de que me tengas un poco de respeto es preocupante.

—No te preocupes, está disminuyendo a cada segundo.

Sacude la cabeza, luchando contra su sonrisa antes de conformarse con un ceño fruncido. —Vamos. Es hora de acabar con este espectáculo de mierda.

—¿Por qué odias los eventos de los patrocinadores?

—Odio todo lo que no sea correr con mi auto. Prefiero desaparecer de la faz del planeta que lidiar con un nuevo grupo de gente cada semana que me hace demasiadas preguntas.

Ambos entramos en el vestíbulo y nos dirigimos al ascensor. —Creo que entonces has elegido la carrera equivocada. Las carreras y el estatus de celebridad son sinónimos.

Jax pulsa el botón. —Créeme, no pensaba en las consecuencias cuando era más joven.

—¿Por qué es más probable que te pongas ansioso con los demás?

—Parte de ello.

Vago, pero lo dejo guardar su secreto. Las puertas del ascensor se abren y entramos.

Pulso el botón del vestíbulo. —¿Cuánto tiempo has estado ansioso?

—Desde siempre.

—¿Y ha empeorado?

—No eres un terapeuta. Deja de hurgar en mi cerebro buscando respuestas.

Me río mientras me apoyo en la barandilla. —Se llama tener una conversación. Deberías probarlo alguna vez con el sexo opuesto. Te sorprendería saber de qué pueden hablar las mujeres cuando no las estás follando para que se callen.

—Eres linda, incitándome a hablar más sucio. ¿Te excita pensar en mí con otras mujeres, deseando que seas tú?

Oh, mierda. Bien hecho, Elena. Disfruta del lío que has creado.

Pongo los ojos en blanco. —No.

—Sin embargo, te gusta sacar el tema. ¿Por qué? —Su sonrisa de satisfacción me molesta.

Mis ojos se estrechan ante sus labios. —Se llama broma.

—Te puedo asegurar que el sexo conmigo es todo menos eso.

Arrugo la nariz con desagrado. —Qué asco. Eres como una crítica de cinco estrellas del dueño de un restaurante chino de mala muerte.

—¿Qué mierda significa eso?

—Nadie debe confiar en tu brillante recomendación hasta que lo pruebe por sí mismo.

Se le escapa una carcajada. —¿Cómo demonios se te ocurre la mitad de las mierdas que dices?

—Tengo una lengua rápida. Es un talento.

Su ceja se levanta cuando mis palabras calan. *Bueno, mierda, más bien la lengua más estúpida en este momento.*

Intento recuperarme. —Vamos a ignorar eso. Y vamos a pasar mucho tiempo juntos, así que quizá puedas aprender a hablar de otras cosas que no sean el sexo.

—¿Siempre eres tan mandona?

—Prefiero el término asertiva. Mandón tiende a tener una connotación negativa, especialmente para las mujeres.

Sus cejas se levantan. —Has recibido mucha mierda por ser una mujer que trabaja en la F1, ¿no?

—¿Qué lo delato? ¿Qué apenas hay mujeres en el paddock de las carreras o que todos los hombres me ignoran en la sala de prensa?

Niega con la cabeza. —Otra razón para odiar a la gente.

—No lo veo así. Lo veo como una razón más para demostrar que la gente se equivoca.



Jax y yo entramos en la gala de Shanghai treinta minutos después. Las luces de cristal que cuelgan del techo nos envuelven en un resplandor dorado mientras Jax nos guía entre la multitud. El lujo se queda corto, ya que los camareros se pasean ofreciendo cosas de champán de cien dólares y comida sacada directamente de la cocina de Gordon Ramsey.

La actitud de Jax cae en picado cuando se ve obligado a hablar con extraños durante más de cinco minutos. Atribuyo su irritabilidad al hecho de tener que hacerse el simpático durante horas.

—Ah, Elena. Pensé que eras tú. Llevo una hora intentando encontrarte esperando que me guardes un baile —La voz de Elías gana mi atención.

—Elena necesita quedarse a mi lado esta noche. Quizá puedas volver a intentarlo, no sé, nunca —Jax lo despide con su mano, extendiendo convenientemente su dedo medio.

—Está bromeando. Ignóralo. —Mis ojos se estrechan hacia Jax.

—Bien. Voy a pedirle al DJ que ponga una de tus favoritas. Ahora vuelvo —Elías me lanza una sonrisa reservada.

—Deja de animarlo —El gruñido de Jax hace que se me caliente la sangre en las venas.

—Es un baile con un amigo. Deja de darle tanta importancia a las cosas.

La mandíbula de Jax se aprieta, las sombras persisten donde las lámparas de araña no brillan. —¿Amigo?

—Puede parecerte un concepto extraño, pero los hombres y las mujeres pueden ser amigos sin tener sexo.

—Eso es una mierda. Liam y Sophie son un ejemplo perfecto de lo que ocurre entre dos *amigos*.

Pongo los ojos en blanco. —Elías y yo nos conocemos desde hace años. No es así entre nosotros.

—No pedí una explicación. Haz lo que quieras —Se aleja, despidiéndose de mí.

Ignoro mi incipiente fastidio mientras busco a mi amigo. Es fácil ver a Elías cerca de la cabina del DJ, entablando una conversación con el hombre que trabaja en los platos. Sonríe tímidamente al DJ mientras se aleja.

Me saca a la pista de baile y me hace girar en círculo al ritmo de "*La Bicicleta*".

—Entonces, ¿tú y el DJ? —Muevo las cejas.

Niega con la cabeza. —Ya sabes cómo es.

—No puedo ni empezar a imaginar cómo te sientes.

—Es difícil en un deporte como éste. No quiero ser el primero… ya sabes.

Nunca será el momento adecuado para que Elías salga al mundo. Con su carrera, sigue manteniendo en secreto su sexualidad a pesar de lo mucho que le duele ocultar una parte importante de sí mismo.

—Seguro que da miedo, pero los tiempos han cambiado.

La voz de Elías se reduce a un susurro que me cuesta oír por encima de la música. —No sé nada de eso. Odio cuando los chicos asumen que voy a ligar con ellos porque tienen una polla y un buen culo.

—Esperaría que en los tiempos que corren la gente fuera más tolerante.

—No quiero ser el que lo pruebe. Al menos no todavía. Definitivamente no ahora después de conseguir un contrato con un equipo de primera.

—Cuando estés listo, me lo haces saber y te ayudaré.

Elías sonríe. —¿Qué haríamos Jax y yo sin ti?

—Mientras que tú puedes olvidar tus respuestas a las preguntas durante una rueda de prensa, Jax podría acabar siendo el próximo trending hashtag de Twitter. Y no por una buena razón.

—Tienes que admitir que el hashtag JaxAttack es bastante pegadizo.

—Casi tan pegadizo como la enfermedad de transmisión sexual que seguramente contraerá de cualquier mujer con la que se enrolle en el club.

A Elías le tiembla el pecho mientras se ríe. —Di lo que quieras, pero saca un fuego en ti que hace tiempo que no veo. Me estaba preocupando, sabes, pero no quise decir nada el año pasado. Parecías cansada y triste, y no estaba seguro de si estabas estresada o si era por otras cosas con tu Abuela…

—No quiero que te preocupes por mí. Y menos por los demás —Mis ojos exploran nuestro entorno.

—Alguien tiene que hacerlo. ¿Cómo está funcionando su nueva instalación?

—Es caro, pero merece la pena. Incluso me mandan fotos de ella todos los días y me llama una vez a la semana. Supuestamente se ha hecho amiga de su compañera de piso.

—Me alegra saber que es feliz. Podría haber estado allí hace años si sólo hubieras aceptado mi ayuda.

—No soy un caso de caridad.

—Y, sin embargo, ayudas a todos los que lo son —Me ofrece una pequeña sonrisa.

—Ahora puedo pagar la casa gracias a este trabajo. Con los pagos mensuales para ayudar a Jax, puedo pagar su residencia y mis préstamos, además de mi apartamento. Incluso estoy mirando un lugar un poco más grande ahora.

—Eso es bueno. No me gusta donde vives.

Pongo los ojos en blanco, ignorándolo.

Su ceño no cede. —¿Sigues teniendo esas pesadillas?

—Elías… *No quiero hablar de eso.*

Llámame supersticiosa, pero no he tenido ninguna pesadilla desde el comienzo de esta temporada.

—Creo que tú y Jax tienen más en común de lo que crees. Ambos evitan hablar de las cosas que les molestan. Al menos contigo, sé lo que pasó. Pero con él, obviamente, grita chico malo con triste pasado. ¿Qué piensas?

—¿Qué triste pasado? Sus padres están vivos, apoyan su carrera y tiene acceso a todo lo que el dinero puede comprar. Es el ejemplo de lo que ocurre cuando los padres les dan todo a sus hijos. ¿Qué más podría querer?

Elías me hace girar en círculo. —Tal vez no estás haciendo las preguntas correctas.

La multitud se separa de forma inquietante, revelando a Jax, que se encuentra en un rincón con Liam y Noah.

Como si me percibiera, sus ojos se encuentran con los míos. Cada nervio de mi cuerpo se enciende. Su sonrisa grita problemas y promesas tácitas, y la respuesta de mi cuerpo a su atención me preocupa. Mi atracción por Jax pone en peligro el plan cuidadosamente diseñado para ayudarlo. Pero dejo de lado esos pensamientos porque estoy aquí para saber exactamente qué es lo que mueve a Jax Kingston.

Resulta que me toca trabajar con el mayor reto de mi carrera hasta ahora. Mientras que algunos podrían sentirse intimidados por la mala actitud y la melancolía de Jax, yo no puedo esperar a empezar a repararlo desde cero.

Le enseño una amplia sonrisa que hace que sus cejas se junten y su ceño se frunza.

Adelante.

8



Elena

Por alguna razón, Jax no me oye cuando entro en su habitación. Me dirijo de puntillas a su ventana, me agarro a las cortinas y las abro con dramatismo.

—¡Levántate y brilla!

Se le escapa un extraño gruñido mientras se aleja de la luz. —¿Qué mierda?

—Es hora de levantarse. Tenemos un día muy ocupado.

—¿Puedes volver en unas horas? Mejor aún, no vuelvas —Agarra una almohada y se tapa la cabeza. Su voz tiene un tono áspero, ronco por haberse despertado.

Aprovecho para contemplar su espalda desnuda, cubierta de tatuajes, con apenas un centímetro de espacio disponible. Los suaves músculos se tensan, creando crestas a lo largo de su cuerpo.

Me pican los dedos para tocarlo. Estoy a punto de ceder, pero de alguna manera me contengo. —Es una oferta tentadora.

—No es tan tentador como una mamada matutina. Así que, a menos que eso esté sobre la mesa, tienes que irte —La almohada sobre su cara amortigua su voz.

—¿Quién iba a saber que eras tan encantador por la mañana?

—¿Qué puedo decir? Sacas lo mejor de mí —dice secamente.

Mis ojos se esfuerzan al intentar distinguir los tatuajes que se extienden por sus definidos brazos. Me relamo los labios, luchando con todo mi ser por no acercarme.

Jax se levanta de repente contra el cabecero de la cama. Me apresuro a apartar la mirada, pero la sonrisa que se dibuja en su cara me indica lo jodida que estoy.

—Elena González, ¿me estabas mirando? Me siento halagado.

—Por favor. —Pongan los ojos en blanco—. Me preguntaba cuán rápido podría asfixiarte con la almohada.

—Si alguien me hubiera dicho que moriría en la cama contigo, no habría sido mi primera suposición.

Mis ojos caen sobre la alfombra del hotel mientras el calor inunda mis mejillas. —No puedo creer que beses a tu madre con esa boca.

—A ella no le importa. No es mi culpa que tengas el lápiz de Apple permanentemente implantado en el culo —dice Jax.

Trato de ignorar la forma en que sus músculos se tensan y ondulan por el rápido movimiento, pero sólo tengo un límite de autocontrol cerca de él.

—Continuando… Tengo planeada tu primera actividad para ayudar a reparar tu imagen. Prepárate porque tenemos que estar allí en una hora. Y asegúrate de llevar ropa de entrenamiento. —Salgo de su habitación sin mirar atrás. Seamos realistas, no tengo el autocontrol necesario para verlo salir de la cama.

Jax se reúne conmigo en el salón veinte minutos después. Los pantalones Adidas se ciñen a sus musculosas piernas y su camiseta negra resalta su tonificada forma.

Estoy tentada de golpearme a mí misma por planear un evento en el que pueda verlo en toda su fina gloria.

—¿Vas a ir vestida así? —Los ojos de Jax se fijan en mis trenzas de boxeadora a lo Million Dolar Baby antes de recorrer mi top y mis leggins.

—Sí. Vamos a hacer ejercicio físico —Hago un pequeño bombeo de puño que debería haber quedado en un vídeo de enfrentamiento de los ochenta.

—Que me jodan —refunfuña en voz baja mientras salimos de la habitación del hotel.

Su reacción me llena de un orgullo que no debería sentir. Por mucho que desee sus miradas ocultas y sus burlas, me resisto por su bien y por el mío.



Un rápido viaje en auto después, llegamos al lugar del primer evento de Jax.

—Mierda. ¿Un gimnasio de boxeo? —Mira el vestíbulo con los ojos muy abiertos y la boca abierta.

Le sonrío. —¡Sorpresa! He oído que te gusta boxear como parte de tu rutina de ejercicios, así que pensé que sería una buena idea. Al menos es algo que te interesa además de tus actividades extracurriculares habituales.

—¿Estás insinuando mi vida sexual otra vez? —me pregunta.

—¿Qué vida sexual? ¿La de tu mano derecha?

Los fans nos miran desde todas las direcciones mientras Jax se dobla, riendo. Incluso yo me dejo llevar por su reacción, feliz y despreocupada.

Recupero la compostura y tiro de él hacia la mesa de bienvenida.

—*Lucha contra la violencia doméstica. Buena elección* —Me da una sonrisa genuina. Una que le hace parecer joven y sin preocupaciones que le preocupan más de lo que le importa admitir.

—Pensé que era una causa increíble para donar. Invité a un grupo de personas de la F1, además de empresarios locales. Todo lo recaudado se destinará a una organización benéfica del Reino Unido que ayuda a las mujeres una vez que dejan a sus maltratadores.

Me costó un poco de planificación adicional, pero me encanta la causa. Veo muchos documentales, y uno sobre una mujer que describía el penoso proceso de escapar de su maltratador se me quedó grabado. Me comprometí a retribuir, así que aquí estoy, con el dinero de Jax financiando la causa.

Además, pensé que sería el primer evento perfecto para hacer entrar en calor a Jax con mi ayuda y mantener su interés.

Los aficionados e invitados caminan a nuestro alrededor, charlando y participando en una subasta silenciosa. Una gran cantidad de personas se inscribieron antes, incluidos los aficionados a la F1 que están dispuestos a donar cien euros por unos minutos en el ring de sparring con Jax, Liam, Santiago o Noah.

Me giro para encontrar los ojos de Jax sobre mí. Una extraña sensación ocupa un lugar en mi estómago, similar a la que tengo cuando un avión está a punto de aterrizar. —Te dije que te ayudaría con tu reputación. Pero no mencioné que pienso ayudar a mucha gente en el camino con la ayuda de tu lujosa cuenta bancaria y tus conexiones con famosos.

—Sólo tú usarías mi fama para ayudar a recaudar dinero para filantropías. Maldita sea.

—Tu cumplido se perdió en algún lugar de tu comentario.

—Ni siquiera lo digo con un golpe. Es… Esto es increíble —Mira a su alrededor con ojos brillantes y una gran sonrisa. Casi como si se sintiera en casa en el gimnasio, rodeado de zapatillas que chirrían y sacos de boxeo que se balancean.

Antes de que tenga la oportunidad de comentar algo, la persona principal que contraté para ayudar a organizar el evento nos interrumpe. Nos explica los objetivos del día mientras Jax escucha atentamente. Su disposición a participar me sorprende, especialmente cuando envía mensajes a otros corredores para asegurarse de que van a venir.

Durante las siguientes horas, intento apartar la mirada de Jax en el ring, pero me resulta difícil. Mas difícil que *sus músculos flexionados bajo las brillantes luces del gimnasio*. Su piel brilla por el sudor y tiene una sonrisa permanente en la cara durante toda la mañana. Es tan impresionante que me resulta difícil mirarlo durante un periodo de tiempo prolongado. Es como mirar al sol demasiado tiempo, con los ojos ardiendo y la piel calentándose.

—¿Quieres que te haga una foto de él? Suelen durar más. —Una mujer morena que reconozco al instante como la novia de Noah, Maya, aparece a

mi lado. Maya es un poco más baja que yo. Viste una ropa de deporte similar a la mía, con su cola de caballo castaña balanceándose detrás de ella —. Por cierto, un evento impresionante.

—Tan genial y me encanta la causa. Maya, hazme una foto mientras estás en ello. Se la voy a enviar a las sobrinas de Liam —Sophie, con un moño rubio y un sujetador deportivo y leggins fluorescentes a juego, saluda a Maya mientras camina hacia el ring. Parece pequeña en comparación con el octógono de combate elevado.

—A ella le encanta un buen momento fotográfico —Santiago Alatorre lanza un brazo por los hombros de su hermana mientras sus ojos marrones me miran. Su cabello oscuro gotea de sudor después de su ronda de sparring con un fan.

—Sunshine, te dije que te mantuvieras a un metro y medio de distancia —Liam se apoya en los cables mientras le da un beso en la cabeza a Sophie.

Sophie hace un ruido de arcadas —Te dije que dejarás de llamarme así hace meses.

—No es culpa mía cuando vas vestida así —Liam le muestra una sonrisa alegre mientras sacude la cabeza, y una pequeña sensación de celos me inunda. No hacia ellos en particular. Dios, no, no me gusta Liam así. Es más bien porque me resulta difícil ignorar mi sensación de soledad al ver una pareja realmente feliz y enamorada.

La última relación que tuve fue hace años, antes de que *Abuela* enfermara y yo empezara a trabajar en el circuito de la F1. Eso, unido a mi incapacidad para imaginar un futuro con ellos, me llevó al fracaso. No pensé que echaría de menos tener una conexión romántica con alguien, pero ver a una pareja feliz me golpea con fuerza.

—¿Por qué quieres que se mantenga alejada? Donaría mil euros para ver a Sophie pateando tu culo allí —Noah toma un sorbo de agua de la botella de Maya.

—Me gustaría ver cómo lo intenta. Jax me enseñó a hacer sparring hace años —Liam se baja al suelo del gimnasio.

—¡Y tú sigues siendo terrible! Tendría más suerte enseñando a Santiago a luchar —Jax lanza las manos al aire mientras sigue a Liam fuera del ring.

Liam mueve el dedo corazón como si fuera una caja sorpresa. Una suave carcajada se escapa de mis labios, lo que hace que la atención de Jax vuelva a centrarse en mí. Sus ojos entrecerrados no consiguen el efecto deseado, sino que hacen que se me ponga la piel de gallina.

Nota para mí: dejar de planear eventos que requieran que Jax se quite la camiseta. Sus abdominales distraen a los espectadores.

A mí. Soy la espectadora.

—No sé nada de eso. He visto el gancho de derecha de Santi —Noah se acerca a sus amigos.

—Y no lo olvides. Un paso en falso hacia Maya y estás acabado —Santi lanza un par de golpes al aire.

—Hola, es Elena, ¿verdad? ¿Te importaría hacernos una foto, por favor? —Maya me ofrece su cámara.

Ignorando la creciente sensación de soledad, hago unas cuantas fotos y devuelvo la cámara a Maya. El grupo se ríe mientras Santiago arrastra a Noah al octógono, alegando que necesita recordarle lo que ocurre si rompe el corazón a su hermana.

Durante el resto del día, siento los ojos de Jax sobre mí, incluso cuando pretendo ocuparme de otras tareas.

No debería notarlo. No debería desearlo. Pero, sobre todo, no debería desear más

9



Jax

Sobrevivir a las dos primeras carreras incluyó un Xan por noche y un montón de respiraciones profundas.

La tercera carrera va viento en popa, y yo me comporto más como un imbécil que de costumbre porque odio que Elena sea inevitable. Cuanto más tiempo paso cerca de ella, más difícil me resulta resistir el impulso de aprender todo sobre ella.

Podría culpar al estrés del Grand Prix de Bahréin de mi reciente irritabilidad, pero es una excusa por no saber cómo me siento realmente. En conflicto. Frustrado. Muy asustado por tener a alguien como Elena a mi alrededor día y noche.

Aparto mis pensamientos porque es un maldito día de clasificación. Un zumbido recorre mi columna antes del tercer Prix del calendario del Campeonato Mundial.

Mi auto brilla bajo las luces de los boxes, con una elegante pintura plateada, las ruedas lisas y frescas. Los autos de McCoy son unos de los mejores y el equipo se deja la piel para producir autos de carreras con acabado de podio. Liam y yo lo destrozamos durante un par de temporadas juntos antes de que él se marchara, pasando a otro equipo después de que se enamorara de Sophie.

Por primera vez en años, tengo confianza en el garaje. Cuando Liam estuvo aquí, McCoy se centró en darle las mejores estrategias. Él podía manejar la presión mientras que yo he sido un cañón suelto a un momento de fallar.

Pero ahora, sin él y con mi nuevo compañero recién salido de un pésimo equipo inferior, tengo la oportunidad de ganar todo el Campeonato Mundial. Todo lo que tengo que hacer es manejar mi ansiedad y mi creciente irritación hacia mi inoportuna compañera de habitación.

Elías se pasea alrededor de su auto con Elena. Antes no me parecía molesto, pero ahora no estoy tan seguro. Coquetea abiertamente con Elena delante de mí. Prefiero introducir una púa en mi ojo que verlos juntos.

Mi disgusto hacia la idea no es porque esté celoso. Elías, el chico bonito, parece que puede ofrecer a Elena todo lo que alguien como ella se merece en primer lugar. Una vida fácil, con risas, positividad y un montón de otras palabras felices que no puedo ni nombrar, y mucho menos experimentar yo mismo.

Bueno, parezco ligeramente celoso. Pero que así sea.

Intento ignorar a Elena lo mejor que puedo, pero le robo miradas de vez en cuando. El tira y afloja entre nosotros es casi embriagador. Mi polla palpita en mi traje de carreras mientras la miro desde el otro lado del garaje, distraído por el vestido que lleva hoy. Parece hecho para ella, abrazándola en todos los lugares que quiero tocar.

Elena se acerca a mí, arruinando mi idea de evadirla. —Oye, tú. ¿Qué te parece la carrera de hoy?

—Emocionado por arruinar la competición. —Mis labios se levantan en las comisuras al imaginarme a Elías observándome desde la barrera del podio.

—La sonrisa en tu cara debería preocuparme.

—Eso no es lo que *tiene que* preocuparte. Ese es un aspecto totalmente diferente.

Ella pone los ojos en blanco. —No me asustas.

—Entonces, ¿qué te asusta?

¿Qué diablos estás haciendo? Deja de intentar conocerla, estúpido.

—Un par de cosas. Pero lo más importante es el arrepentimiento. —Se aferra con fuerza a su iPad.

¿Cómo es que una palabra me pesa en el pecho? Cruzo los brazos y ella se sobresalta, la nubosidad de sus ojos se disipa. —Mierda profunda, González. Mientras tanto, me dan miedo las arañas. Pequeñas y desagradables malditas con ojos brillantes y la posibilidad de saltar. —Mi respuesta le arranca una risa incómoda.

Se aparta el cabello oscuro y me llega el olor que he llegado a conocer como distintivo de ella. —No sé si alguna vez te habría catalogado como alguien que tiene miedo a las arañas.

Me doy un golpecito en la barbilla, pensativo. —Probablemente porque tus suposiciones sobre mí no podrían estar más lejos de la verdad.

—¿Estás diciendo que eres mejor que mi idea de ti?

—No. Soy mucho peor.

Su cabeza se inclina hacia atrás, golpeándome con ojos suaves y una pequeña sonrisa. —Sólo te falta el cielo oscuro, un rayo y un trueno ominoso para completar tu montaje de villano.

Doy una palmada. —Ahora lo estás entendiendo. Siempre he sido de los que hacen una entrada infernal.

—Y ahora estoy aquí para que no hagas una salida infernal.

Dejo escapar un silbido. —Estoy impresionado por tu nivel de aplausos.

Elena sonríe. —Gracias. Mi *abuela* me enseñó bien.

Definitivamente, debería sentir aprensión por la forma en que mi polla se estremece cuando Elena cambia del inglés al español. —Suena como alguien que me da miedo conocer. Si ella es la reina, ¿en qué te convierte eso?

—El peón.

—Creo que necesitas repasar esas referencias de ajedrez, amor. Nadie quiere ser el peón. Pero supongo que encaja. Pareces débil y no tocada por la verdadera adversidad, no lo suficientemente fuerte para jugar con los grandes del tablero.

—Comentarios como el tuyo son *exactamente la* razón por la que me gusta el peón. Es la pieza más subestimada. —Me mira, provocándome con su sonrisa.

Que le den a ella y a sus ojos chispeantes, motas de marrón y oro que reflejan las luces por encima de nosotros, embelesándome.

—Entonces, ¿por qué quieres ser uno?

—Porque en la vida real, no empezamos siendo los más fuertes. Se trata de sobrevivir a las pequeñas batallas. Una vez que el peón llega al otro lado, puede convertirse en una reina. Eso es lo que quiero ser. La persona que sale más fuerte que cuando empezó.

Sus palabras me llegan más hondo de lo que pretendía. No puedo luchar contra la tentación de saber más sobre ella.

—¿Y qué pasa cuando te conviertes en la reina?

Deja escapar una suave carcajada. —¿Qué pasa cuando alguien se convierte en reina? Que gobiernan el mundo. Bueno... mi mundo.

Desvío la mirada, cada vez más incómodo ante la idea de disfrutar de su compañía más de lo que debería.

—Has demostrado ser una digna oponente.

Inclina la cabeza hacia mí, con las cejas fruncidas. —¿Por qué tengo miedo de preguntar qué quieres decir con eso?

—Porque la evolución incorporó una respuesta de lucha o huida en cada uno de nosotros.

—¿Estás sugiriendo que debo huir?

—No. Eres todo lucha. Y eso es lo que te hace peligrosa. —Me hago el interesante a pesar de mi propio instinto de correr en dirección contraria a ella. Es un sentimiento que parte de lo más profundo de mí, susurrando que

nada bueno puede salir de esto. Una sensación a la que tengo que aferrarme, por el bien de mi menguante cordura.

No quiero que me guste. Maldita sea, no quiero desearla como un imbécil enamorado que no puede mantener su polla bajo control. Y estoy seguro de que no quiero dejarla entrar.

Algunas personas tienen mecanismos de defensa mientras que yo tengo armas de destrucción masiva.

Y como una bomba detonada, no puedo retirarlos.



—Estamos muy orgullosos de ti. Has tenido un rendimiento tan espléndido este año. —El orgullo de mi padre se transmite a través del teléfono.

—¿Quién iba a saber que lo tenía en esta temporada? —Me doy una vuelta por el garaje, revisando a los mecánicos después de mi primera ronda de clasificación.

—Lo hicimos. Siempre supimos que serías el favorito una vez que Liam se fuera. Lo queremos, pero no podemos evitar alegrarnos por ti. Quiero decir, ¡qué increíble clasificación hoy! Eres una potencia esta temporada. —La voz de mi madre se hace más fuerte mientras mi padre le pasa el teléfono.

—No sigas aumentando mi ego, mamá. Elena no será capaz de mantenerme a raya si sigues así.

—¿Quién es esa tal Elena que has mencionado un par de veces? —refunfuña mi padre al teléfono.

—Él habló con ella la semana pasada cuando fuiste al baño. Creo que a Jax le gusta. —Mi madre intenta susurrar, pero el micrófono del teléfono lo capta todo.

—¿Deberíamos investigar sus antecedentes? —La voz de mi padre baja.

Me imagino a mi padre frotándose la ceja mientras piensa en contactar con un investigador privado. Será mejor cortar de raíz esta preocupación antes de que se les vaya la mano.

—Espero que ambos sepan que puedo escucharlos. No exageremos. No estoy enamorado, y no me gustaría precisamente que alguien husmease en mi pasado, así que dejemos el suyo en paz.

—*Oh, sí. Definitivamente está interesado en ella*. —Mi padre se ríe.

—¿Hablan en serio? ¿Qué les pasa? Apenas la conozco y mucho menos me gusta. En realidad, es lo contrario de lo que piensas. No puedo soportar su presencia.

Mamá se ríe. —*Oh, de enemigos a amantes. Qué bien. Es una gran historia para contar a la gente cuando te pregunten cómo te enamoraste.*

Exhalo una bocanada de aire. —¿Quién demonios ha hablado de amor? Ella es mi representante de relaciones públicas, por el amor de Dios. He estado cerca de ella durante tres semanas.

Tres semanas de conversaciones acaloradas y reacciones contrariadas. Días llenos de una tensión palpable que ninguno de los dos intenta aliviar, lo que lleva a más momentos incómodos. Mañanas en las que sus pezones fruncidos se burlan de mí mientras se sirve una taza de café. Las noches en las que se recuesta en el sofá con sus piernas tonificadas a la vista, rogándome que las agarre y explore su cuerpo. Y lo peor de todo es que no hay forma de escapar de sus risas y desafíos diarios. Estoy deseando escuchar la mierda que sale de su boca, lo que aumenta el nivel de preocupación que crece en mi pecho cada día que pasa.

Básicamente, vivir con Elena es como flotar por mi cuenta en medio del océano: mortal, inútil y a un paso de hundirse.

—*Las madres tienen este tipo de sentimientos sobre las cosas.*

Mis dedos húmedos agarran mi teléfono. —Papá, por favor controla a tu mujer. Está delirando.

La risa de papá suena como el retumbar de un trueno. —*¿Por qué querría controlar lo que la hace especial? Eso es como pedirle al sol que deje de brillar.*

Su romance hace que el ácido suba por mi garganta. No porque me disguste su amor, sino porque la amargura ocupa un lugar en mi corazón al saber que

mi madre se verá privada de estos momentos. Mi padre se marchitará con ella cuando empeore, perdiendo también una parte de sí mismo.

Su llamada aleatoria para felicitarme significa todo para ellos, pero a mí me destruye poco a poco. Es enfermizo fingir que estoy bien a pesar de la guerra mentalmente agotadora que estoy perdiendo semana a semana.

En lugar de expresar mis preocupaciones, las mantengo ocultas. —Voy a colgar antes de que ambos me arruinen el apetito. Cuando llame mañana, por favor, mantengan el coqueteo al mínimo. Es bastante asqueroso.

Mamá resopla. —*Quizá si coquetearas con el tipo de mujer adecuado, no te daríamos asco. Imagínate tener una cita de verdad. Y no me refiero a las tonterías que haces con mujeres al azar.*

Mi padre toma el relevo. —*Ignórala. Sólo se está divirtiendo contigo.*

Dejo escapar una carcajada. —Muy bien. Tengo que irme antes de que Elena me regañe por llegar tarde a un evento de prensa. Hablamos mañana.

Cuelgo cuando mis padres se despiden. A pesar de la sensación de tristeza que queda después de nuestras charlas, respondo a sus llamadas al azar porque soy un idiota para mis padres. Los quiero, y quiero hacer a mi madre lo más feliz, a pesar de su único deseo que no voy a cumplir.



Llego a la zona de prensa con unos minutos de antelación. Mis pies se congelan cuando mis ojos se posan en la conversación de Elena y Elías, lo que hace que un reportero gruñón se estrelle contra mi espalda.

Un gruñido irritado sale de mis labios. Está claro que mi compañero de equipo no se ha enterado de que Elena es mía durante la temporada. Ella debería concentrarse en mí y no en él. Sin pensarlo, elimino el espacio que nos separa, poniéndome al lado de Elena. Su olor me calma, me centra lo suficiente como para no hacer el ridículo.

—Oh, qué bien, si es mi persona favorita. —Mis palabras salen como un gruñido mientras miro fijamente a Elías.

—¿Y en qué me convierte eso? —Elena sonríe y cruza los brazos sobre su pecho.

Mis ojos la recorren perezosamente con fingido desinterés a pesar de las ganas de escudriñar su cuerpo de pies a cabeza. —El infierno reencarnado.

—Al menos soy caliente. —Se encoge de hombros.

Elías se ríe hasta agacharse.

Mis puños se curvan por sí solos. —¿No puedes hacer tu trabajo en lugar de coquetear con mi compañero de equipo?

—*Ay, Dios*. —Elías suspira.

—Raro, sabes que los celos tienen una forma de hacer que la gente haga cosas tontas. Algo así como marcar tu territorio sin razón, ya que no hay una amenaza. —Ella frunce los labios.

—No estoy marcando mi territorio. Simplemente expongo los hechos. —Le doy un golpecito en la nariz arrugada.

—Cuidado, Kingston. Con la forma en que actúas, pensaría que te importa alguien más que tú mismo.

Sus palabras no alivian la creciente agitación en mi interior. Por supuesto, me preocupan los demás, incluidos mis amigos y mi familia. ¿Quién es ella para emitir juicios de mierda? Me guardo mi respuesta para mí, y opto por pasar por delante de Elías para sentarme junto a Noah.

—Oye, hombre. Pensé que estabas a punto de mandar a la mierda a Elena y a Elías. —Los ojos de Noah me evalúan antes de volver a Elías y Elena susurrando en una esquina.

Si las miradas pudieran matar, Elías habría sido destripado. En cambio, vuelvo a mirar a Noah y capto su mal disimulada sonrisa.

—Elías no sabe captar una indirecta. Contrataron a Elena para que me ayudara, no para que pasara tiempo con él. —Me sacudo un trozo de pelusa de mis pantalones negros.

—¿Por qué te molesta que hable con ella?

—Porque tendemos a discutir, sin embargo, siempre que Elías está cerca, es toda felicidad y mierda.

—Suenas envidioso de su relación.

—Su *amistad*.

La cabeza de Noah cae hacia atrás mientras se ríe. —Sí. Amistad. Mala suerte con Elena. ¿Pero qué esperabas? Dudo que quiera arriesgar su trabajo por una aventura única contigo.

—¿Qué se supone que debo hacer? No puedo exactamente apagar mi polla y actuar como si no estuviera interesado en follarla.

Noah se cruza de brazos. —Si sólo te interesa follártela, no hace falta que actúes según tu impulso. Creo que has cometido suficientes errores para toda la vida. Así que eso significa que te guardes la polla en los pantalones. Déjala hacer su trabajo y déjala en paz.

Que le den a Liam y a él por fastidiar nuestra rutina de follar y divertirse durante la temporada. Ahora estoy atascado evitando desastres de relaciones públicas y una seductora compañera de cuarto, todo mientras mis amigos están demasiado ocupados besuqueándose con sus novias.

Estoy en un camino solitario de destrucción sin final a la vista. Resulta que la miseria ama la compañía, y la encontré en una botella de Jack y una recarga de Xans.

10



Elena

Entro en el ascensor del hotel con mi bolsa de comida para llevar. Jax me dijo que se quedaría en la suite mientras yo salía a buscar la cena para mí. Cuando el ascensor se detiene en la planta de nuestra habitación, me doy cuenta de que algo no va bien por la música que suena en el pasillo.

Mi frustración aumenta a medida que me acerco a la puerta, la conciencia me recorre al ver cómo Jax ha decidido aprovecharse de mis treinta minutos de libertad.

Entro en la suite y la encuentro oscura y repleta de cuerpos. La música sale de los altavoces, que no estaban presentes antes de que me fuera.

Encantador. Montones de gente festejando como estrellas de rock. Muchos cuerpos bailan, balanceándose al ritmo de la música violando la política del hotel. Me muevo alrededor de ellos mientras busco al hombre que está detrás de esto.

No tardo en encontrar a Jax, sentado en un sofá con una botella de Jack en una mano mientras una mujer intenta hablar con él. Se inclina hacia él y le susurra al oído mientras le pasa la mano por el bíceps.

Pongo los ojos en blanco al verla. La furia sustituye a la irritación, ya que Jax permanece ajeno mientras le arranco la botella de whisky de la mano.

Jax me mira, aburrido y distante. —Mira quién es.

—Saca a todo el mundo ahora. —Mi voz se mantiene extrañamente tranquila a pesar de la ira que amenaza con estallar en mí.

—Amor, estás matando mi humor. Si no te importa, por favor, vete a tu habitación.

En lugar de pelearme con él, me doy la vuelta y me dirijo a mi dormitorio con la intención de recomponerme antes de explotar. Entro en mi cuarto de baño y me dirijo al lavabo, tirando el líquido ámbar por el desagüe.

—No lo matarás. *No lo matarás...*

Alguien grita en la distancia sobre los shots.

—De acuerdo, vas a matarlo totalmente. —Agarro la botella con más fuerza mientras agito las últimas gotas.

—¿Por qué estás derramando un buen licor? —La voz ronca de Jax me sorprende.

—Porque la diversión de esta noche ha terminado. No me importa si aterrizaste en el podio antes, así no es como se supone que debes celebrar. —Dejo la botella vacía en el mostrador.

Jax me da espacio para caminar alrededor de él. —Tu ojo está temblando.

—Sí, he oído que cuando eso ocurre, es mejor que la gente corra. Tú incluido. —Agarro mi teléfono y busco los mejores clubes de Bahréin.

Después de encontrar el perfecto, les llamo. Repito los datos de la Amex de Jax a la anfitriona porque tiene que aprender la lección. Al principio de la temporada, me dio el visto bueno para usarlo en casos para ayudar a su reputación, y bueno, esto lo amerita. Le estoy salvando de sí mismo.

Los labios de Jax forman una O mientras cuelgo el teléfono. Salgo de mi habitación, sin esperar a comprobar si el objeto de mis frustraciones me sigue. Con poco esfuerzo, encuentro los cables del altavoz y tiro con fuerza, sumiendo la habitación en el silencio.

—Dulce, dulce silencio. —Cruzo la sala de estar y golpeo las luces, resultando en gemidos de los rompe-suites.

Me dirijo a la mesa de café de madera en el centro de la habitación y me pongo sobre ella. —Me gustaría invitar a todos al Club XS en honor a la épica carrera de Jax de esta mañana. Las primeras veinte personas que lleguen tendrán servicio de botella gratis a cuenta de Jax.

La sala se vacía en cuestión de minutos, y la gente casi se tropieza al salir corriendo por la puerta. Ni siquiera las groupies pueden resistirse a acceder a uno de los clubes más exclusivos por cuenta ajena. Me reiría si no estuviera enojada.

Compruebo la habitación del hotel. Hay vasos de plástico en el suelo, junto con mostradores cubiertos de botellas de alcohol medio llenas y alguna sustancia blanca en polvo que no tengo interés en limpiar. Un euro enrollado al lado grita el libertinaje que se espera de los ricos y desvergonzados; mientras tanto, Jax se queda merodeando, asomado a una esquina, midiendo mi reacción.

Los ojos de Jax rebotan entre el mostrador y yo. —No me drogué. Sólo bebí hasta el punto de sentirme un poco achispado. Ni siquiera estoy borracho, lamentablemente, porque no pude seguir adelante.

En lugar de gritarle, tomo una papelera y empiezo a limpiar el desorden. Me cuesta diez respiraciones profundas y purificadoras reunir unas cuantas palabras para expresarme.

—No debería hablar cuando estoy tan enojada.

—Para ser justos, me dijiste que no podía salir. Nunca dijiste que la gente no podía entrar.

Las respiraciones adicionales que hago no sirven para calmar mi creciente ritmo cardíaco.

—¿En serio estás tratando de justificar esto? —Hago un gesto hacia el desorden que nos rodea—. Semana tras semana intento ayudarte a mejorar tu imagen y hacer que parezca que lo tienes todo controlado. Claramente, es una mentira, basándonos en la forma en que sigues intentando arruinar todo lo bueno que he hecho.

Limpio la habitación en silencio, ignorando a Jax que ayuda. Incluso limpia las drogas de la encimera.

—Pensé que me haría sentir mejor. —Jax coloca un vaso desechado en la papelera que sostengo.

—¿Y cómo te ha funcionado?

—No sentí nada. Toda esta gente aquí, y yo mirando la puerta principal, esperando.

Me quedo helada, insegura de su confesión. —¿Por qué?

—¿Por qué no siento nada?

—No. ¿Por qué te quedaste mirando la puerta?

Sus ojos brillan con una rara vulnerabilidad que no estoy acostumbrada a ver en él. —Te estaba esperando. Porque cuando estás cerca, siento algo.

—¿Y qué es eso? —Mi ronco susurro llena el silencio. Basándome en cómo actúa últimamente, no puedo decir si tiene buenas o malas intenciones hacia mí.

—No lo sé. Y realmente no quiero averiguarlo.

Se me aprieta el pecho hasta el punto de la incomodidad. No puedo preguntarle a Jax a qué se refiere porque se retira a su habitación, dejándome fuera, dejándome que limpie su desastre una vez más.



Mis ojos se abren con el sol asomando por las cortinas. Apago mi lámpara de cabecera antes de estirarme en la cama. Como cada mañana, tomo el marco de fotos de mis padres y rezo una rápida oración. Lo vuelvo a colocar en la mesita de noche y sigo mi rutina matutina de apagar todas las luces de mi habitación.

Me avergüenza un poco admitir que todavía no duermo en la oscuridad. No soporto que las sombras se cuelen por la noche, recordándome recuerdos que me cuesta dejar atrás. Un día, dormiré como una persona normal de veinticinco años. Hasta entonces, seguiré durmiendo con las luces encendidas porque eso aleja las pesadillas.

Al abrir la puerta de mi habitación, me doy de bruces con el cuerpo de Jax. Suelto un chillido al perder el equilibrio. Mis manos se agarran a su pecho para evitar caer. Un pecho muy fuerte, tatuado y sin camiseta que no me importaría explorar. El mismo pecho que pertenece a un hombre que me pone más furiosa que una mujer despechada en *Jerry Springer*.

—Oh, estaba a punto de ir a comprobar si seguías viva. Qué pena. Casi pensé que te habías asfixiado mientras dormías, pero me doy cuenta de que no soy tan afortunado.

De alguna manera, las dos células cerebrales que funcionan antes de mi café matutino ensamblan algunas palabras mientras retiro mis manos de su pecho.

—Dios mío. ¿Tomas pastillas para ser un imbécil todas las mañanas en lugar de vitaminas? —Mis ojos recorren su cuerpo antes de posarse en su cara.

¿Por qué estaba esperando frente a mi puerta? ¿Por qué está sin camisa? ¿Y por qué demonios tiene que estar tan bueno? Nadie debería tener su aspecto a las 7 de la mañana. Es una vergüenza.

Su labio se curva. —No. Este tipo de actitud no requiere un suplemento. Estaba a punto de despertarte porque no quiero que lleguemos tarde a nuestro vuelo. —Aspira una respiración audible cuando extiendo la mano y rozo con mis dedos un tatuaje de una constelación desconocida.

—Hmm. —Rastreo las estrellas individuales, tratando de dar sentido a la forma en que mi cuerpo responde a él. Es un misterio que aún no he comprendido del todo. Nunca me habían gustado los idiotas conflictivos, pero aquí estoy, tocándolo íntimamente. Una caricia de amante cuando somos cualquier cosa menos eso.

—Soy un Géminis. —Suelta un suave suspiro, su piel se hace piedra donde mis dedos se detienen.

Interesante. La alegría se apodera de mí ante la idea de que yo tenga el mismo efecto sobre él que él tiene sobre mí. Al menos mi atracción no es unilateral.

—Eso explica muchas cosas.

—Dímelo. —Su voz tiene un tono humorístico.

—Eres caliente y frío. Arriba y abajo. Como esa canción de Katy Perry. —Mis dedos recorren impulsivamente un conjunto de mariposas cerca de su caja torácica. Sus músculos se contraen ante mi contacto. Puede que sea todo arisco con sus palabras y su actitud, pero las delicadas mariposas que recorren su costado cuentan una historia diferente. Una historia que quizá nunca llegue a conocer, ya que se resiste a cualquier atisbo de amistad conmigo.

—¿Y cuál es tu signo entonces? Me toca juzgar, sobre todo cuando me manoseas gratis.

Me apresuro a retirar las manos de su cuerpo, demasiado avergonzada para prestar atención al zumbido de mis dedos al tocarlo. —Virgo. Alias el mejor.

—Hablas como alguien que es parcial. —Toma su teléfono del bolsillo de sus pantalones cortos y teclea—. Oh, mira. Analítico, observador, sarcástico, crítico. Ah, y hasta mencionan a los virgos en el dormitorio. Dice que te gusta una fuerte dosis de caricias antes de follar, y que podrías ser una de las que tienen muchos fetiches. Me pregunto qué cosas raras disfrutas.

—¿Además de tipos que realmente me tratan con respeto? Qué horror. —jadeo burlonamente.

Se ríe, el sonido es suave y diferente a su personalidad abrasiva. —Mi opinión es que las muñecas de porcelana te observan mientras tienes sexo mundano. Gritas adicción a las muñecas espeluznantes ya que se parecen a ti: vacías y pequeñas.

Me río hasta la saciedad. Por desgracia para mí, me hace gracia que diga algo tan ridículo con una seriedad que admiro. —Oh, Dios. Me has descubierto. Creía que mi secreto estaba a salvo, pero aquí estas descubriéndolo en unas semanas. Guardo una muñeca en mi equipaje de mano para ese tipo de noches.

—Hmm. Sabía que eras rara. —Continúa desplazándose—. Oh, veo que dicen que los Virgos tienden a sufrir en silencio.

—Entonces, ¿tenemos algo en común?

La mirada que me dirige me hace sentir como si alguien arrastrara un cubito de hielo por la base de mi columna.

—Sufrir significa que me siento culpable. Y si intentas que admita que me siento mal por haberte enojado, inténtalo de nuevo. Sólo porque McCoy te haya contratado no significa que tenga que facilitarte el tiempo aquí.

—No me echo atrás ante los retos. —Mantengo la barbilla en alto. Cree que puede infundirme miedo, pero ya he visto lo peor de la gente—. Por supuesto, buena suerte tratando de hacer mi vida un infierno. No me importa el calor.

Jax se aparta de mi camino para que pueda caminar hacia la cocina. Jugueteo con la cafetera del hotel, desesperada por conseguir algo que me anime. Necesitaré toda la ayuda posible con Jax en un estado de ánimo irritable a primera hora de la mañana.

Frunce el ceño mientras se apoya en el mostrador. —Cada vez que creo que he dicho o hecho algo para que lo dejes, me sorprendes quedándote. ¿Por qué?

—Si renuncio porque te burlas de algo que hago, entonces tengo que replantearme mi trabajo. Supéralo. Estoy aquí para el juego largo.

—Ese es mi miedo contigo. Juego corto, juego largo, juego final. —Sus ojos brillan con una vulnerabilidad poco habitual antes de que desaparezca tan rápido como llegó—. Te dejaré con ello entonces. Tengo que prepararme para nuestro vuelo.

Me quedo mirando el cuerpo de Jax que se retira. ¿Por qué me tiene miedo?

De verdad, le tengo miedo. No tengo ni idea de cómo lidiar con mi atracción hacia la única persona que no puedo ni debo desear.



—¿Dónde has estado escondiendo esto durante las últimas semanas? Cuando mencionaste que íbamos en un jet privado, no me esperaba

esto. —Miro fijamente el elegante avión de Jax, cuya pintura negra brilla bajo el sol de la mañana.

—Mi padre tuvo que pedirlo prestado para cosas del trabajo, pero lo tenemos para el resto de la temporada. Pero no te acostumbres. Una temporada se te pasará volando y luego volverás a las aerolíneas comerciales con pretzels baratos y niños gritones. —Jax se pavonea por la alfombra como si fuera una pasarela, con sus Doc Martens golpeando el suelo mientras da vueltas.

—¿Dijiste un mal juego de palabras? Estoy sorprendida. —Mis ojos se detienen en su culo. Ni siquiera recuerdo la última vez que estuve tan concentrada en cada parte de un hombre. Desde las largas piernas de Jax hasta sus musculosos muslos, pasando por los brazos tensos por arrastrar el equipaje detrás de él.

—Mis ojos están aquí arriba. —Jax chasquea los dedos.

Mis ojos se levantan, encontrándose con los suyos de color avellana. —Lo sé. Estaba mirando la alfombra. Negra como tu alma, supongo.

—Ahora lo estás entendiendo.

Dado que Jax es el equivalente humano de un cubo de Rubik, no lo estaba consiguiendo bajo ninguna circunstancia.

—Mi error. Insinuar que tienes alma significa que eres redimible. Eres como mis muñecas: vacío y frío.

Se golpea el pecho con un dedo tatuado. —Énfasis en lo de frío, especialmente alrededor de mi corazón. Tienes suerte de que me importe mucho mi carrera, porque si no, te quedarías sin trabajo.

Dejo escapar una risa estridente. —No, no lo haría. Acabaría trabajando para gente que realmente quiere mi ayuda en vez de para un imbécil con derecho que actúa como si fuera un regalo de Dios para la Tierra.

Bien, quizá me quedaría sin un trabajo que paga el doble de lo que suelo ganar. Pero al menos no estaría a unos meses de encontrar mi primera cana.

—Elena, querida, deja de mostrar tus verdaderos colores. Casi creería que tienes algo de nuestro ida y vuelta. Aunque no te mentiré, ese tipo de tortura

autoinfligida sería un rasgo de personalidad interesante.

—Mi personalidad me pide que te meta un tacón por el culo, pero lo mantengo a raya. Me ocupo de los mayores idiotas entre bastidores en las ruedas de prensa.

—¿Quién iba a saber que tenías unas manías tan traviesas? —Jax se ríe de mi gruñido de frustración.

Subimos las escaleras del avión y saludamos al piloto. El interior del avión es espeluznante. Estoy rodeada de negro, desde las sillas de cuero hasta la alfombra y las paredes. —¿Esto es tuyo?

—Eso es lo que me dice mi contable. ¿Por qué? —Jax se deposita en una de las sillas del capitán.

—Es tan...

—¿Deprimente?

Asiento con la cabeza. —Uno pensaría que algo tan caro sería más acogedor.

—Me gusta el color.

—Es el equivalente a un ataúd volador.

Jax me frunce el ceño. —Es apropiado, ya que estoy de luto por la pérdida de tu carrera.

—Un poco prematuro, ¿no crees?

Se encoge de hombros, toma los auriculares de su bolso y se pone a tipear con su teléfono. Me siento en el lado opuesto del pasillo. Jax sigue absorto en lo que hace, ignorando mi presencia.

Saco una caja de rompecabezas de mi bolso y la coloco sobre el brillante tablero de la mesa que tengo delante. En el momento en que Jax menciona un jet privado, le pregunté si puedo comprar algunas cosas para entretenerme durante las semanas de vuelo. Me miró raro y me dijo que lo hiciera.

Clasifico las piezas en grupos en función de los bordes frente a las piezas normales. La tarea es tranquilizadora y me pierdo en el proceso de ordenación.

Mi cuerpo se estremece de conciencia. Me doy la vuelta y encuentro a Jax mirándome fijamente, con su habitual ceño fruncido sustituido por una pequeña sonrisa. Por instinto, mis mejillas se ruborizan ante su apreciación. Me sostiene la mirada cuando nuestros ojos se encuentran, atrapándome en una hipnosis temporal. Es como si quisiera dejarme entrar por un momento, mostrándome a alguien diferente del que he visto en las últimas tres semanas.

Algo en la forma en que me mira me incita a invitarlo.

—¿Quieres unirte? —Sonrío mientras le enseño una pieza del rompecabezas.

Niega con la cabeza, sustituyendo su sonrisa por un ceño fruncido. —No.

Mi sonrisa se aplana. —De acuerdo. —Me vuelvo hacia la mesa, retomando mi tarea.

—Tal vez la próxima semana. —Habla en voz baja, haciéndome creer que le he escuchado mal.

No digo nada. Quizá la próxima semana me dé una oportunidad, aunque sea en silencio mientras trabajamos juntos. La mente de Jax no se parece en nada al rompecabezas de mil piezas que tengo delante. Es uno de los que más me costará armar, preguntándome si vale la pena siquiera intentarlo.

Me paso lo que parecen horas organizando las piezas por grupos de colores. La impresionante foto de los globos aerostáticos se burla de mí, todo colores alegres y un día brillante. Me arde el pecho al ver el impresionante festival.

Envidio el tipo de libertad que tienen los globos aerostáticos. No están agobiados por las responsabilidades y el equipaje extra como yo.

No sé qué me empujó a elegir este rompecabezas. Al final del vuelo, me prometo ir a un festival de globos aerostáticos. No por su belleza ni por su rareza, sino porque quiero que me represente en el camino.

De mi pasado. De mi dolor. Y del vacío que amenaza mi futuro.

11



Elena

—Voy a salir. —Jax camina hacia la puerta principal de nuestra habitación de hotel en Sochi.

—¿Con quién? Pensé que nos quedábamos en casa. —Me levanto del sofá. Acordamos no salir mientras nos adaptamos al jet lag tras volar de Bahréin a Sochi.

—Te vas a quedar en casa. Yo voy a salir con mis amigos.

Mis ojos recorren su cara para medir su seriedad. —No puedes irte sin mí. Tenemos un trato.

Se pellizca el puente de la nariz y cierra los ojos. —Por el amor de Dios. Quiero salir con mis amigos, tomarme una o dos cervezas y ponerme al día antes de nuestras rondas de entrenamiento de mañana. No es exactamente una fiesta.

—¿Qué amigos?

—No puedo creer que tenga que explicarme así. —Deja escapar un profundo suspiro—. Noah, Liam y Santiago. Planeamos quedarnos en este mismo hotel. Si te preocupa tanto que arruine la imagen en la que has estado trabajando, no lo hagas.

Suspiro —Es parte de mi trabajo asegurarme de que no te metas en problemas.

—Bueno, viendo que ahora todos mis amigos tienen unas reputaciones limpias e impecables, dudo que pueda reunir demasiada mala prensa.

—¿Me estás pidiendo que confíe en ti?

—Querer tu confianza significa que tendría que importarme. Y honestamente, contigo, no puede importarme menos.

—No *podría importarme* menos. Si vas a insultarme, asegúrate de ser gramaticalmente correcto. Suele ser más contundente.

Jax se gira y se agarra al pomo de la puerta. Su espalda se levanta al ritmo de su respiración entrecortada.

—Puedes confiar en que no me iré a un club ni me emborracharé esta noche. Sólo quiero una noche con mis amigos. Sin estrés, sin novias cerca de ellos. Sólo una noche normal para olvidar.

—¿Olvidar qué? —susurro las palabras.

—Para olvidar lo que se siente al preocuparse cada maldito día de mi maldita vida.

Esto se siente como el progreso que he querido desde nuestro primer fin de semana juntos. Ha tardado un mes más de lo que esperaba, pero merece la pena celebrar esta pequeña victoria.

—Siempre puedes hablar conmigo.

Jax mira por encima de su hombro, clavándome una mirada retraída.

—Abrirme a ti es lo último que necesito esta temporada. Vuelvo más tarde. —Abre la puerta y se marcha, el ruido sordo de la puerta coincide con el latido de mi pecho.

Llamo a Elías treinta minutos después porque no quiero pasar la noche sola. Viene sin rechistar, demostrando una y otra vez por qué es la mejor persona de toda esta organización.



Dos horas y una tanda de palomitas después, Elías ha borrado cualquier preocupación que tuviera sobre Jax.

—¿Por qué tuviste que elegir una película de chicas? Puede que sea gay, pero sigo teniendo preferencias masculinas.

—La semana pasada elegiste. No pedí ver la última película de Marvel, pero no es que me hayas dado una opción.

—No puedes comparar a Marvel con lo que sea esto. Ninguna mujer que se respete a sí misma debería aceptar a un hombre que se enrolla con su hermana. Debería tener algo de clase. Escuchar una canción de Taylor Swift, conocer a un nuevo hombre y seguir adelante. —Elías apoya dramáticamente su cabeza en mi regazo.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Si pudiera, estaría en la próxima aplicación de citas, sin hacer preguntas. Nadie se atrevería a deslizarme a la izquierda. ¿Has visto mis pómulos? Esos pómulos podrían hacer que un hombre heterosexual me deseara.

Los dos nos reímos mientras muestra esa estructura ósea de la que estoy ligeramente celosa.

Se golpea la barbilla. —¿Y si dejo la F1, me convierto en influencer y luego viajamos juntos por el mundo? Seamos sinceros, probablemente obtendría una tonelada de vistas y podrías manejarme como Kris Jenner. Sé mi mami, por favor.

Me río de forma odiosa.

—¿Ahora están follando al aire libre? ¿Alguna vez podré descansar de ustedes dos? —La voz irritada de Jax me sorprende.

Mi cabeza se inclina hacia él, esbozando una brillante sonrisa para combatir su estado de ánimo. —¡Te has perdido la mejor parte! Elías hace esa cosa mágica con su lengua a pesar de que tengo literalmente toda la ropa puesta.

—Está bromeando. Estábamos viendo una película. Relájate. —Elías pone un saludable espacio de distancia entre nosotros.

—Lo que sea. Son raros como la mierda —Jax entra en su habitación y cierra la puerta.

Elías se encoge de hombros. —Ups. Parece que el señor Gruñón vuelve a hacer de las suyas.

Me meto las piernas debajo de mí. —Uno pensaría que después de un par de cervezas se relajaría un poco. No entiendo por qué sigue pensando que nos estamos enrollando.

—Es inútil negar que eres una nena y que yo estoy caliente. No es de extrañar que saque conclusiones sobre nosotros.

Me río. —No hace falta que sea un imbécil al respecto. Una cosa es estar molesto, pero otra es expresar su desagrado cada vez que nos ve.

—El razonamiento es sencillo.

—¿Qué quieres decir? —susurro en caso de que Jax pueda oírnos.

—Le gustas mucho.

—Si por gustar te refieres a un deseo ardiente de que desaparezca, entonces sí lo tiene.

—No. ¿No te has dado cuenta de cómo te mira a través del garaje? JaxAttack puede decir una cosa, pero su polla no está de acuerdo. Creo que lo hace aún más gruñón porque quiere lo que no puede tener.

Mis cejas se alzan. —¿Y cómo lo sabes?

—Reconozco a alguien que camina con una erección cuando lo veo. Es una experiencia bastante incómoda, con él tambaleándose cuando se agacha para ver mi auto.

Me tapo la boca para amortiguar mi risa. —No puedes hablar en serio.

—Sé que es un shock, pero el soltero más inelegible de Gran Bretaña siente algo por ti.

—Es un shock porque se comporta como un imbécil muy a menudo para que me resulte entrañable.

—Pero la verdadera pregunta es si lo encuentras sexy. Eso es algo que no me importaría explorar. —Elías mueve las cejas.

—Creo que los chicos buenos son sexys.

—Ronquido. Aburrido. —Finge dormirse.

Le empujo los hombros. —¿Quién dijo que eran aburridos?

—¡Yo! Tuve que sentarme junto a ellos en varias cenas.

—De verdad, ¿qué tenían de malo? —Me cruzo de brazos.

—Juan era dulce, pero un polvo apestoso basado en todas tus historias. El pobre no tenía ninguna oportunidad contra ti en el dormitorio. Tus necesidades alfa no podían ser satisfechas, y mucho menos. Y Pablo necesitaba sacar la cabeza del culo y mudarse de la casa de sus padres. Incluso las flores y el chocolate pierden su atractivo cuando salen de la asignación de un joven de veinticinco años de sus padres. Miguel -el dulce Miguel americanizado- fue increíble en su momento; lo reconozco. Excepto que era un niño de mamá que te dejó porque ella no aprobaba a una mujer de México. Te trató como si hubieras esnifado cocaína para pasar el día.

—Para ser justos, la familia de Miguel estaba protegida.

—¿De qué? ¿Del sentido común?

Una risa histérica brota de mí. —Bien, gracias por recordarme por qué no aprobabas a ninguno de mis novios.

—Sólo intento decirte que puede que le gustes a Jax, así que probablemente le cueste. Tal vez por eso es extra malo contigo.

—Bueno, esa no es una razón suficiente para ser un idiota. Al menos no para mí. No me gusta el argumento del *tipo gruñón es malo con la chica que le gusta de verdad*. Está un poco trillado y anticuado para mi gusto.

—Pero piensa en lo divertido que sería si cedieras. Estoy sudando aquí pensando en ello.

Pongo los ojos en blanco y me levanto del sofá. —Tienes que irte. Ya he tenido suficiente de esta intervención.

Elías se dirige a la puerta y sale al pasillo vacío. Me muestra una sonrisa ladeada. —Acéptalo. Quizá necesites probar una ronda con un chico travieso para darte cuenta de lo que te has estado perdiendo.

—Lo dice el tipo que es más dulce que una botella de *ponche*. Buenas noches y dulces sueños.

—Una verdadera amiga desearía que tuviera sueños traviesos. Cuanto más traviesos, mejor.

Me río mientras cierro la puerta. Los sueños traviesos pueden ser buenos para los orgasmos, pero malos para el corazón. Odio tener que decírselo a Elías, pero Jax Kingston no es lo que ha recetado el médico.



Basándome en la historia reciente de Jax en la pista, no esperaba que subiera al podio en todas las carreras de esta temporada. Mis ojos se quedan pegados a él mientras sale de su auto de carreras tras quedar segundo en el Gran Prix de Sochi.

El engreído lo hizo. Se interpuso entre Noah y Santiago, lo que por sí solo es un gran logro comparado con su relajado enfoque del año pasado.

—Maldita sea, ¿por qué no puede apestar este año? Te ordeno que dejes de ayudarlo. Sinceramente, no puedo soportar este nivel de traición de mi mejor amiga. —Elías me empuja en un abrazo. Su traje de carreras sudado me aprieta.

—*¡Ay Dios,* ¡Detente! Hueles asqueroso. —Arrugo la nariz y me dan arcadas.

—Este es el olor del trabajo y el amor. No lo entenderías con tu reciente estilo de vida lujoso de jets privados y lujosas habitaciones de hotel.

—Me has atrapado. No hay que trabajar en absoluto cuando tratas con tu compañero de equipo todo el día, todos los días. —Le saco la lengua.

—Elena, necesito que me ayudes con algo. —La voz punzante de Jax llama nuestra atención.

—El deber me llama. —Lanzo las manos a un lado y doy una vuelta con los tacones antes de alejarme de Elías.

—¿Me necesitabas? —Me detengo frente a Jax.

—Sígueme. Tengo cosas que hacer antes de volar esta noche y no tengo tiempo para sentarme mientras coqueteas con Cruz.

—Muy bien. —Arrastro las palabras. Uno pensaría que después de subir a un podio, Jax estaría de mejor humor.

Estaba equivocada. Muy equivocada.

Sigo a Jax por los pasillos vacíos de McCoy hasta su suite privada. De alguna manera, un mes cerca de él me ayudó a resistir su actitud. Mis días incluyen un recordatorio matutino de que no estoy aquí para hacer de las suyas, seguido de desear que mi café sea de la variedad alcohólica.

—Si planeas acostarte con él, al menos avísame. Quiero mantenerme alejado de ustedes cuando la mierda golpee el ventilador.

Me detengo en seco y me río hasta el techo. —¿Por qué estás celoso? No es que intentes salir conmigo.

Hace una mueca. —Esto no tiene nada que ver con los celos.

—Raro porque por alguna extraña razón tus palabras suenan mucho a eso.

Sus zapatillas de deporte chirrían contra el suelo de baldosas mientras se come el espacio entre nosotros. Todo en él me atrae a pesar de nuestras personalidades opuestas. Somos como dos imanes. Somos polos opuestos, pero si dejara de ser un imbécil, tengo la sensación de que encajaríamos.

—Los celos significan que tienes que gustarme, o al menos desearte. —Sus ojos, cada vez más oscuros, recorren mi cuerpo, sin corresponder a sus palabras.

Intoxica mi cerebro con una simple mirada y una curvatura de su labio. Algunos cables de mi cerebro deben estar cruzados si me atrae su nivel de imbecilidad.

—Podrías haberme engañado.

—¿Cómo es eso?

Me inclino más hacia él, dándole una buena mirada por debajo de mi blusa. ¿Cómo podría importarme la modestia cuando estoy tratando de demostrar algo? He terminado de lidiar con su actitud por esta semana. —Puede que no te guste tenerme cerca, pero tengo la teoría de que tiene más que ver con que me deseas que con que odias mi ayuda. No puedes evitar anhelar algo más y eso te asusta.

Bien, mi última frase es una corazonada influenciada por Elías, pero una corazonada plausible, no obstante.

—Los anhelos son para los débiles. —Sus ojos permanecen en mi pecho.

El calor de su mirada actúa como dedos invisibles que recorren mi piel. Ignoro la piel de gallina que me deja. —Tienes razón. Los anhelos son para los débiles que no tienen las bolas para perseguir lo que quieren.

Coquetear con el desastre tiene una mirada, y es ésta. El destello de sus ojos debería advertirme. En cambio, me quedo clavada en el suelo, inmóvil, mientras él se inclina. Todo se detiene a mi alrededor cuando sus labios recorren ligeramente la curva de mi cuello. El aire caliente se escapa de su boca y me hace temblar ante nuestra proximidad.

No esperaba que se acercara tanto. No esperaba que sus labios se sintieran tan bien en mi piel. Su lengua sale, recorriendo la curva de mi cuello. Mis piernas amenazan con doblarse.

—Oh, persigo lo que quiero. Odio tener que decírtelo, pero tú no lo eres, amor. —Se aleja y entra en su suite, dejándome confundida y ligeramente avergonzada mientras cierra la puerta.

Jax sí me desea. Es un mentiroso, intenta convencerse a sí mismo más que a mí de su desinterés.

Después de respirar profundamente para calmar mi corazón acelerado, entro en su suite. Mis ojos recorren la habitación vacía antes de posarse en la puerta cerrada del baño. Dejo de llamar cuando Jax habla.

—Corta esta mierda. No puedes seguir así, agitándote y refunfuñando y demás mierdas cuando se supone que estás celebrando. No es de extrañar

que hace años que no ganas un Campeonato del Mundo. Eres un patético imbécil que no puede ganar porque estás demasiado ocupado dudando de ti mismo.

Oh, no. Todo da vueltas a mi alrededor mientras trato de entender el desprecio que Jax se guarda para sí mismo. Un pequeño núcleo de culpa se dispara a través de mí al escuchar a escondidas, pero necesito toda la ayuda posible para entenderlo mejor. Aunque sea a costa de algo de lo que no estoy precisamente orgullosa.

—Ella tiene razón. Eres un débil pedazo de mierda. Cualquiera que te viera ahora mismo estaría de acuerdo. —Su voz se quiebra.

Me da vergüenza que se refiera a lo que he dicho. Realmente no creo que sea débil. Tal vez un poco delirante y frustrantemente opositor, pero no débil en lo más mínimo. Es difícil ignorar el dolor agudo que me atraviesa el pecho mientras continúa con su discurso de auto-odio.

—Vas a ir a la sala de enfriamiento y actuarás como lo haces normalmente. Luego vas a llamar a mamá y a papá y te vas a aguantar como un hombre. No más mierda de ansiedad después de hablar con ellos. Madura de una puta vez.

Me duele el corazón hasta el punto de estallar. Me alejo de la puerta, sabiendo que se merece un poco de intimidad.

Me siento en un sillón y le doy la espalda al baño, reflexionando sobre todo lo que ha dicho. Se me revuelve el estómago ante la idea de haberlo escuchado en un momento de clara angustia. No estoy orgullosa de fisgonear, aunque me haya enterado de una parte crucial de Jax que mantiene oculta al mundo. ¿Quién iba a saber que la aversión que siente por mí es igual a la que guarda para sí mismo?

La puerta se abre con un chirrido unos minutos después. Mi columna se endereza mientras los ojos de Jax me hacen un agujero en la espalda.

—¿Todavía necesitas mi ayuda con lo que sea que hayas mencionado en el garaje?

Bueno, no he sonado ni la mitad de culpable de lo que me siento.

Deja escapar un profundo suspiro. —Ya no. Lo he manejado yo. Será mejor que vayamos a celebrar la victoria antes de que Connor pierda la cabeza. No puedo llegar tarde a mi propio podio.

Ignoro el deseo de consolarlo. Se dirige hacia la puerta principal, indicándome silenciosamente que lo siga. Sus ojos permanecen ocultos tras un par de gafas oscuras mientras caminamos hacia el podio, fingiendo que no ha pasado nada.

Como si no encontrara un punto de ruptura en su rudo exterior.

Como si no quisiera gustarme más de lo que me disgusta.

Como si no quisiera ayudarlo por algo más que un sueldo al final de la temporada.

Y el último es el pensamiento más preocupante de todos.



—Si es mi arregladora favorita —Connor me indica que tome asiento frente a su escritorio. Su despacho está desnudo, sin recuerdos personales que decoren el lugar. Lo encuentro poco acogedor y estéril.

—Puedo decir por tu expresión que piensas que este lugar es aburrido. No te voy a mentir, todavía estoy esperando que caiga el otro zapato, preguntándome cuándo me revocará el consejo de administración. —Sus ojos encuentran los míos, brillando con una franqueza que encuentro refrescante en comparación con Jax.

—No si puedo evitarlo por mi parte. —Levanto la barbilla con confianza.

—Ese es el espíritu. Has hecho un gran trabajo hasta ahora. Bien hecho manteniendo a Jax bajo control. Y según mis fuentes, tu primera recaudación de fondos fue increíble. Deberían estar orgullosos de haber recaudado miles de euros para una causa tan grande.

—Me alegro de que pienses así. En realidad, tengo algo que preguntarte que podría ayudar a mejorar las cosas por aquí un poco más.

—Dilo y es tuyo. —Connor me muestra una dulce sonrisa.

La cautela me pone de los nervios, sin saber si Connor quiere coquetear. Debe notar el cambio en mí por la forma en que tose antes de reírse.

—Oh, no. Por favor, no tomes mi disposición como algo más que una extensión de la buena fe. Realmente quiero que Jax dé lo mejor de sí mismo, y tengo la sensación de que eres una de las pocas personas que podrían ayudarlo. Estoy dispuesto a darte todo lo que necesites para mantenerlo en la cima de su juego.

—Bueno, esto es algo que creo que puede ser útil para ambos compañeros, en realidad.

Lo siento, Elías. Por favor, perdóname, pero tú también necesitas a alguien con quien hablar.

—Escúpelo. Tu obvia vacilación me está ahogando aquí.

—Bueno, pues he investigado un poco sobre los atletas y el rendimiento bajo estrés. Creo que los chicos podrían beneficiarse de hablar con un psicólogo especializado en deportes. Encontré algunos y compilé una lista de los que están dispuestos a viajar con el equipo de McCoy.

—¿Por qué necesitan un psicólogo?

—Ambos sabemos que Jax lucha contra la ansiedad, y siendo Elías nuevo en el equipo, no le vendría mal hablar con alguien también.

Connor se frota la barbilla. —¿Y todo lo que se diga en estas sesiones es confidencial?

—Ese es el trabajo del psicólogo. Creo que podría ayudar a los dos chicos y marcar la diferencia con la gestión del estrés y los temores de rendimiento.

Jax necesita toda la ayuda posible, y por muy segura que esté de mis habilidades, no puedo compararme con un profesional de la salud mental. Algo en mi pecho se aprieta al recordar su conversación en el baño. Hay algo que se interpone seriamente en su camino para lograr lo que es capaz de hacer, y tal vez hablar con alguien pueda ayudar.

Estoy dispuesta a probar cualquier cosa para ayudarle a controlar su ansiedad.

—Hecho. Lo que necesites es tuyo. —Connor me mira y sonríe.

—Voy a necesitar que convenzas de alguna manera a Jax de que es parte de su contrato. Dudo que vaya a estas sesiones de buena gana.

—Hará lo que yo diga. Dame una semana para que se arregle el contrato con el psicólogo. Supongo que me enviarás por correo electrónico la lista de posibles —dice Connor con una autoridad que aún no he visto en él.

—Sí, claro. —Me humedezco los labios—. Tengo un último favor.

Connor suspira. —¿Por qué siento que esto es algo de lo que me voy a arrepentir?

—Lo siento. —Me acobardo—. ¿Puedes fingir que eres tú quien ha ideado esto? Jax me odiará si se entera de que le obligué a ir al psicólogo.

—No te odiará.

Viendo que Jax ha vocalizado una y otra vez lo mucho que odia hablar de sus sentimientos, me cuesta creerle a Connor.

Me meto un mechón de cabello detrás de la oreja. —Créeme, lo haría.

—Jax no puede odiar a nadie. Odia el mundo y las cartas de mierda que se reparten a la gente, pero no puede odiarte a ti. Créeme, le conozco desde hace tiempo.

No sé qué pensar de su comentario.

Connor no me da la oportunidad de preguntar a qué se refiere. —Sé que ha sido difícil, pero es un buen tipo. Un hombre de familia leal que tiene algunos problemas que pueden interponerse en su camino. Ha estado un poco perdido, pero sé que saldrá de esto. Me gusta tu idea del psicólogo. Y no te preocupes, fingiré que es cosa mía.

—Gracias. —El alivio borra mi ansiedad anterior.

Cuento hoy como una victoria para el Equipo Elena.

12



Jax

Soy un idiota. Por la forma en que Elena me mira, nunca debería haber planeado una estúpida cena en nuestro vuelo de Sochi a Barcelona. Ahora me mira con esperanza y mierda. Una esperanza que tengo que apagar porque no sirve de nada. Al menos no hacia mí.

—Wow —Sus ojos se mueven de mí a los tacos y al vino.

Esto parece totalmente una cita. Mierda. —Se me antojó mexicano esta noche.

Mira la comida, ignorando a la azafata que le indica que se siente frente a mí.

—Deja de actuar raro. Tu comida se está enfriando. —Agarro una servilleta de tela y la pongo en mi regazo.

Se acomoda en el asiento de enfrente. —¿Tacos?

—Sí. Tacos. Sabes más palabras que esto, vamos. ¿Te he aturdido literalmente? Sé que me veo bien, pero...

Ella levanta los ojos de su plato. —Estoy sorprendida. Supongo que tu victoria en el Prix te puso de buen humor.

Joder. Realmente soy un total imbécil. Si esto es un gesto dulce, estoy haciendo mi trabajo jodiendo todo entre nosotros demasiado bien. La única

razón por la que organicé esta cena fue porque quería agradecerle su ayuda hasta ahora.

En lugar de expresar mis pensamientos, me guardo el agradecimiento.

—Ahora sé la manera de conseguir que dejes de hablar.

La azafata nos pregunta si necesitamos algo, pero la despido con un gracias.

—Entonces, tenemos casi ocho horas juntos. ¿Alguna apuesta sobre cuánto tiempo pasará antes de que uno de nosotros diga algo desagradable? —Doy un sorbo a mi vino para calmar mis nervios.

—Basado en tu historial, te doy dos minutos.

—Es la única vez que quiero oírte referirte a mí y a dos minutos en la misma frase.

La sangre sube a sus mejillas. —Me metí de lleno en eso.

—No pude resistirme. —Le paso un dedo por su mejilla rosada sin pensarlo, disfrutando de la forma en que sus ojos se nublan y sus labios se separan.

Se aparta de mi contacto. Una sonrisa adorna sus labios mientras toma un taco y le da un mordisco a su comida. —Así que... ya has mantenido la compostura durante un mes -sin contar con tu intento fallido de una fiesta en la suite-. ¿Cómo te sientes?

Sonrío. —La música suena mejor en el podio que de pie en la banda.

—Estoy segura de que habrá más victorias de este tipo en el futuro.

¿Por qué siempre cree en mí? No importa cuántas veces me la aleje, ella sigue con su mierda positiva con una sonrisa. —Dime, ¿McCoy te paga extra por ser mi animadora personal?

—Debería haber incluido eso en mi contrato. Probablemente podría haber conseguido un par de miles de euros extra por ser tu entrenadora de motivación.

—Tu pérdida es mi ganancia.

Se encoge de hombros y opta por comer en silencio.

Odio sentarme en silencio. Por alguna razón masoquista que no puedo comprender, quiero que Elena me preste atención. Que me vea como algo más que un imbécil irritable, aunque sea por una hora. —Entonces, cuéntame algo que nadie sepa de ti.

¿Quién demonios comienza con una pregunta así?

Yo, un maldito idiota, eso es.

Se ahoga con su bebida en la muestra más poco femenina que he visto de ella. —¿Qué?

—Vamos, juguemos a un juego.

—Elige otro juego. Este no me gusta. —Se cruza de brazos.

Mis ojos se dirigen directamente a su escote porque tengo el autocontrol de un adolescente.

Hola, cerebro, conoce la cloaca a la que te vas a mudar permanentemente.

—No. Entonces, dime qué es algo que nadie sabe de ti.

—Eres un imbécil el 99% del tiempo, así que no quiero compartir secretos contigo.

—Pero piensa en el 1% de mí que realmente disfrutas. Eso vale la pena.

Parpadea sin responder.

Pongo los ojos en blanco. —Bien. Un secreto por un secreto. Empezaré a darte un poco de fe en mí. Me encanta One Direction.

Se ríe antes de parar, probablemente por mi ceño fruncido. —Lo siento. Pensé que te estabas metiendo conmigo.

—Te aseguro que no, ya que fui VIP en su último concierto. Su ruptura hizo llorar a medio Reino Unido.

—¿Cómo puedes tener un tatuaje de Coldplay y a la vez amar a One Direction? —Señala el tatuaje de la portada del álbum *Parachute* de Coldplay que tengo en el brazo.

—De la misma manera que te encanta ver reposiciones de *Real Housewives* y *Downton Abbey*. No voy a responder honestamente si vas a juzgarme.

Pone las palmas de las manos en alto en señal de sumisión. —Está bien. Me portare bien.

—Bien. Puedes compensarme contándome algo que nadie sepa de ti. —Le sonrío.

—Colecciono esferas de nieve.

Me burlo. —Mentira. Seguro que alguien conoce tu colección.

—Bueno, nadie sabe *por qué* los colecciono. Sólo saben que lo hago.

Me inclino más cerca, intrigado. —Bueno, bien. Dime por qué.

Me arrepiento de haber inhalado profundamente porque su aroma afrutado asalta mi nariz. Mis pulmones se contraen y la sangre corre hacia mi polla. Huele bien. Muy, muy jodidamente bien.

Lo cual es muy, muy malo.

—Las esferas de nieve son especiales, sobre todo las que tienen música. Esas son mis favoritas. Me encantan porque siento que son un momento en el tiempo, capturado y recordado. Tengo algunas de diferentes ciudades, una de la universidad y un par más que son importantes para mí. —Su sonrisa cae como si recordara algo desagradable.

No me gusta la mirada triste que tiene. —¿Dónde está tu colección ahora?

—Tengo un pequeño apartamento en Mónaco donde solía trabajar antes de todo esto de la F1 viajando contigo.

—¿Has recogido alguna durante este viaje?

Ella parpadea hacia mí. —No. ¿Por qué?

—Me pregunto cuál es tu próximo recuerdo que vale la pena salvar.

Bueno, joder, eso ha sonado más soñador de lo que pretendía.

Por la forma en que levanta las cejas, me doy cuenta de que tiene la misma reacción de sorpresa. En lugar de esperar a que responda, sigo con la

conversación. Sólo por amabilidad. No porque me interese conocerla mejor.

Mentira. Fóllame de lado con un consolador de diez pulgadas, por favor, porque en realidad estoy disfrutando de la compañía de Elena.

—¿Qué es lo que más te gusta hacer en tu tiempo libre? Obviamente, además de cuidar de mí.

Sonríe. —Me gusta ver vídeos de YouTube de gente maquillándose.

—A ver si lo entiendo: ¿te gusta ver cómo se maquilla la gente?

—Eso es lo que suelen hacer. Pero también hacen retos como maquillar a sus novios, arreglarse sin manos y maquillarse mientras se emborrachan.

—Esos son unos idiotas comprometidos, haciendo eso por sus novias. Podría ver a Liam haciendo esa mierda por Sophie. Aunque no voy a mentir, me sorprende que te guste ver a la gente maquillarse en lugar de hacerlo tú misma.

—Los YouTubers con más talento hacen que parezca arte. Es mi placer culpable.

Niego con la cabeza. —Si ese es el tipo de placer que te gusta, los hombres están jodidos. Me gustan los juegos preliminares tanto como a cualquier otro, pero el límite está en las brochas de maquillaje.

Se le escapa una carcajada.

No pienso antes de hablar. —Me gusta cuando te ríes así.

Me mira como si hubiera admitido que tengo una colección secreta de juguetes sexuales. —¿Qué?

—Nada —suelto.

Ella deja pasar mi comentario. De alguna manera, duramos toda una cena sin discutir. Una hora en la que nos conocemos más que nunca. Odio admitir que hablar con Elena fue calmante y divertido, exactamente lo contrario de lo que deberíamos hacer juntos.

Cuando terminamos, se acomoda en la silla del otro lado del pasillo para trabajar en su rompecabezas. Me lanza una tímida sonrisa como invitación

silenciosa.

Sacudo la cabeza, negando su petición. No porque no quiera. Mi rechazo se debe a que ansío pasar más tiempo con ella. Más atención, más de sus risas, más de sus malditos ojos brillantes.

Sus hombros caen mientras vuelve a prestar atención al rompecabezas. Es obvio que esperaba que me uniera. Pero hacer algo así juntos podría darle una idea equivocada.

Una relación, incluso algo tan platónico como una amistad, no funcionaría entre nosotros. No puede funcionar. Si he aprendido algo de Liam y Sophie, las amistades sólo terminan de una manera, con los *te amo* y los sueños de para siempre.

Alguien como yo siempre decepcionará a alguien como ella. Está escrito en mi ADN, entrelazado con un gen idiota y otras mierdas que no se pueden anular.



—¡Espero que estés listo para el próximo evento de reconstrucción de reputación! —La voz cantarina de Elena me despierta de mi siesta en el sofá. No me he molestado en llegar a mi habitación por lo agotado que estaba tras nuestro vuelo a Barcelona.

Me levanto para sentarme, lo que hace que se aleje de mí. —Tienes demasiada serotonina para ser considerada humana. ¿Cómo carajo tienes tanta energía feliz todo el tiempo?

—Lo dice el tipo que hace mucho ejercicio pero que carece de las endorfinas necesarias.

—Y déjame adivinar. 'Las endorfinas te hacen feliz y la gente feliz no dispara a sus maridos' —Intento hacer mi mejor discurso sureño a lo Reese Witherspoon.

—No has citado a *Legalmente Rubia*. —Sus ojos saltones hacen que una sonrisa se extienda por mi cara.

Me doblo y me pongo a chasquear por alguna maldita razón desconocida. La risa que sale de la boca de Elena hace que la estúpida idea valga la pena.

—Te encanta el cine, ¿verdad? —Sus ojos se iluminan.

—Absolutamente. Creo que habría sido crítico de cine o algo así si no estuviera corriendo.

—*¿De verdad*?

—Oh, sí. IMDB[14] es mi biblia y *El Señor de los Anillos* es la mejor serie adaptada al cine. Soy un cinéfilo.

—Oh, Dios mío. Ew. No lo digas así. —Ella frunce los labios de la manera más adorable.

Adorable. Que Dios me ayude porque creo que mis bolas se han desprendido permanentemente de mi cuerpo.

Me cruzo de brazos. —No hay nada malo en ser cinéfilo.

—Por favor, sólo di que te gusta el cine. Ese es mi consejo de relaciones públicas para ti. Lo último que necesito es que alguien publique que eres otro tipo de 'filo'.

Dejo caer la cabeza hacia atrás y me río. —Joder, no.

Sacude la cabeza y se ríe conmigo. —En serio, tienes que empezar a prepararte. No quiero llegar tarde.

—¿Podemos reprogramar para nunca?

—Lo siento, estoy reservado una eternidad a partir de ahora, así que este es mi único hueco libre. —Se toca la muñeca sin reloj.

—Por supuesto. ¿No dirías que es bastante conveniente?

—Cualquier cosa relacionada contigo es cualquier cosa menos conveniente. —Ella se levanta del otro lado de la sección—. ¿Estás listo para lo que he planeado?

—No en lo más mínimo.

—¡Perfecto! Vístete con el traje que puse en tu habitación mientras dormías. —Se tapa la boca con la mano, pero sus ojos delatan su diversión.

La miro con escepticismo al entrar en mi habitación. Un traje de conejo de Pascua me asusta, con ojos enormes y un chaleco verde neón cubierto de huevos fluorescentes.

—¡Sorpresa! Una búsqueda de huevos de Pascua. —Da una palmada exagerada.

—Tienes que estar bromeando. ¿Un disfraz? ¿En serio?

—Lo sé. ¿No es genial? No tienes idea de lo difícil que fue encontrar uno de esos con tan poco tiempo. —Se apoya en mi tocador.

—¿Por qué no puedo vestirme como una persona normal?

—Porque eres el anfitrión del evento y los niños quieren un conejo de Pascua de verdad.

—Los conejos ni siquiera ponen huevos. Esto es una estupidez.

Se encoge de hombros, ignorando mi perturbación. —Estúpido pero efectivo. Estamos recaudando dinero para financiar parques infantiles locales en las zonas más desfavorecidas de Barcelona.

Maldita sea, casi cedo a su estúpida petición del traje de conejo por la forma en que sus ojos se iluminan ante la idea de donar dinero a los niños necesitados.

Casi es la palabra esencial.

—No voy a usar eso. Me niego. —Niego con la cabeza.

Mueve el labio a mi negativa y junta las manos en forma de oración.

—¿Por favor? Piensa en los niños pequeños. Querrán hacerse fotos con un conejo de verdad y divertirse. Además, los padres van a donar mucho dinero para encontrar huevos en el hipódromo contigo.

—¿Qué consigo con esto?

—¿Además de recaudar fondos para los niños de los barrios empobrecidos que se merecen un parque infantil nuevo y seguro?

Cuando lo dice así, parezco el mayor de los idiotas. Pero el traje de conejo es horrendo, y un simple olfateo en su dirección me dice que huele desagradable. —Tengo que cobrar un favor tuyo.

—¿Qué clase de favor? —Los ojos de Elena se abren de par en par.

—No del tipo sexual, según la mirada de horror en tus ojos. Todo está sobre la mesa, mientras no sea ilegal.

—Bien. Nada ilegal, nada sexual, y nada que pueda hacerme perder mi trabajo. —Me tiende la mano.

La agarro, disfrutando de la sensación de su mano en la mía. —Trato.



—Que me parta un rayo. Esta es la mejor mierda que he visto en... bueno... siempre... —Liam mueve uno de los huevos en mi horrible chaleco.

—No le digas eso a Sophie. —Noah golpea el hombro de Liam.

—Ni una palabra más sobre esto de ustedes. —Los fulmino con la mirada a pesar de la falta de visibilidad del gran casco.

—Me aseguraré de contratarte un día para el cumpleaños de mi hijo. ¿Cuánto cobras por hora? —Noah me da un tirón de orejas.

—Me retiro después de esto. Si quieres contratarme, espero que te parezca bien que tus hijos aprendan todas las palabras malsonantes del diccionario.

—Si mi hijo aprende malas palabras de ti, no he hecho mi trabajo como padre. —Noah me sonríe.

—Mírate, teniendo una novia estable y hablando de niños. ¿Maya tiene tus bolas de rehén como garantía?

—Imbécil. —Noah me frunce el ceño.

—Oh, mira, Elena está trayendo a otro niño. Mira a esa pequeña sanguijuela que se agarra a su mano. Creo que está enamorado. —Liam mueve sus pestañas de una manera dramática que me hace querer golpear la parte posterior de su cabeza.

Elena mira al niño con la sonrisa más genuina. Yo me quedo mirando como un bicho raro, disfrutando de cómo sonríe al niño antes de ofrecerle un chocolate de tamaño normal. La forma en que se me aprieta el pecho cuando le quita una lágrima de la cara despierta una mezcla de emociones que casi me hace retroceder un metro. Lo que más me llama la atención es la nostalgia.

Elena se acerca a nosotros, deteniendo mi dilema interior. —Hola a todos. Este es mi nuevo amigo Rafael. Unos niños se llevaron todos sus huevos cuando se le cayó la cesta por accidente, así que le dije que podía conocer a los mejores corredores en lugar de recoger caramelos.

Por Dios. Los niños pueden ser brutales.

Liam se arrodilla frente a Rafael. —¿Quién es tu corredor favorito? Si soy yo, tengo un caramelo extra para ti.

Rafael sacude la cabeza, haciéndonos reír a todos mientras señala a Noah.

—Por supuesto. Todo el mundo adora al famoso Noah Slade —refunfuño en voz baja, el traje amortiguando mi voz.

—No te pongas celoso. Con la forma en que estás conduciendo esta temporada, quién sabe lo que pasará después. —Noah se pone en cuclillas frente a Rafael. Se quita su propia gorra de la cabeza y lo firma antes de colocarlo en la pequeña cabeza de Rafael.

Elena señala mi disfraz. —Ya puedes quitarte eso. Sinceramente, sólo esperaba que te lo pusieras para la foto.

—¿Y pensabas decírmelo *cuándo*?

Deja escapar una sonora carcajada. —En cuanto empezó la búsqueda de huevos. Pero una vez que la seguiste sin quejarte, no pude resistirme. Lo decía en serio cuando dije que era casi imposible que encontrara uno de esos en el último momento.

—Maldita sea, te ha atrapado bien. —Liam choca los cinco con Elena.

—La venganza por semanas de actitud. —Se encoge de hombros.

—Eres una... —empiezo.

—¡Niños! —Noah nos interrumpe.

Liam me mira mientras firma la camisa de Rafael. —Sólo puedes culparte a ti mismo por ser un idiota tan temperamental.

—Está bien. Conseguí un favor por esto. —Sonrío malvadamente a Elena una vez que me quito la cabeza de conejo.

Se queda con la boca abierta mientras mira a mis amigos. —¡No es nada malo ni nada!

Rafael me sonríe y me abraza la pierna. Le acaricio la cabeza torpemente, sin saber cómo actuar con los niños.

Liam sacude la cabeza hacia Elena. —No somos de los que juzgan.

—Sí, y para ser honestos, tenemos más miedo de que Jax te corrompa. —Los ojos de Noah se deslizan de mí a Elena.

Elena echa la cabeza hacia atrás y se ríe. No puedo dejar de mirarla, por mucho que quiera. Aunque quiero estar más cerca de ella, no puedo. Incluso algo como lo de hoy me ha empujado a estar más cerca de ella de lo que debería.

A la hora de la verdad, soy el primero en salir huyendo. Y soy de los que no miran atrás.

13



Jax

—No estoy hablando con un loquero. —Cierro la puerta de la oficina de Connor y tomo asiento frente a él.

—Sí, lo estás. Está en tu contrato.

—¿Dónde? Por favor, enséñamelo porque la última vez que lo comprobé, las sesiones psicológicas no estaban en la letra pequeña.

—Está en la cláusula que dice que harás lo que carajo quiera, cuando carajo lo quiera. Sección 3B si quieres ser más específico. —Gira su portátil hacia mí, mostrándome la sección resaltada.

—Tienes que estar bromeando. No quiero hablar con nadie.

—Es una nueva política de la empresa. Los deportistas hablan con un psicólogo una vez a la semana durante una hora. Todo lo que se diga entre los dos es confidencial.

Aprieto los puños. —¿Por qué me haces esto?

—No es un ataque personal. Es saludable, y espero que otros equipos nos copien. Ustedes se enfrentan a altas velocidades, colisiones, estrés y un montón de cosas más. Prefiero tener atletas mentalmente sanos conduciendo nuestros autos. Y no finjas que no has tenido otra mierda carcomiéndote.

—Eso es diferente. No tiene nada que ver con mis habilidades de conducción.

Connor se burla. —Oh, vete a la mierda. Claro que sí. Que te tomes un Xanax el día de una carrera dice lo contrario.

—Eso no se debe a las carreras y tú lo sabes. Es difícil estar rodeado de mucha gente. Siento que estoy constantemente encendido, agotándome al tratar de no decir lo incorrecto o actuar de manera equivocada.

Cierra su portátil y me presta toda su atención. —Exactamente mi punto. A todo el mundo le viene bien alguien con quien hablar, incluido tú. Quiero que mis conductores estén en las mejores condiciones esta temporada.

—¿Así que Elías también tiene que hacer esto?

—No puedo decir quién ve a un psicólogo, pero digo que *tú* lo harás.

—¿Y si no digo nada durante la sesión?

Levanta un hombro. —Entonces no lo hagas. Es tu hora para desperdiciarla como quieras. Si has terminado, tengo que hacer una llamada. Y no llegues tarde a tu primera sesión. —Me despide con un movimiento de cabeza hacia su puerta.

Me despido refunfuñando mientras me dirijo a la oficina del Dr. Schwartz, la nueva incorporación de McCoy a mi infierno personal.

Llamo a su puerta. La abre y me deja entrar en su despacho con un sofá, poca luz y una vela que huele como si hubiera entrado en el plató de *The Great British Baking Show*. Qué jodidamente zen de su parte.

—Bienvenido, Jax. Es un placer conocerte. —El Dr. Schwartz toma asiento frente a mí. Sus ojos marrones gritan calma y bienvenido mientras que los míos dicen que preferiría que me dieran por el culo con una sierra mecánica antes que estar aquí.

Gráfico, pero extrañamente imaginativo.

—Bueno, Dr. Schwartz, he oído que tengo que visitarlo cada semana durante el resto de la temporada.

Se pasa una mano por el cabello castaño antes de ajustarse las gruesas gafas. —Por favor, llámame Tom. Y sí, me han dicho que nos reuniremos una vez a la semana, pero estaré de guardia si me necesita para más sesiones. —Sus palabras tienen un tono sureño.

—Dudoso.

Se ríe. —La mayoría de los deportistas se resisten a trabajar con un psicólogo al principio. Al comienzo, puede resultar intimidante abrirse a alguien, sobre todo para los que están en el punto de mira todo el tiempo. Es comprensible que quieran mantener su vida privada.

—¿Qué sabrás tú de los deportistas?

—Soy psicólogo deportivo, lo que significa que estoy especializado en clientes de alto nivel que se enfrentan a factores de estrés que no son propios de una persona normal. He trabajado con la NFL y la NBA. Aunque soy nuevo en la F1, puedo asegurar que ahora la sintonizaré los domingos.

Bueno, parece que Tom tiene algunas credenciales a su nombre. —Fabuloso.

—Entonces, ¿por qué crees que estás aquí? —Él junta las manos.

—Porque Connor tiene ganas de que le pateen el culo.

Tom levanta una ceja.

Continúo. —Y en caso de que no seas consciente, no quiero estar aquí. Esto es el mayor desperdicio de una hora cuando ya tengo un tiempo limitado.

—Tomo nota. Sólo espero que, con el tiempo, disfrutes de nuestras sesiones juntos. Mi trabajo es ayudar a que tu tiempo con la F1 sea más fácil que difícil. —Su sonrisa llega a sus ojos.

—Mi vida sería más fácil si no tuviera que estar obligado a hacer esto cada semana.

Tom se inclina hacia delante en su silla, su mirada alivia mi malestar.

—Entiendo que no es exactamente lo que quieres. A nadie le gusta que lo obliguen a nada, especialmente a algo que requiere que expreses tus

pensamientos privados con un extraño. Si no te importa que te pregunte, ¿qué de este proceso te parece forzado?

—Connor me hizo venir. Literalmente. Está en mi contrato. —Me tiro del cabello.

—Aunque es parte de tu contrato, lo que quieras hablar es cosa tuya. ¿Hay algo que te gustaría sacar de venir a estas sesiones semanales?

—¿Además de sobrevivir una hora bajo su microscopio?

Tom se ríe. —Estoy aquí para lo que necesites. Mi trabajo no es evaluarte, sino ayudarte en el proceso de afrontar los principales factores de estrés, tanto en la pista como en tu vida.

—Suena bien. —Suena como una pesadilla, pero Tom no está en una base de *necesidad de saber*.

—Si le parece bien, me gustaría establecer algunos objetivos para el tratamiento. Es algo que hago con todos mis clientes.

—Fácil. Objetivo 1: sobrevivir esta temporada. Objetivo 2: patear el culo a todos los demás. Objetivo 3: ganar otro Campeonato Mundial.

Inclina la cabeza. —¿Todos tus objetivos están relacionados con la F1?

—¿Hay algo malo en eso?

—No, es típico de los atletas. Puede que tus objetivos cambien una vez que asistas a más sesiones y te sientas más cómodo conmigo.

—Estupendo. —Apoyo la cabeza en el sofá mientras empezaba a contar las baldosas del techo.

—Esta es tu hora para hacer lo que quieras y decir lo que sientas, Jax. Aprovecha o quédate callado.

—¿No me obligarás a hablar? —Me cruzo de brazos.

—Probablemente te haré algunas preguntas, pero tienes derecho a rechazarlas. Como dije, esta es tu hora para hacer lo que quieras.

—Entonces, prefiero el silencio, muchas gracias.

—Muy bien. —Tom mantiene su palabra, permaneciendo en silencio durante el resto de nuestro tiempo.

De alguna manera, la hora pasa más rápido de lo esperado, y yo cuento las baldosas del techo para pasar el tiempo.

—¿A la misma hora la próxima semana? —Tom me ofrece su palma mientras salgo de la habitación.

La tomo y le doy una buena sacudida. —Claro. No es que tenga otra opción.

—Todos tenemos elecciones en la vida. Tú elegiste no hablar, como yo elegí quedarme callado. El error que comete la gente es pensar que no tiene otras opciones. Siempre hay alternativas, sólo que no siempre son las más fáciles.



Intento mantenerme ocupado la noche anterior a las pruebas del GP de España. Los intentos incluyen hacer ejercicio, cocinar la cena en una pequeña cocina no apta para nada que no haya salido directamente de la sección de congelados, y ver un episodio de un programa de televisión que me recomendó mi madre. Está claro que el último intento fue una decisión estúpida, ya que Elena se sentó en el pequeño sofá a mi lado, afirmando que le encanta el programa. Ahí va mi intento de alejarme de ella.

Ya veo lo que has hecho, mamá.

A lo largo de la noche, intento ignorar las miradas de Elena hacia mí. La forma en que se muerde el labio inferior me dice que se esfuerza tanto como yo por concentrarse en el espectáculo. Mi esperanza de que no hable se desvanece cuando abre la boca, soltando el labio inferior que ha mordido en carne viva.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Su voz melódica atrae mi atención.

—No. Quiero ver qué pasa después. —Netflix me traiciona, preguntando si quiero seguir viendo.

El universo realmente me odia. Es oficial.

—Vamos. ¿Qué hay de malo en una pregunta? —Se gira hacia mí.

—¿Viniendo de la persona que se gana la vida haciendo preguntas difíciles? Todo. Además, quiero saber si encuentran otra pista del tesoro.

—¿Tienes miedo? —se burla.

Dejo escapar una risa forzada. —¿De?

—Responder a una o dos preguntas.

Levanto una ceja. —¿Así que ahora son dos preguntas?

Me da una sonrisa radiante. —Estoy negociando.

—Ni siquiera he accedido a una, y mucho menos a dos.

—¿Qué te haría estar de acuerdo?

—Si tú puedes hacer preguntas, entonces yo también.

Sí. Ahí va mi plan de evitar a Elena a toda costa.

—Siempre haces todo tan complicado. —Ella sacude la cabeza—. Pero está bien.

—Muy bien. Hazme tu primera pregunta.

Mete las piernas debajo de ella. Su intento de ponerse cómoda sólo significa problemas. —¿Cuál es tu mayor arrepentimiento?

Su pregunta despierta mi curiosidad, pero no lo suficiente como para que responda a esa pregunta de inmediato.

—¿No puedes hacerme preguntas más fáciles para conocerme? Como ¿cuál es mi color favorito?

Sus ojos se estrechan. —Eso es fácil. Verde.

Mi cara debe gritar *"qué carajo",* porque ella deja escapar una risa jadeante. Elena me lanza una mirada que haría que otros hombres se arrodillaran ante ella y le rogaran su tiempo. Pero yo no soy como los demás hombres. Demasiado hastiado, demasiado descorazonado, demasiado maldito autodesprecio.

—Aw, esperabas que adivinara el negro. Me insulta lo poco que consideras mis habilidades. Tu cepillo de dientes y tu botella de agua son verdes. Puede que sólo lleves el negro, pero te tengo en la mira.

Oculto mi sonrisa detrás de mi mano. —Adivinaste gracias a la suerte. Nombra una de mis películas favoritas.

—Jurassic Park.

Bueno, mierda. O me ha robado el teléfono o sabe lo que hace.

—¿Cómo lo has adivinado? —Se me atragantan las palabras.

—La gente dice que la mejor manera de conocer al enemigo es realizando observaciones exhaustivas.

—Estás absolutamente loca. —Y me gusta absolutamente.

Pone una expresión divertida de la que me acabo riendo. —Obviamente estoy bromeando. Tu única camisa con color es una camiseta negra con el logo del parque. Y si alguna vez vas a llevar color además de tu uniforme, tiene que ser algo que te guste. —Se muerde el labio inferior, un hábito desagradable que me gustaría poder hacerle a ella en su lugar.

—Ahora una difícil antes de responder a tu pregunta original. Debes demostrar que eres digna de las profundas. —Me inclino hacia ella y elimino el espacio que nos separa en el pequeño sofá. Mis labios se detienen cerca del lóbulo de su oreja, susurrando palabras, sin importarme las repercusiones de mis acciones—. ¿Cuál es mi posición sexual favorita? —Mis labios rozan la suave piel, mis dientes la rozan antes de apartarme.

Se estremece cuando lo digo. Me encanta. Lo odio. Pero, sobre todo, deseo más de ella

—Creo que te gusta el estilo perrito porque no tienes que mirar a la persona. No tiene sentimiento, es apretado y te excita mucho. —Sus ojos se oscurecen al posarse en mis labios.

Joder. Ella me mantiene en alerta.

Finjo indiferencia y me alejo a pesar de desear su cercanía. —Sin comentarios.

Deja escapar otra risa. Maldita sea por parecer jodidamente entrañable.

—Tomaré eso como un sí. Así que, una vez más, ¿cuál es tu mayor arrepentimiento? —Sus ojos brillantes me llenan de una sensación de calidez que no puedo precisar.

—Ser un idiota con mi madre cuando era adolescente.

Ella inclina la cabeza hacia mí. —No me lo esperaba en absoluto. ¿Por qué?

—Porque ella no se merecía mi actitud. Desearía haber disfrutado más el tiempo que tuvimos, en lugar de actuar como un imbécil.

—Me da un poco de miedo saber cómo se comportaba un Jax más joven si es así como actúas ahora.

—Yo era un mocoso. Ahora, es diferente. Sólo quiero hacer felices a mis padres. —Suspiro—. Me toca a mí. Dime por qué te gusta jugar a ese juego de diseño de interiores en tu iPad.

—Estoy ahorrando dinero para comprar un apartamento decente, así que quiero practicar mis habilidades de diseño. Sé que piensas que es una tontería, pero no soy tan mala. Además, ¿a quién no le gusta trabajar con dinero falso?

—¿A dónde piensas mudarte?

—Tengo un piso en Mónaco, pero estoy buscando uno mejor allí. Cuando me mudé a Europa hace dos años para empezar a trabajar, tenía pocos fondos, así que mi apartamento no es el mejor. Eso y el hecho de mantener a mi abuela han hecho que el tipo de apartamento que me podía permitir no sea el mejor. —Mira hacia otro lado, colocándose el cabello detrás de la oreja.

—¿Vive tu abuela contigo?

Ella niega con la cabeza. —No. Vive en un centro para pacientes con Alzheimer. Hace poco hice que la trasladaran a una nueva que está pensada para pacientes de larga duración. —Mira hacia otro lado—. Es la razón por

la que acepté este trabajo. Su cuidado, mis préstamos escolares y el coste de la vida se acumulan.

—Esos lugares no son baratos. ¿Y si tus padres la ayudan?

Elena se pone una máscara ilegible que reconozco demasiado bien. —Es mi trabajo.

—Eres un poco joven para cargar con ese tipo de responsabilidad.

—No todo el mundo puede crecer con el apellido Kingston, consiguiendo todo lo que quiere con un chasquido de dedos. —Deja escapar un suspiro resignado.

Elena habría hecho mejor en clavarme un trozo de hielo en el corazón. Su juicio me irrita, haciendo aflorar mi mayor preocupación.

—En contra de la opinión que tienes de mi familia, ser un Kingston no puede conseguirte todo —arremeto, pensando en mi madre. El dinero nunca le devolverá los años de su vida que va a perder, por mucho que mi padre lo desee. Él daría todo su dinero para tener más tiempo con ella, menos el dolor.

Pensar en mi madre mancha mi estado de ánimo, empujándome a terminar este intercambio. —Creo que ya he hablado bastante por hoy. —Me levanto del sofá.

—Jax, lo siento. No debería haber dicho eso. Fue grosero y sentencioso. —Se levanta de su sitio en el sofá y se acerca a mí, colocando la palma de su mano en mi pecho. Su tacto calma el enfado que ella misma ayudó a provocar en primer lugar.

Intento apartarme, pero ella vuelve a acercarse a mí. —Bien. Lo que sea.

Que le den a esta mierda. No necesito que Elena me traiga el mismo nivel de calma que un Xan.

—No quise molestarte. Tienes el mundo a tus pies, pero lo tiras por la borda con malas decisiones. No estaba pensando.

—Así son las cosas entre nosotros. Un par de conversaciones sin que nos peleemos no cambiará eso.

—Si eso es lo que quieres.

—Lo que quiero es que te des cuenta y me dejes en paz.

Sus hombros caen. No debería ser tan idiota, pero no puedo evitarlo. No tiene sentido que nos acerquemos. Ella está trabajando mientras yo sobrevivo a la temporada. Casi lo olvido por un momento, pero ella me devuelve a la realidad.

—Sabes, gastas más energía en alejar a la gente que en tratar de conocerla. Un día te darás cuenta del error que has cometido, y yo estaré ahí para ti cuando lo hagas. —Sus labios se convierten en una sonrisa inestable. Una que odio ver en primer lugar, no porque no sea hermosa, sino porque es demasiado jodidamente perfecta.

Como todo en ella. Demasiado centrada, demasiado arreglada, demasiado inalcanzable. La odio por eso. La odio por irrumpir en mi vida y mostrarme lo que es querer algo diferente por una vez.

Pero, sobre todo, la odio por entrar en mi espacio, por hacerme sentir patético, por creerme simplemente.

Y el odio me hace enfadar.

Tan jodidamente enfadado.

14



Elena

En las últimas seis semanas que he trabajado con Jax, nunca ha expresado abiertamente que le caiga mal. Pensaba que parte de sus ingeniosos comentarios se debían a que podía aguantar su mierda antes de devolvérsela con una sonrisa. Pero esta noche, mientras hace exactamente lo contrario de lo que le pedí una vez más, tal vez tenga que aceptar que le caigo mal después de todo.

De alguna manera, Jax me hizo aceptar ir a algún club con él para celebrar su segundo puesto en el GP de Barcelona. Para ser justos, me dijo que se quedaría tranquilo porque estaba allí para pasar el rato con Liam y Sophie. Mi error fue creerle en primer lugar. Evidentemente, soy una idiota porque hizo exactamente lo que debería haber esperado.

Durante la primera hora, estuvo relativamente normal. Hasta que desapareció durante diez minutos alegando que tenía que responder a una llamada telefónica. Cuando regresó de su llamada, se tomó varias rondas de whisky a pesar de mis protestas. Cuando le dije que Liam llevaría su culo borracho a casa, se rio en mi rostro. Cabe decir que esa conversación fue una mierda.

Liam le ha estado empujando vasos de agua cada vez que ha podido, pero Jax está demasiado ido. Ahora, unas cuantas mujeres bailan a su alrededor, metiéndole mano mientras él se pierde en la música.

Todo esto es asqueroso. Pero también, es más que desgarrador. Su dolor es evidente hasta el punto de que lo siento en lo más profundo de mi pecho como si fuera el mío propio. Es difícil no ver el dolor que intenta ocultar. En sus ojos, en su actitud, en su necesidad de cerrarse a todo el mundo.

No sé qué lo ha empujado. Y no sé cómo ayudar, y mucho menos cómo hablar con él.

—No lo he visto tan borracho... bueno, creo que nunca. —Sophie se queda mirando a Jax con los ojos muy abiertos.

—Eso es porque no lo hacía delante de ti. Sin embargo, esta temporada ha estado diferente, con él más tranquilo que de costumbre. —Los ojos de Liam siguen los movimientos de su amigo—. Me aseguraré de que no haga nada que perjudique todo el trabajo que Elena ha hecho para ayudarlo.

—¿Sabes por qué se comporta así? No me dice nada —pregunto, esperando que Liam tenga alguna respuesta.

—A veces se enfada. Es aleatorio, así que no puedo determinar la causa. Pero cuando se pone así, es mejor dejarlo tranquilo para que se despeje la cabeza.

—¿Qué cabeza? Porque la forma en que esas mujeres se agarran a él me hace pensar que estamos hablando de dos tipos diferentes. —Se me revuelve el estómago ante la idea de que alguna mujer venga a nuestra suite esta noche. No sé qué hacer con mi pequeña oleada de celos. No hay lugar para ello en mi trabajo, pero no puedo ignorarlo.

Resulta que Jax no es el único que tiene un desliz esta noche.

Liam hace una mueca. —Emocionalmente está desconectado. Pero ha estado mejor esta temporada, al menos en los medios de comunicación. Por supuesto, todo eso es gracias a ti. Gracias a Dios que pusiste fin a las mamadas públicas y a las mujeres de dudosa reputación que salían de su suite a cualquier hora del día.

No puedo ocultar la forma en que mi cuerpo se encoge. —Genial. Me alegra saber que estoy haciendo algo bien. —Desvío la mirada mientras pongo los ojos en blanco. Estoy tentada de volver al hotel y dejar a Liam para que se ocupe de él. En lugar de eso, me quedo por mi trabajo y porque

Jax parece perdido a pesar de que las groupies lo rodean como si fuera una baliza.

—Ugh. No saques a relucir su comportamiento de compañero de cama. Es asqueroso. —Sophie le da un codazo a Liam en las costillas.

—Voy a ir a ver cómo está. —Me pongo de pie, sin querer aguantar un minuto más de esta tortura. Nadie se está divirtiendo esta noche excepto Jax, que parece borracho y deprimido mientras se balancea al ritmo de la música. Ya es hora de que ponga fin a todo esto porque es mi trabajo, me guste o no.

Esquivo a las bailarinas sudorosas y a los hombres con las manos agarradas mientras me muevo entre la multitud de asistentes al club. Es fácil ver a Jax, con su alta estatura y el pequeño grupo de mujeres que lo persiguen. Me abro paso entre ellas y me pongo delante de él.

—Amor, ¿eres tú? —Me sonríe, todo bobo con los ojos vidriosos.

—¿Quién es ella? —Una mujer se agarra a su brazo y me señala con un dedo de punta roja.

—La mejor parte de mi día —responde Jax con otra sonrisa.

Bueno, eso es inesperado. Mi corazón late en mi pecho más rápido que antes.

—Ella puede irse ahora. Prometo ser la mejor parte de tu noche. —Me da la espalda, acercándose a Jax.

Qué asco.

Pongo los ojos en blanco antes de gritar por encima de la música.

—¿Estás segura de eso? Entonces debería advertirles a los dos. Jax, el médico ha llamado y ha dicho que el sarpullido de tu polla es herpes. Asegúrate de que esta noche te lo cubras si piensas acostarte con él. —Mi voz suena fuerte y clara.

La mujer frunce los labios en señal de disgusto y abandona a Jax, dejando un lío de borrachos para que yo me ocupe de él.

—Eso no es agradable. —Hace un mohín con los labios.

—No estoy aquí para ser amable.

—Ya lo sé. Estás aquí para arruinar mi vida. —Deja escapar un suave suspiro.

—¿Qué quieres decir? La mitad de las veces dices cosas que no entiendo.

—Baila conmigo —Me ignora.

—¿Estás loco? Estás tan borracho que ni siquiera puedes mantenerte erguido.

Gruñe. —Bueno, olvida el baile. ¿Qué tal follar? Se puede hacer acostado.

—Me impresionaría que tu polla funcionara incluso después de la cantidad de alcohol que has consumido.

—Vamos a probarlo. —Tiene la audacia de actuar con suficiencia ante su idea.

Cierro los ojos mientras cuento hasta diez, deseando ser paciente con él. Diez segundos de más, dándole a Jax la oportunidad de acortar la distancia entre nosotros.

Mis ojos se abren para encontrar su mirada entrecerrada a centímetros de distancia. El cuerpo de Jax se aprieta contra el mío, los bordes duros de él se encuentran con mis curvas más suaves. Siento como si mi cuerpo cobrara vida, estallando de energía, palpitando como los altavoces del club. Su aroma a especias y whisky me envuelve mientras los cuerpos sudorosos nos acercan.

Me sujeta la barbilla entre el índice y el pulgar. —¿Por qué tú? ¿Por qué no podía ser otra que tú? —La música alta no puede ocultar el dolor en su voz.

—¿Para el trabajo? Estaba disponible. No es nada contra ti, *por el amor de Dios*.

—Esa no es la pregunta que estoy haciendo —dice.

—*Estás tan borracho,* que ni siquiera es gracioso. Tenemos que llevarte a casa.

Jax tiene otra idea y me atrae hacia él. Uno de sus brazos rodea mi cuerpo y sus labios encuentran los míos. Su beso es todo menos suave. Me exige, me roba el aliento y la racionalidad de una sola vez. El sabor del whisky inunda mi boca mientras su lengua domina la mía, poniendo a prueba mi resistencia.

Mis dedos se aferran a su camisa, desesperados por algo que me estabilice. Que me conecte al suelo antes de que mi mente se pierda.

Y maldita sea, tengo la tentación de dejar volar toda preocupación por él mientras su lengua acaricia mi labio inferior.

Oh. Mi. Dios. ¿Qué está haciendo? Y lo que es más importante, ¿por qué no lo alejo?

Su beso me calienta el cuerpo. Es una sensación que nunca antes había tenido, una sensación adictiva a pesar de lo malo de la situación.

Está borracho.

Tengo un trabajo que hacer.

Tiene demasiados cambios de humor para ser considerado estable.

La lista podría ser interminable.

—Jax. —Separo mis labios de los suyos, desprendiendo los dedos de su camisa y colocando las manos contra su pecho con toda la intención de apartarlo. Pero estoy atrapada en el sitio, sin moverme, porque su tacto es eléctrico. Tóxico. Adictivo.

Es todo lo que debería evitar mientras es todo lo que deseo.

Su boca se desplaza hacia mi cuello y su lengua se recorre la curva. Un escalofrío me recorre la espalda cuando chupa la piel sensible.

Me inclino hacia él, necesitando apoyo, tanto emocional como físico. —Tenemos que parar esto antes de que hagamos algo de lo que nos arrepintamos. —Sueno tan sin aliento como me siento.

Su lengua traza un patrón sin sentido por mi cuello. —Vivo cada día con arrepentimientos. ¿Qué es uno más? —Su voz triste me golpea en el pecho.

Mordisquea la carne sensible, provocando un pequeño gemido en mí. Uno que espero que no pueda oír por encima de la música.

Le empujo el pecho, consiguiendo por fin la distancia que necesito. —¿Y de quién es la culpa?

—Mía. Siempre lo ha sido. Siempre lo será. —Suspira mientras mira mis labios con ojos nublados.

Mi corazón late al unísono con el estruendo de los altavoces: rápido, irregular y lo suficientemente fuerte como para oírlo en mis oídos. Sin que Jax proteste mucho, le conduzco de nuevo a la mesa VIP.

La atención de Liam y Sophie se centra en nosotros. Sophie se esfuerza por ocultar su sonrisa mientras Liam sacude la cabeza, frotándose la sien.

Mierda. Prefiero volver a la multitud y esconderme por el resto de la noche que enfrentarme a estos dos.

—Bueno, lo tienes controlado en menos de quince minutos. Estoy impresionado. Normalmente tengo que sacarlo a rastras de la multitud. —Liam se levanta y agarra a su amigo, dejando que se apoye en él. Al menos tiene la suficiente simpatía para salvarme de mi vergüenza.

Agradezco que la poca luz oculte que mi rostro se parece al color de una luz de freno.

—Tu secreto está a salvo conmigo. —Sophie pellizca los dedos y hace un símbolo de cremallera invisible en sus labios antes de arrojar la llave falsa detrás de su hombro.

Dejo escapar una risa nerviosa mientras Liam me mira con las cejas fruncidas. No dice nada, y prefiere centrar su atención en Jax. Ambos mantienen la normalidad mientras nos abrimos paso por el club. Salimos por la entrada trasera para escapar de los paparazzi. El conductor de un auto de alquiler nos saluda y nos abre la puerta trasera. Liam empuja a Jax al asiento trasero.

Sophie mira a Liam. —Deberías hablar con él. Ya no se trata sólo de él, porque el trabajo de Elena también depende de él. —Frunce el ceño al ver a Jax mientras se acomoda en el asiento central junto a él, obligándome a

sentarme al otro lado de ella. Probablemente sea lo mejor, viendo que Jax ya me ha devorado por accidente.

Sí. Porque sus labios cayeron sobre los míos. ¿A quién estoy engañando?

Esto es fantástico. Realmente, mi confianza en mi trabajo está en lo más alto.

No.

Cierro la puerta del auto. —Está bien, por favor no hables con él. Yo me encargaré y hablaré con él para que esto no vuelva a suceder.

—Por supuesto, ella puede hablar conmigo. *Siempre quiere hablar conmigo*. No se irá por mucho que le diga que se vaya —murmura Jax.

—Ignóralo. Dice estupideces cuando está borracho. —Liam entra en el asiento del copiloto, lanzando a Jax una mirada que me dice que desea que su amigo se calle y se vaya a dormir.

—Palabras sobrias, pensamientos honestos. —Jax se ríe para sí mismo.

—No, imbécil. Palabras borrachas, pensamientos sobrios —le corrige Sophie.

—Oh, lo entiendo. Entonces, ¿eso significa que está bien que le diga a Elena que pienso que es bonita?

Sophie echa la cabeza hacia atrás contra el reposacabezas y se ríe. —Claro, adelante. Por fin, la noche se pone interesante. ¿Por qué no nos dices cómo te sientes de verdad?

—No lo animes —refunfuña Liam.

—Elena es tan bonita que duele mirarla. —Las palabras de Jax hacen que un zumbido constante se instale en mi estómago como si hubiera engullido una botella de refresco de dos litros en menos de dos minutos. Estoy muy confundida.

—¿Entonces por qué eres un idiota malhumorado con ella? —Sophie se burla de él.

—Porque puedo serlo.

Liam gime. —Esa es una mala razón.

—Bien. Porque no tengo elección. —gruñe.

—Esa es una razón aún peor. No estás entendiendo el punto. —Sophie golpea la sien de Jax.

Liam gira su cuerpo alrededor del asiento y sonríe a Sophie. —Probablemente porque bebió lo suficiente como para acabar con la mayoría de sus neuronas.

Sophie junta las manos. —Se supone que le da un cumplido y luego se disculpa.

—No puedes obligar a Jax a hacer nada que no quiera hacer. Eso es lo que le hace... bueno... tan Jax. —Liam mira a su amigo.

Y ese es mi mayor dilema. Quiero saber qué hace que Jax sienta que no merece nada bueno en su vida.

Quiero saber sobre el hombre que se esconde detrás de los artículos de prensa basura y el sexo sin sentido. El hombre que se susurra a sí mismo que no es lo suficientemente bueno.

Quiero saber más sobre él, y no estoy segura de tener el suficiente control para contenerme en el intento.



En el momento en que Jax se despierta, estoy en su espacio. Parece tan fresco como uno esperaría después de haber bebido hasta el estupor la noche anterior. No me sorprendería que su piel supiera como su preciosa botella de Jack. La imagen de mí haciéndole eso me hace tragar un gemido. Me guardo ese pensamiento en el rincón más oscuro de mi mente, esperando que nunca vea la luz del día.

Me levanto del sofá y le sigo hasta nuestra pequeña cocina. —Tenemos que hablar de lo de anoche.

—Pido muy pocas cosas en la vida. La primera es que nadie me moleste antes de mi té matutino. Y la segunda es que nadie me moleste *después* de

mi té matutino.

—Jax... —Le advierto.

—Bien. No hay mucho que decir. Me duele la cabeza hasta el punto de querer vomitar, así que, por favor, guarda tu discurso para cuando sienta que puedo mantenerme erguido sin que el mundo dé vueltas.

—¿Qué tal si te ayudo? Empieza con las palabras 'Lo siento, Elena', y sigue desde ahí.

Me mira mientras pone en marcha su hervidor de agua eléctrico. —¿Estás enfadada porque he bebido?

—Sí. —Las palabras salen en un siseo—. ¿Y si Liam no estuviera allí para ayudarme? ¿Y si una persona cualquiera grabó un vídeo y lo publicó en Internet? Me he pasado la mitad de esta mañana buscando en Internet para asegurarme de que nadie informara de nada malo sobre ti. Me dijiste que intentarías ser mejor, y quiero creerte, pero luego haces cosas como ésta, ¡haciendo que me cuestione lo serio que eres con tu propia carrera! —Mi acento se hace más pesado a medida que me frustro más.

Sus ojos inyectados en sangre se deslizan de la tetera a mi rostro. —¿Me creerías si te dijera que no fue mi intención enfadarme tanto?

—¿Por qué eres capaz de enfadarte? ¡Tú eres el que me besó! ¡Y se emborrachó! Yo debería estar enfadada.

Sacude la cabeza antes de hacer una mueca de dolor. —*Enfadado* significa borracho. Jesús, he bebido demasiado.

—¿Y qué hay del beso? Ya no puedes hacer eso.

—¿Beso? —Sus cejas se fruncen.

Mi corazón se sumerge en algún lugar de mi estómago. No esperaba que no se acordara. Por alguna razón, su amnesia se siente como otra forma de rechazo.

Permítanme introducir otra capa de mierda entre nosotros.

—¿Nos besamos? —dice las palabras en un susurro ronco. Sus ojos se posan en mi rostro antes de cerrarse.

Lo miro fijamente, intentando mantener la calma. Me hace falta todo lo que hay en mí para no ir a mi habitación y lamerme las heridas en privado. Hay cosas que tienen prioridad, como darle una lección. —Todo lo que pasó anoche no volverá a suceder.

Se pasa una mano por el cabello. —Mierda. Siento haberte besado. No debería haber hecho eso.

—No voy a hablar más de eso. Voy a hacer como si nunca hubiera pasado, ya que tú ya lo has hecho. *—Bien, he sonado ligeramente amargada—*. Estoy hablando de que te emborrachaste y te descontrolaste.

Deja de preparar su té para prestarme toda su atención. —Joder. Lo siento. No he bebido así desde el descanso, y claramente mi sistema no estaba de acuerdo.

Mi rabia vuelve como una ola, incontrolable mientras me recorre.

—Esa disculpa sería suficiente si no te hubiera pedido una y otra vez que dejaras de beber. Creía que la fiesta de la suite era tu último hurra, pero está claro que me equivoqué. No puedo ayudar a alguien que se empeña en arruinar su maldita vida. Y no es que te importe, pero no es sólo tu carrera la que está en juego, sino también la mía. ¿Te has tomado un segundo para pensar en cómo tu reputación afecta a la mía? No es justo que me arrastres contigo porque tienes complejo de superioridad y ganas de matar todas tus neuronas funcionales antes de los treinta años.

Jax se acerca a mí a grandes zancadas, poniéndose a mi lado. Nuestra proximidad me recuerda a la noche anterior. De sus labios en mi piel, besándome, lamiéndome, mordiéndome. Reprimo un escalofrío al recordarlo. Prefiero sentir ira que atracción.

Me mira fijamente a los ojos antes de cerrar los suyos. —Siento sinceramente haber hecho exactamente lo que dije que evitaría hacer. Lamento haber puesto en riesgo mi reputación y, por tanto, también la tuya. Aunque no quiera tu ayuda, no quiero arruinar el esfuerzo que has hecho para construir tu negocio. Y, sobre todo, siento haberte besado cuando estaba borracho. —Hace una mueca de dolor.

—Sí, bueno, lo siento ya no es suficiente. Las palabras están vacías. No significan nada a menos que las respaldes.

Aprieta las manos a su lado. —Ese es exactamente mi problema. No puedo respaldar las palabras que quiero decir, así que lo único que hago es enfadarme.

—¿Por qué? —La pregunta que rebota en mi cabeza desde hace unos meses se me escapa. ¿Por qué es cómo es? ¿Por qué no puede hacer lo que quiere? ¿Por qué elige tomar decisiones destructivas?

—No me voy a meter en esto contigo.

—Si no quieres hablar conmigo, entonces aprende a controlarte.

Deja escapar un suspiro exasperado. —¿No lo entiendes? Es todo lo que he intentado hacer.

Me alejo y lanzo las manos al aire. —¿Qué quieres decir? Eres más que frustrante. Honestamente, me das un caso serio de latigazo emocional.

—Controlarme incluye mantenerme alejado de ti. Mirarte me molesta porque me recuerda todo lo que va mal en mi vida —suelta.

Elimino el último espacio entre nosotros, colocando mi mano en su bíceps.

—¿Qué está pasando?

Mira mi mano, el fuego de su mirada se desvanece mientras sus ojos se cierran. —No se trata de lo que *va* mal porque todo *va* mal. Incluyendo tenerte cerca.

¿Qué dice alguien a eso?

No tengo oportunidad de pensar en una respuesta porque Jax entra en su habitación, cerrándome el paso una vez más.

15



Jax

—Hey, *Sr. Segundo Lugar en todo el Campeonato Mundial. Qué manera de representar el nombre de Kingston.* —La voz de mi madre resuena a través del altavoz.

Coloco mi equipaje en el armario, listo para la semana de la carrera de Bakú.

—Oh, basta. Tu fanatismo es demasiado para mí.

—*Acostúmbrate. Es tu mayor apoyo* —dice papá—. *Entonces, ¿cuál es tu plan para hoy?*

—No mucho. Hoy tengo un evento con patrocinadores y algunas entrevistas —refunfuño.

—*Qué trabajo, vivir la gran vida.* —Papá se ríe.

—*¿Y cómo están todos tus amigos?* —A mamá le encanta saber de ellos.

—Liam y Sophie están bien. Ella no pudo venir a esta carrera por culpa de la uni. Ha intentado viajar con nosotros algunos fines de semana entre su horario escolar. Y Noah y Maya están muy calientes y pesados, con muchos besos de por medio. Apuesto a que se casarán en uno o dos años.

—*Amor joven*. —Mamá suspira.

—*¿Y esa chica Elena todavía te sigue?* —Papá no puede evitar indagar sobre ella.

—Sí. Sigue aquí manteniendo mi imagen impecable. —No es que haya sido de mucha ayuda. He hecho todo lo que está en mi mano para mantenerme al margen desde el supuesto beso de la semana pasada con Elena que no puedo recordar por mi vida. No sé si agradecer la amnesia u odiarme por el olvido.

—*Gracias a Dios. Fue difícil defender tus acciones frente a mi club de lectura. No paran de etiquetarte como un chico malo y no puedo soportar que mi hijo coincida con las payasadas de algunos de nuestros personajes. Algunos de ellos son unos absolutos imbéciles*. —Mamá se ríe.

—¡Cómo se atreven tus amigas a objetivarme de esa manera! —Dejo escapar un grito de horror fingido.

—*No tienes ni idea de lo que dicen de algunos hombres. No es que tengas que preocuparte, cariño* —le susurra a mi padre.

Toso una vez que el altavoz retoma sus besos. —Todavía estoy aquí.

—*Lo siento. ¡Oh, no! Mira la hora. Tengo que correr. Gwen me ha pedido que recoja algún tipo de vino para nuestra noche de cine. ¡Cuídate, bichito!*

Todos sabemos que mamá no correrá a ninguna parte. Sólo pensar en ello hace que se me revuelva el estómago.

—Adiós, mamá y papá. —Paso por encima del botón rojo.

La voz de papá me detiene. —*Jax. Espera.*

Como un sexto sentido para las malas noticias, mi columna vertebral se endereza mientras un escalofrío recorre mi cuerpo. —¿Sí?

Los pasos de mi padre llegan a través del teléfono, seguidos por el sonido de una puerta que se cierra. —*Quería hablar contigo. No quería molestarte mientras celebrabas el fin de semana pasado y todo eso.*

—¿Por qué tengo la sensación de que no son buenas noticias?

—*No es terrible, pero no es genial. Mamá ha tenido muchos problemas de humor últimamente.*

—No lo parecía. —*Qué manera de hacer suposiciones, Jax. Esto es irónico viniendo de un tipo que tampoco parece una mierda ansiosa todo el tiempo.*

—*Los temblores han empeorado, así que el médico le ha cambiado la medicina. Tiene dificultades para adaptarse. Son cosas pesadas, y ella se beneficiaría de un poco de tu atención. Si tienes tiempo, por supuesto. No quiero agobiarte.*

Respiro profundamente. Me siento culpable porque papá piensa que estoy demasiado ocupado para ayudar a mamá. —Haría cualquier cosa para ayudarla. Puedo llamarla más y chequearla.

Sólo pensarlo me hace entrar en pánico. Más llamadas telefónicas significa más ansiedad. Como hasta ahora he hecho un pésimo trabajo controlando eso, sólo puedo imaginar lo que me pasará con más llamadas.

Si fuera valiente, me abriría a mis padres y les expresaría mis preocupaciones. En lugar de expresar mis sentimientos, los reprimo. Puedo manejar esto. *Necesito manejar* esto. —Sabes que la familia siempre es lo primero.

—*Eso es lo que te convierte en un Kingston.*

Qué apropiado. Lo mismo que me hace familia tiene el poder de destruirme.



Mi irritabilidad alcanzó un nuevo nivel después de haber hablado antes con mis padres. Me pasé la comida pensando en saltarme la sesión de esta semana con Tom, pero decidí asistir con toda mi gloria de imbécil.

Tom se sienta frente a mí en su habitual sillón de cuero. —¿Hay algo de lo que quieras hablar hoy?

—La verdad es que no. —Miro fijamente al techo y cuento baldosas. Cada vez que pienso en mi madre, vuelvo a empezar.

Después de veinte minutos, todavía no he pasado de diez baldosas.

Dejo escapar un suspiro agitado. —Mi madre está enferma. —No lo miro. La mierda debe estar golpeando el ventilador hoy porque, por mi vida, no

puedo entender una buena razón por la que decidí abrirme a Tom.

—Siento mucho oír eso, Jax. Por lo que has compartido en el pasado sobre ella, puedo decir que significa mucho para ti. Su enfermedad debe ser extremadamente difícil para ti.

—Es lo peor de todo. Odio oírlo. Odio saber que está luchando, o que mi padre está en casa ayudándola mientras yo estoy aquí corriendo y divirtiéndome.

—Es completamente normal sentirse molesto por todo lo que has dicho. Y no debe ser fácil para ti luchar contra estos sentimientos cada semana por ti mismo.

Dejo escapar un profundo suspiro, con la esperanza de expulsar parte de la energía negativa que se cuece en mi interior. —¿Es normal sentirse molesto todos los días?

No sé qué busco abriéndome a Tom. Pero necesito desahogarme con alguien porque desprecio al hombre en el que me he convertido para evitar todos los sentimientos que tengo sobre la enfermedad de mamá.

—Por supuesto, es normal. No esperaría menos de alguien que habla de su madre como lo haces. Demuestra lo mucho que te importa.

—Sí, bueno, odio la constante sensación de culpa en la boca del estómago cada vez que me mandan un mensaje o me llaman. Y luego me odio a mí mismo por sentirme así en primer lugar. Debería estar agradecido de hablar con mamá tal y como está.

—Puedes estar agradecido y a la vez estar molesto por su enfermedad. Está bien sentirse así. Si no te importa que te pregunte, ¿qué enfermedad tiene tu madre?

—¿Importa? —No necesito la compasión de Tom por su enfermedad. Los que saben de la enfermedad de Huntington siempre nos miran igual. Una que es una mezcla de horror y simpatía, como si eso nos sirviera de algo.

—Me ayudaría a tener una mejor comprensión del tipo de situación con la que estás lidiando, pero entiendo si no estás preparado para ello.

—No lo estoy.

Tom asiente. —Está bien. Me pregunto qué te parece lo más difícil de hablar con tus padres.

—Cada vez que lo hago, me siento peor. Aumenta mi ansiedad, sabiendo que ella sigue deteriorándose mientras yo estoy a miles de kilómetros. Ahora mi padre me ha pedido que hable más con ella porque está decaída, y eso me estresa.

—¿Qué es lo que más te estresa de las llamadas telefónicas?

—Ella finge que nada le molesta. Soy muy consciente de su sufrimiento privado, así que odio cuando pone rostro de valiente. Y después, mi padre me informa de su evolución y no son las mejores noticias últimamente, lo que aumenta mi ansiedad.

—Parece que quieres hablar con ella, pero es difícil gestionar la ansiedad que conllevan esas conversaciones.

—Por supuesto, pero tomo Xanax, y eso ayuda.

—¿Eres consciente de los pros y los contras asociados al uso a largo plazo de las benzodiacepinas?

—Sí. Quería algo de acción rápida y empezar con algo como el Zoloft no iba a servir. Ahora no estoy seguro de si el Xanax fue la decisión correcta. Es jodidamente adictivo que mis problemas desaparezcan con el trago de una pastilla.

—Las benzos son conocidas por esos efectos instantáneos. Si alguna vez quieres considerar cambiar de medicación o tener una segunda opinión sobre el asunto, hay muchos psiquiatras que conozco para referirte.

Nos quedamos en silencio durante otros cinco minutos hasta que me llega el segundo caso de calentura. —Este es el primer año en que la culpa me ahoga. No sé por qué, pero la F1 no ha sido tan divertida sabiendo que ella se pone más enferma mientras yo no estoy. Siento que estoy perdiendo un tiempo precioso con ella por ser egoísta.

—¿Has pensado en tomarte un descanso de la F1 para estar con ella?

Sí, pero no voy a admitirlo ante él. —No importa. No la hará mejorar.

—Puede que no. La verdadera pregunta es si *te hará* sentir mejor.

Maldita sea, Tom, deja de tener tanto sentido.

Vuelvo a contar las baldosas del techo, cerrándome a la única persona con la que me he abierto más.



Me siento en mi asiento habitual del jet privado. Las nueve horas de vuelo de Bakú a Mónaco me permiten reprimir mis emociones. Durante los primeros treinta minutos, ignoro a Elena y su estúpido rompecabezas.

Mis ojos vuelven a ella cada cinco minutos. Resulta ser una distracción digna de mis pensamientos de mierda. Se queda mirando con rabia un trozo, intentando meterlo donde claramente no corresponde.

—Quizá si doblas la pieza con suficiente fuerza, finalmente encaje como quieres.

Su cabeza gira en mi dirección. —Quien no ayuda no puede opinar. —Ha cambiado su habitual ropa elegante por unos leggings y una sudadera con capucha que parece tres tallas más grande. Verla con algo tan informal me hace desearla como un maldito idiota. No debería desearla así, no debería desearla en absoluto. Pero aquí estoy con un semi por culpa de una aspirante mexicana a Billie Eilish.

—Sólo es una observación. —Levanto las manos.

Tras otro par de minutos en los que intenta probar otra pieza, me levanto y me siento frente a ella.

No sé por qué me molesto, pero quiero comprobar sus progresos. —Vaya, ¿qué has hecho? ¿Un sólido centenar de piezas en unas pocas semanas?

Para ser justos, el rompecabezas parece muy difícil. No sé por qué eligió un rompecabezas de mil piezas que me recuerda al cerebro de alguien que se está drogando con éxtasis.

—¿Vas a seguir abriendo la boca o vas a ayudarme? —se burla con una sonrisa.

Agarro la caja del rompecabezas, queriendo mantener las manos ocupadas.

—¿Tenías que elegir el puzzle más colorido y complicado? —Hay un montón de globos aerostáticos con los patrones más detallados. Al mirarlo durante un par de segundos, mis ojos se esfuerzan.

—¿Me creerías si te dijera que parece más fácil en la página web?

Me río. —¿Has leído las críticas?

—¿Acaso la gente critica los rompecabezas? No creía que eso existiera. —Se queda con la boca abierta—. Pero ahora que lo mencionas, quizá debería hacerlo porque estoy convencida de que la mitad de las piezas están mal. Esto es lo que me pasa por pedirlo en un sitio web poco fiable.

—O tal vez eres pésima para resolver cosas.

—Habla el segundo rompecabezas más difícil que he encontrado.

Inclino la cabeza hacia ella. —¿Estoy compitiendo con un conjunto de globos aerostáticos? Me siento ligeramente insultado. Quizá tenga que mejorar mi juego.

—Todavía tengo que decidir qué es más difícil. Te mantendré informado. —Intenta ocultar su sonrisa detrás de su cabello mientras mira el rompecabezas, pero yo la capto.

Por una vez, no la evito. No puedo decidir si es porque estoy solo o triste por mi madre. Elena y yo trabajamos en silencio, yo la ayudo.

Disfrutamos juntos del silencio. No me presiona para que hable, y lo agradezco. En lugar de perderme en mis pensamientos negativos, me concentro en la tarea que tengo entre manos.

Al final, Elena da por terminado el día porque quiere tomar una siesta. Vuelvo a mi asiento y pongo mi música en los auriculares. Después de veinte minutos, me vuelvo hacia ella, observando su perfil dormido.

Nunca se lo diría, pero es una de las mujeres más bonitas con las que he estado. Natural, con las mejores curvas, mejillas llenas y una piel con un brillo saludable. Y todo ello irradiando positividad y una actitud descarada que he llegado a disfrutar a pesar de nuestras rencillas.

Mientras pierdo la conciencia, me doy cuenta de que no he tomado un Xanax para calmarme antes del largo vuelo. No puedo decir si fue la actividad relajante del rompecabezas o estar cerca de Elena.

El último pensamiento me preocupa. Elena es lo único que no pude anticipar este año. Ella amenaza todo lo que pensaba que podía aceptar sobre mi vida.

No quiero esperar. No quiero estar mejor. Y, sobre todo, no quiero que me recuerden lo vacía que está mi vida ahora que he estado cerca de alguien que hace soportables los días malos.

16



Elena

Jax superó mis expectativas. Predije que pondría a prueba mis límites, ya que Mónaco es conocido por sus locas fiestas durante el fin de semana del Grand Prix. Además de los eventos obligatorios a los que Jax tiene que asistir por McCoy, se queda en su suite por la noche, menos el alcohol. Me alegro de lo tranquilo que ha sido sin que él haya provocado problemas. Me da la esperanza de que haya aprendido de su desliz en Barcelona y planee controlarse mejor.

Para pasar el tiempo, Elías pasa el rato conmigo en la suite.

—Vamos a jugar a un juego. —Elías cuelga una caja negra sobre mi cabeza.

De alguna manera, reúno mi expresión más aburrida.

Sacude la cabeza y pone los ojos en blanco. —Esta noche el público es duro. En serio, no sobreviviré a otro episodio de *Buffy Cazavampiros*. Lo siento, pero necesitas que te revisen la cabeza si eres del equipo Spike. Ángel es irresistible y cariñoso mientras que Spike no tiene alma.

—Fingiré que no has dicho eso. Spike sacrifica todo por ella al final. Incluso su propia vida. Ángel huye cuando las cosas se ponen difíciles. Una manera de ser un héroe.

Elías susurra *psicópata* en voz baja. —En fin... he invitado a unos cuantos a jugar porque necesitamos hacer más amigos.

—¿Por qué tus ideas siempre me hacen sospechar?

—Probablemente porque voy a pedirte que vayas a llamar a la puerta de Jax, ya que sus amigos van a venir.

—¡No! ¿Por qué quieres interferir?

—Porque jugar a ser Cupido es divertido. Su tensión sexual es caliente. Como más caliente que *Spike tirándose a Buffy a pesar de ser enemigos* calientes. —Sonríe.

—No. —Le saco la lengua.

—Podemos hacerlo por las buenas o por las malas.

Sacudo la cabeza y me cruzo de brazos, negándome a moverme del sofá.

—Por las malas. Tú te lo has buscado. —Con poco esfuerzo, Elías me levanta y me empuja hacia el dormitorio de Jax. Golpea la puerta con el puño y me pasa la caja antes de entrar corriendo en mi habitación.

—Qué bien. Ni siquiera se molesta en ayudarme —resoplo en voz baja.

La puerta de la habitación de Jax se abre con un chirrido. Sus ojos me recorren de la cabeza a los pies, haciendo que mi piel se caliente bajo mis leggings y mi camiseta. —¿Qué quieres?

—Así que... Elías tiene esta loca idea.

—Todas sus ideas son una locura.

Me trago el nudo en la garganta. —Estoy de acuerdo. Pero viendo que ya es un plan en marcha, ¿quieres jugar a un juego con nosotros?

—No soy un niño. No juego. —Su mandíbula se aprieta.

—Bien... —Miro fijamente la caja de Cards Against Humanity—. Bueno, creo que Elías ha invitado a algunos de tus amigos, así que estaremos en el salón si quieres unirte a nosotros.

—No lo haré. Estaba en medio de una llamada telefónica cuando me interrumpiste. Si ya has terminado, tengo que ir a llamar a mi padre. —Sus ojos se cierran, pero no lo suficientemente pronto.

Capto el enrojecimiento en ellos, el brillo que intentó ocultar con su mala actitud.

No puedo creer que esté considerando esto, pero ¿Jax ha estado llorando?

Casi pensaría que me lo he inventado, si no fuera porque cuando vuelve a abrir los ojos, estos tienen una hinchazón que nunca había visto antes.

Mierda.

El sentimiento de culpa me consume por haberle interrumpido cuando es evidente que lo está pasando mal. —Siento haberte molestado durante algo importante. Intentaba ver si querías estar con nosotros, pero veo que no es un buen momento para ti.

—Aunque vengan mis amigos, quiero que me dejen en paz ahora mismo.

Su evasión de sus amigos me lo dice todo. Hace un año, Jax era todo sonrisas y era conocido por ser *el más probable en cerrar un club*. El hombre que tengo delante es un fantasma de esa persona. Se ha convertido en un hombre que se aísla del mundo en lugar de compartir su carga. Y una pequeña voz en mi cabeza quiere ser esa persona para él. La misma voz demente que lo encontró atractivo en primer lugar.

—De acuerdo entonces. Si necesitas hablar más tarde, ya sabes dónde vivo. —Señalo con el pulgar por encima del hombro hacia mi dormitorio.

Me ofrece una sonrisa apretada antes de cerrar la puerta. Me doy la vuelta sobre mis talones. La imagen de Jax, disgustado y triste, me tira de la fibra del corazón desde todas las direcciones.

Entro en mi habitación y encuentro a Elías tumbado encima de mi cama.

Me ofrece una débil sonrisa. —Supongo que eso no salió como estaba planeado basándome en tu ceño fruncido.

—No lo entiendo.

—¿Tenía una razón para su humor esta vez?

—Algo sobre que interrumpí una llamada con su padre.

Elías mira al techo y suelta un gruñido. —No sé por qué algo se siente mal.

—Probablemente porque está fuera.

—Bueno, es una mierda para él. Sus amigos se van a divertir con nosotros mientras él hace pucheros en su habitación.



Una hora más tarde, nuestro salón está lleno de risas. Liam, Noah, Maya, Sophie, Elías, Santi y yo nos sentamos alrededor de una mesa de café centrada en el salón.

Parece que todos se lo están pasando bien, incluso sin Jax. Aparte de que Liam preguntó por él hace treinta minutos, nadie menciona su ausencia. Maya y Sophie pasan la mayor parte de la hora incluyéndonos a Elías y a mí en cada conversación, sin hacernos sentir como extraños.

—'Esta es la flor de mi vida. Estoy caliente, joven y lleno de malas decisiones en la vida', Maldita sea, quién iba a saber que era un buen partido. —Santiago lee su juego de cartas ganador.

—Cuando te describes a ti mismo como un buen partido, eso suele ser una mala señal. —Noah da un trago a su cerveza.

—Creo que ha aprendido un par de cosas sobre la arrogancia de Noah. Sálvalo de una vida de condena eterna, Maya. No dejes que caiga en la misma trampa que tu novio. —Liam tira las cartas no elegidas en la caja.

—Lo he intentado. Mi madre lo ha intentado. Incluso nuestro sacerdote local le dio un discurso sobre ser humilde. —Maya me hace una mueca de broma.

Noah tira de Maya a su lado. —Incluso he hablado con él. A nadie le gusta un imbécil engreído, a menos que seas Maya. Ella me quiere a pesar de toda mi idiotez.

Santi aprieta una palma contra su pecho y agita sus pestañas exageradamente. —Hay esperanza para todos nosotros.

La puerta de la habitación de Jax se abre. Se dirige hacia el sofá, casi tropezando con sus pies. —Así que todo el mundo está aquí pasando un

buen rato. —Jax arrastra las palabras. Se deja caer en el sofá y cierra los ojos.

Liam estrecha los ojos hacia su amigo. —¿Por qué no te llevamos a la cama? No tienes muy buen aspecto.

—Estoy cansado de estar en mi habitación. Todos ustedes pueden estar aquí afuera, divirtiéndose y riendo. Odio escucharlo.

Liam se levanta del suelo. —Estabas invitado, pero en lugar de eso decidiste actuar como un imbécil. No te enfades con nosotros.

—Últimamente siempre estoy enfadado. —Jax suspira. Sus ojos dilatados encuentran los míos a través del pequeño espacio, y mi respiración se entrecorta. Pensé que estaba mejorando y dejando el Xanax.

—¿Y de quién es la culpa? Puedes hablar con nosotros si quieres. —Los ojos de Noah reflejan la preocupación que siento.

—No tiene sentido. Todos ustedes seguirán adelante, y yo estaré solo.

—Nunca estarás solo porque estás con nosotros. —Sophie le dispara a Jax una sonrisa genuina.

—¿Y qué pasa con ellos? —Jax nos señala con un dedo tembloroso a Elías y a mí—. ¿Vas a abandonarme para salir con esta nueva pareja?

—No es así y lo sabes. —De alguna manera encuentro mi voz a pesar de que mi garganta se obstruye.

Los ojos de Jax se deslizan de Elías a mí. —Si Elías se la folla, me voy a enfadar.

Elías suspira. —Céntrate en ti mismo. En serio, no tienes nada de qué preocuparte.

—No me preocupa. Puede que esté contigo, pero por la forma en que me mira, prefiere estar conmigo. Debes de ser un mal amante si tu novia está deseando estar con otro tipo. —Jax intenta apartar las manos de Liam, pero éste no cede.

—Eso es todo. Has terminado por esta noche. —Liam se agarra a Jax y le ayuda a entrar en su habitación. Todos permanecen con los ojos muy

abiertos y en silencio mientras Liam cierra la puerta del dormitorio después de empujar a Jax al interior.

El ánimo de broma de antes ha desaparecido, sustituido por la preocupación y la inquietud. Nadie protesta cuando terminamos la noche. Todo el mundo se va, incluidas Sophie y Maya, alegando que necesitan un tiempo de chicas.

Los minutos pasan sin ninguna señal de Liam. Cada vez más ansiosa, camino por la pequeña sala de estar. ¿Por qué tarda tanto Liam? Mi cabeza se dirige a la puerta de Jax cuando se abre.

Liam se lleva un dedo a los labios. Inclina la cabeza hacia la puerta principal del hotel y yo le sigo.

—No sé qué le está pasando esta temporada. No se abre, y joder, lo he intentado con todas mis fuerzas.

—De todas las personas que habría esperado que supieran lo que le pasa, habrías sido tú.

—Somos los mejores amigos, pero ni siquiera consigo que admita lo que le corroe desde hace unos meses. Siento que le estoy fallando de alguna manera. Siempre ha tenido estos ataques aleatorios de tristeza y ansiedad, pero han aumentado desde las vacaciones de invierno del año pasado. Vigílalo con esto. —Liam me pasa un frasco de pastillas de color naranja—. No creo que esté abusando de ellas ni nada por el estilo, porque no le dejarían conducir si ese fuera el caso. Pero me preocupa que pueda empezar, sobre todo después de esta noche. Está claro que el Xanax no le ayuda a sobrellevar lo que sea que le esté molestando. Debería considerar mejores opciones.

—¿Opciones?

—Se sabe que el Xanax es muy adictivo, hasta el punto de que en el Reino Unido se evita recetarlo. Voy a hablar con él y ofrecerle ayuda para encontrar una alternativa mejor. Las pastillas no son malas, pero no son lo mejor para un atleta como él.

Mierda. Miro fijamente el frasco, deseando poder ayudar más que con la imagen de Jax. Tal vez las sesiones de terapia no sean suficientes para lo

que sea que esté pasando dentro de su cabeza. Nuestra ayuda no puede llegar muy lejos si sigue por este camino de adormecer su dolor.

—Será mejor que me vaya. Tal vez puedas llegar a él. Actúa de forma diferente cuando está contigo, tanto en el buen como en el mal sentido. — Liam se va despidiéndose.

Mi corazón se tranquiliza tras unos minutos de mirar el frasco de pastillas de Jax. Se me ocurre una idea y me apresuro a buscar papel y bolígrafo en mi habitación.

Me cuelo en la habitación de Jax una hora más tarde para colocar el frasco de pastillas en su mesita de noche. Con suerte, mi idea tiene algún impacto, aunque sea pequeño.

Me tomo un momento para mirarlo. Parece tranquilo mientras duerme, agarrado a la almohada. Algo se agita en mi interior. Quiero ayudar a Jax a salir de su lugar oscuro. No por un contrato y definitivamente no por dinero. Actúa perdido y derrotado, escondiéndose detrás de pastillas y secretos.

En lugar de seguir mi intuición que me advierte que me rinda y huya, me rindo ante el demonio en mi hombro que me dice que le ayude a cualquier precio.

Pero eso es lo que pasa con los costes. Ninguno de nosotros sabe el precio que está dispuesto a pagar para ser la redención de alguien.

17



Jax

Cuando empecé a correr en karts, me encantaban los nervios previos a la carrera. Vivía para el subidón de adrenalina antes de una carrera, el zumbido de la multitud me alimentaba. El subidón químico que recorría mi cuerpo alimentaba mi adicción a la adrenalina.

Ahora, miro mis manos temblorosas con miedo y vacilación. Como no quiero asustarme durante una entrevista cualquiera, tomo el frasco de pastillas de mi bolso del día de la carrera. Después del episodio de anoche delante de mis amigos, tengo que tener más cuidado con la cantidad que tomo de una vez. Pero después de la llamada de ayer con mi padre, sentí el impulso de hacer que todo en mi cabeza se apagara por la noche.

Buen trabajo de mierda que hizo. La culpa ya me consumía esta mañana después de leer el mensaje de Liam ofreciéndose a escucharme si necesitaba alguien con quien hablar. Aunque agradezco a Liam, ya hablo bastante con Tom.

Desenrosco la tapa y vierto las pastillas en mi mano. Mi cuerpo se pone rígido al ver los múltiples trozos de papel morado doblados mezclados con las pastillas.

Vierto el resto del contenido de la botella sobre la mesa de centro de mi suite. Después de mirar los papeles cuadrados durante unos instantes,

arranco uno del grupo, con curiosidad por saber qué dice. Una delicada letra cursiva que reconozco como la de Elena cubre el papel.

Ahorra un Xanax, compra un cachorro. Te hará más feliz a largo plazo.

No sé por qué la ridícula afirmación me arranca una carcajada. Interesado en ver qué más ha escrito Elena, recojo otro.

Si cambio tus Xans por Tic-Tacs, ¿lo notarías?

Agarro el resto, ocultando a duras penas mi sonrisa de comemierda mientras despliego cada una de ellas.

Abrazos, no drogas. En serio, este es tu bono de abrazos gratis.

Si te saltas las pastillas, te ofrezco una actividad de tu elección.

Un cupón de “salir gratis de una gala” si te saltas la píldora.

Las pastillas son tan ochenteras. Eres demasiado genial para hacer algo tan fuera de moda.

Noche de cine gratis por mi cuenta, con cena incluida, si tiras la pastilla.

Una lección gratis de lenguaje sucio en español si no tomas la píldora.

Nunca esperé que algo tan simple como esto me tranquilizara. Elena, que ni siquiera está presente en la habitación, me llena el pecho de algo cálido.

Elena no tenía que hacer esto. Podría haberme dejado tomar mis pastillas, siempre y cuando me comportara bien. Pensé que eso era todo lo que le

importaba, pero tal vez estaba equivocado. Tal vez su deseo de ayudarme es más que una forma rápida de hacer dinero.

Vuelvo a colocar las pastillas y los trozos de papel en el frasco. Un interruptor en mi interior se activa cuando guardo la que quiero usar una vez terminada la carrera.

Quiero cambiar. No porque McCoy quiera que lo haga o porque todo el mundo me juzgue. Quiero cambiar porque alguien que tiene todas las razones para alejarse se niega a irse de mi lado.

Y así es como me doy cuenta de que tengo que salvarme.



—¿Esto es en lo que quieres usar tu actividad? ¿De verdad? —Elena mira el trozo de papel morado que ha escrito. Arranco el motor de mi todoterreno McCoy Z-Wagon y salgo del aparcamiento del hotel.

—Sí. Escribe tu dirección. —Le doy mi teléfono.

Resulta que salvarme a mí mismo incluye enfrentarme a algunos de mis miedos sobre Elena. El primer paso de mi plan es pasar más tiempo con ella mientras me esfuerzo activamente por no ser un idiota. Ella se merece algo mejor de mí después de todo lo que me ayuda.

—No voy a mentir, pensé que elegirías una cosa más divertida para hacer en tu día libre antes de las rondas de práctica de mañana.

—¿Y perderme de ver tus exclusivas esferas de nieve? Nunca. —Mantengo la mirada hacia delante, ignorando el impulso que tengo de mirar a Elena.

Sí, quiero ver esferas de nieve y alejar a Elena de la escena de la F1 durante una o dos horas. Nunca pretendí que no soy una mierda egoísta.

—Me voy a arrepentir totalmente de enseñarte esto. Lo sé. —Me devuelve mi teléfono con su dirección escrita en la aplicación GPS.

Nos conduzco a su pequeño piso situado en las afueras de Mónaco. El antiguo edificio de apartamentos tiene un aspecto muy diferente al de mi lujoso ático situado junto a la costa.

—¿Este es tu piso? —Miro fijamente el edificio en ruinas que está a una ráfaga de viento de derrumbarse.

—Sí. Sé que no es lo que estás acostumbrado, pero no todos podemos permitirnos un apartamento en un rascacielos con servicio de valet personal.

—Lo siento. No quise insultarte. —Joder, no me había dado cuenta de lo diferentes que eran nuestras vidas hasta ahora. Ella hace pequeños comentarios aquí y allá, pero no me di cuenta del todo hasta este momento.

Toma las llaves de su bolso. —Está bien. Creo que es hogareño.

Es una mierda, eso es lo que es.

Elena y yo subimos las escaleras hasta la entrada de su edificio. La sigo mientras hace un giro brusco por un pequeño pasillo con demasiadas manchas diversas para su comodidad. —¿Vives en el primer piso? ¿No es un poco peligroso?

—¿Peligroso? —Me mira con las cejas levantadas.

—Sí. Ya sabes, no está a salvo de los ladrones y demás. —Me esfuerzo por negar la preocupación que hay en mi voz.

La espalda de Elena se endereza mientras juguetea con sus llaves. —Por favor, me he criado en México. Una escalera no me va a proteger de la gente mala de ahí fuera. —Abre la puerta de su piso.

Compruebo la oxidada cerradura con pestillo antes de seguirla al interior.

—Pero tú vives sola. Eso es diferente.

¿Qué me pasa, que me preocupo y joder?

Elena parece compartir el mismo pensamiento, con las cejas juntas mientras me mira con los ojos muy abiertos. —He vivido sola aquí durante dos años. Creo que puedo manejarlo.

—¿Vuelves a casa a menudo? ¿A México?

Se aclara la garganta. —Eso ya no es casa.

Bueno, qué manera de joder esto, Jax.

—Entonces, muéstrame la mercancía.

Suave. Transición de diez sobre diez.

Estoy jodido. Este plan está tomando un giro para peor.

Elena me da la visita más rápida que se conoce, ya que su piso es del tamaño de mi armario en Londres. Me guía hacia la estantería cercana a la ventana que alberga sus esferas de nieve.

—Wow. —Me encuentro frente a frente con una esfera de nieve de dos calaveras de azúcar. No es exactamente lo que esperaba de alguien como ella.

—Las calaveras de azúcar representan las almas difuntas. —Recoge la esfera de nieve.

—Si se han ido, ¿por qué es colorido?

—Porque en mi cultura, la muerte no debería ser sombría y gris. Se supone que es un momento de celebración. Pero creo que es más fácil decirlo que hacerlo, porque es muy difícil celebrar algo que causa dolor. —Elena agita la bola de nieve. La purpurina de colores cae sobre el conjunto de calaveras. Sus ojos se nublan mientras la coloca de nuevo en el estante.

—¿Ese toca música?

—No. —Pasa a otro—. Este lo compré después de que Elías me consiguiera un trabajo en la F1. Fue uno de los mejores días. Estaba tan emocionada que acabé comprando la primera esfera de nieve que vi, que no era del equipo de Elías. —Su sonrisa le llega a los ojos.

—Pasaré por alto el hecho de que hayas comprado una esfera de nieve de Bandini porque es muy linda. —Miro el auto rojo de Bandini centrado en medio de una pista de F1 falsa, rodeado de purpurina caída.

Elena se ríe mientras la recoge y la agita. —Bueno, creo que apreciarás esta parte. —Sus pequeños dedos hacen girar el pomo metálico de la parte inferior de la esfera y suena el tema de la F1. Es una melodía ligera comparada con la habitual y dramática que ponen los canales de deportes en la tele.

Elena se mantuvo fiel a su hecho, ya que cada esfera de nieve sirve para un propósito único. Hay una gran variedad de esferas de nieve, que van desde diferentes tamaños a temas. Incluso tiene una que compró después de graduarse en la universidad, con un diploma falso y una pequeña foto de Elena en su interior. Su sonrisa radiante muestra su orgullo.

—Nunca me gradué en la universidad. Diablos, ni siquiera fui. —Paso el pulgar por la esfera de cristal.

—No hay nada malo en eso. Estabas conduciendo en qué, ¿en la Fórmula 3?

—F2, pero quién lo comprueba. —Le enseño una sonrisa arrogante.

—Por eso creo que puedes volver a ganar otro Campeonato. Tienes un talento natural para las carreras; sólo necesitas salir de tu niebla mental para hacerlo.

—Tu optimismo es lindo.

—Hoy, lo hiciste. No tomaste tu píldora. En cambio, estás aquí fuera conmigo. —Elena vuelve a colocar la bola de nieve en el estante.

Me enseña un par de ellos. Su pasión y felicidad por sus mejores momentos me contagian. Estar cerca de ella me llena de un calor equivalente al de estar recostado al sol.

La gratitud por su vulnerabilidad me vuelve estúpido. —Gracias por compartir esta parte de ti.

Sus ojos vagan, sin posarse en ningún lugar en particular. —Pensé que elegirías ir a algún lugar para tu actividad. Como, no sé, hacer algo masculino. Me sorprende que hayas pedido ver esta colección. Es diminuta.

—No pude resistir la tentación de saber más sobre tu secreto.

—¿Por qué?

Me tiemblan las manos ante la necesidad de ser sincero con ella.

—Porque, aunque me diga a diario que no necesitas a alguien tan jodido como yo cerca de ti, no puedo resistirme a querer más de lo que debería. —

Algo me empuja a acariciar su mejilla. El mismo algo en mí que quiere acercarla y presionar mis labios contra los suyos.

Me mira con los ojos muy abiertos y cautivadores. —¿Qué estás haciendo?

—No lo sé. —Me inclino más hacia ella y respiro profundamente su champú. Soy adicto a la forma en que sus ojos se oscurecen al escudriñar mi cara antes de detenerse en mis labios.

Cierra los ojos cuando mi pulgar roza su mejilla. —¿Qué pasó con lo de no tocar? Es una regla.

Al tocarla, se desata en mi interior un torrente de posesividad.

—Rompe las reglas conmigo. —Cierro la brecha entre nosotros mientras una mano rodea su cuello, tirando de ella. Ella jadea cuando nuestros labios se tocan.

Lo hago de forma suave e inocente, sin saber cómo reaccionará. En lugar de apartarme, sus dedos agarran la tela de mi camisa y me acercan.

Nuestro beso no es nada de lo que estoy acostumbrado: dulce y suave. Quiero disculparme por haber olvidado nuestro primer beso porque era un imbécil borracho. Pedirle disculpas por haberla hecho pasar por una mierda en un esfuerzo por mantenerla lejos. Es un shock para mi sistema cuando su lengua traza la comisura de mi boca antes de morder mi labio inferior. Mi cuerpo reacciona como nunca antes, un cosquilleo recorre mi columna.

Un gruñido se abre paso en mi garganta. Me separo. —¿Así es como va a ser? Estoy tratando de ser amable.

Sus ojos tienen una rara ligereza hacia mí que nunca había visto antes. —¿Quién iba a pensar que el tipo famoso por tantas cosas traviesas trataría de ser amable?

—Estás jodiendo a alguien que no se tomará tus burlas a la ligera.

—Si es tan ligero como tus besos, creo que sobreviviré. —Apoya una palma en su pecho y me sonríe.

La hago callar con un beso de castigo. Mi lengua arremete contra la suya, sin dejarla escapar fácilmente, queriendo poseerla. Mostrándole nuestra

conexión y haciéndola imaginar mi lengua en otros lugares. Lamiendo, burlándose, provocando. Elena se funde con mi cuerpo, se entrega a mí.

Es embriagador sentirla contra mí. Da tanto como recibe. La piel se me calienta al notar que pasa sus manos por mis brazos tensos. Debo haber bebido mi peso en alcohol en el club para no recordar haberla besado. Me daría una patada de nuevo por haber tomado una decisión tan estúpida, porque esta mierda es memorable.

Besarla sabe a la más dulce destrucción. Su tacto hace que mi cuerpo cobre vida, y una sacudida de energía recorre mi cuerpo. Mi polla palpita en mis pantalones mientras ella me pasa la lengua por el labio inferior. Presiono mis caderas contra las suyas, mostrándole lo mucho que la deseo. El deseo me nubla la cabeza.

Se separa del beso antes de alejarse. Sus dedos rozan sus labios hinchados, atrayendo mi atención hacia el daño que he causado. —No creo que eso deba volver a ocurrir.

—¿Por qué no? —Doy un paso hacia ella.

Vuelve a dar un paso atrás. —Trabajamos juntos. No hay necesidad de complicar las cosas.

—Créeme cuando digo que besarte es lo menos complicado de mi vida en este momento.

Sus ojos brillan con algo que reconozco como lástima. —No estás en un buen momento.

—Estoy cansado de vivir así. —Y estoy cansado de dejar que todos los días se empantanen por mi ansiedad.

—Creo que es un gran primer paso, pero eso no significa que debamos volver a hacer lo que acabamos de hacer.

—¿Vas a actuar como si nunca hubiera pasado? —Aprieto las manos.

—Claro, ya que nos fue tan bien con la primera. —Se gira para recoger su bolso de la encimera de la cocina.

La ira burbujea en mi interior ante su despreocupación. Me sentiría insultado y me cuestionaría mis habilidades si no fuera por la forma en que aprieta su cuerpo contra el mío, prácticamente pidiendo más.

—¿Y si no quiero fingir que no ha pasado? —Le suelto.

Sus hombros caen mientras suspira. —No voy a arruinar tu recuperación por algo como la lujuria. Necesitas estabilidad, y algo entre nosotros sería cualquier cosa menos eso.

Incluso yo sé que eso es cierto. Estoy tratando de mejorar y luchar con la ansiedad que me retiene mientras ella quiere construir su negocio ayudándome. Y si algo aprendí de mis amigos, es que donde hay lujuria como ésta, el amor es un efecto secundario arriesgado.

Odio que Elena tenga razón. Lo odio tanto que permanezco en silencio durante todo el trayecto de vuelta al hotel.

Mi ansiedad gana de nuevo, jodiendo mi oportunidad de algo bueno. Elena y yo no seríamos estables, pero no por las razones que ella piensa. Las relaciones, incluso las físicas, necesitan un nivel básico de confianza.

Mientras que algunas personas tienen cimientos sólidos construidos para soportar las dificultades de la vida, la mía es el equivalente a un castillo de naipes, susceptible de derrumbarse ante el más mínimo cambio.

18



Jax

—Quiero dejar el Xanax —digo después de contar baldosas durante lo que parecen treinta minutos. Las palabras de Elena en su apartamento me han perseguido toda la semana. Tiene razón, lo que me hace enfadar. Si fuera un hombre normal, no tendría que preocuparme por una conexión con alguien que amenaza con llevarme al límite. Su reticencia a volver a besarme demuestra lo profundo que he caído en un agujero de auto resentimiento y aislamiento.

Tom cruza la pierna sobre la rodilla. —¿Quieres algunas referencias de psiquiatras?

—Sí. Quiero hacerlo de la manera correcta, así que lo que creas que sea mejor.

—Me pregunto qué te ha hecho cambiar de opinión respecto a la medicación.

—Sigo pensando que la medicación es necesaria, pero ya no creo que el Xanax sea la opción adecuada para mí personalmente. Quiero probar algo diferente que se adapte mejor a mi estilo de vida.

—Estoy orgulloso de ti por querer cambiar esto, Jax.

Debería agradecer a Elena, pero no quiero meterla en estas conversaciones.

—Gracias.

—Puedo hacer una lista de referencias si eso te sirve.

—Claro, cuanto antes mejor. ¿Crees que el cambio afectará a mis carreras o algo así?

—Creo que un psiquiatra puede ayudar a determinar cuál es el mejor curso de acción. Pero ellos saben cómo trabajar con un atleta como tú.

—Eso está bien entonces. —Asiento con la cabeza, satisfecho de haber dado este primer paso.

—Sé que puedes vencer esto, Jax. La ansiedad no te define. —Tom me sonríe.

—Eso es fácil de decir cuando no conoces mis miedos.

—Si estás dispuesto a compartir, me gustaría ayudarte.

—Dejemos esa batalla para otra semana.



Camino por el salón, mirando la puerta de la habitación de Elena. Desde que me mandó un mensaje para decirme que no se encontraba bien, he estado en alerta.

En los últimos meses, no se ha tomado ni una hora libre, y mucho menos un día. Aunque preferiría sentirme herido por el hecho de que Elena evitara nuestro beso, algo me dice que no se echaría atrás a la hora de ayudarme, y menos por un beso.

Un beso que quiere olvidar que ocurrió.

Un beso que no podría olvidar, aunque lo intentara. Y joder, lo he intentado. Lo he intentado tanto, que ayer casi me golpeó la cabeza contra la pared de la ducha después de masturbarme con la idea de ella.

He caído a nuevos mínimos, y eso dice algo viniendo del tipo que vive en lo más bajo.

Su evasión me ha dejado en vilo. No porque me preocupe por su bienestar, sino más bien porque no quiero enfermar de cualquier virus que esté

incubando en su cuerpo.

Mentiroso.

He resistido el impulso de llamar a su puerta. He asistido a la rueda de prensa sin ella, asegurándome de revisar el correo electrónico que me ha enviado esta mañana con respuestas a posibles preguntas. Ese es el tipo de adicta al trabajo que es, enviándome mierda para estar al tanto de todo.

Agitado conmigo mismo y con mis estúpidos paseos, llamo a su puerta. Mi corazón amenaza con escaparse de mi pecho mientras la espero. Pasan los minutos y el dolor de mi pecho no disminuye.

Vuelvo a llamar a la puerta, queriendo asegurarme de que Elena está viva y no se está ahogando con su vómito o algo así. Por alguna razón, que una representante de relaciones públicas muera por su propio vómito mientras su compañero de piso espera fuera suena como un terrible titular. Ella querría que la revisara sólo por ese potencial asesino de la reputación.

Tras otro minuto de silencio, apoyo la frente en la puerta.

—Elena, ¿estás viva ahí dentro? No estoy exactamente preocupado, pero tu silencio es inusual. —Está bien, estoy ligeramente preocupado, maldita sea.

—No me siento bien. ¿Puedes no salir ni hacer nada que pueda meterte en problemas hoy? Sé que las fiestas son muy divertidas y todo eso, pero no quiero tener repercusiones mañana.

Una sensación de frío se extiende por mi pecho al oír su voz apagada. —¿Necesitas medicina o algo así? —No puedo creer que esté hablando con una puerta en este momento, prácticamente rogando que Elena abra.

Esto es increíble por mi parte. Debería irme, pero mis pies permanecen plantados en la alfombra.

—No.

—¿Tienes problemas de mujeres? —Dios, hoy me estoy convirtiendo en un maldito marica.

—No. Dios no. Ve a pasar el rato con tus amigos sin emborracharte, por favor. —Su risa ronca no alivia mi incipiente preocupación.

Odio su risa forzada. No es la de siempre. Joder, ni siquiera es su risa sarcástica que guarda para cuando soy un completo imbécil.

Me alejo de su puerta, siguiendo su consejo. Liam responde a mis mensajes y me dice que vaya a su hotel.

En el auto, no puedo dejar de moverme en mi asiento, preguntándome si Elena necesita algo para sentirse mejor. Le pido al conductor que dé la vuelta y se detenga en la farmacia más cercana.

Razono conmigo mismo mientras permanezco como una idiota en el pasillo de higiene femenina. Lo hago únicamente porque necesito que Elena me ayude con mi reputación. Nada más y nada menos. Enfatizo lo de nada más.

Me pierdo mientras miro los diferentes productos, todos anunciando mierdas sobre flujos pesados y productos antiplaguicidas. Maldita sea. Doy gracias a Dios por no ser mujer en este momento. ¿Quién mierdas quiere preocuparse de que le metan productos químicos por la vagina?

Llamo a mi madre. —Hola, una pregunta rápida. ¿Qué prefieren las mujeres para su momento del mes? Hay un montón de mierdas etiquetadas como compresas o tampones y no puedo entender por qué una mujer quiere introducir en su cuerpo algo que parece una bala de cartón.

Mi madre se ríe durante treinta segundos en su teléfono. —Por *favor, dime por qué mi hijo está comprando toallas higiénicas un miércoles.*

Gimoteo mientras me apoyo en una estantería. —No sé qué estoy haciendo. Elena está actuando muy raro y pensé que podría ser su período.

—Entonces, ¿fuiste a la farmacia local por ella?

—Sí.

—¿Pidió algo en particular?

—No. Me dijo que saliera con mis amigos.

—¿Y aun así me llamas desde la tienda? Eso no suena como tu tipo de salida habitual.

—¿Quieres que te lo deletree?

Mamá se ríe. *—No. Me divertiré sacando mis propias conclusiones. Me impresiona que haya hecho magia contigo en tan poco tiempo. Pensaba que tardaría medio año, por lo menos.*

—Esto no es más que una cosa amable de compañeros de piso.

—¿Porque de repente eres un defensor de la bondad? —El bufido de mi madre me hace sonreír.

—Bien, bien. Ella me ayuda con un montón de mierda así que me siento mal. Me estoy volviendo un poco loco desde que está encerrada en su habitación todo el día.

—Interesante de hecho. ¿Te preocupa su bienestar?

—No nos metamos en eso ahora. ¿Vas a ayudarme o no?

—Por supuesto. Cualquier cosa para mi hijo que claramente no le gusta Elena. —Mi madre hace una lista de artículos que debería tomar.

Veinte minutos más tarde, entro en nuestra suite con dos bolsas llenas de mierda que, al parecer, las mujeres necesitan para superar su momento del mes. No hacía falta ser un genio para adivinar cuál es el dulce favorito de Elena, ya que lo mastica todas las semanas mientras trabaja en ese maldito rompecabezas. Compré todo lo que me recomendó mamá, desde toallas higiénicas orgánicas de primera calidad hasta una almohadilla térmica que aparentemente ayuda con los calambres.

Si antes pensaba que estaba jodido con Elena, hoy se sella el trato.

Dudo al acercarme a su puerta cerrada. Me armo de valor y llamo a la puerta con la esperanza de que me abra.

Su suspiro ahogado atraviesa la puerta. —Jax. Hoy no estoy de humor.

—Bien, te he comprado mierda para que pases tu mal día, así que espero que tengas ganas de comer Reese's Pieces. —Si no sale por eso, hay que llevarla al hospital más cercano porque tiene que estar muriéndose.

Su silencio me ahoga. Nunca pensé que me intimidaría el sonido, pero la maldita Elena me jode por dentro.

Después de un buen minuto de estar junto a la puerta actuando como un idiota, considero la posibilidad de rendirme. Cuando voy a dejar la bolsa en el suelo, la puerta de Elena se abre de golpe.

Los ojos hinchados de Elena se sienten como un golpe en el pecho. Ha cambiado su habitual atuendo de trabajo por unos leggings y un enorme jersey con las fechas de la gira de Ed Sheeran. Su cabello parece sacado de una película porno, despeinada y diferente a ella. Todo el conjunto es preocupante, sobre todo cuando su rostro parpadea de asombro al ver las bolsas a las que me aferro.

No puedo describir la sensación que tengo en mi interior. Una mezcla de alivio y dolor, tanto por su claro sufrimiento como por el hecho de que me demuestre que al menos respira.

—Te he comprado cosas —Le paso las bolsas como un maldito idiota.

Se queda mirando los artículos con los ojos saltones. —¿Fuiste a la tienda por mí?

—No por ti. Tuve que comprar un nuevo cepillo de dientes y pensé que podrías necesitar algunos artículos de emergencia. No puedo dejar que te pongas enferma antes del Grand Prix porque te necesito en plena forma para seguirme el ritmo. —Qué manera de no quedar como un idiota, Jax.

—Oh, claro. —Sus ojos se cierran—. Bueno, gracias. Es muy amable de tu parte. —Agarra la manija de la puerta y se mueve para cerrarla.

Sin pensarlo, lo bloqueo con el pie de la bota. —Espera.

Se echa hacia atrás. —¿Qué?

Me froto la nuca. —¿Te molesta algo?

—No.

—El aspecto que tienes hace pensar que no es así.

—Vaya, sí que sabes cómo hacer que una chica se sienta especial. —Intenta apartar mi pie del camino. Sus pequeños dedos pintados de púrpura no son rivales para mí.

—Bueno, si algo está mal, puedes hablar conmigo. —Porque tú mismo has hecho un buen trabajo con eso. Idiota.

—Puede que nos hayamos besado antes, pero no somos amigos. No hablamos de sentimientos ni de cosas personales. Lo has dejado muy claro.

Que me deje fuera apesta más de lo que me importa admitir. No esperaba que me quemara como una perra, pero entiendo que está justificado. Estar en el extremo receptor de la indiferencia no se siente muy bien. Lección aprendida. ¿Así es como se sienten los demás cuando los ignoro?

—Bueno, estaré aquí esta noche si quieres hablar o algo. Que te sientas mejor. —Retiro el pie. Ella cierra la puerta con un suave adiós.

Me dejo caer en el sofá y le envío un mensaje de texto a Liam diciéndole que tengo que cancelar nuestros planes. Me digo a mí mismo que no estoy de humor para salir que prefiero ver la última película de acción que quedar con mi amigo. No es porque quiera estar cerca por si Elena me necesita.

Sí.



Una hora más tarde, un golpe en la puerta del hotel me deja perplejo. La abro y encuentro a Elías de pie, con un aspecto un poco más deteriorado.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

¿El humor de mierda de Elena es por culpa de este idiota?

—He traído la cena para Elena. —Levanta una bolsa marrón marcada como comida para llevar.

—No se encuentra bien, así que dudo que quiera comer contigo. —No puedo escapar de este cabrón por mucho que lo intente.

—Lo sé. Nos mandamos mensajes. ¿Me vas a dejar entrar o vas a seguir mirándome como si quisiera robarte tu juguete favorito?

Abro más la puerta, dejando espacio a Elías para que entre. El hecho de que Elena haya enviado un mensaje a Elías me enfurece. La idea me hace sentir

estúpido, comprándole provisiones para sentirse mejor cuando cuenta con él.

Miro fijamente su bolsa de comida con desprecio. —Buena suerte con ella. Es toda tuya.

Elías mira su puerta cerrada antes de volver a mirarme. —Esto no es lo que crees que es. No te enfades con ella porque estoy aquí para ayudar.

—Nunca dije que estuviera enojado.

—El modo en que tu mandíbula se tensa me dice lo contrario. Te he dicho que ella y yo somos amigos. Eso es todo. Está teniendo un mal día y quiero asegurarme de que coma algo.

Se me hunde el estómago. Que me jodan. —¿Qué está pasando? ¿Por qué está actuando así?

Sacude la cabeza, bajando la voz. —No es mi historia para contar.

—Fantástico. —Parece que nunca obtendré respuestas porque, basándome en mi actitud, dudo que Elena quiera ahondar en sus sentimientos conmigo.

—Si esperas que los demás se abran, tú deberías hacer lo mismo.

—No te he pedido consejo.

Niega con la cabeza. —Bien. No te enojes porque estoy aquí cuando soy la única persona con la que puede contar.

—Haz lo que te dé la gana. Espero que te chupen bien la polla por llevarle la cena. —Una tormenta perfecta de ira entra en mi torrente sanguíneo, jodiendo todo aún más.

—Vete a la mierda. Casi me siento mal por lo patéticamente celoso que estás. —Elías no se molesta en devolverme la mirada mientras entra en la habitación de Elena, cerrando la puerta en silencio tras él.

Me voy a mi habitación, desesperado por escapar de las palabras de Elías. Que se joda por estar relacionado con Elena. Esto es el recordatorio perfecto de por qué los imbéciles como yo no se acercan a otras personas. Somos más adecuados para romper cosas sin remedio, seguramente arruinando todo lo que tocamos.



Alguien llama a la puerta de mi habitación. Espero a Elena, pero en su lugar, Elías está al otro lado. De alguna manera, resisto la tentación de cerrarle la puerta en las narices después de su pequeño esfuerzo por llevarle la comida a Elena hace unas horas.

—¿Te importa si entro un momento? No quiero que Elena me oiga. —Mira detrás de él hacia la puerta cerrada de Elena.

—Me importa, pero no es que me des muchas opciones. —Le doy espacio para que entre.

—Hay que aclarar algunas cosas.

Cierro la puerta tras él. —No puedo esperar.

—Bueno, me he esforzado por ser tu amigo y un compañero de equipo decente. —Elías se concentra en todo menos en mí mientras camina de un lado a otro.

—Lo has hecho. —Me apoyo en el armario y me meto las manos en los bolsillos.

—Y todo lo que has hecho es ser un idiota con Elena y conmigo.

—Es inútil negarlo. —Le lanzo una sonrisa tensa.

—Este es el tema que quiero tratar contigo. No puedo ignorar que una parte de ti está enfadada con nosotros porque crees que me gusta Elena, pero te aseguro que no es así.

Una sonora carcajada estalla en mí. —¿Crees que soy estúpido? Los dos tienen esa cosa entre ustedes.

—Por mucho que me complazca saber que al menos te gusta lo suficiente como para sentir envidia de mi relación con ella, no está bien. No deberías comportarte como un imbécil con ella porque te sientas intimidado por mí.

—¿Puedes dejar de dar vueltas? —Le gruño.

Elías se detiene en su sitio. Se mira las manos, todavía sin mirarme. —No me gusta Elena de esa forma porque soy gay.

De todas las cosas que esperaba que dijera Elías, su confesión no habría entrado en la lista. Si lo que dice es cierto, entonces soy el mayor idiota de este planeta.

Tacha eso. El mayor imbécil de este lado del universo.

—Mierda. ¿De verdad?

Suspira. —Sí, idiota. Has estado celoso de un tipo gay que sale con su mejor amiga.

—Vaya... quiero decir, eres... bueno, tú. No me lo esperaba. —Me parece que mi capacidad de producir palabras es alucinante.

—¿Por qué? ¿Porque corro con autos y me gustan las cosas de hombres, eso significa que no soy gay? Las percepciones y los estigmas de todo el mundo son la razón por la que lo mantengo en secreto —responde, mirándome a los ojos por primera vez.

—Lo siento, no quise decir eso. Es que nunca lo insinuaste.

—Tu reacción es exactamente la razón. Es mi secreto. Uno que sólo Elena, y ahora tú, conocen.

Intento limpiar mi cara de sorpresa. —¿Por qué me cuentas esto entonces?

—Elena no se merece más tus tonterías sobre nosotros, sobre todo porque te ayuda todo el maldito tiempo y tú te comportas como un niño. Lo menos que puedo hacer es facilitarle la vida. ¿Quieres ser un idiota con ella por otras razones? Bien. Pero no voy a dejar que te sientes y seas un idiota celoso por alguien que prefiere follar con el hombre más sexy del año de la revista People.

Me río. —Bueno, al menos ya no tengo que hacerle pasar un mal rato por ti.

—Tienes que dejar de hacerla pasar un mal rato. Punto. Te arrepentirás.

—Si la vida fuera así de fácil.

Elías asiente. —La vida nunca es fácil. ¿Venir aquí y contarte mi secreto para ayudar a mi amiga? Lo más difícil que he tenido que hacer en mucho tiempo. ¿Confiar en ti a pesar de apenas conocerte? Peor aún. Por lo que he oído, tiendes a tener los labios sueltos cuando te emborrachas, así que no me emociona precisamente confiar en ti.

Mierda. Estoy sorprendido de que confíe en mí lo suficiente como para decirme esto en primer lugar. Y su razonamiento detrás de esto es algo que no sólo respeto, sino que envidio ligeramente porque yo no tengo su clase de agallas. Que esté dispuesto a sacrificarse para proteger a su amiga es un rasgo de personalidad que no puedo ignorar.

Elías es un maldito buen compañero. No es de extrañar que Elena se sienta atraída por él.

—Guardaré tu secreto. Lo juro. —Quiero decir cada palabra—. Puede que sea un imbécil, pero nunca traicionaría tu confianza de esa manera. Lo que hiciste por Elena es admirable.

Maldita sea, Elías. Cada día me resulta más simpático.

—¿Pero vas a seguir siendo distante con ella? ¿A pesar de saber que no voy a hacer un movimiento?

Supongo que Elena no confesó que ayer estuvimos nada más que distantes. Poco sabe que yo presioné para que hubiera menos distancia, pero me encontré con su resistencia. —Tenemos demasiados obstáculos en nuestro camino.

Y mierda, soy el más grande de todos.

19



Elena

El tiempo no cura el desamor. Es una frase estúpida que pretende infundir esperanza. En realidad, seguir adelante aún no ha curado mi corazón. Y Dios sabe que lo he intentado.

Todos los años es la misma sensación. La desesperación anula todo lo demás en mi vida en el aniversario de la muerte de mis padres. Las responsabilidades pasan a un segundo plano mientras yo me paso el día llorando la vida que deberían haber tenido.

Elías se fue hace horas, asegurándose de que me alimentara a pesar de mi resistencia a sus ofrecimientos durante todo el día.

Salgo al balcón del hotel. El hipódromo de Mónaco está tan cerca que puedo ver las luces desde aquí.

Miro al cielo lleno de estrellas, las lágrimas pinchan mis ojos al pensar en mis padres.

—¿Cuándo será más fácil? Cada año intento fingir que está bien, pero en lugar de eso acabo evitando a todo el mundo. Me siento culpable de estar aquí mientras ustedes no están. Pasar tiempo con otros en el aniversario... me recuerda todo lo que perdieron. —susurro las palabras al cielo—. Ojalá *Papi* estuviera aquí para verme usar el inglés todos los días. Creo que estaría orgulloso del poco acento que tengo ahora. Y a veces pretendo que *Mami* está aquí cantándome al oído, diciéndome que todo saldrá bien. Me

gustaría pensar que ahora también estaría discutiendo con *Abuela* por la falta de nietos.

Parezco una loca, hablando conmigo misma. —Dios, a veces me siento tan sola, incluso con Elías y *Abuela*. No es lo mismo sin ustedes dos.

Resoplo mientras caen más lágrimas. Es estúpido, pero a la vez catártico, desahogar estas palabras. Sollozo en silencio mientras miro al cielo, pensando en mis padres observándome desde arriba.

El tiempo se me escapa. El sol sale lentamente, bañando el hipódromo de Mónaco con un brillo dorado.

La puerta corrediza de la habitación de Jax se abre con un chirrido. Me apresuro a volver a mi suite, pero la voz de Jax me detiene.

—No tienes que entrar por mí. Si quieres, puedes fingir que no estoy aquí.

Me limpio las mejillas con el jersey, queriendo alejar cualquier lágrima inminente. —Eso es imposible. Créeme, lo he intentado. —Me mantengo de espaldas a él mientras miro fijamente la puerta corredera, preguntándome qué hacer.

—¿Estás coqueteando abiertamente conmigo? Ahora me preocupa que estés enferma.

La sonrisa más débil conocida por la humanidad adorna mis labios. Me doy la vuelta y ocupo un lugar apoyada en la barandilla, de cara al sol naciente.

—Estoy bien.

—Mamá me enseñó que cuando una mujer dice que está bien, entonces definitivamente no está bien, bajo ninguna circunstancia.

Dejo escapar una suave carcajada.

—Tu madre está en lo correcto. —Me arde el pecho ante la idea de no tener la mía.

Permanecemos en silencio durante minutos. Reúno el control de mis furiosas emociones mientras Jax mira al frente. El sol continúa su lento ascenso.

Jax permanece de frente. —Ayer un entrevistador me preguntó qué me hace sentir vivo.

Giro la cabeza hacia él. —¿Qué pasó con lo de guardar silencio para que yo pueda fingir que no estás aquí?

—Pensé que odiabas lo mucho que me guardaba. Aquí estoy siendo amable y ofreciéndote unas migajas. —Su labio se curva.

—Me crie con el arroz como parte esencial de la pirámide alimenticia. El pan rallado es para las mujeres con dietas terribles. —Oculto mi sonrisa tras la manga de mi jersey.

Su risa me llena de una oleada de calidez, reemplazando el frío temor que he sentido durante las últimas veinticuatro horas. —Bueno, sé feliz con lo que estoy dispuesto a ofrecerte. Así que... en fin... El periodista me ha preguntado qué me hace sentir vivo, y le he contestado que las carreras.

—Bien, no sé si me cuesta seguirte porque aún no he tomado café o porque no me sorprende.

—Tal vez un poco de ambos. Bueno, mentí. Un poco... sobre las carreras al menos. Los amaneceres me hacen sentir vivo.

¿Suena Jax nervioso o soy yo la que está analizando demasiado las cosas?

—¿Por qué?

Jax permanece en silencio durante un minuto. Me tiene enganchada, esperando su respuesta. —Porque me recuerda que tengo que vivir un día más.

—Eso es sorprendentemente profundo de tu parte.

—Tu turno. Dime, Elena González, ¿qué te hace sentir viva?

Hago una pausa. —¿Mi trabajo?

Imita el sonido de un timbre y se me escapa una carcajada. Se siente bien reír despreocupadamente, para aliviar el dolor de mi pecho. —Inténtalo de nuevo. Es imposible que eso te haga sentir viva. Si es así, tenemos que encontrarte algún pasatiempo.

—Bien. De acuerdo. —Me muerdo el labio mientras pienso mi respuesta—. Va a sonar muy estúpido.

—Estás hablando con el hombre que toma más decisiones estúpidas en una semana que tú en toda tu existencia. Pruébame.

—Lluvia —suelto.

—¿Lluvia? —Su voz coincide con la incredulidad de su expresión.

—Sabía que sonaba estúpido —murmuro en voz baja.

Acorta la distancia entre nosotros. Su mano agarra suavemente mi barbilla mientras me obliga a mirarle. —Yo no he dicho eso. Estás haciendo un trabajo de mierda al explicarte, sin ofender. Y eso dice algo, viniendo de mí.

Mi cuerpo se sintoniza con su presencia. Es como tocar un enchufe eléctrico, con una chispa que provoca una sacudida en mi corazón.

—La lluvia me hace sentir viva porque me recuerda que la vida es un ciclo. El agua cae desde arriba para ser aspirada de nuevo por las nubes, que acaban dando vueltas. Me encantan las nubes de tormenta antes de que caigan las primeras gotas. Me encanta cómo se siente la lluvia contra mi piel, y me encanta cómo huele. Es muy extraño, pero mis días favoritos son los más sombríos. Y nos enseña cómo incluso las tormentas más feas pueden conducir a un arco iris al final.

Los ojos de Jax se quedan pegados a los míos. Su mirada -mistificada y algo más- me asusta. Me alejo de su abrazo para distanciarnos un poco.

—Eso fue bastante poético. —Se pasa una mano por los rizos—. Has hecho que mi respuesta palidezca en comparación.

Mis ojos observan cómo el sol se desliza lentamente hacia el cielo. No quiero que nuestro momento termine, una rara ocasión con Jax compartiendo una parte de sí mismo. —¿Por qué has venido aquí?

—¿La verdad?

—No, dime la mentira. —La escasa iluminación oculta mi mirada.

—Hago lo posible por ver todos los amaneceres.

Mi corazón se hunde. Por alguna razón, pensé que había venido a verme. En realidad, invadí su territorio. —No lo sabía. Gracias por dejarme irrumpir en tu ritual matutino entonces.

—El hecho de que me des las gracias por compartir un espacio contigo durante diez minutos habla de lo imbécil que soy en realidad.

—Entonces, ¿por qué no cambiar? ¿Por qué te has propuesto mantener a todos emocionalmente distantes de ti?

Suspira mientras se enfrenta de nuevo a la barandilla. —¿Crees en el destino?

—¿De verdad vas a cambiar de tema así? Ni siquiera has respondido a mi pregunta.

—Sígueme la corriente.

—Bien... —Pienso en la muerte de mis padres. En cómo el destino jugó un papel al llevárselos mientras me mantenía viva. Pero también pienso en otros momentos positivos como que Elías me consiguiera un trabajo en la F1 o que me mudara de México para ir a la universidad—. Me gustaría no hacerlo. Parece cruel pensar que algunos eventos están destinados a suceder como morir joven, o la enfermedad, o incluso el trauma. Pero ¿de qué otra manera podemos explicar las cosas que suceden? Creo que la gente no podría enfrentarse a la vida si no creyera que las cosas están destinadas a suceder exactamente como son.

—Sí, yo también creo en el destino. En que, por desgracia, todo sucede por una razón, a pesar de que algunas personas son demasiado tercas para aceptarlo. Como dijiste, la enfermedad, la muerte, la vida. Todo forma parte del gran esquema de las cosas, nos guste o no.

—Pero ¿cómo se relaciona esto con el hecho de que no puedas ser diferente conmigo?

—Lo hace. —Me mira. Sus ojos se oscurecen mientras la emoción inunda sus ojos, revelando tristeza y arrepentimiento—. Algunas personas ven su futuro en otros. Alguien con quien quieren pasar su vida porque no pueden imaginar pasar un día sin ellos. Pero contigo no veo nada bueno. Te preguntas por qué me cuesta estar cerca de ti, y eso es válido. Es porque

mientras algunos están destinados a convertirse en algo grande, nosotros somos diferentes. Estamos destinados desde el principio a fracasar. Cuando te miro, recuerdo por qué Dios es una broma y la vida es un gran momento de "jódete" tras otro.

Vaya. La pesadez de sus palabras presiona contra el dolor que ya se está formando dentro de mi pecho. Sus palabras insinúan mucho más que el deseo de una amistad, y no estoy segura de cómo afrontarlo.

—Nunca podremos ser amigos, ¿verdad?

—No. Pasar tiempo a tu lado, querer más de ti que un polvo rápido, esa es la razón por la que el destino es cruel.

Me golpea otra ola de tristeza. Abro la boca para decir algo, cualquier cosa en realidad, pero la mano de Jax que ahueca mi rostro me sobresalta.

Me gira la cabeza con suavidad y me lanza una mirada de desesperación.

—Eres el mayor 'jódete' del destino. Pero no es porque me desagrades. Es porque me aterra lo que pasaría si dejara de intentar evitarte.

Mierda.

—¿Y qué pasaría si lo haces? —No quiero dejar de hacerle preguntas, no cuando por fin se está abriendo a mí.

—Algo trágico desde el principio.

—Esa es tu perspectiva. ¿Y la mía?

—Adelante. Dime qué crees que pasaría si dejara de evitarte.

—Bueno, si fueras capaz de controlarte más, creo que por fin sentirías algo en tu vida que no sea ira y tristeza. Ya sea por una amistad o una relación, todo el mundo se merece la felicidad, incluido tú.

Jax frunce el ceño, retira su mano de mi rostro y la coloca en el pasamanos. Gira la cabeza hacia el horizonte. —Parece que nuestro tiempo ha terminado.

—Jax, lo digo en serio. La felicidad no es algo que haya que temer. —Coloco mi mano sobre la suya, calentando la palma de mi mano.

—No temo a la felicidad. Más bien temo la desesperación que viene después.

Antes de que tenga la oportunidad de preguntarle algo más, me da un beso muy suave en la comisura de los labios. Mi piel zumba de conciencia cuando sus labios se detienen en el lugar.

Me odio por inclinarme hacia él. Jax es adictivo y me demuestra lo mucho que ansío sus labios contra los míos. El beso en mi apartamento no sirvió para satisfacer el deseo, sino que creó uno. Un deseo que no puedo experimentar en primer lugar, ya que le pedí que se centrara en sí mismo y no en algo entre nosotros.

Jax se aleja de mí. —Aprende a dejar ir lo que te persigue. No quieres volverte como yo, arruinando todo lo bueno de tu vida. Por desgracia, la gente como yo no tiene un gran final feliz. Pero tú te lo mereces todo. El final bailando bajo la lluvia con algún imbécil enamorado que te dé lo mejor de él para el resto de sus largas vidas.

Vuelve a su habitación, dejándome en un lío de mis propias emociones.

Jax Kingston me robó un trozo de corazón, y no estoy segura de que lo vaya a recuperar. Y lo que es peor, no sé si lo quiero que lo haga.

20



Jax

—Entonces, ¿cómo has estado esta semana? —Tom interrumpe mi recuento habitual. Hemos caído en un patrón cómodo, en el que respondo a algunas de sus preguntas cada semana. No se lo diré a Connor, pero tener a alguien con quien desahogarme me ha ayudado a controlar mi ansiedad con más eficacia. Todavía tengo los habituales temblores y demás, pero es inevitable durante la transición a una nueva medicación.

—Todo ha ido bien. He estado preparando el Grand Prix de Canadá y manteniéndome ocupado.

—Estar ocupado es bueno. ¿Y cómo está tu familia?

—Mamá está un poco mejor esta semana. Por primera vez en mucho tiempo, papá pudo viajar por trabajo. La gente cree que se pasa el día sentado, pero en realidad patrocina a algunos luchadores de MMA prometedores. Dice que, por desgracia, el boxeo es un deporte en extinción.

—La MMA es bastante entretenida. Y es bueno escuchar que tu madre está teniendo una mejor semana. Estoy seguro de que eso ayuda con tu estrés.

—Sí, gracias a Dios. De hecho, me pidieron que me quedara con ellos durante las vacaciones de verano antes del Grand Prix de Gran Bretaña.

—¿Qué te parece eso?

—Bien, excepto que Elena está atrapada cuidándome en Londres, también. Eso significa que pasaría un mes conmigo y con mis padres. —Me paso la mano por la mandíbula sin afeitar.

—Un mes es mucho tiempo.

—Mierda no me digas.

—¿Quieres que Elena los conozca?

—La verdad es que no. Por múltiples razones, y la más importante es que no sabe que mi madre está enferma.

—¿Es algo que quieres compartir con ella?

—Sé que puedo confiar en que Elena no dirá nada, pero eso no facilita el proceso. Pero, sinceramente, no tengo muchas opciones.

—¿Qué es lo que te dificulta que ella sepa?

—Siento que estoy derribando la última barrera entre nosotros. Ella sabría todo lo que hay que saber sobre mí.

—¿Y qué es lo que te da miedo?

Respiro profundamente mientras considero la posibilidad de echarme atrás a la hora de contárselo a Tom. En lugar de eso, me esfuerzo, sabiendo que necesito hablar con alguien sobre ello. Una maldita anomalía. —Mi madre tiene la enfermedad de Huntington.

Tom permanece callado. Su silencio alimenta mi miedo, haciendo que me incorpore y le mire.

Odio la tristeza en sus ojos. Me he acostumbrado a esa mirada a lo largo de mi vida. —No necesitas mirarme así.

—Mierda, Jax. Siento oír eso. —Sacude la cabeza.

—Esto no cambia nada de lo que he dicho y de las decisiones que he tomado. —Aprieto las manos frente a mí.

Golpea su bolígrafo contra la pierna. —¿Te has hecho la prueba?

—No. Y no quiero.

—El temblor que tienes y la ansiedad... te ha preocupado, ¿no?

—No me digas. Supongo que estás familiarizado con la enfermedad entonces.

Tom deja escapar un suspiro. —Conocí a alguien que fue diagnosticado. Te habría dado otras recomendaciones si hubiera sabido que esto podría ser parte de la ansiedad que experimentas.

—¿Cómo qué?

—Empezaría por pedirte que considere las pruebas genéticas en lugar de probar una medicación diferente para controlar tus síntomas. Una de las primeras cosas que los psicólogos consideran al diagnosticar es cualquier condición médica preexistente.

—Joder, no. Eso no es una opción. Además, siempre he sido ansioso, desde que era más joven. Esto sólo lo ha empeorado.

—Las opciones cambian. Estás hablando de un 50% de posibilidades de tener la enfermedad de Huntington. Eso no puede ser algo fácil de asumir cada día, especialmente si puedes tener un inicio más joven en comparación con tu madre. Depende de los resultados de las pruebas.

Dejo caer la cabeza entre las manos. Oírlo de alguien que no son mis padres no hace que el hecho sea más fácil de tragar.

—¿Crees que no lo sé? Y ya me he reunido con un asesor genético en el pasado. Pasé por todo el proceso antes de las pruebas y aun así no pude seguir con ellas. He estado allí, hecho eso.

—Fue un primer paso muy valiente.

Una risa cruel se libera de mí. —¿Valiente? Tuve un ataque de pánico antes de entrar en las instalaciones para mi prueba. Renuncié antes de que importara.

—Lo creas o no, considero que intentar hacerse una prueba que podría definir tu vida para siempre es algo increíblemente valiente por tu parte. No todo el mundo se sometería a meses de asesoramiento genético en primer lugar. —Los elogios de Tom hacen que mis mejillas se ruboricen de forma inusual.

—Sin embargo, no soy lo suficientemente fuerte como para seguir con ello —murmuro.

—Que te sientes aquí y te sinceres sobre tu miedo es fuerte. Que cambies de medicamentos porque te das cuenta de que el otro no te estaba ayudando es valiente, especialmente en medio de una temporada. Yo, por mi parte, creo que eres mucho más fuerte de lo que crees.

Me repliego sobre mí mismo, mirando al techo.

Tom rompe el silencio después de unos minutos. —Mi trabajo no es presionarte para que te hagas las pruebas. Sólo puedo recomendarte que pienses en los pros y los contras. Podemos hacerlo juntos y ver qué solución es la mejor.

¿Para qué molestarse, si mi vida tiene un cincuenta por ciento de posibilidades de caducidad?



Doy vueltas en la cama toda la noche, luchando por conciliar el sueño durante horas después de mi victoria en el P3 del Grand Prix de Montreal. El cambio a la nueva medicación ha sido más duro de lo esperado, sobre todo al frenar el alivio instantáneo que ofrece el Xan a la hora de dormir.

Me levanto de la cama, con ganas de un vaso de agua fresca. Sin hacer ruido, me dirijo hacia la cocina. Las luces que brillan bajo la puerta de Elena me hacen dar un desvío.

Normalmente se duerme después de mí, pero las 2 de la mañana es un nuevo nivel de privación de sueño para ella.

Abro su puerta.

—¿Qué haces despierta más allá de tu hora…? —Mi voz se corta cuando la encuentro acurrucada bajo las sábanas profundamente dormida. Tiene un aspecto jodidamente apacible y juvenil, su cabello castaño cubre la almohada mientras sus manos se aferran al edredón blanco.

—¿Cómo demonios te duermes con todas las luces encendidas? —susurro mientras aparto algunos mechones de cabello sueltos de su rostro.

Dios mío, me estoy convirtiendo en un rarito, viéndola dormir. Me tomo un momento para evaluar su habitación. Vivir en la carretera significa que no tenemos muchos recuerdos personales, así que la fotografía de su mesita de noche me llama la atención. Una joven Elena cuelga de la espalda de un hombre joven que supongo que es su padre. A su lado hay una mujer que parece una versión algo mayor de Elena. Parecen felices y despreocupados.

Me alejo y apago la lámpara de su mesita de noche antes de dirigirme a su baño para apagar la luz.

Debía estar muy cansada para quedarse dormida así. Tal vez trabaja demasiado siguiéndome todo el tiempo, incluyendo las galas nocturnas y los viajes.

Después de apagar todas las luces de la habitación de Elena, cierro su puerta. Tomo un vaso de agua en la cocina y me dirijo a mi habitación, dispuesto a descansar.

21



Elena

Un grito crudo escapa de mis labios cuando me despierto en una habitación oscura. Aprieto una mano temblorosa contra mi pecho como si pudiera calmar mi corazón acelerado. Mi puerta se golpea contra la pared cuando Jax entra corriendo.

—¿Jesucristo, Elena? —Viene a mi lado de la cama.

Me miro las manos, sin poder decir nada. Vuelven las imágenes de la peor noche de mi vida. Mucha sangre. Sangre pegajosa y oscura.

Los dedos de Jax me presionan los hombros. —¿Dime qué demonios te pasa?

Maldita sea.

Salgo de la cama y me apresuro a ir al baño, encendiendo las luces antes de llegar al inodoro. El ácido cubre mi lengua mientras mi cena lucha por volver a subir. Me tiemblan los dedos al agarrarme al lado del asiento de cerámica.

—Joder. ¿Estás enferma? ¿Debo llamar a un médico? —Jax se arrodilla a mi lado y me aparta el cabello del rostro.

—Luces —siseo—. ¿Por qué has apagado las luces? —Mi voz suena rota. Débil. Derrotada.

Sus ojos desorbitados recorren mi rostro mientras se aferra más a mi cabello. —¿Esto es por la oscuridad? Me has dado un susto de muerte. Pensé que te pasaba algo grave.

Otro mareo me invade, pero lucho contra él. Me pongo en pie, con las piernas tambaleantes que casi se doblan mientras me dirijo al lavabo.

Más imágenes no deseadas inundan mi mente. Cristales rotos. La sangre, oscura y espesa, pegada a mi cuerpo. Respiro profundamente mientras abro el grifo, me enjabono las manos y empiezo a lavarme.

—Elena, habla conmigo. Parece que estás a punto de desmayarte.

Me tiemblan las manos al deshacerme del jabón. Cambio de tarea y decido cepillarme enérgicamente los dientes hasta el punto de que me duela antes de cerrar el grifo. Mis ojos se detienen en mis manos, que parecen limpias a pesar de la sensación de asco que me invade. Vuelvo a abrir el agua para lavarlas de nuevo.

Jax me agarra y me levanta, lanzándome sobre su hombro. —No más lavados de manos raros. Deja de asustarte hasta la mierda y habla conmigo.

Grito mientras me lleva de vuelta a la habitación completamente negra.

—¡No! —Le araño la espalda.

—Maldita sea. Basta ya.

—¡Quiero las luces! —Mi cuerpo tiembla mientras lucho contra las lágrimas que piden ser liberadas.

Me coloca en la cama y enciende la lámpara. —Mierda, Elena. ¿Tienes miedo a la oscuridad?

Sacudo la cabeza y meto las rodillas en el pecho. Mis ojos se detienen en la foto de mis padres antes de cerrarlos. El dolor, cegadoramente caliente, me atraviesa el pecho. Un grito herido sale de mí. Coloco la frente contra las rodillas y sollozo, acurrucándome en mí misma para salvarme de la vergüenza de que Jax me vea perder la cabeza. La vergüenza me invade por dejar que alguien me vea así, pero hacía tiempo que no tenía una pesadilla tan vívida. Tanto tiempo que he olvidado lo que se siente.

—¿Qué maldito infierno te ha pasado? —susurra Jax. Me sorprende cuando se sube lentamente a la cama y tira de mi cuerpo acurrucado hacia el colchón. Su cuerpo se amolda al mío. Se me eriza la piel, ansiando su cercanía, sobre todo después de lo que he vivido.

No quiero estar sola, y de alguna manera, él lo sabe.

Jax arrastra el edredón por nuestros cuerpos, envolviéndonos.

—No vuelvas a apagar las luces. Nunca más. Prométemelo —digo con voz ronca.

—Mierda. Lo siento. No tenía ni idea de que te daba miedo la oscuridad cuando las apagué. Pensé que te habías dormido y te habías olvidado.

—No tengo miedo a la oscuridad.

—Tus gritos difieren.

—Tengo miedo de mis recuerdos —hablo en voz baja, sin saber si me ha oído.

Me sobresalto cuando me pasa la mano por el cabello. Cierro los ojos y siento un cosquilleo en la cabeza por su lenta caricia a través de mis ondas. Soy dolorosamente consciente del cuerpo de Jax. Su calor me rodea, ofreciéndome una sensación de protección.

—Ve a dormir. Yo vigilaré a los malos.

Una nueva sensación de opresión en el pecho sustituye a la que me dejó la pesadilla. Creo que nunca he agradecido tanto la presencia de Jax como en este momento.

—¿Te estás contando a ti mismo?

—Siempre. Pero protegeré tu virtud, no te preocupes.

—Esto no es una buena idea.

Su mano encuentra la mía y la aprieta. —No. En absoluto.

Incluso en medio de mi tristeza, mi ritmo cardíaco vuelve a aumentar.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Siempre me haces preguntas para las que no tengo respuestas. —Parece confundido.

Los minutos pasan. La mano de Jax envuelve la mía, calmándome a pesar de todo.

—¿Qué nos está pasando? —Me susurro a mí misma.

—Me gustaría saber la respuesta a eso también. Pero para ser honesto, estoy cagado de miedo por averiguarlo.

Mis ojos se vuelven pesados mientras escucho el sonido rítmico de la respiración de Jax. Lucho contra la inconsciencia y pierdo la batalla. La mano de Jax vuelve a acercarse a mi cabello, recorriendo las hebras durante lo que parece una hora.

Jax deja el beso más suave cerca de la base de mi cuello.

—Ojalá te odiara. Pero en cambio, haces que me gustes más. Finges ser una persona completa, pero estás rota, dañada, como yo. Y lo peor de todo es que yo también quiero conocer tus partes rotas. Quiero juntarlas con las mías y ver lo que creamos. Así que no sé si huir en dirección contraria o rogarte una oportunidad a pesar de lo imbécil que he sido —susurra.

Oh, Dios. Cree que estoy durmiendo.

—Pero, sobre todo, me gustaría no ser un cobarde. No soy valiente. Al diablo con eso. Si lo fuera, entonces me enfrentaría a mi futuro por ti. Y maldita sea, si eso no me preocupa más que cualquier otra cosa. Tienes el poder de cambiarlo todo.

No sé lo que dice a continuación. Aunque intento mantenerme despierta, el cansancio me gana, y mis ojos se vuelven a cerrar.



Jax me observa desde su asiento en el sofá mientras salgo de mi habitación.

—Necesito hablar contigo sobre lo de anoche.

Tengo miedo de lo que quiere decir, pero reúno el valor para sentarme en el sofá frente a él como una adulta madura. Mis ojos tratan de encontrar un

punto en la habitación para mirar fijamente, pero él se levanta y se sienta a mi lado.

Soy muy consciente de su cuerpo, como una electricidad crepitante que se desprende de él en oleadas y me deja la piel de gallina.

Esas manos estaban sobre mí anoche, sosteniéndome, haciéndome sentir segura.

—¿Con qué frecuencia tienes pesadillas?

—Ya no es frecuente. —Evito su mirada.

—¿Y fue por culpa de que apagara las luces? —Su voz atrae mis ojos hacia él como un barco que busca un faro en una noche de tormenta.

—No me gusta la oscuridad.

Sus cejas se juntan. —No tenía ni idea.

—No somos exactamente mejores amigos.

—No quiero serlo —refunfuña en voz baja.

—Sí, bueno, tienes la personalidad de un cactus, así que tampoco me interesa mucho.

La comisura de sus labios se levanta. —No puedo decir que haya escuchado eso antes.

—¿Te suena más idiota?

—¿Me has llamado idiota? —jadea burlonamente mientras se aferra a un collar de perlas invisible.

—Idiota. imbécil. *Pinche pendejo.*

Jax me cubre la boca con la palma de la mano, sus ojos reflejan una ligereza que me gustaría ver más. —Basta. Mis oídos vírgenes no pueden soportar esto.

Abro la boca y le muerdo el dedo. ¿Quién soy y por qué he hecho eso?

Jax aparta su mano de mi boca. Su pulgar me acaricia el labio inferior mientras me mira fijamente, con deseo y algo más, tirando de mí.

Estoy tan jodida más allá de la razón.

Jax se aparta antes de que tenga la oportunidad de procesar lo bien que se siente su tacto. —Me pides que finja que nunca nos hemos besado, pero me resulta muy difícil en este momento.

—¿Porque te mordí la mano?

—Porque me miras como si eso fuera exactamente lo que quieres. —Sus nudillos rozan mi mejilla.

Mi cuerpo cobra vida como si hubiera tocado una valla eléctrica. —Tienes que parar.

—El problema es que ya no quiero. Evitarte es agotador. —Me atrae hacia su cuerpo firme mientras sus ojos buscan mi permiso.

Mis ojos se cierran en el momento en que su mano toca mi mejilla. Sus labios rozan los míos, tentativos y de prueba. El suave beso no es lo que esperaba de él; es chocante y a la vez estimulante, por lo que es imposible resistirse. Tanto es así que me olvido de quiénes somos y me entrego al momento.

Suspiro y le ofrezco acceso a mi boca. Su lengua acaricia la mía. Nuestro beso se intensifica y se vuelve más apasionado. Jax me tira sobre su regazo y me anima a sentarme a horcajadas sobre él. Su erección crece mientras me aprieto contra él, sin conseguir aliviar el dolor que siento en mi interior. Su beso se vuelve más dominante. Lucha por el control con su lengua mientras sus manos agarran mis caderas hasta el punto de que me duele. Todo en el beso me pide que me someta a él. Gimo cuando me muerde el labio inferior, tirando y chupando la sensible piel.

Mi mente se nubla mientras nos besamos. Sus manos me agarran por el culo y me acercan. Se le escapa un gemido cuando me toca el culo, provocando un escalofrío.

Nuestro beso es erótico y tóxico, con un toque de caos.

Jax se acerca a mi cuello, dejando mis labios hinchados y palpitantes por su asalto. Un timbre de teléfono suena por encima de nuestra pesada respiración, recordándome todo lo malo de este escenario.

Me quedo quieta, ya no me froto contra él como si quisiera darle una vuelta a su polla. Mis mejillas se ruborizan mientras me bajo de él y me pongo de pie sobre piernas temblorosas, llevándome la mano a los labios.

—¡Mierda! —Apoya su cabeza en el sofá.

—¿Qué nos está pasando? —Me susurro a mí misma.

—Lo peor.

Un dolor agudo resuena en mi pecho. —No volverá a ocurrir. No puede volver a ocurrir.

Sus manos se tiran del cabello. —Mierda. No me refería a eso.

—¿Entonces por qué es lo peor? —Lanzo los brazos al aire—. Un segundo creo que te gusto, y al siguiente me pregunto qué pasa contigo.

Cierra los ojos. —Que me gustes no es el problema.

—¿Entonces cuál es el problema? Porque desde que te conocí, siempre eres insolente conmigo. Incluso cuando estaba ayudando a Liam, apenas me mirabas, apenas me hablabas. Y ahora estás actuando más amable, y tampoco tengo idea de qué hacer con eso.

—No lo entiendes. Ser normal contigo amenaza todo lo que he establecido para mí.

—Lo normal no tiene nada de malo.

—Para gente como yo, lo es. No puedo tener ese estilo de vida.

—¿Por tu trabajo?

—No. Porque soy un imbécil que no merece esperanza. Es cruel para los dos.

—Todo el mundo merece esperanza. —Mi corazón se rompe cuando Jax me mira con la expresión más dolorosa.

—No los que no tienen futuro. —Jax se levanta del sofá y vuelve a entrar en mi burbuja personal. Me da un suave beso en la parte superior de la cabeza antes de alejarse—. Te mereces momentos dignos de comprar una esfera de nieve, no unos manchados de tristeza y arrepentimiento.

Se aleja, pero me aferro a su mano, sin soltarlo. —No. Quédate aquí y dime qué quieres decir. Se acabó la actitud catastrofista y las declaraciones a medias.

Mira nuestras manos como si pudiera percibir también nuestro extraño vínculo.

—Mi madre tiene la enfermedad de Huntington. Es genética y una mierda, lo que significa que hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que yo acabe con la misma enfermedad. Ese diagnóstico arruinaría cualquier oportunidad de tener una vida normal. Nada de para siempre. No hay final feliz. Nada excepto un futuro plagado de dolor para mí y para cualquier familia que tenga. Me niego a arrastrar a nadie conmigo, viendo cómo me desvanezco en una persona que no reconocen.

Las lágrimas se acumulan en los conductos de mis ojos. —Dios, Jax, lo siento mucho.

—No necesitas lamentarlo. No es nada que no haya aceptado.

—¿Pero lo has hecho? Actúas como si un cincuenta por ciento de posibilidades fuera el fin. ¿No hay pruebas para comprobar si tienes esta enfermedad en primer lugar?

—No soy uno de tus malditos rompecabezas. No hay manera de resolver los problemas de mi vida porque no quiero los resultados de las pruebas. No puedo imaginarme ir por la vida si doy positivo, sabiendo el resultado de ese tipo de enfermedad. Ya me reuní con un asesor genético el año pasado y decidí no hacerme la prueba, así que es inútil intentar convencerme.

—Pero estás asumiendo que saber que lo tienes es peor que no saberlo. No puede ser saludable de cualquier manera.

Su mandíbula hace tictac. —Deja de psicoanalizarme.

—No lo estoy intentando. Sólo quiero ayudarte a ver otras opciones.

—Tienes que aceptar mi elección. Tu trabajo es vigilarme y ayudarme con mi reputación. Eso es todo. Podemos sentirnos atraídos el uno por el otro, demonios, podemos besarnos y follar y hacer todas las cosas sucias que he

imaginado en mi cabeza una y otra vez, pero esto nunca puede convertirse en algo más.

¿Puedo lidiar con algo así? Si mi reputación laboral no estuviera en riesgo, ¿querría intentar algo más con Jax?

Jax retira suavemente su mano de mi agarre.

—Mierda. No te molestes en pensar en esa oferta. Te mereces más que eso. Te mereces más que yo. —Su espalda es lo último que veo antes de que entre en su suite y cierre la puerta.

Me dejo caer en el sofá, intentando asimilar la revelación de Jax.

Después de una hora de pensar e investigar, llego a una conclusión. Jax necesita creer en su futuro. Necesita querer algo más en la vida que triunfar con la Fórmula 1. Pero, sobre todo, necesita que le enseñe que hay más cosas en la vida que las que tememos.

Si dejamos que las pesadillas nos definan, perderemos de vista nuestros sueños.

22



Elena

Mientras Jax completa su clasificación para el Grand Prix de Hungría, me reúno con Connor para comprobar los progresos de Jax. Nos sentamos en su despacho y reflexionamos sobre los aspectos positivos de la carrera de Jax y sobre los aspectos en los que todavía puede mejorar.

—Realmente ha hecho un trabajo increíble. No creí que se mantuviera así durante tanto tiempo.

—Tengo algunas cosas más planeadas para él. Algunas actividades extra de uno a uno con unos cuantos fans incondicionales.

—A él le gustaría eso. No es de los que se reúnen con demasiada gente a la vez.

—Sí, la ansiedad tiende a hacer eso a la gente.

—Incluso eso ha mejorado para él. Gracias por sugerir el terapeuta, por cierto. Fue una gran idea e incluso algunos miembros del equipo se han beneficiado de la ayuda.

Me sonrojo. —Es lo menos que podía hacer. He leído las investigaciones sobre los atletas y sólo esperaba que funcionara con estos chicos.

—No es por cambiar de tema, pero he querido preguntarte sobre algo que he notado.

¿La gente está hablando de Jax y de mí? *Dios, por favor no preguntes lo que creo que vas a preguntar.*

Se ríe para sí mismo. —No quiero alarmarte, pero me resulta difícil no decir algo.

Muevo la cabeza hacia arriba y hacia abajo, sin saber si puedo decir algo en este momento. Dios, dame paciencia. Mi corazón no puede tomarse un respiro esta semana. Late rápidamente en mi pecho, y mi rodilla tiembla al rebotar la pierna hacia arriba y hacia abajo.

—He notado que a Jax le gustas. El otro día lo atrape mirándote fijamente durante un largo periodo de tiempo en una reunión de McCoy. Quería asegurarme de que no te sientas incómoda ni pienses que tu trabajo está en peligro si te niegas a sus avances.

Viendo que Jax me ha metido la lengua en la garganta en tres ocasiones distintas, yo diría que es un poco tarde para esta conversación.

Finjo una risa. —Oh, no, Jax no ha sido más que educado.

La mirada que me dirige Connor me acusa por mis mentiras. —Por favor, guarda tus mentiras para los medios. Sé que Jax es una persona difícil para trabajar. Sólo quiero que te sientas segura.

—No es así entre nosotros.

—Bueno, si alguna vez lo mandas a la mierda, no perderás tu trabajo por ello. Te lo prometo.

Me armo de valor para hacer la pregunta que me preocupa desde hace semanas. —¿Por qué no hay una norma contra este tipo de cosas? ¿No quieren eliminar cualquier drama innecesario en el lugar de trabajo?

Connor se encoge de hombros. —Mi padre se enamoró de la hija de su criada. Pasaron demasiados años en los que todos los que deberían haberles apoyado les dijeron que no debían estar juntos. No quiero ser la persona que se interponga en el camino de la oportunidad de alguien de ser verdaderamente feliz, especialmente después de escuchar lo mucho que afectó a mis padres.

—Es una razón mucho más profunda de lo que preveía.

Se ríe. —Sólo mencioné lo de Jax para asegurarme de que te sentías segura ya que visitarás a su familia durante las vacaciones de verano. Te agradezco que lo vigiles.

—No necesitas agradecerme. Es parte de mi contrato. —Me paso las manos temblorosas por el vestido.

—Con o sin contrato, los chicos tienen suerte de tenerte trabajando para ellos. Realmente eres única. Además, no hace daño que Jax esté enamorado de ti. Lo hace mucho más complaciente.

Bueno, eso lo resuelve. Lástima que todo el mundo sabe que Jax Kingston está enamorado de mí, excepto el propio hombre.



Estoy convencida de que estoy viviendo en una dimensión alternativa. Esa sería la única explicación para todo lo que está sucediendo ahora, incluyendo mi loca conversación de antes con Connor.

Con Jax ocupado en una reunión nocturna de McCoy, esperaba volver a una habitación de hotel vacía.

Y lo hice.

Pero tampoco lo hice.

Entro y me encuentro con una habitación a oscuras, con una luz nocturna encendida junto a la puerta principal. Es un auto de carreras azul de plástico con temática de F1 que parece exactamente algo que un padre compraría en la tienda de regalos.

—De ninguna manera. —Dejo la luz nocturna encendida, dejando que la pequeña luz me guíe. Otra luz nocturna está encendida en un rincón oscuro del salón, cerca de la puerta de mi habitación.

Abro mi habitación para encontrar otro auto de carreras al lado de mi cama.

—Dios mío. —Múltiples luces nocturnas me ofrecen orientación hacia mi baño, donde encuentro la última luz nocturna encendida.

Unas lágrimas inesperadas inundan mis ojos. ¿Por qué Jax haría algo así? ¿Y por qué tiene que destruir lentamente el muro que me protege de él?

Vuelvo a mi cama. Por alguna razón, no vi la nota junto a mi almohada. El familiar garabato de Jax marca la hoja.

Porque alguien tiene que ayudarte a arreglar tu terrible ciclo de sueño. Se acabaron las tonterías de dormir con todas las luces encendidas. Todos los adultos que se respetan a sí mismos usan lámparas nocturnas F1 geniales hoy en día.

P.D. Si algún paparazzi publica una foto mía comprando esta mierda y dice que tengo miedo a la oscuridad, podría perder la cabeza.

P.P.D. Valió la pena el riesgo para mi hombría.

Me aferro a la nota de Jax mientras me recuesto en la cama. Parece que todo está cambiando entre nosotros, que él está cambiando de a poco.

Pensé que sería yo quien lo entendiera. Parece que, durante mi misión, perdí de vista su poder sobre mí.

Le di a alguien que destruye todo en su vida algo que no puedo quitar.

La posibilidad de ganarse mi amor.

23



Jax

¿Hacer que Elena arregle mi reputación a pesar de las ganas de alejarla? Arriesgado.

¿Hacer que Elena venga a mi casa, conozca a mis padres y se una a nosotros como la Brady Bunch británica para las vacaciones de verano? Una auténtica estupidez.

Para ser justos, no tenía elección. Connor dejó claro que Elena tenía que acompañarme dondequiera que fuera de vacaciones, pero no pensé en los contras de que pasara el mes de vacaciones con mi familia.

Una mirada a mamá abrazando a Elena en el momento en que se encuentran es suficiente para hacer sonar la alarma.

—Elena, es genial tenerte aquí. Estoy encantada de conocer a la mujer que pone a mi hijo en su sitio.

—Oh, hola. —Los brazos de Elena permanecen a los lados mientras mamá utiliza la poca fuerza que tiene para estrechar el abrazo.

La reacción de Elena me hace reír para mis adentros. Su mirada no logra el efecto deseado. En cambio, mi sonrisa se amplía.

—Hemos oído que eres tú a quien debemos agradecer la desintoxicación del hígado de Jax. —Papá tira de mamá hacia atrás, dejando que se apoye en él en lugar de usar el bastón.

—¿Van a seguir hablando de mí como si no estuviera aquí en la misma habitación? Qué manera de hacerme sentir bienvenido. —Me cruzo de brazos.

Dos miembros del personal toman las pertenencias de Elena y las mías del suelo y las suben.

—Oh, ¡qué grande te has puesto! Acércate para que pueda verte bien. —Mamá jadea en broma.

Me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla. —McCoy me alimenta bien.

—Parece que la nueva rutina de gimnasio que hicimos está funcionando. —Papá me pellizca los músculos del brazo.

Jackie entra en la habitación, nos saluda a Elena y a mí antes de anunciar que la cena está lista.

—Te espera la mejor comida de tu vida. —Le guiño un ojo a Elena.

—No puedo esperar. —Sus ojos amplios miran a su alrededor, deteniéndose en las lámparas de cristal y el costoso mobiliario.

Entramos todos en el comedor formal de mis padres. Es digno de estar en televisión, con una gran mesa para veinte personas como mínimo. Los grandes ventanales dejan ver nuestro exuberante patio trasero con piscina y jardín.

—Vaya. Me siento terriblemente mal vestida y mal preparada —me susurra Elena antes de mirar su ropa. Sus mejillas se enrojecen mientras sus zapatillas chirrían contra el suelo.

—Resulta que me gusta lo que llevas puesto. —Le doy un tirón a la manga de su jersey de los Rolling Stones.

Papá ayuda a mamá a sentarse en su silla en la mesa. —Espero que esto no sea demasiado elegante. Cuando me di cuenta, Jackie ya había preparado la cena aquí. Normalmente comemos en la cocina.

Elena y yo tomamos asiento uno al lado del otro, sentados frente a mis padres.

Papá se sirve una copa de vino después de ofrecernos un poco a Elena y a mí. —Es bueno tenerte de vuelta en casa, aunque sea por un rato.

—Estoy feliz de estar de vuelta. Odio vivir con una maleta.

Le da una vuelta a su copa. —¿Tienes planeado algo especial durante tu estancia aquí?

—No exactamente. Nada, aparte de las cosas extra planeadas con McCoy antes de mi carrera en casa. Ya sabes lo salvaje que es el GP de Gran Bretaña aquí.

—Bueno, hay algunas cosas que he planeado para él. La primera es este fin de semana —dice Elena.

Inclino la cabeza hacia ella. —¿Y qué es eso?

—La Fundación Make-A-Wish se puso en contacto conmigo para organizar un día o dos en los que un fan te sigue y pasa tiempo contigo.

Mis padres miran a Elena con cariño. Mierda. Tengo la tentación de tapar la boca de Elena con cinta adhesiva para evitar que mis padres se enamoren de ella.

...Y ahora estoy pensando en la cinta envuelta alrededor de las muñecas de Elena mientras me la follo. *Así se hace, Jax*. Me muevo en la silla, intentando controlar mis pensamientos a pesar de la sangre que me llega a la polla.

Papá me sonríe. —¿El deseo de un niño es pasar tiempo con Jax? Vaya. Deberías estar honrado, hijo.

Correcto, es cierto. Por favor, piensa en el tema más importante que tenemos entre manos.

—Me sorprendió que se pusieran en contacto conmigo. —Elena se sonroja mientras me mira—. No porque no seas bueno en lo que haces. Estaba nerviosa por planear algo que es claramente importante para este chico.

—¿Por qué? —Mamá inclina la cabeza.

—La primera vez que lo llamé y le dije quién era, gritó al teléfono. Apenas pude entender algo de lo que dijo, pero sí entendí que gritaba que conocer a

Jax sería el mejor día de su vida. No quiero planear nada aburrido para él o no cumplir sus expectativas.

—El chico tiene suerte de tenerte planeando todo. Créeme. —Le aprieto la mano y le lanzo una suave sonrisa.

Papá mira nuestras manos mientras mamá aprieta los labios para ocultar su sonrisa.

—Tendremos que invitarlo a cenar o algo así. Darle toda la experiencia Kingston. —Mamá aplaude—. Esto es encantador. No hemos tenido un niño por aquí desde... bueno... ¡que Jax era un niño!

Elena sonríe. —Para ser justos, es un adolescente.

Mamá no puede contener su emoción. —Oh, me encanta la angustia adolescente. Me mantiene alerta. Debes decirnos qué has planeado para él.

Elena y mamá se llevan bien, compartiendo detalles sobre Caleb, de quien se rumorea que es mi mayor fan. Me paso la cena escuchando atentamente sin ofrecer mucho. Por primera vez con Elena, quiero filtrar las palabras que salen de mi boca.

Es difícil, ya que ahora en lugar de ser un completo imbécil, prefiero hacer otro tipo de cosas. Del tipo travieso. Del tipo imprudente. Del tipo que termina con nada más que orgasmos y promesas fallidas.

24



Elena

Cuando Connor me hizo aceptar pasar las vacaciones de verano con la familia de Jax en Londres, pensé que era un montaje perfecto. Se suponía que me daría la oportunidad de vigilarlo mientras planeaba algunas actividades más para restaurar la fe del público en él.

En toda la locura de planear salidas divertidas para Caleb, descuidé por completo la idea de pasar tanto tiempo con Jax y su familia. Esperaba que fuera similar a que compartiéramos un hotel.

Estaba equivocada. Tan equivocada en muchos sentidos.

El verdadero comodín es la madre de Jax. No sé cómo Jax salió como lo hizo, con todas sus asperezas, porque su madre es una joya absoluta. Vera es dulce y cariñosa exactamente lo que me gustaría tener en mi vida últimamente.

—Estaba pensando en ir de compras al centro. ¿Quieres acompañarme? —Vera da un sorbo a su té matutino. Jax tuvo la suerte de heredar parte de la belleza de su madre. Tiene el cabello rubio claro que hace juego con su piel clara, y los ojos grises con un brillo permanente.

—No sé. Tengo que reunirme con Jax y discutir algunos planes para el descanso.

—Creo que Jax puede cuidar de sí mismo por un día. De todos modos, Zack quiere pasar tiempo con él mientras nos divertimos un poco. Vamos, tómate

el día libre. —Ella mueve sus pestañas rubias.

—Déjame comprobarlo con él primero.

—Si es necesario. —Me despide con una sonrisa.

Me dirijo hacia el ala de la casa de Jax. No era consciente de lo acomodada que era su familia hasta que me explican que tienen suficientes habitaciones en su casa como para nombrar zonas con nombres de direcciones de brújula. La riqueza no es algo con lo que haya crecido y estar rodeada de ella me recuerda que no pertenezco a ella. Estoy bastante segura de que las sábanas de mi habitación de invitados son más caras que la cuota mensual de mi préstamo.

Llamo a la puerta de Jax. Abre unos segundos después sin más ropa que una toalla alrededor de la cintura. El agua le resbala por la cara desde el cabello mojado, aterrizando en su pecho antes de gotear por sus abdominales.

Cuento las crestas de los músculos antes de encontrarme con sus ojos.

Apoya la cabeza en el marco de la puerta. —Buenos días. ¿Has llamado a mi puerta para mirarme o tenías otra cosa en mente?

—Uhm. —Mis ojos pasan de su cara a sus abdominales—. Tu madre me pidió que saliera con ella. Le dije que no podía estar de acuerdo hasta que lo comprobara contigo. Sé que habíamos planeado discutir tu horario y repasar la visita de Caleb, pero ella parece muy decidida a pasar tiempo juntas.

Sus labios se aprietan en una fina línea. —Puedes tener un día libre por el amor de Dios. No voy a delatarte con Connor.

—Bueno, no he dicho exactamente eso... —Me balanceo sobre mis talones.

—No, pero te conozco. —Sus ojos me recorren, observando mi vestido amarillo de verano—. Cualquier cosa que haga feliz a mamá es siempre una buena idea.

Suspiro. Si sólo tratara a otras mujeres en su vida con el mismo respeto.

—De acuerdo, suena bien. Hasta luego. —Hago un movimiento para alejarme. La mano de Jax agarra la mía suavemente, deteniéndome. Mi

cuerpo reacciona al instante a su contacto como si fuera una chispa de electricidad.

—¿Te importa entrar un segundo? Quería hacerte una pregunta sobre la visita de Caleb. El chico ha estado enviando mensajes de texto desde que le diste mi número. —Jax abre más la puerta para que entre.

—Claro. —Doy unos pasos vacilantes hacia su habitación.

—Deja que me vista.

Lo observo de nuevo. *Por lo que más quieras, por favor no lo hagas.*

Su sonrisa radiante amenaza con dejarme inconsciente. Desaparece en su cuarto de baño, poniendo fin a mi exploración de su definido cuerpo. El mismo que está cubierto de tatuajes y que quiero explorar con más detalle.

Aprovecho la oportunidad para ver el dormitorio de su infancia. Una de las paredes está cubierta de pósters de grupos musicales, con las fechas de las giras de Coldplay, Fleetwood Mac y Stormzy. Tiene un tocadiscos de la vieja escuela con una caja de discos de vinilo en la cómoda. Ojeo algunos de ellos antes de sacar el álbum Multiply de Ed Sheeran.

Jax sale del baño en jeans y camiseta. Contengo mi suspiro ante la pérdida de sus abdominales.

—Tenerte aquí es como entregar mi diario. —Se acerca por detrás de mí. Su cuerpo me calienta la espalda, haciendo que se me erice la piel. Su dedo juega con la correa de mi vestido de verano.

—¿No querías enseñarme algo?

—Es verdad. —Su voz sale áspera.

Me muevo para poner el vinilo en su sitio, pero la mano de Jax me detiene. Me arranca el disco de las manos y lo saca.

—¿Gran fan de Ed Sheeran? —Su aliento calienta mi cuello.

Intento reprimir un escalofrío y no lo consigo.

—La más grande. —Me doy la vuelta. Mi pecho roza el suyo, provocando la más leve inhalación de su aliento.

—Quizá los presente a los dos. —Jax mira por encima de mi hombro mientras juguetea con el reproductor. Empieza a sonar “I'm a Mess” de Ed Sheeran.

—De ninguna manera —chillo.

—No debería estar celoso del jodido pelirrojo, pero ahora lo estoy. —Su sonrisa debería hacerme correr. Es inusual en él, imperturbable y tentadora.

Quiero más de sus sonrisas y más de este lado suyo, despreocupado y feliz.

Hace un movimiento para atraerme, pero lo esquivo y le lanzo una sonrisa traviesa.

—No se puede retirar ese tipo de oferta por celos.

—¿Sin devoluciones? —Deja escapar una risa baja.

—No se aceptan devoluciones —repito mientras me dirijo al otro lado de su habitación, donde tiene trofeos y fotografías alineados en las estanterías. Una foto me llama la atención y la agarro. Un Jax adolescente sonríe a la cámara, ignorando al tatuador que está detrás de él mientras Vera se sienta a su lado y pone mala cara.

—Mamá está fingiendo allí. Ella es la que firmó la autorización para que me hiciera mi primer tatuaje antes de los dieciocho.

—¿De verdad?

—Oh, sí. Incluso eligió mi primer tatuaje. —Jax me quita el marco de las manos y sus dedos rozan los míos. El toque envía una corriente de energía por mi brazo.

—De ninguna manera.

—Sí. En su momento me pareció vergonzoso, pero me encanta porque me recuerda a ella.

Mi corazón amenaza con derretirse en un charco a los pies de Jax.

—¿Cuál? —Me agarro al mismo brazo de la fotografía, buscando entre los innumerables tatuajes que tiene.

—Apuesto a que no puedes adivinar cuál, —se burla.

—Ya verás. —Busco meticulosamente en los tatuajes de su brazo. Al final de mi investigación, estoy atrapada entre dos opciones. Me guío por mi instinto, deteniendo mi dedo en el que creo que su madre eligió—. Este. Definitivamente.

Su cuerpo se estremece cuando mi dedo recorre la tinta, arrancándome una sonrisa. Este tatuaje no encaja con los temas sombríos de los demás. Una hermosa flor destaca en comparación con sus otros diseños de belleza inquietante, que van desde una parca hasta una lápida. Es seguro decir que tiene cubierto lo espeluznante.

—Lástima que no hayas especificado qué pasa si eliges el correcto.

—¿Qué? —chillo—. ¿Adiviné bien? —Me pongo a bailar como si fuera una victoria, girando en círculos, haciendo que mi vestido gire a mi alrededor.

Jax sonríe.

—Sí. —Pasa su dedo índice por el tatuaje de una rosa de papel hecha con partituras de música—. ¿Cómo lo supiste?

—Honestamente, tus otros tatuajes son un poco...

—¿Deprimentes?

—Yo no diría eso... Al fin y al cabo, tienes uno de mariposa.

Se ríe para sí mismo. —Elijo mis tatuajes en función de mi estado de ánimo.

—Típico de Géminis.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. Cuando Jax se muestra tan imperturbable como ahora, me desconcierta. El adolescente sonriente de la fotografía dista mucho del hombre que he llegado a conocer en los últimos meses.

—¿Cuándo te enteraste del diagnóstico de tu madre? —Me sale el tiro por la culata.

Sus ojos se dirigen a la foto que tiene en sus manos. —Veintiuno. Lo sabían antes, pero no me lo dijeron hasta que sintieron que podía manejar la

noticia.

Mi mano agarra su bíceps. Froto mi pulgar en círculos, queriendo calmarlo.

—Lo siento. Me imagino que es difícil para ti, siendo ella una de las personas más geniales que he conocido.

—Es la mejor. Sin duda, mi persona favorita ahí fuera.

No puedo evitar que me lloren los ojos.

—¿Por qué me miras así? —Él levanta una ceja.

—Porque debajo de todos los tatuajes y el malhumor, no eres un mal tipo.

—Elena... —Suspira, evitando mi mirada.

—Escúchame. Puede que hayas tomado malas decisiones. En realidad, espera, decisiones terribles. Pero eso no te hace una mala persona. Puedes elegir ser mejor. Nadie te lo impide.

—Nadie más que yo.

—Exactamente. Lo cual es un poco tonto si realmente lo piensas.

—No me digas. Dime por qué. —La esquina de su boca se levanta en una sonrisa.

—Sí. Eres un hombre adulto, así que eres el único que puede decidir ser mejor. Si yo fuera tú, me resultaría agotador mantener un exterior tan duro todo el tiempo.

—¿En contraposición a tu versión de cagar arco iris?

—Al menos hay una olla de oro al final. —Le sonrío.

—No empieces a desear cosas que no pueden suceder.

Deja escapar un suspiro cuando le paso una mano por el pecho, dejando que mi dedo se arrastre por sus músculos.

Mi cordura ha abandonado temporalmente la mansión de tres mil metros cuadrados. —Ya está sucediendo. Estás cambiando.

—No me hagas demostrar que te equivocas.

Me río. —Si tienes que hacer un esfuerzo para ser peor, entonces estás demostrando mi punto.

—Traté de advertirte.

—Bueno, que me compres lámparas de noche ya no grita que quieras evitarme, ¿no?

Sus ojos brillan con algo ilegible. —No quería despertarme con tus gritos otra vez.

—Claro. —Pongo los ojos en blanco. Antes de que tenga la oportunidad de considerar las consecuencias, me pongo de puntillas, dejando el más leve beso en sus labios—. Elige ser mejor.

Retrocedo, pero Jax me atrae hacia él. Sus dedos recorren mi cabello y me sujetan la cabeza mientras me besa.

Al diablo con eso. Besar es demasiado simple para describir lo que hace. Jax me devora, lamiendo y mordiendo mis labios antes de que su lengua me posea. Los trofeos tintinean sobre nuestras cabezas mientras me empuja contra la pared.

Presiona su cuerpo contra el mío. El contacto hace que mi cabeza dé vueltas por la lujuria. Su lengua lucha contra la mía mientras su mano pasa de mi cabeza a mi muslo, levantando mi vestido. Estoy empeñada en tomar una de las decisiones más imprudentes de mi vida, pero no puedo evitarlo.

No. Más bien no quiero parar. No con el corazón palpitando en mi pecho y mi clítoris palpitando hasta el punto de doler. Deseo a Jax y no puedo evitar negarme este pequeño respiro. Él hace que mi cuerpo vibre como nunca antes.

—Mierda. Quiero besarte por todas partes y comprobar si sabes tan bien como creo. —Pasa su lengua por mi cuello.

Es una emoción, besarlo, tocarlo. Como una inyección de adrenalina que me recorre.

Mi cuerpo tiembla mientras su mano recorre el interior de mi muslo. —Esto está muy mal.

—Pero se siente tan malditamente bien. —Me calla mientras sus labios vuelven a los míos. Sus dedos tiran de mi ropa interior y me bajan las bragas.

Sus dedos rozan mi hendidura, provocando un jadeo. La palma de su mano empuja mi lugar más sensible. La presión dentro de mi cuerpo aumenta a medida que se burla de mí, empujando su pulgar contra mi clítoris. Jax capta mi gemido mientras bombea un dedo dentro de mí.

No debería gustarme su tacto tanto como lo hago. Si tuviera un poco de sentido común, lo apartaría y acabaría con lo que está creciendo entre nosotros. En cambio, me rindo a nuestra atracción, sin estar dispuesta a terminar con ella.

¿Cómo puedo hacerlo si me da fiebre por el deseo?

Me mete un dedo antes de añadir otro, llenándome y burlándose de mí.

—Mira cómo se ruborizan tus mejillas sólo con mis dedos. Me pregunto cómo te pondrás de roja con mi polla metida hasta el fondo.

Su otra mano baja el tirante de mi vestido y la copa de mi sujetador de una sola vez, dejando al descubierto mi pecho ante él. El aire frío golpea mi piel antes de que la boca de Jax rodee mi pezón.

Gimo mientras sus dedos aumentan su ritmo. Mi cabeza rueda hacia atrás cuando sus dientes me rozan. No debería gustarme el mordisco del dolor. A cualquier persona en su sano juicio no debería. Pero no puedo negar el empuje desquiciado que hay dentro de mí y que quiere aceptar cualquier cosa que Jax le ofrezca.

—Córrete para mí. Sé que lo deseas. Y joder, he delirado pensando en cómo te ves mientras te derrumbas por mí.

Mis piernas tiemblan hasta el punto de ceder, pero Jax me sostiene. Con unos cuantos bombeos más y sus dedos rozando mi punto más sensible, me rindo al placer, dejando que invada mi mente y mi cuerpo.

Jax me mira fijamente con calor en su mirada. Una vez que mi respiración se ralentiza, saca sus dedos de mí y me recorre la hendidura una vez más,

mostrándome lo desesperada que estoy por él. No se molesta en ir al baño a limpiarse las manos.

No. Él continúa el espectáculo, lamiendo sus dos dedos tatuados. Casi me derrumbo al verlo.

—Jax, ¿has visto a Elena? Me dijo que necesitaba preguntarte algo rápido, pero no volvió a aparecer. —La voz de su madre suena.

Oh, ¡mierda! Mi cuerpo se endereza mientras el miedo ahuyenta mi subidón inducido por la lujuria. Jax me sonríe y me guiña un ojo, antes de dirigirse a un altavoz de la pared.

Oh, Dios mío. Mi ritmo cardíaco no disminuye. No puedo creer que pensara que la madre de Jax estaba en la habitación.

Jax me guiña un ojo mientras pulsa un botón. —Se fue hace unos minutos. Dijo algo de tomar su bolsa antes de salir contigo.

¿Quién es esta versión de él y cómo la conservo?

—De acuerdo. Voy a llamar a su habitación entonces.

Me pongo una mano en el pecho, comprobando mi pobre corazón. —Oh, Dios. Pensé que estaba aquí.

—Claramente no. No vienen a mi lado de la casa. Al menos no desde que era adolescente y me atraparon masturbándome.

Por mucho que quiera hacer una pregunta de seguimiento a esa historia, tengo que centrarme. —No podemos hacer esto en la casa de tus padres.

—Prefiero las palabras de afirmación. Como ‘Oh Dios, podemos hacer esto, especialmente en la casa de tus padres’. Vamos, vive un poco. —Jax se ríe.

Me muevo para agarrar mis bragas del suelo, pero se me adelanta. —Devuelve eso.

—Me he encariñado con ellas. Consigue otro par.

—¿Qué? ¿Quién se encariña con la ropa interior?

—Yo. Lo tomaré como una bandera blanca de tu rendición.

—¿A qué? ¿A tu locura?

Su amplia sonrisa hace que se me apriete el pecho. —Me encanta la forma en que te enfrentas verbalmente a mí. —Me atrae hacia otro beso a pesar de mi necesidad innata de escapar de la habitación.

—Jax, detente. —protesto sin aliento después de que me bese durante otro minuto.

—Será mejor que te vayas porque parece que mamá quiere darte un día para recordar.

—Entonces, ¿vamos a actuar como si esto nunca hubiera ocurrido? —Señalo la escena de nuestro crimen.

—Oh, no. Definitivamente sucedió. Y volverá a pasar otra vez. Y otra vez.

—¿Qué hay del gran jódete del destino? —Me burlo.

—Mientras el destino me jode, yo también podría follarte a ti.

25



Elena

—Me moría por tenerte a solas antes de que Caleb viniera mañana, pero Jax seguía diciendo que estabas ocupada. ¿Alguien te ha dicho que trabajas mucho? —Vera se aferra a su bastón mientras paseamos por un pequeño parque en el corazón de Londres. Cuando le pregunté antes si quería que llamara al auto después de recorrer varias tiendas, me ignoró y dijo que quería dar un paseo.

Después de que Vera volviera a tropezar, nos dirijo hacia un banco. —¿Te importa si nos sentamos? Mis zapatos me están matando.

Me ofrece una sonrisa de complicidad. —Oh sí, esas sandalias parecen más que incómodas.

Me río mientras nos sentamos bajo un árbol. —No dejas que la gente se vaya de rositas, ¿verdad?

—¿Dónde está la diversión en eso? Y para ser justos, he oído un par de cosas sobre ti, lo que me dice que eres igual.

—Supongo que hace falta uno para reconocer a otro.

—En efecto. Cualquiera que pueda manejar a mi hijo durante meses sin duda merece un Premio Nobel de la Paz. Dime, ¿por qué te apuntaste al trabajo para ayudarlo?

Mantengo la mirada fija en una familia que juega a la lleva en el patio de hierba de enfrente. —Necesitaba la cantidad de dinero que me ofrecían.

—Para ayudar a tu abuela, ¿verdad? Jax nos mencionó que está enferma.

Asiento con la cabeza de arriba abajo.

—Ah, es un gesto tan dulce de tu parte. Y un sacrificio también para alguien tan joven como tú.

—Ella siempre estuvo ahí para mí mientras crecía. Se lo debo todo a ella, así que lo menos que puedo hacer es asegurarme de que esté bien cuidada. —No me doy cuenta de mi error hasta que es demasiado tarde.

—¿Y tus padres? ¿Viven en Europa? —Habla con tranquilidad.

Me trago el nudo en la garganta mientras giro la cabeza hacia otro lado. —No. Mis padres fallecieron cuando era más joven.

—Oh, querida. Siento mucho oír eso. Jax nunca me lo dijo. —Su mano temblorosa se aferra a la mía de forma maternal.

—Él no lo sabe. No es un hecho que comparta con mucha gente.

—Te agradezco que confíes en mí, sobre todo cuando el dolor tiene una forma de hacernos replegar en nosotros mismos.

Nos sentamos y observamos a la gente durante unos minutos. No sé qué decir, y el silencio de Vera me dice que quizá ella tampoco.

Vera se ríe para sí misma. —Sabes, mis padres son unos completos imbéciles. Para ser honesta, toda mi familia es un grupo podrido.

Giro la cabeza hacia ella. —¿Qué ha pasado?

—Me amenazaron con separarme de la familia cuando empecé a salir con el padre de Jax. Al principio pensaron que me estaba rebelando, al elegir salir con un hombre negro de una familia pobre. Mi madre es británica y mi padre sueco, como si eso pudiera justificar su mentalidad. Una vez que las cosas se volvieron más serias entre Zack y yo, no pudieron soportar que su hija no saliera con un hombre blanco. Iba en contra de todo lo que sus corazones racistas creían.

—¿De verdad? Entonces, ¿qué hiciste?

—Les dije a mis hermanas que se mantuvieran en contacto conmigo antes de decirle a mis padres que se pudrieran en el infierno.

—No. —Me tapo la boca.

—Con mis dedos medios en el aire, también, debo añadir. —Me guiña un ojo.

Una risita estalla de mí. —Eres icónica.

—Como un Chanel vintage, cariño.

—¿Cómo te mantuviste positiva? Cuéntame tu secreto.

—¿En lugar de qué? ¿Revolcarme en mi diagnóstico y odiar mi vida?

—Vaya, no quise decir eso. Por favor, no te ofendas. —Levanto las manos en señal de sumisión.

—Lo sé, sólo me estoy burlando. —Golpea su hombro contra el mío—. Siempre he sido así. La mente sobre el cuerpo es mi forma de vida. No puedo cambiar las cartas que me han repartido, pero puedo cambiar la forma en que afronto mi mano.

Bien, la madre de Jax ha usado una referencia al póker. Al instante gana puntos de genialidad a mis ojos. —Eso es admirable.

—Me gustaría que parte de mí se le pegara a mi hijo. —Los labios de Vera se juntan en una fina línea—. Él ha cambiado junto con mi estilo de vida, y eso me rompe el corazón. Me mantengo extra positiva para él porque no creo que pueda manejarlo de otra manera.

—Creo que él tampoco podría. —Basado en la forma en que Jax maneja todo con su madre ahora, no puedo imaginar lo que sería para él si ella revelara lo mucho que sufre en privado.

—Es una persona tan frágil, a pesar de la fachada que pone. Ese chico es todo crema de malvavisco por dentro, no importa lo que los medios digan de él. Pero ha cambiado a mejor en las últimas semanas. Está menos agitado cuando lo llamo y, por supuesto, todos sabemos que no se está metiendo en

muchos problemas esta temporada, si es que los tiene. Gracias a ti, supongo.

Le sonrío. —Es mi trabajo.

Mueve la cabeza de un lado a otro. —Es más que eso. Un trabajo hace que suene mucho menos significativo de lo que es.

Mis cejas se alzan. —¿Qué quieres decir con eso?

—Era el destino que trabajaras con él. Las personas son puestas en nuestras vidas por razones especiales, y creo que tienes que explorar eso.

Me callo mientras pienso en lo que ha dicho.

Las manos temblorosas de Vera se juntan. —Todo lo que quiero es que mi hijo sea feliz. Verdadera y profundamente feliz. Más de lo que siente cuando corre. Quiero que se cure y crezca, y tú eres parte de esa ecuación.

¿Qué dice alguien a eso? Nada. Absolutamente nada.

Vera pasa a otro tema, salvándome de mi mente tambaleante. Pasamos una hora en el parque hablando de todo.

En algún momento, acabamos llorando las dos mientras comparto mi historia desde el principio hasta ahora. Es la primera persona, aparte de *Abuela* y Elías, que conoce mi historia. Vera tiene ese sentido maternal tranquilizador que no me había dado cuenta de que deseaba desesperadamente, aunque fuera de forma temporal.

Vera me abraza una vez que nos levantamos del banco. —Gracias por ser valiente y compartir una parte de tu vida conmigo. Cuando me enteré de todo lo que estabas haciendo por Jax, esperaba que fueras fuerte, pero eres mucho más. Gracias por ser todo lo que mi hijo necesita. Para alguien que perdió tanto a una edad tan temprana, realmente tienes mucho que dar al mundo.



Después de mi día con Vera, el padre de Jax planea su versión de una cena familiar. Hace una barbacoa con Jax a su lado, ambos charlando mientras

Vera y yo nos sentamos en una mesa cerca de la piscina, bebiendo vino juntas. No es nada que esperara de una familia con suficiente dinero como para tener su propio personal trabajando a todas horas del día.

—Me vendría bien un poco más de vino. ¿Quieres otra copa? —Vera señala mi copa vacía.

—Claro, pero puedo conseguirlo. —Me levanto de mi asiento, pero Vera me pone una mano temblorosa en el hombro.

—Tonterías. Eres nuestra invitada. Sólo me llevará un momento. —Utiliza su bastón para levantarse de la silla. El padre de Jax se ofrece a ayudar, pero ella le dice que se vaya.

Jax avanza hacia mí y se apoya en la mesa de cristal. —¿Sobreviviendo todo el día con mi madre?

—Más bien, prosperando. Es increíble. —Levanto el cuello y le sonrío.

Me sonríe y sus ojos se iluminan de una forma que me gusta. —Buena respuesta. Me sorprende que estés relajada con todo esto, ya que una chica normal tendría miedo de conocer a los padres de un chico.

Me burlo, fingiendo que no me asustaba conocer a Zack y Vera por primera vez. —Eso sólo se aplica a conocer a los padres de un chico que te gusta.

Es decir, Jax, pero no es que tenga que confesarle esta información.

Jax se frota el punto cerca de su corazón. —Aquí estaba pensando que te gustaba. Me estás hiriendo.

—Bueno...

Los cristales se rompen en la distancia. Zack se precipita al interior de la casa con Jax y yo pisándole los talones. Otro sonido de cristales explotando nos empuja hacia la zona del bar. Vera mira al suelo, con las mejillas enrojecidas por las lágrimas recientes. El dulce olor del vino flota en el aire.

—Mierda, cariño, ¿estás herida? —Los cristales crujen bajo las zapatillas de Zack cuando va a sostener a Vera.

—No. ¡Qué maldito lío! Otro día más en el que arruino un momento de diversión para todos. No sé por qué demonios te quedas conmigo —dice.

Zack levanta a Vera y la coloca en un taburete en el lado opuesto del desorden. —Porque no podría imaginar un día sin ti.

—Déjate de tonterías. Esto es un infierno para todos. —Los ojos de Vera se oscurecen, un marcado contraste con la calidez que suelen reflejar.

Su repentino cambio de humor me produce una gran conmoción. ¿A esto se referían las revistas médicas cuando describían los cambios de humor en la enfermedad de Huntington?

—No. Es un momento difícil durante un buen día. Eso es diferente. —Zack le da unas palmaditas en el muslo.

Desplazo mi atención hacia Jax. Sus ojos coinciden con el ceño fruncido de su rostro mientras Zack evalúa a Vera en busca de alguna herida.

—Mierda, te has cortado. Déjame ir a buscar el botiquín. —Zack se apresura después de comprobar el corte en el pie de Vera.

—¿Qué ha pasado, mamá? —Jax se acerca a ella y se agarra a su mano temblorosa.

—¿Qué te parece? Suma dos y dos.

Jax me mira con una expresión de dolor que siento en lo más profundo de mi pecho. Abro la boca para tranquilizarle, pero la cierro de nuevo cuando niega con la cabeza.

Jax se enfrenta de nuevo a su madre. —Los accidentes ocurren. Es sólo una botella de vino.

—El único accidente es que yo piense que puedo llevar una vida normal. En lugar de eso, causo líos y molesto a todos los que me rodean.

Jax aspira un poco de aire. —Mamá, no eres tú.

—Esta soy yo. Esa es la peor parte. —Sus ojos lloran.

Mi corazón se aprieta ante su vulnerabilidad. Jax y Vera no necesitan que un extraño observe su tenso momento. Me alejo de ellos, retrocediendo lentamente hasta llegar a un pasillo separado.

Me doy la vuelta, chocando con un cuerpo duro. Las manos de Zack rodean mis brazos para estabilizarme. Una sola lágrima recorre su rostro. El dolor silencioso que estos dos hombres experimentan a diario me llena de desesperación.

—Lo siento —susurro.

—Por favor, ignora lo que ha pasado. Vera tiene cambios de humor de vez en cuando. No está orgullosa de ellos, así que te pido que finjas que no la has visto descomponerse así.

—Por supuesto. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Traga y asiente con la cabeza. —¿Podrías revisar la comida? Seguro que ya se ha quemado y lo último que necesitamos es un incendio.

Estoy de acuerdo y Zack vuelve a caminar hacia el bar. Mis pasos resuenan en los pasillos vacíos. Sin pensar en nada, no pierdo de vista la comida en la parrilla mientras estoy en mis pensamientos.

En mi investigación sobre la enfermedad de Vera, muchos médicos hablaban de cambios de humor e irritabilidad. Y una cosa es leer sobre ello, pero otra muy distinta es verlo con mis propios ojos. No me extraña que Jax tenga ansiedad y estrés por su madre. Si yo estuviera en su lugar, dudo que estuviera mejor, sintiéndome impotente ante su deterioro.

El clic de la parrilla al apagarse me sorprende. Me giro y encuentro los ojos de Jax mirándome. No oculta el dolor en su mirada mientras respira profundamente. Sin dudarlo, le rodeo la cintura con los brazos y le doy un apretón. —Siento lo de tu madre. Dios, siento mucho que tengas que vivir eso y fingir que todo está bien. Nadie en tu familia se merece esto, sobre todo tu madre.

Sus brazos copian los míos, acercándome a su cuerpo y apoyando su barbilla contra mi cabeza. —Desearía que no estuviera enferma.

—Yo también.

—Me gustaría que no tuviera estos cambios de humor. No porque me moleste, sino porque le rompe el corazón. Después se odia a sí misma por

las cosas que dice. Sé que no es ella, pero todavía me tomo sus palabras como algo personal a veces.

—Nadie te culparía por sentirte así. ¿Sucede esto a menudo? —Me muevo para salir del abrazo de Jax, pero sus brazos me rodean con fuerza.

—Las suficientes veces como para que le cambien la medicación recientemente. Es la única parte de su enfermedad que no puede ocultar con una sonrisa. Cuando entra en ese estado de ánimo, es una batalla consigo misma.

—¿Cómo te sientes al respecto?

—Tengo ganas de donar cada euro que he ganado para encontrar una cura.

—¿Crees que los médicos la encontrarán?

—Probablemente no en la vida de mi madre.

Espero que, si Jax tiene la misma enfermedad, se descubra una cura antes de que aparezcan los síntomas. Me golpeo a mí misma por haber pensado eso en primer lugar.

Jax me suelta del abrazo, dándome espacio para respirar un poco de aire fresco.

Mis manos tienen una mente propia, presionando contra sus mejillas y obligándole a mirarme. —Siempre puedes hablar conmigo. Estoy aquí para ayudarte.

—¿Qué pasa cuando tengas que irte al final de la temporada?

—¿Qué pasa si quiero quedarme?

26



Jax

—¿Este es Caleb? Se ve tan...

Elena levanta la ceja, instándome a que termine mi frase.

—Puro —le digo a la fuerza. Durante mis intercambios de ida y vuelta con Caleb, nunca sonó inocente. Pero una mirada a él hace que mis ideas preconcebidas ardan.

Me sorprende que un tipo delgado que lleva pajarita, pantalones cortos de color pastel y zapatos náuticos sea supuestamente uno de mis mayores fans. La calva de Caleb brilla mientras se despide de su taxista.

—No juzgues a un libro por su portada —dice Elena.

—Con el tipo de libros porno que lees, definitivamente sí.

—Se llama romance. —Ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

Me gustaría poder besar la curva de su cuello expuesto. Desde que nos enrollamos ayer en mi habitación, no puedo quitármela de la cabeza. Besar a Elena es muy erótico. Es algo que quiero repetir, en otras circunstancias, preferiblemente con poca o ninguna ropa.

Una probada no fue suficiente. Quiero tenerla para mí, cantando mi nombre mientras empujo dentro de ella, solidificando la necesidad que tengo de reclamarla en todos los sentidos.

Hago a un lado mi lujuria mientras Caleb sube los escalones de mi casa.

—Bienvenido, Caleb. Mis padres están deseando conocerte.

—Jodidamente genial. ¡Esta casa es increíble! ¡Y tú! Maldita sea, Jax Kingston. —Caleb empuja el puente de sus gafas con montura de carey hacia la nariz.

—Parece inocente y luego suelta la palabra *joder*. Chicos —susurra Elena en voz baja.

—Ese es mi tipo de fan. —Le guiño un ojo antes de tomar la bolsa de fin de semana de Caleb.

Entramos y presento a nuestro nuevo invitado a mis padres.

—Estas bromeando. Nunca me dijeron que yo también conocería al King Cobra. —La voz de Caleb rebota en las paredes de nuestra entrada.

Mi padre se ríe mientras ofrece su mano para que Caleb la estreche. —No puedo decir que haya escuchado ese apodo en un tiempo.

—Por favor. Eres uno de los boxeadores más locos que han existido. He visto algunos de tus viejos combates que mi padre tiene en VHS.

—Bueno, chico, me has envejecido unos veinte años sólo con esa frase. —Mi padre le da a mamá un poco de espacio para saludar a mi pequeño fan.

—Estamos felices de tenerte en nuestra casa. Cuando Elena nos dijo que querías pasar tiempo con Jax, *tuvimos* que invitarte. Cualquier cosa por el mayor fan de Jax.

—La mejor maldita elección de la historia. —Caleb choca los cinco con Elena.

La forma en que su nariz se arruga me hace reír. —Espera a mañana. Elena ha planeado algunas actividades geniales para ti.

—¡Sí! —Caleb lanza su puño en el aire.

Mis padres pasan toda la cena conociendo a Caleb. Resulta que el chico es un poco rebelde con un par de intentos de escaparse de su habitación del hospital.

Parece que nos llevaremos bien.



Caleb tiene muchas cualidades que considero adecuadas.

Hace chistes y habla con fluidez el sarcasmo. Sus pasatiempos incluyen ver mis carreras, buscar música nueva en Internet y coquetear con las enfermeras del hospital. En otras palabras, es mi tipo de compañero.

El chico tiene una energía infinita. Todavía quiere hacer más después de que lo dejara sentarse a mi lado durante una reunión de información y lo llevara a un evento de patrocinadores.

Elena dice que es enérgico porque está emocionado de pasar tiempo con su ídolo.

Yo. Un ídolo. Que Dios nos ayude a todos.

—Aquí tienes tu casco. —Le paso el equipo de seguridad a Caleb, que mira boquiabierto el viejo auto de F1. El equipo nos abandona en la parrilla y vuelve a boxes para darnos indicaciones por la radio del equipo una vez que estemos listos para la carrera.

—¿Realmente vamos a conducir esto? Oh, Dios mío.

Me río. —Eso es lo que Elena programó para nosotros.

—Maldito infierno, puede que tenga que besarla.

Levanto una ceja. —¿Quieres corregir esa afirmación?

Sus mejillas se sonrojan. Parece que mi nuevo compañero está enamorado.

—Entonces, ¿qué pasa con ustedes dos? ¿Están saliendo?

—No.

—¿Acostándose?

—No. —Pongo los ojos en blanco.

—¿Besuqueándose?

—¿Hay alguna razón para la ronda de veinte preguntas? —Me meto las manos en los bolsillos del traje de carreras y me apoyo en el auto.

Caleb sonríe. —Oh, sí. Definitivamente se besuquean. Bien. —Me ofrece su puño para golpear. Le dejo tener su momento, esperando que deje la conversación sobre Elena en paz.

—Entonces, ¿cuándo vas a pasar de los besos a más?

Y ahí va mi intento de satisfacer su curiosidad. —Sabes, tal vez deberíamos ir a la sala de prensa en vez de al hipódromo. Con las preguntas que haces, siento que podrías disfrutar más de eso.

Caleb resopla mientras se pone el casco en la cabeza. —No hace falta que te pongas nervioso. Sólo tengo curiosidad.

—Menos curiosidad y más adrenalina, por favor.

—Créeme, mi corazón late en mi pecho a un ritmo que mi médico consideraría alarmante.

Mi sonrisa cae. —¿Eso es malo? Tal vez no deberíamos hacer esto.

Caleb me hace señas con una mano enguantada. —Oh, por favor. Llevo años esperando este día.

—¿Lo has hecho?

—Por supuesto. El cáncer es una mierda, pero al menos la Fundación Make-A-Wish hace que el viaje merezca la pena.

—Lo siento, amigo. Puedo decir que eres un buen tipo que no se merece esto.

Los mejores no suelen hacerlo. Es una lección que he aprendido una y otra vez.

—Gracias. Pero no odio exactamente mi vida porque me encuentro contigo después de todo. El cáncer puede chupar mi pálido culo.

Le lanzo una pequeña sonrisa. —¿Cuál es tu secreto para mantenerte optimista?

—El mañana no está garantizado, así que mejor hago del hoy mi perra.

No puedo evitar la odiosa risa que me sale. Es difícil no admirar a alguien como Caleb que no deja que su enfermedad le defina. Quiero aprender todos sus secretos y aplicarlos a mi propia vida. Tal vez si tuviera su valor, no sería un desastre ansioso que huye de lo desconocido. —Admiro a la gente como mi madre y como tú, que mantienen una sonrisa en la cara a pesar de todo.

—¿Tu madre? ¿También tiene cáncer? —Caleb se queda con la boca abierta.

Mierda. Qué metida de pata.

—No. Será mejor que nos vayamos. —Señalo el auto de Caleb en una exigencia silenciosa de que nos pongamos en marcha.

Me ignora. —¿Le pasa algo a tu madre? Sabes que puedes confiar en mí porque prefiero pasar por otra ronda de quimioterapia que revelar cualquiera de tus secretos.

—Mi duda no es por la confianza.

No. Se trata de ser juzgado por no hacerse la prueba por alguien que ha pasado por su propio infierno médico y sonríe de todos modos. No puedo mirar a Caleb sin cuestionar mi propia cobardía.

—No, pero quiero que sepas eso de cualquier manera. ¿Está bien tu madre, al menos?

Suspiro. La forma en que Caleb frunce los labios y estrecha los ojos me dice que no dejará este tema, por mucho que lo desee. —Mi madre tiene la enfermedad de Huntington. No es lo mismo que el cáncer, pero también tiene un pronóstico terrible.

—Lamento escuchar eso, amigo. —Caleb pone su fina mano en mi hombro—. Puede que no sea cáncer, pero es tu propio infierno. Todas las enfermedades terminales llevan el mismo peso dentro de nosotros.

Si Caleb tiene alguna idea sobre el riesgo hereditario que la enfermedad de mamá supone para mí, no lo revela. Y por eso le estoy agradecido.

Compartir esta pequeña parte de mí con Caleb se siente como un progreso. Diablos, pasar un fin de semana con Caleb ha desafiado algunos de mis

propios pensamientos y creencias sobre la vida con una enfermedad terminal. La forma en que ve la vida a pesar de saber que tiene cáncer hace que mi ansiedad parezca injustificada. Quiero ser valiente como él. ¿Y si siempre estuve destinado a pasar tiempo con alguien como Caleb y ver la vida desde una perspectiva diferente?

Quizá el destino no sea siempre un cabrón despiadado después de todo.



—Entonces, Elena. Dime qué haría falta para que tuvieras una cita conmigo. —Caleb se sienta junto a Elena en el sofá de mi salón.

Una ola de posesividad me golpea de la nada. —¿Además de que necesitas tener el límite de edad legal?

—Ouch, amigo. La edad es sólo un número.

Le arqueo una ceja. —Eso es lo que dicen todos antes de la cárcel.

Elena esconde su risa detrás de la palma de la mano.

—Vamos, ¿qué dices de la cena? —Caleb le mueve las cejas.

Elena sacude la cabeza.

—Los dos te llevaremos a cenar —suelto.

Caleb me mira con los ojos entrecerrados, claramente descontento. —¿Nosotros?

—Invitaremos a Elena a cenar.

—Amigo, ¿en serio? Qué manera de robarme el protagonismo.

—Mejor que ser rechazado.

Caleb se encoge de hombros, cediendo. —De acuerdo, me convenciste. Elena, ponte tu mejor vestido y joyas.

—Las citas normalmente tienen que decir que sí primero. —Miro a Elena, desafiándola a decir que no.

Caleb se arrodilla frente a ella. —Por favor, Elena González de Ciudad de México, ¿me ofreces el lujo de llevarte a una cita. ¿Preferiblemente con el dinero de Kingston porque se me ha acabado la paga mensual después de comprarme un par de Yeezys nuevos?

Elena se ríe mientras Caleb se aferra a su mano y la besa. —Claro, cualquier cosa por ti.

Me gustaría que Caleb se fuera a joder a algún sitio mientras yo salgo con Elena. Como la probabilidad de que diga que sí a una cita conmigo es nula, dejo de lado el deseo.

Soy bueno negándome a mí mismo lo que quiero. Y con Elena, quiero más. Y joder, si eso no es el pensamiento más preocupante de todos.



Caleb no bromeaba cuando nos pidió que nos arregláramos. Aparece una hora después vestido con un traje y una pajarita.

Le miro incrédulo. —¿En serio metiste eso en tu bolsa?

—Por supuesto. Un caballero nunca sabe cuándo necesita un traje.

—¿Estás seguro de que eres de este siglo?

El chasquido de los tacones atrae nuestra atención hacia la parte superior de la escalera.

Elena se agarra al dobladillo de su vestido verde. Baja las escaleras, el material se adhiere a sus curvas de la mejor manera. El tipo que te hace la boca agua, que hace palpitar la polla, que *haría cualquier cosa por follar con ella*.

Toso y le doy un codazo a Caleb. —Dile lo linda que está.

Pone los ojos en blanco.

—Aficionado. Hare algo mejor. —Se pone detrás del sofá y saca una docena de rosas de tallo largo.

La pequeña mierda está tratando de superarme. Aunque me irrita ligeramente la forma en que los ojos de Elena se iluminan con las flores, me impresiona la consideración de Caleb. Está claro que tengo que mejorar mi juego.

—Aw, esto es dulce. —Elena respira profundamente el ramo antes de mostrarle a Caleb una sonrisa deslumbrante.

Está bien, le daré algunos puntos al chico, sabe cómo hacer feliz a una mujer.

Sus suaves ojos marrones encuentran los míos. Brillantes y hermosos, con un toque de picardía. Mi tipo de chica.

Caleb saca un reloj de bolsillo antiguo.

—Será mejor que nos vayamos. La reserva es a las ocho. —Ofrece su codo a Elena y ella se ríe hacia el techo.

Su felicidad hace que mi estómago se apriete como un coño. Poco a poco, Elena se desliza a través de mis barreras cuidadosamente colocadas, y esta vez, no puedo decir que lo lamento.



El auto de alquiler nos deja en un restaurante caro que haría llorar a un hombre adulto después de ver la cuenta. No es nada que espere que le guste a Elena, pero Caleb afirmó que nunca había comido un filete de cincuenta dólares. Me negué a que el idiota se fuera de mi cuidado sin lo mejor de lo mejor al menos una vez en su vida.

Una anfitriona nos sienta en un rincón, ofreciéndonos intimidad. Caleb ayuda a Elena a sentarse antes de excusarse para ir al baño.

—Esto es demasiado, ¿no crees? —Elena me mira desde su menú.

Como un idiota, me concentro en la forma en que la vela hace brillar sus ojos. —Supongo que sí, pero lo hará feliz. No nos delates a su madre, pero también pienso darle un poco de vino.

Deja escapar una suave carcajada. —Eres demasiado.

—Lo dice la chica que fue más allá para planear el fin de semana de su vida. Estoy tratando de competir aquí.

—Has planeado un baile de graduación para él y sus amigos en un par de semanas, ya que no pueden asistir a uno de verdad. *Yo soy* la que no puede competir.

—Sin embargo, probablemente clasifique esta cita como su cosa favorita. Te ha exprimido totalmente por ello.

Sus mejillas se sonrojan con el mejor tono de rosa. —Si le hace feliz, entonces estoy a favor.

—Demasiado altruista para tu propio bien.

Su cabeza se inclina en forma de pregunta, pero Caleb nos interrumpe. —Entonces, ¿qué se necesita para conseguir una bebida por aquí?

Elena se ríe. Pedimos nuestros platos principales y yo cumplo mi promesa, pidiendo una copa de vino más para que Caleb pueda tomar algunos sorbos de vez en cuando. La comida sale poco después y todos nos ponemos a comer.

—¿Está el filete tan bueno como esperabas?

—No sé cómo voy a volver a comer comida de hospital. —Caleb cierra los ojos mientras se mete otro bocado de comida en la boca.

—¿Y tú? —Busco la atención de Elena. Me estoy convirtiendo en un imbécil necesitado y no sé cómo hacer que pare. Alguien, cualquiera, por favor, haga que pare.

—No me gustan los restaurantes lujosos, pero este definitivamente está a la altura. —Sus labios rodean el tenedor mientras sus pestañas se cierran.

Imagino que tendría el mismo aspecto con sus labios rodeando mi polla. Reverente y seductora mientras me lleva al punto de las arcadas.

Aparto los ojos y me ajusto los pantalones. —Eso es lo que me gusta oír. Puedo cocinar un buen filete a la parrilla, así que al menos tengo eso a mi favor si la carrera no resulta.

—¿Cocinas? —Caleb se echa hacia atrás en su asiento.

—Por supuesto. Mientras crecía, me gustaba pasar tiempo con Jackie. Ella me enseñó a cocinar todo lo que sé.

—Vaya. —Elena me mira fijamente.

—¿Qué cocinas bien? No dejes que Jax te supere. —Caleb la señala con su tenedor.

—Principalmente platos mexicanos que no conocerás.

—Si dices guacamole, puede que nunca te deje ir.

Elena se ríe. —Y tortillas caseras.

—Eres la chica perfecta. Cásate conmigo esta noche. Tú cocinas, yo limpio. Una pareja hecha en el cielo. —Él le sonríe.

Sacude la cabeza mientras una sonora carcajada brota de ella. —Por muy dulce que seas, no me interesa una vida entre rejas. Lo siento.

—Así que, tengo una última petición antes de que mi tiempo termine con ustedes. —Caleb juguetea con su pajarita.

Lo miro. —Los clubes de striptease están fuera de la mesa.

Elena se atraganta con el aire. —Dios mío,Jax , para. Lo estás avergonzando.

Caleb levanta la barbilla. —Quiero hacerme un tatuaje.

Le miro. —¿De verdad? Pero si sólo tienes dieciséis años.

—Esto no tiene precio viniendo del tipo que se hizo su primer tatuaje a la misma edad.

—Eso es diferente. Tuve la aprobación.

Caleb se frota la cabeza calva. —Mi madre estará de acuerdo.

Mis ojos se posan en los de Elena. —¿Qué dices? ¿Concedemos su último deseo de mi parte?

—Nada me gustaría más. —La sonrisa que me lanza hace que mi corazón se contraiga extrañamente en mi pecho.

Mierda.

No quiero enamorarme, pero maldita sea si su sonrisa no hace que el aterrizaje de emergencia valga la pena.

27



Elena

Caleb está absolutamente enamorado de Jax. Esperaba que Jax se involucrara y fuera amable con Caleb, pero él va más allá para que su fan experimente los mejores aspectos de la F1. El hombre tatuado que invade mis pensamientos me mostró un lado dulce de sí mismo que mantiene oculto al mundo.

Mientras yo planeaba una falsa carrera con viejos autos de F1 para Caleb, Jax se desvivía por planear otras salidas. Presentó a Caleb a Liam y Noah durante un almuerzo sorpresa. Incluso en nuestra cena, aunque con el pretexto de sacarme a pasear, fue realmente para hacer que la última noche de Caleb con Jax fuera memorable.

Básicamente, Jax es tan maravilloso que soy susceptible a enamorarme con una ligera brisa.

Después de la cena, Jax llama a su tatuador para que abra su tienda mientras yo llamo a la madre de Caleb para comprobar si aprueba su decisión. Ella me envía por correo electrónico una copia escaneada de un formulario de consentimiento firmado, apoyando el plan.

Me paso la mayor parte del viaje en auto escuchando a los dos hablar de chismes y estadísticas de la F1. Algo en Jax esta semana es diferente. Ni siquiera estoy hablando del reciente incidente de meterme la lengua en la garganta y hacer que me corra.

Parece... feliz. Una felicidad verdadera, como no he visto antes en él. No sé si pasar un tiempo en Londres le hace sentirse más a gusto o si es el hecho de alejarse de las presiones de la F1.

Una parte de mí está esperando que todo salga mal. Pero una parte mayor -una parte estúpidamente esperanzada- se pregunta si seguirá así el resto de la temporada.

Dios, eso espero. Esta versión de Jax me gusta cada día más.

Nuestro auto se detiene frente a un moderno local, lo que pone fin a mis pensamientos.

—¿Lista? —Caleb me ofrece su mano mientras sale del auto.

—Esta es una idea loca —Me aferro a su mano extendida.

—Los mejores empiezan así —Me da un beso en la mano antes de soltarla.

En serio, no sé dónde aprendió este tipo sus movimientos, pero aumenta el encanto por hora. Todo el espectáculo me parece divertidísimo.

Entramos en una oficina elegante que nunca asociaría con los tatuajes. Una moderna lámpara de araña cuelga sobre nosotros, resaltando la acogedora sala de espera.

—Este lugar es increíble —le susurro a Jax. Mis ojos se detienen en la forma en que su camisa negra abotonada se aferra a sus brazos, resaltando los músculos a los que me aferré el otro día. Los que quiero recorrer con mi lengua.

Los dedos de Jax levantan mi barbilla antes de guiñar un ojo. *Atrapada*.

Mis mejillas se sonrojan antes de que escudriñe la pared de fondo a nuestra izquierda.

—El papel pintado está compuesto por diseños que hizo Alan. Quizá si buscas lo suficiente, encontrarás uno o dos de los míos —Jax se encoge de hombros.

—¡No puede ser! Es increíble —Compruebo los diferentes patrones mientras Caleb y Jax revisan el papeleo.

Me pierdo en los diseños, me encanta la mezcla de colores y el arte que ha creado el propietario. Mis dedos se ciernen sobre una serpiente que me resulta familiar. —¡Encontré uno!

—Parece más espeluznante cuando me mira así —Jax se acerca a mi lado, con el calor que emana de su cuerpo.

Tiro de su mano sin pensarlo. Una ráfaga eléctrica me atraviesa, como si alguien estuviera sosteniendo una bengala en mi piel. —La serpiente que se desliza por los huesos del esqueleto es lo que lo hace espeluznante.

Se queda mirando cómo mi mano toca la suya. —¿Por qué?

—Es morboso.

Sus labios se vuelven hacia abajo. —Lo tengo en honor a mi padre.

Y ahora me siento como una mierda. —No quise...

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios. —Estoy bromeando. Como dijo Caleb, King Cobra solía patear culos en sus días. Este es mi homenaje a él.

—¿Y los huesos?

Los dedos de Jax se entrelazan con los míos. —Bueno, eso es más bien una cosa de malotes. No lo entenderías.

—Eres la última persona que necesita tatuajes para demostrar lo rudo que eres.

Inclina la cabeza hacia mí. —¿Fue un cumplido?

Pongo los ojos en blanco mientras sonrío. —No te acostumbres a ellos.

—Jax, deja de ligar con mi cita. Vámonos —Caleb nos hace señas desde el pasillo.

Jax parece querer decir algo, pero le doy un tirón de mano. Seguimos a Caleb a la sala de atrás, donde el tatuador de Jax, Alan, prepara sus suministros.

Caleb se acomoda en la silla principal mientras Alan le prepara la piel. Jax y yo nos sentamos uno al lado del otro en el estrecho rincón. Mi cuerpo es

consciente de su proximidad, con sus piernas rozando las mías.

El deseo me hace sentir un tirón en el estómago cuando Jax vuelve a entrelazar sus dedos con los míos. Su pulgar roza los finos huesos de mi mano y me pone la piel de gallina.

—¿Eso es realmente lo que quieres, amigo? —Jax mira el boceto del tatuaje de Caleb.

—Sí.

Jax asiente a Alan, luchando contra una sonrisa. —Dale al chico lo que quiere.

Caleb soporta el dolor, haciendo bromas mientras Alan entinta las letras. El proceso es bastante corto. Nuestro nuevo amigo muestra su tatuaje situado en la parte interior del brazo, donde normalmente le sacan sangre.

Trazo alrededor de la piel roja para no herirlo. —'Sin lluvia, no hay flores'. Interesante elección para alguien de tu edad.

—Es la cita favorita de mi madre.

—¿Y la ubicación? — Le doy un golpecito a la vena.

—Pensé que sería bueno tener algo fuerte para mirar durante mi próxima ronda de quimioterapia —La respuesta de Caleb hace que se me nuble la vista.

Me dispara una sonrisa vacilante. —No llores por mí, amor. Así son las cosas, así es la vida.

—Oye, no me robes mi apodo para ella —Jax me rodea el hombro con un brazo y me arrastra a su lado.

La simple posesividad de Jax hace que mi corazón trabaje horas extra para seguir el ritmo.

—Supongo que eso es todo —Alan comienza a empacar sus provisiones.

—Espera —suelto—. Quiero un tatuaje.

—¿Quieres un tatuaje? ¿*Tú*? —La cabeza de Jax se inclina hacia atrás.

—¿Es tan difícil de creer?

—Para ser honesto, sí —dice Caleb.

Me burlo antes de girarme hacia Alan. —Quiero uno pequeño.

Jax levanta una ceja hacia mí. —¿Estás segura de esto?

—Sí.

Jax se encoge de hombros antes de tomar asiento con Caleb al otro lado de la habitación. Agradezco que no me haga más preguntas porque temo perder los nervios.

Le enseño a Alan el diseño que quiero y dónde lo quiero. Puede parecer infantil y estúpido para cualquier otra persona, pero para mí simboliza todo lo que quiero llegar a ser mientras abrazo las partes rotas de mí misma.

Alan levanta una ceja y me mira. Saca su iPad y dibuja el diseño, haciéndolo idéntico a la foto que le mostré.

—Perfecto.

—Y para comprobarlo, ¿lo quieres aquí? —Me da un golpecito en el lado del dedo corazón, donde queda una cicatriz dentada de hace muchos años.

—Así es —Le ofrezco a Alan mi mano y él se pone a trabajar con el papel de transferencia.

Prepara la piel. El zumbido resuena en las paredes. Me estremezco cuando la aguja toca mi piel, siseando ante el dolor inesperado.

Alan frunce el ceño. —Lo siento. Va a doler.

—Caleb ni siquiera hizo una mueca de dolor. ¿Cómo es posible? —Mis ojos rebotan entre todos los hombres de la sala.

—Me apuñalan todo el tiempo con agujas —Caleb se encoge de hombros.

Jax aprieta el hombro de Caleb en el gesto más dulce. La forma en que Jax mira a Caleb me hace olvidar el dolor por un segundo. —Eso es lo que te hace el tipo más duro que he conocido.

Caleb se ríe como si Jax hubiera dicho la cosa más divertida de la historia. Cuando Jax no se ríe a su vez, las cejas de Caleb se juntan —Oh, ¿hablas en serio? —Su voz hace eco de su confusión.

—Por supuesto. Cualquier persona que haya lidiado con la mierda que tú tienes y siga llevando una sonrisa cada día es un malote en mi libro —Jax suelta el hombro de Caleb.

—Guau. Me estás haciendo sentir de todo —Caleb se reajusta las gafas.

Jax sacude la cabeza. —Lo digo en serio. En cierto modo, te admiro.

Mi corazón amenaza con explotar de mi pecho. No esperaba que la visita de Caleb impactara a Jax tanto como lo ha hecho, pero estoy agradecida de que Jax haya conectado con alguien que lucha contra sus propios problemas día tras día. Caleb se comporta con fuerza y positividad, y es algo de lo que creo que Jax puede aprender con el tiempo.

—Bueno, uhm, gracias —Las mejillas de Caleb se sonrojan mientras mira su nuevo tatuaje.

Jax arrastra su silla al lado del banco y se agarra a mi mano libre. —Los tatuajes en los dedos duelen más que otros. Aprieta mi mano siempre que te duela. Se te pasará antes de lo que crees.

Mi mente se concentra en su tacto más que en la sensación de ardor. —Guau. ¿Cómo has cubierto todo tu cuerpo con esto?

—El dolor es sólo temporal —Jax ofrece una sonrisa tensa.

Alan vuelve al trabajo. Me aferro a la mano de Jax como si fuera un salvavidas, concentrándome en el roce de su pulgar contra mi piel. Caleb charla con Alan mientras yo sigo embelesada con Jax.

Lo miro a los ojos y le veo mirándome fijamente. Resistiendo el impulso de desviar la mirada, me dejo llevar por el momento. Sus ojos se oscurecen mientras recorren mi cuerpo, deteniéndose en mi pecho antes de volver a encontrarse con los míos.

Me gusta haber escogido el vestido verde esta noche. La mirada que me dirige hace que el sujetador sin tirantes merezca aún más la pena.

—Joder. Eres realmente especial. Hermosa, por dentro y por fuera, lo cual es dolorosamente cursi decirlo —Lleva mi mano a su cara y presiona sus labios contra mis frágiles huesos. Mi cuerpo arde de deseo mientras me concentro en mi reacción hacia él en lugar de la aguja que me pincha la piel.

Arrugo la nariz en señal de disgusto. —¿Quién iba a saber que no tenías ninguna habilidad para ligar?

—Eso es porque normalmente no tiene que trabajar para ello, ya que las mujeres caen en su regazo. Le dan una carrera por su dinero —dice Caleb por encima del zumbido de la aguja.

—¿El chico sabe alguna vez cuándo callarse? —Jax murmura en voz baja.

—No. Empecé a hablar al año de edad y nunca dejé de hacerlo. Mi madre me amenazó con comprarme un bozal.

Alan me da el visto bueno para salir del banco, terminando mi momento con Jax. —No me han pedido nada de esa película antes.

Mi visión se vuelve borrosa mientras evalúo el burlón alfiler que cubre la cicatriz de la noche de la muerte de mis padres. Intento ocultar mis emociones, pero Jax me agarra la mano y evalúa el delicado tatuaje.

—Interesante elección para un primer tatuaje.

—Gran fan de Katniss Everdeen, supongo —Caleb golpea su hombro contra el mío.

—Hmm —Todo lo contrario. Pero no puedo ignorar la conexión que tengo con la historia, ya que es uno de los últimos recuerdos que tengo de mi padre.

Jax me ayuda a levantarme del banco.

—¿Algo para ti, amigo? —Alan apunta la aguja hacia Jax.

Sacude la cabeza. —No. Hoy estoy bien.

Jax ignora mi petición de pagar el tatuaje. Cubre los gastos de todo y nos conduce a la salida. Nos detenemos todos, mirando la lluvia torrencial, sin encontrar nuestro auto a la vista.

—Mierda. Déjenme llamar al conductor —Jax saca su móvil y vuelve a entrar, dejándonos bajo el toldo.

—Oye, Caleb, ¿alguna vez has bailado bajo la lluvia?

Niega con la cabeza. —No.

—¿Te parece bien estar bajo la lluvia unos minutos?

—Me gusta tu forma de pensar. Además, nunca digo que no a una dama —Sonríe.

Me agarro a su mano y lo arrastro hacia la tormenta. La lluvia golpea nuestra piel mientras pongo una canción al azar en mi teléfono. Caleb me agarra de la mano y me hace girar.

¿Es imprudente que Caleb se exponga así? Sí.

¿Es digno de su propio momento de esfera de nieve? Absolutamente.

28



Jax

No puedo apartar los ojos de Elena, que sonríe a pesar de tener el cabello mojado pegado a su rostro. No debería ser atractiva para mí en este momento, ya que se parece más a un gato ahogado que a un humano. Caleb y Elena bailan bajo la lluvia, riendo a pesar del trueno que hace sonar la ventana a mi lado.

Su sonrisa me arrebata el oxígeno. Quiero robarla para mí mientras me adueño de sus labios, de sus sonrisas y de todo lo que hay en medio.

Elena ríe hacía el cielo oscuro mientras Caleb la hace girar en un círculo. Ignoran todo lo que los rodea mientras ambos bailan terriblemente juntos en medio de la tormenta.

Algo dentro de mí se rompe. Quiero más tiempo con Elena. Más momentos robados y besos intensos. Más de ella luchando por terminar los rompecabezas y yo ayudándola en silencio.

Mantenerme alejado de ella es imposible, por mucho que lo intente. No sólo por nuestra innegable química. Es estúpido negar la atracción que siento hacia ella, este interminable tira y afloja entre mi cordura y mi deseo. Quiero ser diferente, cambiar el rumbo de mi vida por ella.

Sobre todo, quiero ser normal con ella.

No se trata de nuestra atracción mutua, sino de algo más profundo. Algo a lo que ya no puedo hacer oídos sordos.

Deseo a Elena y se acabó el fingir lo contrario.



Después de una hora de dar vueltas en la cama, me dirijo a la cocina, con ganas de un vaso de agua.

El ligero sonido del piano me lleva al salón. Hoy en día, mamá rara vez toca el piano, y me encantaría atraparla tocando junto a papá como cuando yo era niño. En cambio, me sorprende encontrar a Elena en el salón poco iluminado.

Elena se sienta sola en el banco del piano, de espaldas a mí. Reconozco -River Flows in You- de Yiruma, pero el sonido está desconectado.

Elena se pasa la manga por el rostro, sollozando por la música.

Doy un paso vacilante hacia ella. —No sabía que tocabas el piano.

Se sobresalta. Cierro la brecha entre nosotros, encontrando su teléfono descansando en el estante de música, reproduciendo la melodía de YouTube.

—¿Por qué sentarse al piano y no tocas? —Le hago un gesto con la mano para que se acerque.

Me ofrece una débil sonrisa. —No sé cómo hacerlo.

Estoy tentado de averiguar el motivo de sus lágrimas, pero opto por no hacerlo después de que ella desvíe la mirada para limpiarse el rostro con la manga de su jersey. —¿Por qué esta canción?

—A mi madre le encantaba. Tocaba, pero no pudo convencerme de que lo intentara porque quería centrarme en el ballet en lugar de en sus clases vespertinas. Pero ojalá lo hubiera hecho.

No me pierdo su uso del tiempo pasado. En lugar de sacarle más información, pongo en pausa el vídeo. Paso los dedos por las teclas antes de volver a empezar la canción.

Sus ojos se amplían. —¿Tocas el piano?

Asiento con la cabeza. —Tienes suerte de que conozca esta. Es un clásico.

Elena ajusta su cuerpo lo suficiente como para poder verme tocar. Me tomo un momento para contemplar su rostro lleno de lágrimas. Su tristeza me hace fruncir el ceño. Cuando algunas lágrimas caen por sus mejillas, me giro hacia las teclas, ofreciéndole intimidad.

La melodía nos envuelve mientras vuelvo a tocar la canción para ella. Cuando llego al segundo estribillo, lo amplío, añadiendo más notas. Mis dedos bailan sobre las teclas mientras Elena me observa.

Sólo toco delante de mamá, pero tocar para Elena es estimulante. Un momento que quiero conservar, sin querer separarme de animarla. Borrar el dolor de su rostro, aunque sea por unos minutos.

Cuando la canción termina, se mueve para levantarse, pero la agarro de la muñeca. —Espera. Una más.

Vuelve a sentarse, con expresión de sorpresa. Una emoción me recorre cuando empiezo a tocar las primeras notas de una canción que creo que es perfecta para ella.

Su rostro se ilumina cuando reconoce -Photograph- de Ed Sheeran.

—Sinceramente, no estoy segura de sí estoy soñando ahora mismo. ¿Pellizcarme?

Hago una pausa en la canción y en su lugar le doy un tirón de cabello. —¿Suelo aparecer en tus sueños?

—No. No estoy soñando —Su espalda tiembla mientras intenta ocultar su risa.

Me concentro en las teclas, tocando una canción que me recuerda la esperanza que ella me da. El loco impulso que despierta en mí para ser mejor, para ser más.

Más para ella. Más para mí.

La combinación de nosotros es mortal y a la vez imparable. Mi autocontrol ha llegado al máximo, como una goma elástica a punto de romperse.

Elena coloca su mano sobre la mía cuando termino de tocar la canción.

—Gracias. —Una nueva lágrima resbala por su mejilla.

Las odio. Antes de que tenga la oportunidad de irse, le quito las gotas con la otra mano. —¿Por qué lloras y cómo hago para que dejes de hacerlo?

Elena me mira con los ojos empañados. —Oírte tocar la canción que a ella le gustaba, me remueve mucho por dentro. La segunda fue un plus.

—¿Cómo qué? —raspa mi voz.

—Todo. Felicidad, dolor, aprecio. Pasan tantas cosas por mi cabeza que no le encuentro sentido. Pero, sobre todo, la extraño.

—¿Supongo que has perdido a tu madre?

Ella solloza. —Sí. Cuando tenía doce años.

—Mierda. Lamento escuchar eso —La idea de ir por la vida sin mi madre ahora me pone ansioso. No puedo imaginarme crecer sin una, para empezar.

—La perdí a ella y a mi padre el mismo día. —Hace una pausa, mirando las teclas—. Fueron asesinados —Exhala una respiración temblorosa.

Agarro su mano temblorosa, aferrándome a sus dedos como el salvavidas que necesita. —Joder.

—Yo estaba allí. Cuando ocurrió.

Mierda. No sé qué decir. Todo en mí duele al pensar que un niño tenga que experimentar ese tipo de trauma.

—Fue la peor noche de mi vida. Estaba leyendo en mi armario, escondiéndome por si mis padres me supervisaban antes de acostarme. Pero entonces mis padres gritaron y se produjeron los disparos. Y luego se hizo el silencio.

—No tienes que decir nada más.

—No. Necesito hacerlo. —Respira profundamente—. Los hombres trataron de encontrarme, pero estaba escondida detrás de la ropa y las cajas. Cuando estuve segura de que se habían ido, bajé y los encontré. —Retira su mano de la mía y se cubre el rostro para ocultar su angustia. El sollozo que suelta

me destroza el corazón, y me siento impotente mientras ella se derrumba. Nada de lo que diga podrá quitarle ese dolor.

—Por eso no duermo en la oscuridad. Tengo pesadillas. En algunas, los hombres me encuentran y me matan después de que mis padres mueran. En otras, disparan a mis padres delante de mis ojos, sin que yo pueda detener a los hombres.

Me pongo de pie y arrastro a Elena conmigo, abrazándola contra mi pecho, necesitando mantenerla cerca. —Eliminaremos esas pesadillas de una en una. Al diablo con todo y al diablo con cualquiera que intente meterse contigo de nuevo.

Elena merece a alguien en su esquina, dispuesto a protegerla. La forma en que me mira me tienta a ser eso para ella. Excepto que no soy un héroe.

Y eso es lo que me deja devastado.

29



Elena

Presiono mis manos contra el pecho de Jax, queriendo procesar sus palabras.

Me atrae las manos hacia las suyas y las acerca a su pecho. Su corazón se acelera bajo mis palmas. —Siento haber sido un imbécil contigo. Joder, siento haberte tratado como lo he hecho. Todo ello. La fiesta, el presionar tus botones, las cosas malas que he dicho. Te mereces algo mejor de lo que te he dado.

—No quiero que alguien se preocupe por mí por la historia de mi vida —Intento apartarme de él, pero me retiene.

—No es por tu historia. Es por lo que eres a pesar de esa historia.

Sus palabras se aferran a mi corazón y me sujetan. No sé qué decir ni cómo sentirme ante el cambio de su personalidad. Compartir mi historia no era para que se compadeciera de mí. Sinceramente, no tengo ni idea de lo que me llevó a compartir esa parte oscura de mí con él en primer lugar.

Pero lo hice. Quería que viera mi verdadero yo. No la versión maquillada de mí que todo el mundo ve, sino quién soy cuando desaparece todo lo insignificante y temporal.

—Dame la oportunidad de hacerlo bien —Sus dedos callosos me rozan la mejilla.

Sólo puedo asentir con la cabeza.

Inclina su cabeza, rozando sus labios con los míos.

Siento un cosquilleo en los labios cuando los toca tímidamente. Una ráfaga de energía me recorre el bajo vientre, pero aparto la cabeza para mirarlo a los ojos. —¿Quieres arriesgarlo todo? ¿De verdad?

—Arriesgo nada por todo. Es diferente.

Bueno, ¿cómo puedo responder a eso?

Jax me salva, presionando sus labios contra los míos. El calor de mi estómago se extiende por mi cuerpo mientras él traza el contorno de mis labios con su lengua. La misma lengua que se adueña de mí, consumiendo todas mis dudas sobre nuestra conexión.

Una de sus manos me rodea la cintura y la otra me agarra la nuca. Nuestra respiración se vuelve errática a medida que nuestros besos se vuelven desesperados, con los dientes rozándose en nuestra prisa.

Su mano se dirige a mis nalgas antes de apretarme contra él. Gimo en su boca cuando su erección me presiona el estómago. Me muerde el labio inferior antes de apartarse.

—Te deseo tanto que no sé por dónde empezar.

Mis dedos suben por su pecho, provocando el más leve estremecimiento de su pecho.

—Tengo una idea —susurro antes de agarrar su nuca y atraerlo hacia mis labios. Nuestros labios chocan mientras derribo la última barrera mental que nos separa.

El deseo crece en mi interior mientras nos besamos hasta la falta de oxígeno. Jax gime cuando separa sus labios y pasa su lengua por la carne hinchada. Se aferra a mi mano y agarra mi teléfono del atril del piano antes de arrastrarme por los pasillos y subir las escaleras hacia su dormitorio.

Permanezco en silencio hasta que cierra la puerta de su habitación. —Así que, esto es todo.

Me muestra una sonrisa perversa que me hace sentir un poco de miedo.

—No. Esto no ha hecho más que empezar.

Me echo hacia atrás en la cama mientras él coloca mi teléfono en la cómoda. Camina lentamente hacia mí, merodeando como un depredador, con su mirada quemándome por dentro. La tenue luz que se asoma por su ventana nos orienta un poco.

Me agarra el dobladillo del jersey antes de quitármelo, dejando al descubierto mi sujetador de algodón. Suena SexyBack de Justin Timberlake.

Los ojos de Jax permanecen en mi pecho. Intento cruzar los brazos, pero él los aparta. Me desprende el sujetador y lo echa por encima del hombro.

—A la mierda esa timidez. Eres preciosa. —Sus dedos agarran la cintura de mis leggings y las arrastran hacia abajo lentamente, haciéndome temblar mientras sus cálidos dedos recorren mi piel.

Me quedo en nada más que mis bragas con pequeños lunares. Antes de que tenga la oportunidad de comentar algo, Jax me levanta y coloca mi culo sobre la cama. Me separa las piernas y se coloca entre ellas.

Jax me besa perezosamente mientras sus dedos rozan el interior de mis muslos. Acaricia la zona que reclama su atención.

Me agarro a sus hombros mientras él aparta el algodón. Su dedo recorre mi abertura antes de presionar mi clítoris, mi cuerpo se estremece ante su contacto. Se me escapa un gemido mientras él extiende mi excitación.

—Eres una cosita receptiva para mí, ¿verdad? —Sus ojos se iluminan mientras continúa su lenta tortura en mi manojo de nervios.

Introduce un dedo en mí mientras sus labios encuentran el hueco de mi cuello. —Me pregunto qué ruidos harás cuando te folle con mi lengua. ¿Serás una gemidora? ¿Gritas? ¿O del tipo silencioso que aún no ha experimentado un orgasmo estremecedor?

—¿Estremecedor? —Me río en su pecho.

Mi burla no se toma de buena manera. Me empuja hacia el colchón, el calor de su cuerpo me calienta por todas partes.

—Más vale que sea la última vez que te ríes cuando te follo con los dedos —Su pulgar ejerce más presión sobre mi clítoris mientras me roba un jadeo con sus labios.

Sus labios hacen un recorrido desde mis labios hasta mi pezón. Tira bruscamente. El dolor se irradia antes de que el placer se apodere de mí, y Jax lame la zona que ha tocado. Sus dedos bombean dentro de mí al unísono.

Mi espalda se arquea sobre el colchón mientras él chupa la sensible piel que rodea mi pecho. Se toma su tiempo en un punto antes de seguir, y su habilidad y atención provocan otra oleada de placer.

Las marcas rojas florecen allí donde sus labios se detienen. Me impaciento cada vez más mientras Jax bombea lentamente dentro de mí, sin llevarme al límite.

—¿Vas a mantener tu promesa o vas a seguir torturándonos a los dos? —Mis palabras sin aliento llenan el silencio.

—Torturarte es mi pasatiempo favorito —Me sonríe.

—No es gracioso.

—Pero te prometo que, en el dormitorio, sólo será el mejor tipo de tortura.

Mi corazón se dispara ante la idea, latiendo más rápido cuando Jax se aleja de mi pecho. Deja un camino de besos por mi estómago. El sonido de sus rodillas golpeando el suelo de madera me excita.

Me baja las bragas antes de sustituir sus dedos por su lengua.

Su maldita lengua. Lo que hace que los dedos de mis pies se enrosquen en el costado de la cama. Su boca devora mi lugar más privado, dejándome sin aliento y necesitada de anticipación. Unos gemidos desesperados escapan de mi boca. Es un sonido desconocido para mis propios oídos.

Jax me mete dos dedos al mismo tiempo que me chupa el clítoris. La galaxia estalla detrás de mis párpados. Un calor cegador me recorre la espina dorsal antes de extenderse por la parte baja de mi estómago.

Su lengua traza una línea desde mi centro hasta el interior de mi muslo mientras me recupero del orgasmo. Mi cuerpo se estremece antes de que sus labios chupen la piel allí, dejando chupones donde nadie puede ver. Marcándome sólo para sus ojos. Como si necesitara demostrar a nadie más que a sí mismo que me ha tenido.

Jax lo toma todo de mí. Cada jadeo, cada gemido, cada maldito nervio que se dispara ante su tormento. Se levanta de su sitio en el suelo mientras se lame los labios. Es erótico, con sus ojos capturando los míos.

Me siento, agarro el dobladillo de su camiseta y la arrastro sobre su cabeza. Mis dedos recorren el conjunto de tatuajes que cubren su pecho, deseando poder verlos mejor. Sus ojos se cierran cuando mis dedos se posan sobre una carta de rey de corazones cerca de su hombro. En lugar de un rey animado, un esqueleto ocupa su lugar junto a un corazón roto. Algo dentro de mí se quiebra ante la interpretación de su tatuaje.

Es un hombre perdido que se dio a sí mismo una sentencia de por vida de confinamiento solitario. Alguien con pocas esperanzas para su futuro, a pesar de lo exitoso que ha sido hasta ahora en su vida. Alguien que necesita que le muestren lo que se perdería si continúa por su camino destructivo.

Quiero demostrarle a Jax lo mucho que me importa. Puede que se sienta poco merecedor de afecto y de tener a alguien en su vida, pero pienso hacer que mi misión sea demostrarle lo contrario.

Lo atraigo hacia mi cuerpo y nuestros labios chocan. Mis dedos encuentran su cabello, tirando de las suaves hebras. Me empuja y yo retrocedo, llevándolo conmigo sin romper el beso.

Presiono su erección con mis caderas, lo que lo hace girar, dándome la posición de poder. Deja escapar un resoplido cuando me alejo.

—Acércate a la cabecera y agárrate al marco —Señalo el hueco en el cabecero de hierro.

—Se supone que no debes darme órdenes.

Pongo los ojos en blanco. —Eso es todo lo que he hecho esta temporada hasta ahora.

—Las cosas van a cambiar. —Sus ojos arden de emoción.

—Eso espero —Le sonrío tímidamente, esperando que sus palabras se apliquen a todos los ámbitos de su vida.

Me obedece, se sienta contra el cabecero y se agarra al marco de la cama. La visión de su cuerpo tatuado a mi merced me hace estallar de excitación.

Sus dientes tiran de su labio inferior mientras me arrastro hacia él. Agarro la cintura de sus joggers, y con él levantando su cuerpo, se los quito. —Mierda.

Jax se ríe. —Más vale que sea un buen mierda.

Me trago mi preocupación por su tamaño.

—Sí —Paso un dedo vacilante por su longitud. Su polla palpita mientras recorro una vena antes de pasar el dedo por el hilo de líquido pre seminal en la punta.

—Joder —Deja caer la cabeza hacia atrás.

Sonrío antes de hundir mi cuerpo en el colchón entre sus piernas abiertas. Mi lengua sustituye a mis dedos, trazando líneas por su eje.

La respiración de Jax se hace más pesada, animándome a continuar. Mis labios rodean la cabeza de su polla. Deja escapar un gemido cuando cambio entre chupar y jugar con la lengua. Su cuerpo se pone rígido mientras continúo provocándolo hasta el borde del placer, antes de volver a dar lentos lametones por su polla.

—Cuanto más tiempo juegues, más retrasaré tu orgasmo cuando esté hasta las bolas dentro de tu codicioso coño.

Un calor líquido estalla en mi bajo vientre. Aprieto las piernas para aliviar el dolor, pero no lo consigo. Mis labios vuelven a rodear su punta antes de que me separe y me tire de espaldas.

Un soplo de aire se escapa de mis pulmones mientras me quito el cabello del rostro. —¿En serio?

—Eso es todo por esta noche. Si voy a correrme, más vale que sea por tu coño apretándome. —Jax se baja de la cama y agarra un paquete de papel

de aluminio de su mesita de noche.

—¿Un condón en tu mesita de noche? ¿Qué eres, un preadolescente esperando ligar en casa de sus padres?

—Más bien un lujurioso de veintiséis años que sabía que te llevaría a mi cama —Jax hace un trabajo rápido con el condón.

¿Quién iba a decir que me gustaban los hombres arrogantes?

Se agarra a mis muslos y me arrastra hacia el borde del colchón.

Mi columna se estremece de anticipación. —¿Qué pasó con el estilo perrito como tu posición favorita?

Frota su punta por mi abertura, preparándome. —Siempre hay una próxima vez.

La próxima vez. Porque quiere volver a hacerlo. Una afirmación tan simple hace que mi corazón se apriete en mi pecho.

Levanta mis dos piernas y las coloca sobre sus hombros. Con un rápido movimiento, me penetra. Un siseo escapa de mi boca ante la repentina intrusión. No hay advertencia. No hay besos dulces. Nada más que puro dominio mientras sus dedos se aferran a mis caderas, dejando marcas.

Maldita sea, me gusta. Me gusta cómo cierra los ojos, es una imagen de felicidad y algo más que no puedo traducir. Abre los ojos y se queda clavado en su sitio mientras mira profundamente los míos, como si pudiera leerme.

Una ola de emoción se apodera de mí. Me levanto sobre los codos para plantar un suave beso en sus labios. —¿Estás bien?

—Sí. Estoy un poco abrumado.

No pregunto por qué, y él no da explicaciones. Jax se inclina para dejar un rastro de besos desde la línea de mi mandíbula hasta mi cuello. Vuelve a moverse. Sus bombeos se vuelven más erráticos mientras yo acompaño sus embestidas.

Me encanta sentirlo. La plenitud, la fuerza, el zumbido creciente dentro de mi cuerpo.

Sus dedos levantan mi culo de la cama mientras ajusta su ángulo, penetrándome de una manera que me roba la respiración de un empujón a otro. El calor que se extiende por mi columna aumenta a medida que el orgasmo se apodera de mi mente y mi cuerpo.

Mi explosión anima a Jax, que se desespera mientras sus dedos agarran mis nalgas hasta el punto de doler. Me aferro al edredón para mantener mi posición mientras él sigue penetrándome.

Su polla vuelve a rozar mi punto G, provocando en mí otra experiencia extracorporal.

—¡Joder! —El cuerpo de Jax se estremece mientras sus caderas siguen bombeando dentro de mí. Su ritmo se ralentiza mientras se recompone. Retira mis piernas de sus hombros antes de que su cuerpo se desplome sobre el mío, hundiendo su cabeza en mi cuello.

—Elena... ¿qué demonios voy a hacer contigo? —Deja atrás el beso más suave en mi punto de pulso acelerado.

—Estoy segura de que podemos ser creativos.

Deja escapar una risa áspera, una que llena mi corazón de una calidez que quiero atrapar allí. Una que quiero sacar de él cada día hasta que se sienta cómodo con la felicidad y el optimismo.

Una por la que no me importaría ser el motivo cada día.

30



Jax

Todo cambió ayer. No esperaba destruir los últimos límites entre Elena y yo. Pero con sus ojos tristes y su pasado traumático, no pude evitar el deseo de arreglar las cosas entre nosotros. Ser alguien con quien pueda contar en un mundo que le quitó casi todo, y reparar la mierda que he hecho.

En algún momento de la noche, se escapó de mi habitación, dejándome despertar en una cama vacía con olor a ella y a nosotros.

La incertidumbre se apodera de mí y me hace estar ansioso por encontrarla. La idea de que vuelva a contenerse y a evitarme no me gusta nada después de lo que hemos compartido.

Y joder que compartimos. Adicto no alcanza a cubrir lo que siento por ella. Si lo de anoche fue un indicio de cómo puede ser entre nosotros, quiero darle un puñetazo a mi antiguo yo por contenerme tanto tiempo.

Me dirijo al centro de la casa donde se encuentra su suite de invitados y llamo a la puerta. —Elena, abre.

La puerta se abre y aparece una Elena aturdida, con el cabello ondulado que parece sacado de un vídeo musical de los años ochenta. Me quedo mirando sus muslos, mal escondidos por su gran camiseta. Los moretones violáceos se asoman y me hacen sonreír. Me encantaría darle la vuelta, levantarle el dobladillo de la camiseta y ver si en su culo hay marcas de mis dedos. Puede que haya sido un poco brusco, pero no podía contenerme. Después

de ignorar mi atracción por ella durante meses, era difícil refrenar mi deseo, y su cuerpo se llevó la peor parte.

Se frota los ojos. —¿Qué pasa? Estoy durmiendo la siesta.

—¿A las 9 de la mañana? ¿Quién eres y qué has hecho con la verdadera Elena?

—Me has tenido despierta casi toda la noche. ¿Qué esperabas? —Ella bosteza, arrugando el rostro de forma tierna.

—Que te quedaras hasta la mañana, para empezar —Mi voz lleva más mordacidad de la prevista.

—No quería que tus padres me atraparan en tu habitación.

—No han visitado mi habitación desde que era adolescente, ¿recuerdas? Usan el intercomunicador en su lugar.

Ella entrecierra los ojos. —Oh.

—Bien. Oh. Entonces, ¿tu habitación o la mía?

—¿Qué? —Se cruza de brazos, ocultando mal sus pezones que se endurecen.

Qué pena.

—El tiempo se acaba. Decide.

Abre más la puerta, dejándome espacio para entrar.

—Buena elección —La levanto y la tiro sobre el colchón. El chillido que suelta me hace sonreír.

—¿Qué estás haciendo? —Se ríe.

Me arrastro hasta la cama, metiéndonos a los dos bajo las sábanas.

—Calla. Me has tenido despierto casi toda la noche. Necesito mi sueño reparador. —Atraigo su cuerpo hacia el mío y ella apoya su cabeza en mi pecho.

—Jax...

—Sí. —Enrollo su cabello alrededor de mi puño para sujetar su cabeza. El olor a fresas me calma mientras ignoro mi creciente erección ante la cercanía de Elena.

—¿Qué pasa ahora?

—Lo intentamos.

Es la única respuesta que puedo darle, pero me basta.

Sin embargo, no soy un cabrón desinteresado. Tomo y tomo hasta que no queda nada que ofrecer.

Pero con Elena, estoy dispuesto a compartir. Lo bueno, lo malo y lo irremediable.



—¿A qué debo el placer de tu llamada? —Connor responde a su teléfono después de dos timbres.

Me recuesto en la cama, mirando el techo abovedado. —¿Además de querer felicitar al hombre que ayer consiguió un patrocinio de cien millones de dólares? Has estado muy ocupado estas vacaciones de verano.

Connor se ríe. —Mientras tú has estado ocupado sin hacer nada, yo he estado trabajando.

—Oye, tomarse un descanso de vez en cuando merece la pena.

—Lo sé. Suenas mejor. Más relajado.

Toso. —Sí. Quería compartir algo contigo.

—Adelante. —Algunos papeles crujen en el fondo.

—Entonces, no dijiste abiertamente que Elena no podía tener una relación conmigo, pero yo...

—¿Están saliendo ahora?

—Bueno, estamos... explorando nuestras opciones. Pero quería decírtelo antes de que un periodista nos tome una foto o algo así.

—No necesitas mi bendición. Pero debo advertirte que...

—¿No romper su corazón?

Se burla. —No. No soy tan predecible. Iba a advertirte que te cuidaras. Estás en un lugar vulnerable, y me preocupa que tengas problemas con una relación después de haber encontrado recientemente tu equilibrio.

—Puedo cuidar de mí mismo.

—Siento no creerte del todo. No quiero que pierdas a la única persona que te ha apoyado durante todo este proceso.

—No voy a perderla porque quiero probar cosas con ella.

—El sexo anal no es el camino al corazón de una chica, no importa lo que te digan.

Aprieto los dientes para reprimir mi frustración.

—Lo digo en serio. Quiero intentar ser mejor de lo que he sido, para ella y para mí. Y no por el sexo.

Connor hace una pausa. —Las relaciones serias requieren trabajo. No puedes abandonar en un momento dado cuando las cosas se ponen difíciles.

—Vaya. No me digas. Ya tengo suficientes consejos de amor de mi madre, amigo.

—Si buscas mi bendición...

—No lo haré. Quiero asegurarme de que no le pase nada malo si salimos a la luz pública.

Se ríe. —Si me pides que no despida a Elena, no lo haré. Mientras ambos se comporten como adultos profesionales con todo lo relacionado con McCoy, haré la vista gorda.

—Y mantendré el trabajo y el juego separados.

—¿Por qué tengo la sensación de que me voy a arrepentir de esto? —Connor suspira.

Tú y yo, ambos. Pero maldita sea si el camino al infierno no está pavimentado de las más grandes aventuras.

31



Jax

—Entonces, Jax. Cuéntame cómo has estado —Tom me presta toda su atención a pesar de que hablamos a través de un portátil.

Tom me dio una semana de descanso de nuestras sesiones antes de programar controles semanales de telesalud durante las vacaciones de verano. Me ofreció alquilar una oficina temporal aquí, pero me negué después de que mencionara que su familia en los Estados Unidos quería verlo. Puede que sea un idiota egoísta, pero no soy tan codicioso.

—Bien. ¿Cómo está tu familia?

—Bien. Están contentos de que haya podido visitarlos. ¿Y la tuya? —Los ojos de Tom reflejan la amabilidad que desprende constantemente.

—Mejor ahora que he tenido la oportunidad de visitarla. Ver a mamá feliz hace que mis semanas sean mejores.

—Tú también pareces más feliz. ¿Es un alivio ver cómo está con mis propios ojos en lugar de oírlo por teléfono?

—Sí. —Y no está de más tener a Elena en mi cama también.

—¿Cómo llevas todos los cambios? Sé que la F1 significa mucho para ti, así que me pregunto cómo repercute el descanso en tu día a día.

—No he pensado mucho en ello. Aparte de que Caleb vino de visita la semana pasada y quiso enterarse de todo lo relacionado con McCoy, he

estado bien. He estado bastante feliz en realidad y no me he estresado en absoluto.

No estoy muy seguro de si el cambio se debe a la positividad que irradia Elena, a mi visita a casa o a mi transición a un medicamento más fiable para la ansiedad.

Las cejas de Tom se disparan. —Eso es genial. Mierda, fantástico, de verdad.

Me paso una mano por el cabello. —Sí. De hecho, hoy voy a llevar a Elena a visitar Londres y ver algunas cosas turísticas. La última semana estuvo algo ocupada para nosotros y no hemos explorado mucho.

—¿Supongo que las cosas están funcionando mejor de lo que esperabas con su visita a tu familia?

—Bueno, podría hacerlo sin que mi madre se encariñara con ella. Pero además de eso, las cosas han sido… —Hago una pausa, preguntándome cuánto debo contarle a Tom.

Se sienta en silencio, dándome a elegir.

Venzo mi miedo a abrirme y voy por ello.

—Las cosas han ido muy bien. Hemos encontrado un ritmo el uno con el otro. —Tanto dentro como fuera del dormitorio, pero Tom no necesita saber ese tipo de detalles.

—¿Sabe ella del estado de tu madre?

—Sí.

—¿Y sabe ella tu versión de la historia?

—Desgraciadamente, sí. También podría ser honesto, ya que ella puede buscar información en Google y averiguarlo de todos modos.

Si Tom está sorprendido, lo disimula bien.

—Te has abierto a ella. Eso es algo grande viniendo de ti. Deberías estar orgulloso de lo lejos que has llegado en los últimos meses.

—Estoy seguro de que ella es una gran razón para ello.

—¿Has pensado en las pruebas?

Sí. —No.

—¿Crees que el no saber podría repercutir en el desarrollo de algo serio con Elena?

Sí. —No.

Tom asiente con la cabeza. —Bueno, si quieres hacerte la prueba, estoy aquí para guiarte en ese proceso.

Y como si nunca hubiera surgido en primer lugar, Tom sigue haciendo otras preguntas, incluyendo lo que he planeado para Elena hoy.

Estoy agradecido por la transición. He pensado en las pruebas genéticas más veces esta semana que en los últimos años. Con mamá luchando y Elena desafiando mis creencias, tengo la tentación de mandar a la mierda mi cordura. La idea de conocer mi futuro tiene el mismo encanto que Elena, inevitablemente destructivo.



—Nadie debería estar tan emocionado por ver las Casas del Parlamento. —Le doy un codazo a Elena en las costillas.

Me da una sonrisa deslumbrante mientras toma una foto. —Es el Big Ben.

—Puedo mostrarte qué más es grande.

Se tapa la boca para amortiguar su risa. —Ay Dios. Ayúdame y dame paciencia.[15]

—Qué raro. Anoche también me confundiste con Dios.

Elena se agacha, la risa le brota incontrolable.

—Basta. —Me aparta las manos de un manotazo mientras le pellizco los costados—. No puedo soportar esta versión de ti.

—¿La versión agradable? ¿Quieres que vuelva a ser travieso?

Se pone recta y me sonríe. —La felicidad te queda bien.

—¿Sabes qué más se ve bien?

Sus ojos giran sin esfuerzo.

—Tú. Te ves bien —Beso la parte superior de su cabeza.

Elena pasa una mano por su vestido rosa claro. Un rubor natural aparece en sus mejillas, contrastando con su piel dorada.

Le doy un beso en cada una de sus mejillas, provocando un suspiro.

—Pensé que el hecho de que fueras malo iba a ser mi muerte, pero he cambiado de opinión. Que seas cariñoso y dulce es absolutamente aterrador.

—Oh, amor. Si las pesadillas de la gente se vieran así de bien —Doy vueltas sobre los talones de mis botas.

Su risa me atraviesa el corazón y me provoca la mejor sensación. Una a la que sé que me volveré adicto, a pesar de temer que sea sólo temporal.



Pasamos la mayor parte de la tarde visitando todas las zonas turísticas de Londres. Elena me invita a tomar el té, y dejo que pague porque la gratitud le parece importante.

Me doy cuenta de que disfruto del tiempo lejos del circuito de la F1. La ansiedad que normalmente me corroe no hace acto de presencia durante el descanso de verano. Encuentro la experiencia bastante refrescante. Por primera vez, tengo dudas sobre si volver a competir. Esta insólita incertidumbre me hace preguntarme si estoy disfrutando lo suficiente con las carreras como para sacrificar los buenos años que le quedan a mi madre.

Elena me pone su teléfono en la mano, lo que me lleva a dejar mi dilema interior para otro momento.

Se aleja, dejándome atrás mientras entra en una cabina telefónica. —¿Podrías tomarme una foto? Quiero enviársela a Elías.

Elena posa como una influencer. Le tomo unas cuantas fotos así antes de soltar una broma. La foto que le tomo riendo es mi favorita y, como un

idiota, me la envío a mí mismo antes de que tenga la oportunidad de recuperar su teléfono.

—¿Algún otro deseo antes de volver a casa de mis padres?

—¿Podemos entrar en eso? —Señala el London Eye: la máxima atracción turística y un adefesio.

Se me ocurre un plan más rápido de lo que la sangre de mi cerebro puede trasladarse a mi polla. Puede que me comporte como un caballero, pero no lo soy tanto.

—Claro. Esperemos a la noche. Será mejor, lo juro. —Nos dirijo hacia un bar local. Nos sentamos en una esquina, lejos de las miradas indiscretas, de espaldas a la barra.

Estos momentos hacen que odie ser una celebridad. Sólo hoy, veinte personas me han pedido un autógrafo. La atención me ahoga a veces, sobre todo cuando quiero pasar desapercibido como un imbécil normal que sale con su chica por la ciudad.

Mierda. ¿Mi chica? Maldita sea.

Los ojos de nuestra camarera me recorren antes de que se enciendan con el reconocimiento. Finge lo contrario mientras toma nuestros pedidos de bebidas. Gracias a Dios.

Elena frunce la nariz mientras sus ojos escudriñan el menú. —¿Qué pido?

La simple confianza que me ofrece me llena de un sentimiento de orgullo al que no estoy acostumbrado.

—Dos cervezas Guinness, por favor. —Sonrío a la camarera. Se va antes de volver con las bebidas.

Elena me da rienda suelta para pedir nuestra comida también, así que pido dos órdenes de pescado y patatas fritas. Su reacción al primer sorbo de su bebida me hace casi escupir la mía.

—Esto es asqueroso —Tose antes de dar un trago a su vaso de agua.

—Dijiste lo mismo sobre tragar mi semen la primera vez. Mira lo lejos que has llegado.

La mirada que me dirige me hace echar la cabeza hacia atrás y reír.

—¿Puedes volver a ser menos simpático?

—¿Te gusto? ¿Realmente, realmente te gusto? —Agito mis pestañas.

Me lanza una servilleta enrollada. —No. En absoluto.

—Apuesto a que te gusté anoche cuando estaba entre...

—¡Dos pedidos de pescado y patatas fritas! —Nuestra camarera se sonroja mientras deja la comida.

—Eso va a acabar totalmente en Twitter. Muchas gracias. —Elena se mete una patata frita en la boca.

—¿Te molestaría eso?

—¿Qué?

—¿Si de alguna manera terminamos en un sitio web de redes sociales?

Se come unas cuantas patatas más, sin duda ganando tiempo para pensar.

—No lo sé, para ser sincera. La idea me asusta porque soy una persona bastante reservada.

—Y yo no. —Lo digo con más veneno del que pretendía. No va dirigido a ella, sino a mi situación. La fama no es nada de lo que se dice. A diferencia de Liam y Noah, no me importaría desaparecer de todo esto.

—No es del todo culpa tuya, pero no puedes evitar la fama que lleva tu nombre y tu trabajo. Prefiero estar entre bastidores.

—A mí tampoco me gusta. La fama y la constante decepción que me persigue si meto la pata.

Elena frunce el ceño. —Estoy segura de que no. Y, además, tengo miedo de lo que los demás en Relaciones Públicas pensarían de mí. Podrían asumir que me acuesto por ahí para salir adelante y conseguir más clientes.

—Que se jodan. ¿A quién le importa lo que la gente al azar tenga que decir sobre nosotros?

Ella levanta una ceja. —¿Hay un nosotros?

Sí, Jax, así se hace, joder. Buena suerte con esto. —Sé que no debería haber.

Sus ojos caen sobre su regazo. —Bien.

La forma en que me duele el pecho al ver su dolor es jodidamente inquietante.

Le agarro la mano, tomándola como rehén. —Pero quiero más contigo. Pasar más tiempo juntos y que nos conozcamos a un nivel más profundo.

—Ya hemos pasado meses juntos. Sinceramente, podría haber vivido sin saber que bebes zumo de naranja después de lavarte los dientes. Eso es básicamente el octavo pecado mortal.

Sonrío mientras niego con la cabeza. —Quiero saber todo sobre ti.

—Realmente no lo quieres.

—Nunca estaré satisfecho hasta que conozca todos los oscuros secretos que ocurren dentro de tu bonita mente.

—¿Pensé que estaba vacía como mis muñecas?

—Por favor, amor. Lo único vacío en todo nuestro intercambio fueron mis palabras. Y me arrepiento de ellas.

Pone los ojos en blanco.

Aprieto su mano con más fuerza. —Pero... lo siento. En serio, siento cada mierda que he dicho. Te lo compensaré con el tiempo. Con mis palabras, con mis acciones, y definitivamente con mi lengua...

—¡Basta! Está bien, estás perdonado —Un rubor sube desde su cuello hasta sus mejillas.

Me meto una patata en la boca y sonrío.



Después de cenar y tomar un par de copas, Elena y yo nos dirigimos hacia el London Eye iluminado. Paso la cola con Elena a cuestas. Ella levanta una ceja cuando el guardia de seguridad nos deja pasar sin problemas, sin pedirnos ninguna identificación.

El encargado de la zona de embarque me mira con los ojos muy abiertos. —¡Mierda! ¡Jax Kingston!

Otro trabajador me sonríe y me pide un autógrafo.

—Claro. Entrégame lo que quieras que te firme. Supongo que tienes un Sharpie o algo así.

Los dos chicos asienten y me pasan sus gorras de trabajo. Me preguntan por esta temporada y me dicen que están deseando que gane el Grand Prix de Gran Bretaña dentro de un par de semanas.

El recordatorio me llena de temor. No quiero que mi descanso con Elena se interrumpa. Las cosas entre nosotros están empezando a sentirse bien. Desterrando esos pensamientos, le susurro algo al trabajador, agarro la mano de Elena y entro en la siguiente cápsula. Una cápsula convenientemente vacía según mi petición de última hora al fanático.

Se ríe para sí misma mientras se dirige a las barras de seguridad.

—¿Qué? —Me acerco a ella, apretando su cuerpo contra el metal.

—El tipo se tropezó con sus propios pies para asegurarte un viaje privado.

—Más diversión para nosotros.

Me mira con una ceja levantada antes de apoyarse en el cristal. Aprieto mi frente contra su espalda mientras le paso una mano por el muslo. El hecho de que lleve un vestido es una ventaja añadida, ya que me permite acceder a lo que he estado deseando todo el día.

—¿Qué estás haciendo? —susurra, aunque no haya nadie más en la cápsula con nosotros.

—¿Qué te parece? —Empujo su cabello hacia el otro lado del cuello, dejando espacio para mis besos. Trazo el chupón de ayer con la lengua antes de volver a chupar la sensible piel.

Elena gime, empujando su culo hacia mi polla. —Detente. La gente puede ver.

—¿Quién?

Elena mira a las otras cápsulas en nuestra línea de visión. Los chicos que me pidieron un autógrafo nos colocan una cápsula vacía detrás de nosotros. Los que han subido antes que nosotros observan el horizonte de Londres con poco interés en lo que hacemos.

—Hay gente justo ahí —Elena señala la cápsula ocupada.

Levanto el dobladillo de su vestido para que su culo desnudo presione mis pantalones. —¿A quién le importa? Es una mierda para ellos porque yo tengo la mejor vista.

Una de mis manos la rodea para sujetarla. Me apresuro a quitarle las bragas y a meterlas en el bolsillo de mis pantalones. —Date la vuelta.

—Pero ¿qué pasa con la cámara? —Señala la esquina de la cápsula.

—¿Recuerdas a mi nuevo admirador favorito de ahí abajo? Hice hincapié en la necesidad de privacidad, cámaras incluidas.

—¿Siempre consigues lo que quieres?

Me río entre dientes. —Básicamente. Ahora date la vuelta.

Se gira hacia mí, vacilante.

—Siéntate en la barandilla.

Su cabeza se dirige hacia la gente de la otra cápsula. —Oh, Dios mío. No puedo creerlo.

—No te lo volveré a pedir. Siéntate en la barandilla como la buena chica que ambos sabemos que te gusta ser.

Se sonroja mientras se sienta en el frío metal. Está de espaldas a nuestros vecinos y el largo dobladillo de su vestido les impide verme arrodillado frente a ella.

Elena sigue mi orden silenciosa y coloca sus piernas sobre mis hombros, dándome acceso completo a ella. Sus ojos se cierran cuando separo sus pliegues y hundo mi lengua en ella.

Joder. Me gusta tanto su sabor como la forma en que reacciona a mis caricias. El gemido que suelta hace que mi polla palpite en mis pantalones.

La follo con la lengua, provocándola hasta el borde del placer.

Sus dedos necesitados me agarran del cabello y me acercan. Le chupo el clítoris y le arranco un suave suspiro que no me importaría escuchar todos los días.

Todos los días.

Maldita sea.

La ansiedad sube por mi columna antes de que tenga la oportunidad de apagarla. No quiero preocuparme ni sentirme culpable por el futuro. Pero es difícil ignorar cómo Elena me hace pensar en los -y si-, y eso por sí solo es arriesgado.

Me desahogo en su cuerpo, follándola sin descanso con mi lengua antes de que su orgasmo la desborde. Sus piernas tiemblan contra mis hombros mientras intenta reponerse.

Pero como yo, no quiero que se recomponga. Quiero que esté desesperada por más. Que entienda en silencio mi necesidad de dominarla, de tener alguna apariencia de control sobre la espiral en la que se están convirtiendo nuestras vidas juntas.

Me pongo de pie. Elena se mueve para bajarse de la barandilla, pero niego con la cabeza. —Quédate. —Me desabrocho los pantalones y me los bajo lo suficiente para liberar mi polla. La bombeo un par de veces, amando cómo sus ojos se centran en mí. Toda en mí.

Elena gira la cabeza para ver a nuestros vecinos. El grupo de turistas está enamorado del Big Ben y de todas las maravillas de Londres.

—Les importa una mierda lo que está pasando aquí. —Saco un condón de mi cartera y me enfundo. Elena suspira cuando froto la cabeza de mi polla contra su abertura.

—Esto es lo que me haces. —Le separo las piernas, haciendo que se abra más para mí—. Me desesperas por más.

Ambos gemimos cuando la penetro de un solo empujón. Me balanceo hacia atrás para volver a penetrarla, golpeando con la palma de la mano el cristal junto a su cabeza.

—Oh, wow. —Elena suspira mientras se agarra a mis hombros para hacer palanca.

Mi ritmo aumenta a medida que nuestra cápsula continúa su ascenso hacia la cima. Cuando llegamos al punto más alto, un hilillo de sudor resbala por mi espalda. La conexión que tengo con Elena sigue creciendo mientras bombeo dentro de ella como un hombre que está a un momento de perder el control.

Elena sostiene mi cabeza entre sus manos y me besa. Sigo dentro de ella, sintiendo que la energía se desplaza a nuestro alrededor. Se está cargando, creciendo en algo insondable. Sus besos dicen todo lo que las palabras no pueden decir. Exige mi atención mientras sus dientes se hunden en mi labio inferior.

La beso mientras me la follo, moviéndome más rápido y con más ritmo. Elena destierra mis pensamientos negativos con sus besos eróticos, envueltos en confianza y salvación.

Un anhelo crece dentro de mí para ser todo lo que Elena necesita a pesar de mi creciente ansiedad.

Ser todo lo que ella no sabía que quería, pero sin lo que no podría vivir.

Y con ese pensamiento, explotamos juntos en más de un sentido.

32



Elena

Los sonido de Jax y los gruñidos de su padre llenan el gimnasio de boxeo en casa. Vera y yo ocupamos un lugar en un banco que parece hecho a medida para ofrecerle la mayor comodidad.

—Sabes, hay algo diferente en ti —Vera me da un golpecito en la zapatilla con su bastón.

—Estoy probando un nuevo peinado —Me paso una mano por mi corona de halo trenzado.

Sacude la cabeza. —Yo digo que es mentira. Las madres saben más. Tienes un brillo en la piel que no estoy acostumbrada a ver, y mi hijo ha estado sonriendo mucho más de lo habitual. Eso es lo que indica que está bien.

Mis mejillas se sonrojan. —Tal vez es algo que Jackie nos da de comer. Tenía la sensación de que había algo raro en sus brownies.

Vera deja escapar una carcajada.

—Lo que sea que estés haciendo por Jax, gracias. —Sus palabras me sorprenden más que sus brazos rodeando mi cuerpo—. Lo único que he querido es que encuentre a alguien que lo haga feliz. Que lo haga querer algo más en la vida, además de trofeos y contratos. Estas últimas semanas contigo han sido increíbles para él.

—No sé qué decir.

Ella se aleja. —No te preocupes por eso. No hay nada que una madre quiera más en la vida que ver a sus hijos felices. Tú eres eso para él.

—Sólo hemos estado juntos durante un mes, dos meses como máximo.

—Al corazón no le importa el tiempo. Le importan los sentimientos —Se toca el pecho.

—¿Y si está mal?

—La pregunta que deberías hacerte es qué pasa si está bien. —Vuelve a girar su cuerpo hacia el ring.

—¿Piensas quedarte mirándome todo el día o por fin vas a subir al ring? —Jax me grita desde el otro lado de la habitación.

—Creo que esa es mi señal para irme —Me levanto del banco.

—Enséñale cómo se hace.

Le doy una sonrisa por encima del hombro mientras me dirijo a grandes zancadas hacia el ring de entrenamiento. Zack me saluda con la cabeza antes de salir y caminar hacia Vera.

—Quiero probar una teoría —Jax separa las cuerdas para que yo entre.

—Oh, dime.

—¿Cuántos segundos hasta que te rindas?

—Quince —Pongo una falsa sonrisa nerviosa.

Me ofrece una sonrisa arrogante. —Cinco.

Me encojo de hombros. —Que empiece el juego.

—Cuando estés golpeando tu mano contra el suelo rogando que esto termine, recuerda no volver a rechazarme.

—Haces que suene como si hubiera rechazado tu oferta de sexo en lugar de clases de defensa personal. —La semana pasada, cuando me lo pidió, me negué educadamente, diciéndole que no las necesitaba. Supongo que Jax aún me guarda rencor por ello.

Zack grita desde el otro lado del gimnasio, contando desde tres. En el momento en que grita “vamos” Jax hace un movimiento inteligente que no vi venir.

Balancea su pie hacia fuera, tirándome de espaldas. Zack se ríe mientras Vera me grita que me levante y le muestre cómo las chicas manejan el mundo. Mis piernas permanecen plantadas a ambos lados de su grueso armazón, lo que me da un buen ángulo.

Jax se sienta encima de mí mientras finge asfixiarme con una sonrisa. Se asegura de quitarme la mayor parte de su peso de encima, lo que funciona en mi beneficio. —Estás muy sexy con mis manos alrededor de tu garganta.

Se me escapa una carcajada —Estás enfermo.

—Pero te gusto de todas formas —Me planta un suave beso en la mejilla antes de sentarse y presionar un poco más mi cuello.

Duda cuando le doy una sonrisa similar a la suya. Utilizo su postura contra él, con mis piernas rodeando su cintura mientras presiono mi brazo derecho en el interior de su codo izquierdo y mi brazo izquierdo en su omóplato derecho. Empujo mi pie hacia el hueso de su cadera antes de girar mi cuerpo. Mis dos piernas salen de debajo de las suyas antes de presionar su cabeza contra la alfombra.

Mis piernas agarran sus brazos atrapándolos entre ellas antes de agarrar su muñeca y provocar el sonido de un hueso rompiéndose. —¿Decías?

Vera grita mientras Zack aplaude.

Jax abre la boca mientras me mira fijamente. —Eso fue muy caliente.

Le presiono un poco más la muñeca, sin querer hacerle daño. Él golpea su mano contra la alfombra.

Me pongo de pie antes de ofrecerle mi mano.

—Te negué la petición porque ya tomé clases de defensa personal. Si hubieras dejado de lamentarte después de que te dijera que no, te lo habría dicho.

Se agarra a mi palma y se levanta, ocultando apenas su sonrisa. —Cada día me gustas más. Podrías ser la chica de mis sueños, González.

El calor que irradia mi cuerpo al oír sus palabras me dice cuánto deseo que eso sea cierto.



Voy a ser la cita de Jax en la gala benéfica para recaudar dinero para los niños de acogida. El evento es para apoyar una fundación a la que dona mucho dinero cada año en honor a su padre. Eso significa caminar por una alfombra roja agarrada al brazo de Jax, saliendo oficialmente como pareja.

Por decirlo suavemente, estoy enloqueciendo.

Camino por mi habitación improvisada, con mis tacones chocando contra la madera dura mientras camino de un lado a otro. Una oleada de náuseas me recorre al pensar en mi nombre salpicando los periódicos y las redes sociales.

Una llamada a mi puerta hace que mi columna se enderece. Respiro profundamente antes de abrir. Jax se apoya en el marco de la puerta, muy atractivo con su esmoquin. El material reluciente brilla y se adhiere a su figura de la mejor manera.

—Pensé que debíamos hablar antes de esta noche. —Entra en mi habitación sin invitación. No es que necesite una, ya que ahora viene a visitarme a diario.

—¿Sobre qué? —Me muevo hacia el tocador, tanteando con mi bolso.

—No es demasiado tarde para salir de esto antes de que se convierta en algo que no podamos controlar.

—Es demasiado tarde para eso. Definitivamente no podemos controlar esto —refunfuño para mis adentros.

—No lo es. No quiero que te arrepientas de tener tu nombre conectado al mío. Podemos aparecer por separado y nadie notaría la diferencia. —Se acerca por detrás de mí, calentando mi espalda. Sus ojos sinceros mirándome a través del espejo tiran de mi corazón.

—Dame una buena razón por la que debería ir contigo.

—¿No es esa la pregunta del millón? —Me gira para que lo mire—. Puedo darte innumerables razones por las que no deberías. Esa sería la parte fácil. Pero no hay vuelta atrás para mostrarte al mundo y reclamarte como mía.

—No te estás vendiendo aquí.

Sus dedos se aferran a mi barbilla, obligándome a mirarlo. —No quiero decepcionarte. Y joder, sé que lo haré. Pero te quiero atar a mí sin reparos. Para lucirte con este vestido y demostrar a todo el mundo que eres mía y que ningún imbécil puede tenerte.

—¿Pero?

—Pero la parte buena de mí -aunque sea una pequeña parte- quiere decirte que corras en otra dirección. Que no valgo el riesgo. Que mi futuro desconocido podría atarte.

—Tú vales el riesgo —digo con confianza, aunque estemos hablando de dos riesgos diferentes. Él de su futuro, y yo de mi corazón. Sólo es cuestión de qué explotará primero.

—¿Incluso con la posible desaprobación de Connor? —Levanta una ceja.

—No lo hará.

Sus cejas se fruncen. —¿Cómo lo sabes?

—Hablé con él el otro día.

—Bien. Yo también —Jax muestra una sonrisa reveladora.

Le doy un golpe en el hombro. —Imbécil. Me estabas probando.

—Sé lo mucho que te importa tu trabajo. No quiero que seas infeliz conmigo porque algo salga mal en eso.

—Me encanta mi trabajo, pero...

—¿Pero? —Jax se inclina más cerca, dejando un beso fantasma en mis labios. Anhelo más.

—Pero tener un trabajo no es el objetivo de mi vida.

—¿Entonces qué es?

Me encojo de hombros, no me interesa presionarlo más de lo que puede soportar. —Eso lo tengo que averiguar yo.

El objetivo que tengo en mente no me asusta como debería. Y eso en sí mismo es una prueba de lo posible que sería enamorarse de alguien como Jax.

Esperemos que esté dispuesto a caer conmigo.



—¿Lista, amor? —Jax se acerca a la puerta de la limusina.

Me aferro al asiento, mis uñas se clavan en el cuero. —La verdad es que no.

Las expectativas me inundan de pensamientos cohibidos. Jax nunca trae citas a este tipo de funciones, y mucho menos a alguien como yo. Alguien que no esté relacionado con una familia rica o una empresa elegante. Alguien que tiene que pagar un préstamo y bebe botellas de vino barato. ¿En qué estaba pensando al aceptar esto?

Le robo una mirada a Jax, para ver cómo le queda el esmoquin.

Claro. Por eso.

Unas cuantas cámaras parpadean detrás de la ventana, los reporteros anticipando nuestra entrada. Mi respiración se acelera mientras el pánico se apodera de mí.

—Oye. Respira profundamente —Jax me coloca un mechón de cabello detrás de la oreja Respira profundamente al unísono, haciéndome sentir menos estúpida por haberme asustado—. Responderás a una de sus preguntas y acabarán queriéndote. Te lo puedo prometer. Tienes ese don con la gente.

Su cumplido me calienta como pocas palabras lo hacen. —Lo siento. No suelo enloquecer así. Como nunca.

Un fantasma de sonrisa cruza sus labios. —Es un buen cambio de ritmo para mí ser el tranquilo por una vez. Yo soy el que tiende a ser un poco

desastroso.

Me río. —Esa es una forma de verlo. Pensé que estaría bien después de salir de la casa.

Su mano se detiene, ahuecando mi mejilla. —Si quieres salir de aquí, di las palabras. Podemos colarnos en un pub y beber hasta que no podamos caminar.

Se me corta la respiración ante su idea. No puedo creer que Jax esté dispuesto a abandonar un evento que claramente es importante para él por mí.

Levanto la barbilla, ocultando mi angustia. —No. Estamos haciendo esto.

—Ese es el espíritu, amor.

De alguna manera, esa palabra me hace sentir calor en el interior. Jax sale de la limusina y me ofrece la mano. Salgo con las piernas temblorosas, rezando por no tropezar con mis tacones.

Las cámaras parpadean y yo lucho contra el impulso de taparme los ojos.

—Respira hondo —me susurra Jax al oído.

—Una parte de mi yo introvertido está muriendo. Puedo sentirlo.

Jax se ríe, ganando aún más atención. Me agarro a la manga de su esmoquin como si fuera el último bote salvavidas del Titanic.

Jax camina por la alfombra con el porte que estoy acostumbrada a ver en él. Me agarra la mano y me da una sonrisa por encima del hombro. Mi corazón amenaza con estallar ante su mirada de felicidad incontenida.

Una reportera lo llama. Él se detiene, tirando de mí a su lado.

La rubia habla por el micrófono. —Jax. Es una pena que tu padre no haya podido venir esta noche.

Se le escapa una sonrisa, pero se recupera. —Envía sus disculpas. Pero está orgulloso de lo mucho que ha crecido la organización desde que donó por primera vez hace diez años.

Asiente con entusiasmo. —Definitivamente. Y debo decir que no es muy frecuente verte con una mujer del brazo. ¿Quién es tu cita para esta noche?

Los ojos de Jax permanecen en mí todo el tiempo que se dirige a la periodista.

—Tengo la suerte de que Elena González me acompañe esta noche.

La reportera frunció las cejas. —¿González? ¿Los mismos que dominan el mercado farmacéutico latinoamericano?

Cubro mi sonrisa con la mano libre. Los ojos de Jax se iluminan ante mi reacción. Se gira hacia la reportera, prestándole toda su atención.

—No. Elena González es la fantástica representante de relaciones públicas que me mantiene a mí y a otros atletas de la F1 a raya. Tengo la suerte de tenerla trabajando conmigo este año. —Dirige una deslumbrante sonrisa a la cámara y me da un apretón de manos.

Me encanta esa sonrisa. Me gusta tanto, que no proceso sus palabras durante unos segundos. Todo en mi interior amenaza con estallar de felicidad ante sus elogios.

La reportera parpadea, claramente desarmada por el enigma que es Jax Kingston.

Tú y yo, hermana.

La reportera se dirige a mí. —Bueno, es un placer conocerla señorita González. Debe tener algunos poderes especiales si fue capaz de controlar a este. Me imagino que es un tipo duro. —Su voz insinúa su admiración—. ¿Y de quién esta vestida esta noche? Quiero suponer que la nueva colección de verano de Valentino, pero odiaría equivocarme.

—Uhh... ¿el estante de rebajas de Zara? —Me encojo de hombros, arrepintiéndome al instante de mi afirmación. Se me calientan las mejillas y me planteo retractarme, pero tanto la reportera como Jax se ríen, aliviando mi angustia.

Jax se inclina hacia mí. Sus labios besan mi sien antes de rozar mi oreja.

—Me gustas tanto, joder, no tienes idea.

Me pierdo en sus palabras, queriendo alejar la sensación de síndrome de impostora que tengo. Jax tiene una forma de hacerme sentir que pertenezco a su lado. Ninguna reportera ni ninguna pregunta pueden quitarme eso.

Levanto la barbilla y miro directamente a los ojos de la reportera, permitiendo que mi confianza aumente. Aunque no tenga ningún Valentino ni un fondo fiduciario, este es mi sitio. He trabajado duro año tras año para ayudar a la élite, y ya es hora de que me divierta un poco.

El peón no se convierte en reina por pura suerte. Hace falta garra, trabajo y confianza.

Y estoy muy preparada para abrirme camino en el tablero.



—Bienvenida al club de Oh mierda, soy famoso —Las sábanas de la cama crujen cuando Jax se pone encima de mí.

Aparto mi alocada cabellera de mi rostro. —¿Qué? ¿Hay un club para eso?

Se ríe mientras saca su teléfono de debajo del edredón y me lo entrega. Ojeo el artículo, ignorando la forma en que los labios de Jax encuentran su lugar favorito en mi cuello.

—Dios mío. Mi anonimato duró menos de veinticuatro horas. —El nerviosismo que esperaba sentir una vez que la prensa me relacionara con Jax no se produce. En cambio, no puedo evitar la calidez que me invade cuando el artículo nos menciona a Jax y a mí juntos.

—Te elogian en el artículo y mencionan el éxito de tu empresa con Elías, Liam y yo. ¿Ves? —Toca la pantalla—. No han dicho nada malo. Y gracias a Dios porque no quiero que tengas que limpiar una pelea que tenga con un periódico.

—Hmm —Me muerdo el labio.

—Di que nunca más dudarás de mí y que siempre tengo razón. —Me mira fijamente.

Me hace cosquillas cuando permanezco demasiado tiempo en silencio. Me río hasta las lágrimas, admitiendo que tenía razón en todo el asunto.

Recojo el teléfono que se me ha caído. —¿De verdad acaban de decir que JaxAttack está ahora domesticado y fuera de servicio? Uno: ese apodo es horrible. Y dos: nos vemos muy bien en esta foto. —Amplío la imagen, comprobando lo increíble que nos vemos juntos. Me sorprende decir que resplandezco bajo los focos a pesar de todas mis dudas en la limusina.

La barba incipiente de Jax roza la parte superior de mi cuerpo mientras continúa su exploración hacia abajo. —Puedo asegurarte que JaxAttack es manso con todos menos contigo.

Mi burla se convierte en un gemido cuando me levanta el dobladillo de la camiseta y me pasa la lengua por el pezón. —En serio. No hables de ti en tercera persona. Es muy de Julio César.

—O muy cavernícola de mi parte. Encaja, ya que quiero mantenerte toda para mí y follarte cada hora de cada día, marcándote para que ningún imbécil se acerque a lo que es mío.

Mis mejillas se calientan. —No estás para palabras dulces, ¿verdad?

—Las palabras traviesas hacen que tu corazón se encariñe.

Me río. —Eso no es lo que se dice.

Desciende por mi cuerpo y sus labios encuentran mi clítoris enseguida. Y con un par de pasadas de su lengua, también grito palabras traviesas hasta el techo.



—Ya puedes darte la vuelta —dice Jax emocionado.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —Miro a mí alrededor en un bar vacío en la azotea.

—Prefiero mostrarte —Jax tira de mi mano y nos lleva hacia el borde del balcón.

Se me cae la mandíbula mientras me apoyo en la barandilla de cristal —No puede ser.

—Sorpresa —me susurra al oído mientras se aprieta a mi espalda. Su aliento caliente me arranca un ligero escalofrío. Uno que él nota por la forma en que se ríe en mi oreja antes de pellizcarla.

Cientos de globos aerostáticos flotan en el cielo, con una gama de colores que se asemeja a un caleidoscopio.

—Wow. Es casi exactamente como el rompecabezas.

—Lo único que te falta es un buen viaje en éxtasis.

Apoyo mi cabeza en su pecho y me río. —Es un rompecabezas bastante feo, ¿verdad?

—El más feo. Necesitas que te revisen los ojos.

—Lo dice el hombre que atrae mis ojos en primer lugar.

—Bien, tienes razón. Necesitas que te revisen los ojos y la cabeza.

Se me escapa una risita. Una carcajada fuerte, sin contención.

Los brazos de Jax me rodean. —Me gusta cuando te ríes así. Pero más aún, me gusta ser la razón de ello.

—Tu narcisismo no tiene límites.

Se ríe, abrazándome a su pecho. —Me gusta que me acaricien el ego.

—Entre otras cosas.

El temblor de su pecho me arranca una sonrisa. —Entonces, ¿es esto todo lo que soñaste?

No sé a qué sueño se refiere. Al de que por fin se abre a mí y nos da una oportunidad o, a mi sueño de asistir a un festival de globos aerostáticos. Para estar segura, opto por esta última opción.

—Me dije que iría a uno de estos cuando fuera mayor.

—¿Por qué mayor? ¿Por qué no ahora? —Sus dedos se entrelazan con los míos contra la barandilla. Un rastro de calor serpentea por mi brazo hasta

llegar a mi pecho.

—Quería ir cuando sintiera que había superado todo lo que había pasado. Quería que fuera ese gran momento de dejar ir.

—Es mucha presión para ponerte a ti misma.

—¿Cómo es eso?

—No creo que nadie siga adelante de verdad. Puedes sanar, seguro, pero dejar ir insinúa que no quieres recordar más. Y los recuerdos no son el problema. El error que comete la gente en la vida es que asume que el dolor es malo. Pero en realidad, el dolor significa que sientes algo. Significa que estás vivo. Se trata de utilizarlo como un arma y no como una debilidad. Así que, cúrate, pero no dejes de lado los recuerdos. Son los que te hacen ser tan tú.

Me quedo con sus palabras.

—Eso fue... bueno, wow. —No me salen otras palabras. Todo lo que sé es que quiero absorber esta nueva versión de Jax hasta que no quede nada de él. Cuando Jax era un imbécil para mí, me debatía entre desearlo y no gustarme. Pero esta versión de él es embriagadora.

Jax me da la vuelta, empujando mi espalda contra el cristal. Me agarra el rostro antes de plantarme un suave beso en los labios.

—Quiero tu dolor. Quiero los demonios que persisten en la parte más oscura de tu cerebro. Comparte conmigo los pensamientos aterradores y los felices. No los cambiaría por nada. Ya no me resisto a lo que debería haber tomado hace mucho tiempo.

—¿Y eso es?

—Tú. Siempre has sido tú. Estaba jodido desde que entraste en la sala de conferencias de McCoy cuando Liam necesitaba ayuda. Incluso cuando me propuse que te mantuvieras alejada de mí. Especialmente cuando eras vulnerable conmigo. Quiero estar roto contigo.

—Normalmente no funciona así.

Se inclina y sus labios rozan los míos. —A la mierda lo de siempre. No quiero ser una imagen perfecta contigo. Quiero ser un puto mosaico, hecho de piezas rotas tan jodidamente coloridas, que no puedas evitar encontrarlas hermosas.

33



Elena

—Feliz cumpleaños, dulce niño mío —Vera se levanta de la mesa del desayuno para darle un abrazo a Jax.

¿Hoy es el cumpleaños de Jax? Obviamente, mencionó que era Géminis, pero no sumé dos y dos. —¿Es tu cumpleaños?

Sonríe. —Sí. Aunque no suelo darle mucha importancia.

—Nunca entenderé por qué prefiere pasarlos con sus viejos padres. Todos los veranos es lo mismo con él. —Vera pone los ojos en blanco.

Jax se sienta a mi lado. Jackie coloca la taza de té y el desayuno de Jax frente a él.

Me roba un trozo de tocino del plato. —Nada me gusta más que pasar el día con las personas más importantes de mi vida.

—Lo acepto, ya que la única otra opción es salir con esos fiesteros con los que siempre te metes en problemas —dice Vera.

—¿Qué te gusta hacer? —Escudriño la cara de Jax, observando su sonrisa despreocupada. Cada día está más relajado.

—Tengo algunas tradiciones.

—¿Cuáles?

—Oh, es mucho mejor si te lo mostramos —dice Vera.

Le ofrezco una pequeña sonrisa. —Lo que el cumpleañero quiera...

—El cumpleañero lo consigue —Me muestra una sonrisa traviesa.



—Esto es muy poco comparado con lo que me imaginaba. Un maratón de películas es lo último que esperaba de ti —le susurro a Jax mientras miro a sus padres, acurrucados unos cuantos asientos más allá. Una gran pantalla cuelga delante de nosotros para crear un ambiente de cine.

—¿Y qué esperabas? ¿Que yo hiciera una fiesta en casa de mis padres? —Jax agarra un puñado de palomitas del bol que tengo en el regazo. Los créditos iniciales de la película desaparecen y el corazón me martillea en el pecho cuando empiezan Los Juegos del Hambre.

Las náuseas me golpean de repente. Me agarro al bol de palomitas con las palmas sudadas, intentando desesperadamente mantener la calma.

Se reproduce la primera escena y me recuerda a mi infancia, a mis padres y a todo lo que he perdido. Coloco las palomitas en el asiento de al lado y me apresuro a salir del cine en casa.

Lágrimas calientes resbalan por mi rostro mientras camino por el pasillo. El tatuaje de mi dedo arde, burlándose de mí, llamándome la atención por mi estupidez de querer ser valiente. Maldigo las lágrimas y me las limpio con la manga de mi jersey.

—Elena, detente —dice Jax.

Sigo caminando, ignorándolo.

—Elena —Su voz suena más cercana.

Doblo una esquina, desesperada por tomar distancia y a la vez ansiando su comodidad. Genial, hasta mis pensamientos son un caos.

La mano de Jax me rodea el brazo y me hace girar. —¿Qué pasa? Pensé que te gustaría Los Juegos del Hambre —Hace una mueca.

Evito su mirada. —No.

—Entonces, ¿por qué tatuarse eso? No quise molestarte, lo juro. Pensé que estarías feliz.

Se necesita todo en mí para ignorar su mirada. —Me hice el tatuaje por mi padre.

—Mierda. Sigo jodiendolo.

Sacudo la cabeza tratando de apartar las lágrimas.

—No. No es tu culpa. No podías saberlo. El libro… —Dejo escapar un suspiro—. El libro que estaba leyendo la noche que los mataron...

—Era Los Juegos del Hambre. Joder. —Termina por mí. Su mano rodea mi nuca y me obliga a mirarlo—. Podemos elegir otra cosa. Me importa una mierda qué película, siempre que te parezca bien.

Lo miro fijamente. Su sinceridad repara los restos destrozados de mi corazón. Ha elegido algo en su cumpleaños pensando que me haría feliz. Ese tipo de desinterés permite que una nueva sensación de calor sustituya al frío que hay en mi interior.

Su presencia me da valor para hacer algo estúpido pero valiente. Para desterrar algunos de los últimos malos recuerdos que me atormentan.

—Creo que quiero verla.

El pulgar de Jax presiona mi pulso palpitante, la conciencia inunda mi cuerpo. —¿Incluso si te asusta?

—Sobre todo porque me da miedo —Levanto la barbilla.

—Estaré ahí para ti. Me tienes a mí.

Me creo cada una de sus palabras. Volvemos a la sala de cine agarrados de la mano. Alguien pulsa el play y la película vuelve a empezar. Jax no me suelta la mano en todo momento. Me roza suavemente el nuevo tatuaje mientras yo sollozo en silencio por la parte que recuerdo haber leído en la peor noche de mi vida. Sus acciones me dicen todo lo que las palabras no pueden.

Estoy aquí para ti. Lucharé contra los recuerdos contigo. Venceremos esto juntos.

Y no puedo evitar enamorarme un poco más de él esa noche.



—No puedo creer que pueda estar en primera línea el día de la carrera. ¡Maldita sea! —Caleb rebota hacia arriba y hacia abajo.

—Oye, lenguaje. Hay niños de visita —Estoy tentada de golpearlo con el lado de mi portapapeles.

—Pero vamos, esto es lo más genial. Mira a Jax con su equipo de carreras. Espera. —Caleb saca su móvil y saca una foto de Jax.

Créeme, no creo que pueda mirar a otro sitio que no sea a Jax con su equipo de carreras.

Salgo de mi aturdimiento. —Toma, deja que el equipo de cámaras les tome una foto a los dos.

—Por supuesto, mi princesa mexicana.[16] Buena idea. —Caleb sonríe.

Jax se ríe mientras rodea el hombro de Caleb con un brazo. La prensa toma algunas fotos de los dos, con Caleb sonriendo a Jax.

La madre de Caleb se acerca. Supongo que, si Caleb tuviera cabello, sería similar al color rubio de su madre. Tienen los mismos ojos claros y pecas que cubren sus narices.

Me da un abrazo. —Gracias por todo lo que has hecho por mi hijo. Es lo único de lo que ha podido hablar este mes. Le ha mantenido el ánimo incluso después de otra ronda de quimioterapia. —Su sonrisa se tambalea cuando me suelta.

—Por supuesto. No fue ningún problema. Hiciste un trabajo increíble criándolo porque es único.

—En todo el sentido de la palabra. Tengo dos hijos menores, y ninguno de ellos tiene su tipo de personalidad. —Señala a sus otros dos hijos, ambos pequeños y rubios, hipnotizados por los mecánicos que trabajan en los autos de carreras.

—No sé cómo lo haces. Tres niños son muchos.

—¿No tienes ninguno?

—Oh, no. Al menos todavía no. —Casi me ahogo al pensarlo.

—Sólo espera. Crecí como hija única y no quería eso para mis hijos. Tres pueden parecer muchos, pero tuve que convencerme de no tener un cuarto, si puedes creerlo. —Se ríe para sí misma.

—Seguro que con tres es suficiente.

—Definitivamente. Ya lo verás. Un día, te darás cuenta de lo que estoy hablando. Estos tres no podrían ser más diferentes, pero se aman. Y también harían cualquier cosa por el otro. —Sonríe a sus hijos.

Un anhelo que nunca había tenido ocupa un lugar en mi corazón. Uno que no debería tener pero que no puedo negar.

No quiero algo temporal con alguien. Lo quiero todo. La relación. Una familia. Los momentos a los que quiero aferrarme por el resto de mi vida.

Y, sobre todo, creo que podría querer todo eso con Jax.

34



Jax

Me pongo los auriculares en los oídos, sintonizando el resto del mundo. Los mecánicos hacen rodar mi auto hacia mi segunda posición en la parrilla. El motor retumba detrás de mí mientras se calienta, recordándome la realidad del día de la carrera.

Calor extenuante. Una presión intensa. Y lo peor de todo, mi propio demonio sobre mi hombro en forma de ansiedad por el rendimiento.

—*Oh, Dios mío. Es tan jodidamente genial, amigo. ¡Elena consiguió que el ingeniero me dejara hablar contigo en la radio! ¿Crees que pueden oírme en la televisión?* —Caleb grita por el micrófono.

El micrófono capta a Elena diciéndole que hable más bajo como si pudiera leer mi mente.

—Disfrútalo, niño.

—*¿A quién llamas niño? Sólo soy como diez años más joven que tú*.

—Una década da para mucho cuando llegas a mi edad. —Agarro el volante con más fuerza con mis manos enguantadas.

—*Deja de ser un imbécil tan deprimente antes de tu carrera.*

Me río. —¿Alguna última palabra antes de que te echen del micro?

—Patea culos, Kingston. Muéstrales a esos idiotas lo que es ser parte de una dinastía de ADN. Tu padre puede ser una leyenda en el ring, pero tú eres el rey de la pista.

Me río de su comentario. No sabe que mi ADN es una mierda una vez que mi padre ha sido eliminado de la ecuación. Pero me prometo dar a Caleb un buen espectáculo, queriendo que disfrute hasta el último segundo de su experiencia conmigo.

Los mecánicos realizan las últimas comprobaciones antes del inicio de la carrera.

—Me tengo que ir, amigo. Nos vemos en el podio de los ganadores.

El equipo me quita los calentadores de neumáticos y se apresuran a salir de la pista. De uno en uno, cinco luces parpadean sobre mi casco antes de apagarse.

Empujo el acelerador mientras pulso los botones del volante. Mi auto avanza, chirriando, mientras mantengo mi posición detrás de Noah, el líder de la carrera. La tensión recorre mi cuerpo mientras mi corazón trabaja para bombear sangre más rápido. El sonido de los motores que rugen se suma a mi prisa, alimentando el demonio que hay dentro de mí y que ansía la adrenalina.

—Buen trabajo saliendo ileso de la primera curva. No puedo decir lo mismo de un conductor de Sauvage. Cuidado con la segunda curva, que suele ser donde se pierde tiempo durante la última ronda —me dice Chris por la radio.

Me mantengo concentrado y me apresuro a llegar al lado de Noah en la recta, sólo para que me empuje de nuevo a la segunda posición. El auto rojo que se ve borroso en mis espejos laterales me indica que Santiago está demasiado cerca de mi parachoques como para quedarme tranquilo.

—Vigila a Santiago detrás de mí. No me gusta cómo actuó ayer. —Estoy atento a lo que dice el otro ingeniero. Santiago suele hacer movimientos más arriesgados que suelen dar resultado, pero no estoy dispuesto a que me fastidie la carrera en casa por un accidente.

Un enjambre de gente me aclama desde una de las gradas mientras los sobrepaso de forma borrosa. El orgullo me hace avanzar al máximo para adelantar a Noah en la siguiente curva. Se siente bien defender la carrera local con un puesto en la parte delantera de la parrilla. El GP de Gran Bretaña siempre ha sido una de mis carreras favoritas, con aficionados de toda Gran Bretaña que vienen a animarme.

En la siguiente curva, conduzco por el exterior del auto de Noah. Pisar el freno un segundo más tarde de lo sugerido me da ventaja sobre él. Me adelanto a su auto y me aseguro el primer puesto.

Paso por delante de una de las gradas con el rugido de mi motor. Los aficionados a la F1 me animan, alimentan mi ego y la adrenalina que me recorre. Las olas de azul, rojo y blanco me dan una sensación de nostalgia y orgullo.

Vuelta tras vuelta, Noah y yo competimos entre nosotros. Ambos entramos en boxes, para volver a competir por el primer puesto. Tomo la delantera una vez más y lo mantengo en mi espejo retrovisor.

Mis ojos se deslizan del retrovisor a la carretera un segundo demasiado tarde. Un trozo de tierra en la carretera se engancha en mi neumático.

—¡Mierda! —Cambio de velocidad, esperando que no haya habido ningún daño.

Pasa otra vuelta antes de que reciba la desastrosa noticia.

—Estás perdiendo presión en los neumáticos. Vamos a necesitar que entres en boxes —dice Chris.

Me agarro al volante con más fuerza, la rabia sustituye a la energía de antes. Si vuelvo a entrar en boxes, Noah recupera su primer puesto y es poco probable que me lo ceda de nuevo.

Joder.

Entro en boxes y el equipo se apresura a sustituir mis neumáticos. Mi auto sale de la calle de boxes y vuelve a entrar en la carrera.

Corro por la pista, alcanzando velocidades arriesgadas de colisiones, intentando recuperar mi posición en el segundo puesto. Sólo me quedan un

puñado de vueltas para asegurarme la victoria en la carrera de casa. Santiago deja un pequeño hueco en el interior de la siguiente curva, lo que me da la oportunidad de pasarlo.

El sudor resbala por mi cara hacia mi máscara protectora mientras aseguro el segundo puesto.

—*¡Buen trabajo, Jax!* —La voz de Chris retumba.

El auto retumba cuando piso el acelerador. Noah se mantiene en el centro de la carretera, sin dejarme espacio para sobrepasarlo.

—Joder. No va a dejar de hacerlo.

—*Te quedan dos vueltas para intentarlo* —ofrece un ingeniero.

Ni que lo digas. Pasar por la siguiente tribuna me llena de temor más que de emoción. El miedo a fallar a mis fans me corroe la confianza para conseguir el primer puesto.

No importa lo que intente, me encuentro con la resistencia de Noah. Estar atrapado entre él y Santiago no es lo ideal, con este último montado en mi parachoques trasero como si quisiera follarme por detrás.

Noah sella mi destino durante la última vuelta. Ambos pasamos por la línea de meta con segundos de diferencia, y él gana el premio.

Un parpadeo de decepción me recorre al no lograr el primer puesto en mi carrera de casa. Pero, a diferencia de las veces anteriores, en las que la ansiedad asomó su fea cabeza para deleitarse con mi frustración, mantengo la calma. Aunque estoy desanimado por no haber ganado, no me molesta demasiado. Tengo a Elena y a Caleb para pasar el rato cuando los festejos hayan terminado, lo que me entusiasma más que un trofeo.

Cuando Noah, Santiago y yo subimos al podio, mantengo una sonrisa en mi cara. Me giro hacia el lado del escenario, encontrando a Elena y Caleb animándome.

Puede que no haya ganado el primer puesto, pero la recompensa es igual de grande. Mis ojos encuentran a la mujer que me ha mantenido cuerdo durante toda esta temporada. Elena me mira con felicidad en vez de con una

ardiente aversión. Y Caleb... bueno, Caleb parece que va a desmayarse de tanto gritar y saltar.

Mi mejor fan se abalanza sobre mí cuando bajo del escenario. Me rodea con sus brazos y me aprieta con una fuerza impresionante para alguien que parece débil.

—Gracias por los mejores recuerdos. Nunca olvidaré esto mientras viva.

Le devuelvo el abrazo. —Eres uno de los tipos más geniales que he conocido. Me inspiras.

Caleb me suelta y me mira con incredulidad. —¿Cómo?

Mis ojos se deslizan de los suyos a los de Elena, captando su hermosa sonrisa cuando se enfrenta a nosotros. —A ser más fuerte que los demonios que me retienen.



—¿Tienes que irte? —Mamá me rodea con sus brazos, haciendo imposible que me mueva.

—La temporada está a mitad de camino. Entonces volveré a casa, a pasar tiempo contigo de nuevo.

—De acuerdo, está bien, si debes ir. ¿Pero qué dices de dejar a Elena atrás? La alimentaremos bien, lo prometemos. —Mamá mueve la cabeza mientras papá esconde su risa con una tos.

—Necesito que Elena me ayude. Quizá vuelva de visita algún día —Le guiño un ojo a Elena.

Mamá se acerca a Elena, ayudándose de su bastón. Rodea con sus brazos al último objeto de mi afecto. La visión de mamá susurrando a ella me golpea con fuerza.

No sé de dónde diablos ha salido esa emoción repentina, pero me ahoga. Mamá nunca tuvo una hija o incluso una novia mía con la que pudiera hablar. Elena devolviendo el abrazo a mamá despierta un anhelo dentro de mí. Deseo que Elena se quede más tiempo. Deseo que pase más tiempo con

mi familia, como nuestras noches de cine o las sesiones de piano después del té.

Anhelo que se convierta en algo más estable en mi vida.

Y lo más importante, el anhelo de enfrentarme a mi mayor miedo para obtener la mayor recompensa.

35



Elena

Austin, Texas, se llena de aficionados estadounidenses vestidos con ropa de Bandini, sombreros de vaquero y botas sacadas de una película de country. En la radio suena música honky-tonk y los aficionados hacen cola en sus camionetas. Me empapo, disfrutando de la comida sureña y de la acción de la semana de la carrera.

Jax y yo elegimos cenar en un restaurante situado cerca de la pista. Nos decidimos por una mesa en el exterior, disfrutando de los turistas que pasan por delante de nosotros.

Lo miro con curiosidad, observando su postura rígida. —Puedes quitarte las gafas de sol. El sol se está poniendo.

—Intento pasar desapercibido. Se baja las Ray-Ban antes de ajustárselas de nuevo.

Sorprendentemente, tiene razón. Nadie se ha acercado a él hasta ahora durante nuestra cena, lo que considero una victoria. —¿Es así como piensas vivir el resto de tu vida? ¿Ocultándote a la vista de todos?

Inclina la cabeza hacia mí. —No. Si por mí fuera, viviría cerca de mis padres sin dejar de estar aislado. Cuando me jubile, planeo comprar una gran propiedad y hacerla tan genial que rara vez tenga que salir.

—¿Cómo qué?

—Una bolera, un pequeño cine, una piscina con tobogán. Tal vez incluso un río lento.

Doy una palmada. —No te olvides de un campo de minigolf.

—Y un campo de minigolf —Sonríe.

—¡Y una casa en el árbol!

Jax deja escapar una profunda carcajada. —¿Algo más?

—Te has olvidado de un pozo de fuego con luces de cuerda colgantes. Ya sabes, las circulares que salen en las películas y en Pinterest.

—Este proyecto está resultando bastante costoso si te sales con la suya.

Pongo los ojos en blanco. —Oye, dijiste que querías una propiedad que nunca querrías dejar. Estoy ayudando a hacer el sueño realidad. Deberías agradecérmelo.

—En algún momento tendré que salir. Pero es preferible hacerlo rara vez.

—¿Como para hacer la compra? —Sonrío.

—Precisamente. Que se jodan los paparazzi que siempre me molestan. No querría eso para mí o para mi… —Su voz se interrumpe.

Relleno el espacio en blanco basándome en la forma en que Jax aprieta las manos delante de él. El peso de su desliz, junto con la forma en que se cierra, muestra lo mucho que le han afectado sus palabras no pronunciadas. Ha pasado un mes desde que empezamos a estar juntos, y todavía se debate con la idea de un futuro. Intento no ofenderme, pero se me aprieta el pecho ante su aprensión. No le pido que sea para siempre, pero un poco de fe estaría bien.

Intento aligerar la conversación de nuevo. —¿Cuándo piensas ejecutar este gran plan tuyo?

—No estoy seguro. Sólo hace un mes que tengo novia. Tiene que darme tiempo y todo eso, pero quién sabe lo que pasará algún día.

Novia.

¡¿Novia?!

Internamente me grito a mí misma mientras por fuera me hago la interesante como un maldito iglú.

—Así que, tu novia, ¿eh? ¿Quién es? —Me inclino sobre la pequeña mesa de la cafetería y le toco el pecho.

—Alguien en quien pienso todo el puto tiempo.

—Oh, cuéntame más —Agito mis pestañas.

—Tiene una boca perversa que sirve para múltiples cosas.

Resoplo. —No hay nada como ser polifacético.

—Me lo dices a mí. Además, nadie puede compararse con esta chica. Es, sin duda, la mujer más hermosa que he conocido. —Jax se ríe, golpeándome con la mejor versión de sí mismo: despreocupado y todo tipo de guapo.

—Hmm. Será mejor que tengas cuidado porque las apariencias sólo llegan hasta cierto punto.

—No estaba hablando de su exterior.

Mi corazón se derrite cuando las intensas palabras de Jax me dejan sin palabras.

—¿He mencionado que también me hace el té de la mañana como me gusta? O que me encanta cómo se ha mudado a mi habitación sin preguntar. Y cómo chupa como...

—¡Está bien! ¡Ella entiende el punto!

Algunos otros clientes del restaurante nos miran, frunciendo el ceño, antes de que les haga un gesto para que no se acerquen.

—Te has olvidado de una parte importante —Mantengo mi rostro neutral, sin querer sonreír.

—¿Qué? —Pasa de sonreír a fruncir el ceño.

—Para empezar, nunca le pediste a esta chica que fuera tu novia, Kingston. Me imagino que es un concepto extraño, ya que rara vez pides nada —Doy

un sorbo a mi agua mientras miro a lo lejos, fingiendo que no me muero por escuchar lo que dice a continuación.

—Raro. Creía que el hecho de que hayamos pasado todo este tiempo juntos lo había dejado bastante claro. —Jax acorta la distancia entre nosotros, inclinándose sobre la mesa. El ruido que nos rodea disminuye. Sus labios se acercan a los míos, revoloteando cerca del lugar que más deseo.

—Hay una diferencia entre preguntar y suponer.

Los labios de Jax se presionan contra los míos y dejo escapar un suspiro.

—Elena González —Beso— ¿Me harás el honor —Su lengua traza la costura de mis labios, haciéndome temblar a pesar del calor del verano— de ser mi novia? Oficialmente. —Sus dientes me rozan el labio inferior antes de que su lengua salga a modo de disculpa, aliviando la zona dolorida.

—Sí —ofrezco sin aliento.

Me da un último beso antes de sonreírme.

—¿Ves? Sabía que dirías que sí. No me gusta hacer preguntas estúpidas de las que ya sé la respuesta.

Y así, Jax se gana otra parte de mi corazón, con unos cuantos besos y una sonrisa.

36



Jax

Liam me aleja de nuestro grupo de amigos, dejando a Sophie y Maya charlando con Elena mientras esperamos nuestra cita en Escape Room.

—Quería decirte que me hace feliz ver que ya no te vuelvas loco cada semana. El amor te sienta bien. —Liam pasa su tarjeta de débito al empleado.

En lugar de responder con un comentario mordaz, coloco mi mano en el hombro de Liam y le doy un apretón. —Gracias. Siento no haber sido la persona más fácil este año.

El empleado nos deja solos, murmurando algo acerca de comprobar si nuestra habitación está lista.

—Eso es un eufemismo. Pero como tomas el equivalente humano de los tranquilizantes para animales, no puedo culparte. Hablando de esas píldoras, ¿todavía las usas?

Cruzo los brazos. —No.

Liam levanta una ceja. —¿No como "No, no las tomo", o "No, las disfruto de vez en cuando como si me diera un gusto el helado"?

Me río entre dientes. —No. He terminado con esa mierda. Permanentemente.

Deja escapar un fuerte suspiro. —Mierda, gracias.

—Todavía los tengo cerca para cualquier ataque de pánico que se salga de control, pero he cambiado de medicación. —Ignoro el impulso de contarle a Liam sobre Tom y mis sesiones de terapia.

—¿Me prometes una cosa?

Me apoyo en la encimera, necesitando algo que me sirva de apoyo para lo que sea que Liam esté a punto de lanzarme. —¿Qué?

—Me alegro por ti y por tu relación. Realmente lo estoy. Pero quiero que me asegures que, aunque no salga bien, no volverás a caer en el ciclo de las pastillas y la fiesta.

Frunzo el ceño. —¿Qué no termine cómo?

—Las relaciones requieren trabajo. No son fáciles.

—¿Y?

—Y para alguien como tú, me preocupa que puedas volver a tus formas autodestructivas para hacer frente a lo negativo de tu vida.

—Te prometo que no lo haré, incluso si mi relación no funciona o la mierda se pone difícil. He terminado con el Xanax. Y la fiesta no es tan divertida de todos modos sin ti y Noah.

Liam me abraza, sorprendiéndome.

—Bien. Ahora vamos a patear culos y a demostrarle a Noah que somos los más listos. Él es todo un engreído y piensa que va a ganar.

El empleado aparece unos minutos más tarde para hacernos pasar a un pasillo.

—Bien, todos, se van a poner estas vendas en los ojos, y los llevaremos a dos celdas oscuras. Divídanse en dos grupos con quienes quieran estar encerrados. Sonará una alarma y se encenderán las luces, indicando que pueden quitarse las vendas. No se las quiten hasta entonces. Busquen pistas que los ayuden a ustedes y a sus amigos a salir de las celdas. Tendrán una hora. Si necesitan una pista, usen el walkie talkie que tiene su jefe de equipo. —Nos pasa a cada uno una venda negra.

—Me recuerda a buenos tiempos, ¿verdad, Sophie? —Liam le guiña un ojo mientras agita la venda delante de su rostro.

—¡Me estás avergonzando! —Sophie se sonroja y pisa fuerte a mi lado—. Me voy a unir al equipo de Jax ahora.

—Estamos todos en el mismo equipo. —Noah frunce el ceño ante el mono naranja que nos han pedido que nos pongamos.

Elena se aferra a su venda con manos temblorosas.

—¿Estás bien? —Le toco la mano.

Mira a su alrededor antes de susurrar: —No sabía que íbamos a estar a oscuras.

—¿Quieres no hacerlo?

—No puedo renunciar. Es vergonzoso. —Sus mejillas se tornan rosadas al pensarlo.

—A nadie le importará una mierda. Podemos ir a hacer otra cosa y explorar Austin.

Sus ojos se deslizan de su venda a los míos, traicionando su miedo.

—¿Estarás en mi equipo?

—Claro.

Elena suspira mientras se coloca la venda sobre los ojos. Se aferra a mi mano, buscando consuelo. Antes de Elena, nunca había sido eso para alguien. Y lo que es más importante, nunca había querido ser eso para alguien. Pero con Elena, estos momentos me llenan de una sensación que nunca antes había experimentado. Debería asustarme y, sin embargo, me siento fortalecido por tener su confianza. Nuestra relación ha ido creciendo lentamente y no puedo decir que lo lamente.

Le doy un apretón de manos mientras los asistentes nos guían a nuestras celdas. Nos piden que coloquemos las manos en los barrotes de la celda, pero yo me aferro a la mano de Elena. La mano de Elena tiembla y su respiración se hace más audible mientras Liam, Maya, Santiago y Elías se instalan en la otra celda.

—Lo tienes —susurro en dirección de lo que supongo es su oído.

El sonido de la puerta de la otra celda al cerrarse me da la esperanza de que todo esto terminará pronto para Elena. Cuando suena la alarma, me quito la venda de los ojos. Elena hace lo mismo.

—Lo hice. —Me ofrece una tímida sonrisa.

—Sabía que podías. Ahora ve a poner tus habilidades a prueba. Eres nuestra gracia salvadora. —Tiro de la manga de su mono naranja.

Pasamos la mayor parte de diez minutos buscando pistas en la pequeña celda.

Se me cae la mandíbula cuando Elena se arrodilla en el suelo de cemento.

—No metiste la mano en un inodoro.

Elena me mira, con el brazo medio sumergido en el cuenco vacío. —Podría haber algo ahí.

—Estoy disgustado y a la vez ligeramente impresionado por tu compromiso.

—¿Quieres dejar de coquetear con tu novia y buscar pistas? Apenas has ayudado. —Noah recorre la celda de cinco por ocho, buscando cualquier cosa que nos ayude a escapar. Sophie intenta levantar el colchón de la cama, pero no lo consigue. Me muevo para ayudarla, levantándolo con un brazo mientras ella busca en las costuras.

Esto es en lo que me he convertido, salir con mis amigos, hacer cosas normales sin que un ataque de pánico me frene. El grupo no tuvo ningún problema en aceptar a Elena y Elías. Aunque ya habían hecho buenas migas durante su noche de Cards Againts Humanity, que yo arruiné tras tomar demasiadas pastillas. Pero todos decidimos ignorar esa noche.

—Tierra a Jax, ¿puedes pasarme la cuchara? —Elena chasquea desde su lugar frente al inodoro.

—No quiero tus sucias manos en nuestra única pista.

Agita su mano limpia delante de mí antes de ofrecerme un gesto vulgar.

—Has estado pasando mucho tiempo con Jax. —Noah se ríe.

—Más bien he pasado demasiado tiempo en ella.

—¡Jax! Cállate. —Los ojos de Elena se estrechan hacia mí.

—Sí, por favor, Elena es como una hermana para mí y no me vendría bien escuchar esos detalles. —Elías gime desde la otra celda.

Las risas llenan los dos bloques de celdas. No me molesta. Por el contrario, lo recibo con agrado, sabiendo que estoy en el camino de la sanación, un día a la vez. Con Elena a mi lado, tengo la esperanza de poder recuperarme de los errores que he cometido y de las personas que he alejado.

Quiero ser diferente, pero todavía hay algo que me frena. Y por primera vez en mucho tiempo, estoy considerando lo imposible. La única cosa que mamá me ha rogado año tras año que haga.

Y maldita sea, da mucho miedo.



—El autobús de la fiesta nos recogió en el hospital y nos llevó durante una hora antes de dejarnos en el club que alquilaste. Es una pasada, parece algo sacado de los locos años veinte —grita Caleb al teléfono.

—¿Has sacado a bailar a Francesca? —Lo pongo en altavoz mientras me ato los cordones de mis zapatillas de carrera. Después de nuestra semana de Make-A-Wish, Caleb quiso iniciar la tradición de llamarme antes de las rondas de clasificación, alegando que puede ser mi amuleto de buena suerte.

¿Has intentado alguna vez negarle algo a un adolescente? Son tenaces y jodidamente obstinados. Así que, naturalmente, para evitar sus lloriqueos y sus incesantes mensajes, me obligué y acepté mi nueva tradición.

—Por supuesto. Con los pasos de baile que me enseñó Elena, soy el más popular del lugar.

—Probablemente eres el tipo más popular, y punto.

Caleb se ríe. *—Gracias por el cumplido, pero seguro que soy el más tonto. El premio al más genial es para Dylan. Ha terminado el tratamiento, lo que*

es básicamente una insignia de honor por estos lares del hospital.

—¿Y cómo va tu reciente ronda?

—Quema como una perra.

Mi corazón se desploma al pensar en el dolor de Caleb. Me he encariñado con el chico. Me envía mensajes de texto todos los días después de que le diera permiso para ponerse en contacto conmigo cuando quisiera.

—¿Te estás cuidando?

—Creo que sí. Todo lo que pueda, al menos. Pero me estoy muriendo de aburrimiento aquí. Bloquearon el acceso a la HBO, así que estoy sin suerte.

Dejo escapar una carcajada. —¿Por qué no te escapas a algún sitio y te besas con Francesca?

—¿Sabes que actúas como un hermano mayor raro?

Bueno, mierda, supongo que estoy actuando así con él. —Serías afortunado de tenerme como hermano.

—No me digas. Eso me daría mucha popularidad por aquí. Mi visita a ti ya me ganó con Francesca y sus amigos. Hacerme mi primer tatuaje con Jax Kingston atenuó el protagonismo de Dylan durante una semana.

¿Quién iba a saber que los hospitales tienen una jerarquía social como la del instituto? Seguro que yo no lo sabía.

—¿Cómo está mi princesa mexicana? —Caleb ronronea.

—Está bien.

—¿Sólo bien? Entonces debes ser un novio terrible.

Suelto una profunda carcajada. —¿Por qué?

—Porque ella dijo lo mismo de ti cuando la llamé la semana pasada.

—¿Hablaste con Elena?

—Alguien tiene que asegurarse de mantenerte a raya.

—¿Y dice que las cosas van bien? —La curiosidad me hace parecer un maldito tonto.

—Dios mío, diría que los dos no se hablan. Ella dijo que las cosas están bien y que es feliz. ¿Es eso suficiente para ti?

Eso es mejor que bien. Por alguna razón, oírlo de Elena es una cosa, pero oírlo de Caleb es una situación totalmente diferente. Algo genial porque quiere compartir parte de nuestra relación con los demás.

Sí. Me estoy convirtiendo en un maldito idiota. —Sí, esas son buenas noticias, amigo.

—Por favor, no le rompas el corazón. Al menos no hasta que cumpla dieciocho años y pueda estar ahí para recoger todos sus pedazos rotos y recomponerlo.

Me río de su broma, esperando no romper su corazón. No porque no quiera que Caleb la tenga. Sino más bien porque quiero mantenerla más tiempo de lo previsto.

Odio tener que decírselo a Caleb, pero no hay nada más largo que la eternidad.



—Voy a pedir mi favor. —Me apoyo en la puerta, desviando la atención de Elena de su equipaje.

Se sube las gafas por el puente de la nariz. Soy un maldito idiota al que le encanta cómo desprende un aire sexy y desaliñado. Me gusta Elena con vestidos y tacones, pero me gusta igualmente con sudaderas y una sudadera que ha robado de mi bolso. Mis dedos se curvan, deseando arrancársela.

—¿No quedaron los favores en el pasado? —Ella inclina la cabeza.

—Gané el mío limpiamente, lo que significa que te tomarás una semana libre. —Sus dos cejas saltan—. ¿Qué? ¿Una semana libre de qué exactamente?

—Trabajo.

Ella sacude la cabeza. —No puedo hacer eso...

—Por supuesto que puedes. Ya se lo he pedido a Connor. Y antes de que preguntes, prometí comportarme lo mejor posible para que puedas disfrutar como lo hacen Sophie y Maya.

—No puedes llamar y usar mis días de enfermedad.

—Puedo y lo hice. —Me encojo de hombros—. Me lo agradecerás. No podemos permitir que trabajes hasta morir. —La idea se me ocurrió después de que Elena me confesara un día durante la comida que nunca se había tomado un día libre por enfermedad en el trabajo. Ni siquiera cuando tenía diecisiete años y tuvo que trabajar durante su cumpleaños. Esa es una maldita tragedia que nadie debería experimentar en su vida.

Estoy trabajando para rectificar su adicción al trabajo. Al menos un poco, para que pueda tener suficiente tiempo libre para disfrutar realmente de la vida que se esfuerza por mantener.

Mírame, todo reflexivo, mierda. Mamá estaría orgullosa.

—¿No veo cómo esto es un favor para ti? —Ella mueve la nariz de la manera más linda.

Linda. Adorable. Hermosa. Elena hace aflorar el romántico empedernido que hay en mí, que no puede evitar querer hacerla sonreír de nuevo. Estoy tentado de agarrarme las bolas para asegurarme de que siguen pegadas a mi cuerpo, pero ignoro el impulso.

—Quiero que disfrutes de una semana a mi lado como mi novia. Galas, ruedas de prensa, podios el día de la carrera. Ya sabes, disfrutar realmente del Grand Prix de México como un local, en lugar de como un empleado.

Deja escapar una risa que me tranquiliza. —Sabes, la gente se sorprendería al saber el suave oso de peluche que eres debajo de todos esos tatuajes, músculos y palabras malhumoradas.

—Menos mal que eres buena en tu trabajo, amor, porque no puedo dejar que ese secreto salga a la luz.

Elena me da una impresionante sonrisa que hace que mi piel se caliente. Se aleja de la cama y tira de mi camisa, atrayéndome hacia ella.

—Este es un secreto que guardaré con mi vida.

—¿Y eso por qué? —digo con voz ronca, mi necesidad de ella se hace evidente.

—Eres famoso, lo que significa que el mundo sabe más de ti de lo que tú y yo quisiéramos. Pero el hombre que eres cuando las cámaras se apagan es alguien que quiero mantener para mí. Es egoísta... pero nunca he pretendido ser un ángel. — Su sonrisa se desvía, el brillo de sus ojos insinúa algo más.

—Sé todo lo egoísta que quieras. Nunca pedí un ángel.

Elena me rodea la nuca con una mano y atrae mis labios hacia ella. Me muestra exactamente por qué los ángeles están sobrevalorados y la lujuria es el pecado más mortal de todos.

37



Elena

Mi celular suena, y me muevo para tomarlo de la mesita de noche de nuestra habitación de hotel. La mano de Jax se abalanza y me lo quita de las manos antes de que tenga un segundo para comprobarlo.

Se coloca sobre mí como una sombra, negando con la cabeza. —No. Tengo a este bebé como rehén durante una semana.

—Eso no tiene sentido. Tengo un iPad.

Sonríe. —Confiscado también, amor.

Mi sonrisa cae. —¿Qué? ¿Por qué?

—No trabajar significa no trabajar. Y ya que eres tú, no podía arriesgarme a hacerte el favor de romper las reglas. Sólo es lunes, después de todo.

—Lo dice el tipo que me pidió que fuera una rompe reglas, —murmuro en voz baja.

—Ahh. Pero eso es diferente. Yo obtengo los beneficios de esas reglas rotas. De todos modos, puedes sonreír porque vamos a salir.

—¿Salir? —La última vez que lo comprobé, Jax tenía una gala esta noche. Un vistazo al reloj del hotel me dice que se está quedando sin tiempo para prepararse.

Me toma de la mano y me levanta de la cama. —Vas a ir a una gala.

—He estado en una gala.

—Sí. ¿Pero alguna vez te has emborrachado en una gala con botellas de champán de doscientos dólares? —Sonríe con malicia.

Veo a dónde va este choque de trenes. Diría que no, excepto que la sonrisa en la cara de Jax me dice que un favor es un favor, y a menos que esté dispuesta a deber más, mejor me lo trago.

—Me voy a arrepentir de esto, ¿verdad? —susurro.

—Sólo por la mañana, amor. Por ahora, vamos a soltarnos y a divertirnos.

Para gente como Jax, la diversión es sinónimo de problemas. Pero cuando sales con el más problemático, es normal que te unas a él.



Rechazo el champán después de una copa porque, si pienso emborracharme, ésa es la última resaca que quiero tener mañana. Jax le pide al camarero una botella de tequila de alta gama. Una botella entera. Cien por cien de agave azul y cien por cien de probabilidades de que nos jodan a todos más temprano que tarde. Me aferro a la bandeja que lleva los chupitos de sangrita, las cuñas de lima, la sal y ocho vasos de Caballito para nosotros y todos nuestros amigos.

Elías y yo enseñamos a todos la forma correcta de beber tequila. No nos educaron para beber un vaso tras otro. Nuestros abuelos nos enseñaron a apreciar los sabores y a disfrutar la copa sorbo a sorbo.

Jax me ayuda a acomodarme en mi asiento en nuestra mesa. Sophie y Maya miran la botella de tequila con una sonrisa mientras Noah se frota los ojos.

—Nos encanta el tequila. —Sophie toma el vaso largo.

—Lo mismo ocurre con el retrete después de vomitar las tripas. —Liam se pellizca la nariz.

—Eso pasó hace tiempo. —Maya se ríe.

—Eso fue el mes pasado —dice Noah secamente con una sonrisa de satisfacción.

—Está bien, recuerden que hay que beber a sorbos en lugar de en un trago —dice Elías al grupo mientras sirve las copas.

Todo el mundo sostiene sus vasos llenos en el centro.

—Un brindis... —Santiago llama.

—Por los amigos... —Elías comienza.

—...que se convierten en familia. —Noah sonríe en dirección a Maya y Santi.

Elías y mis ojos se encuentran. Él inició esta conexión con todos al organizar su noche de juegos, pero Jax y todos los demás la consolidaron. No puedo evitar la sensación de vulnerabilidad que se instala en mi estómago al ganar nuevos amigos.

La conciencia me invade mientras muevo mi atención hacia Jax. Maldito sea. Se está abriendo camino en cada grieta de mi alma. Hace que quiera ser aceptada por él y sus amigos, que actúan como la familia que siempre he anhelado pero que no he podido tener. Nadie quiere ser amigo de la persona que no para de cancelar por el trabajo y otras obligaciones como ayudar a *Abuela*. Bueno, todos menos Elías, que no acepta el "estoy ocupada" como excusa.

Jax debe notar que mi estado de ánimo está cambiando porque me aprieta la la rodilla para tranquilizarme.

—Y por los tristes idiotas como Liam, que no volverán a ganar un campeonato en su vida. —Jax rompe el silencio chocando su vaso contra el resto.

El grupo se ríe y se van mis pensamientos oscuros.

—Y a los imbéciles que hicieron historia al enamorarse más rápido de lo previsto. —Liam levanta una ceja en dirección a Jax.

Hago como si no me diera cuenta de que Jax sacude la cabeza, luchando contra una sonrisa. Finjo que mi corazón no se estruja ante la idea de que Jax se está enamorando. Finjo tan bien que acabo bebiendo más rápido de lo previsto.

Unos cuantos vasos de tequila más tarde, gané nuevos amigos, además de asegurarme una resaca mortal.

Y definitivamente valió la pena el fuerte dolor de cabeza.



—Tengo una pregunta que me muero por hacerte... —Sophie se balancea hacia atrás sobre el tacón de su zapatilla.

—Oh Dios. No. —Maya gime ante su mejor amiga.

Los reporteros y camarógrafos se mueven por la sala, concentrados en preparar su equipo antes de la rueda de prensa con Noah, Jax, Santiago y Elías. Los cuatro están sentados uno al lado del otro en una larga mesa, esperando el comienzo del evento. Nadie nos presta mucha atención.

Hasta ahora, me encantan mis vacaciones. Sinceramente, he disfrutado mucho, incluyendo el tiempo de chicas que he pasado con Maya y Sophie recibiendo masajes y dándonos un atracón de helado mientras veíamos una nueva serie de televisión. Es algo normal... pero no sabía que lo necesitaba.

—Está claro que Jax es un poco salvaje, si me entiendes. —Sophie comienza de todos modos, ignorando las protestas de Maya—. Me muero por saber si tiene alguna manía que no conozcamos. Todo el mundo sabe que se excita con la mierda pública, pero ya sabes... ¿Tiene algún fetiche de papi? —Sophie mueve las cejas.

Si tuviera un vaso de agua, ahora sería el momento en que me ahogo al beber de él. Jax definitivamente tiene una afición al sexo público. Creo que nunca miraré las fotos del London Eye y no pensaré en nuestra estancia allí. Pero en lugar de confesar los detalles sucios, mantengo la compostura como entreno a los atletas.

—¿Perdón? ¿Un fetiche de papi?

Sophie mira a su alrededor antes de susurrar: —Sí, Papi. Azotes. El juego. Vamos. Comparte con las chicas.

Hago lo posible por no romper a reír de forma histérica. Los periodistas siguen haciendo preguntas, centrándose en los corredores y no en nuestra

sesión de cotilleo en el fondo de la sala.

Desviar. Siempre desviar. —¿Es algo por lo que es conocido?

Por favor, di que no es nada conocido por él. No creo que mi corazón pueda soportar esa noticia.

Sophie se encoge de hombros. —Por eso te pregunto a ti. Tú eres la novia aquí.

Maya se frota los ojos y trata de alejarse de Sophie. —Ignórala. Está convencida de esta idea desde el año pasado.

—¿Es una especie de prueba de iniciación de amistad? —Inclino la cabeza.

Sophie y Maya se ríen al unísono. Bien, eso ha sido un poco raro. No estoy preparada para ese nivel de amistad con nadie.

Maya me sonríe. —Eres nuestra amiga desde hace tiempo. Emborracharnos con tequila el otro día selló el trato.

—Pero soltar algún chisme no estaría mal para probar tu lealtad. —Sophie guiña un ojo.

Me río con ellas. Pasar el rato con Sophie y Maya sin preocuparme por el siguiente punto de mi lista de tareas es refrescante.

Jax nos mira y sonríe ampliamente. Sus ojos permanecen fijos en mí mientras Noah responde a una pregunta. No me molesto en apartar la mirada, pues me encanta cada segundo de su atención.

Jax termina su conferencia y me aleja de sus amigos, alegando que necesita echarse una siesta. Entramos en un auto que nos espera y nos dirigimos al hotel.

Me quedo con las palabras de Sophie durante cinco minutos enteros de silencio antes de dejar que la curiosidad se apodere de mí.

—Así que... tengo una pregunta.

Levanta una ceja. —¿Está bien?

—¿Te gusta que te llamen ‘papi’ mientras tienes sexo?

El rugido de risa que se le escapa responde a la ridícula pregunta. —Voy a decirle a Liam que le compre a Sophie una mordaza para que aprenda cuándo no debe hablar.

Me quedo con la boca abierta. —¡Así que es verdad! Una mordaza es totalmente algo que usaría un papi.

Jax se ríe hasta el punto de toser. —Joder, no. Si me llamas papi, creo que mi polla intentaría desprenderse de mi cuerpo y salir corriendo.

—Gracias a Dios —susurro hacia el techo del auto.

—Pero tengo otras... peculiaridades. —Sonríe.

Jax me demuestra lo mucho que le gustan las muestras de afecto en público. Me besa durante todo el trayecto en auto con la radio que nuestro conductor pone a todo volumen.



Jax me lleva hacia una nueva sección del paddock de McCoy, tomado mi mano con la suya mientras caminamos por los estrechos pasillos.

Me concentro en la forma en que su traje de carreras acentúa su culo, disfrutando de la vista. —¿No tienes que prepararte para la carrera?

—Iré una vez que te haya dejado lista. —Sonríe por encima del hombro mientras se abren las puertas de una gran sala.

—¿Dónde están todos? —Examino el espacio desocupado.

—Este lugar privado es para mi familia y mis amigos. —Me conduce hacia una zona con un sofá y televisores que muestran las imágenes previas a la carrera.

Eso explica el vacío. Jax mantiene su vida familiar en privado del público. No les deja asistir a ninguna carrera, ni siquiera a la que es en su ciudad. Lo que pasa con Jax es que ama demasiado, lo que lo hace preocuparse por lo que dirán los medios de comunicación sobre la enfermedad de su madre. Así que, en lugar de eso, Jax elige una vida de aislamiento de la prensa. Ver cómo pasa el día de la carrera solo hace que me duela el corazón por él de

una manera nueva. Ahora comprendo que, aunque su favor me ayudó a relajarme, a él también le beneficia que alguien lo apoye.

Me coloca unos auriculares en la cabeza y comprueba todos los cables con una enorme sonrisa en la cara. —Esto te permite escuchar todo desde la radio de mi equipo. —Me explica los diferentes botones y cómo silenciar su voz, como si yo pudiera hacerlo. Esto es como un pase de acceso a la cabeza de Jax en un día de carrera y lo acepto.

Lo miro, sonriendo. —¡Esto es genial! Estoy muy emocionada.

—Disfrútalo. Me muero por tenerte aquí, pero siempre encuentras alguna forma de trabajar durante las carreras. —Me atrae hacia él y me da un beso en los labios.

Mi corazón amenaza con convertirse en un charco bajo mis pies. Desde la cima de mi cabeza hasta la punta de mis pies, mi cuerpo zumba de aprobación.

—Hay agua en la nevera, y puedes pulsar el botón que hay junto al televisor si quieres que te traigan comida y champán.

—Vaya. Hablando de servicio de cinco estrellas. Ten cuidado, Kingston. Una chica puede acostumbrarse a este tipo de trato. —Arqueo una ceja.

Jax se ríe. —Eres fácil de complacer. —Se acerca a un cajón y saca una bolsa de Reese's Pieces.

Si no estuviera cuestionando ya mi afecto hacia él, ahora sería el momento. La forma en que quiere asegurarse de que esté cómoda, hace que mis ojos piquen.

—Creo que nunca he tenido a alguien que me cuide así. No desde *Abuela*...

—Lo sé. Y quiero ser yo quien te cuide un rato, si no te importa. —Sonríe tímidamente.

Dios, ayúdame. Un Jax dulce es irresistible. Pero un Jax tímido hace que quiera girar y reír como un personaje de dibujos animados, con corazones flotando a mí alrededor.

Camino hacia él, me pongo de puntillas y lo beso con todo el cariño que siento. Por primera vez en mucho tiempo, me permito confiar en otra persona.

38



Jax

Las cosas entre Elena y yo han evolucionado a lo largo de los meses. De evitarla a que me guste, todo está cambiando después de nuestras vacaciones de verano juntos en Londres. Desde que salimos de casa de mis padres, hemos caído en una rutina cómoda juntos. Una rutina tan cómoda que intento hacerla feliz todo el tiempo.

Después de todos los eventos que planeó para mí, no pude evitar querer devolverle el favor. Con el pretexto de arreglar mi reputación, organicé un evento para recaudar dinero para una organización benéfica de mi elección. Pero, a diferencia de mis otros eventos de relaciones públicas, Elena no tiene ni idea de este.

Sí. Lo planeé todo por mi cuenta después de una semana de investigación, la ayuda de Maya, y rogando a mis amigos que participaran.

—Me debes mucho por esto —refunfuña Noah en voz baja.

Miro alrededor de la sala de conferencias McCoy que he reservado para la actividad de hoy. Unas luces brillantes nos iluminan a Noah, Liam y a mí mientras nos sentamos en tres sillas una al lado de la otra. Maya ha distribuido todo tipo de maquillaje y material en una mesa frente a nosotros. Su cámara está en un trípode en el centro de la sala, esperando en espera para filmarnos.

—Apuesto a que Sophie ganará. —Liam nos lanza una sonrisa arrogante.

—Yo no estaría tan seguro de eso. He visto a Maya hacer esto con Santi y él parecía la reina del baile después de que ella terminara con él. —Noah sonríe.

—Bien, Sophie la está trayendo ahora. —Maya salta de su silla.

Los pasos resuenan en el pasillo. La puerta cruje cuando Sophie y Elena entran en la habitación.

Elena nos ve a todos antes de mirarme confundida. —¿Qué está pasando?

—¡Sorpresa! —Sophie aplaude. —¡Vamos a hacer un reto de maquillaje!

—¿Reto de maquillaje? —Elena se queda con la boca abierta y sus ojos se dirigen hacia mí—. ¿Lo recuerdas?

Oh, demonios, lo he recordado. Después de burlarme de ella en el avión hace meses, aquí estoy haciendo exactamente lo que un día usé para reírme de mis amigos. Un reto de maquillaje para la caridad.

Ese soy yo: un romántico extraordinario. La alegría de Noah y las lecciones de vida de mi padre se me han pegado en más de un sentido.

—Tu novio quiere recaudar fondos de una manera diferente utilizando el vlog de Maya. —Liam me da una mirada reveladora.

Sí, lo entiendo. Después de toda la mierda que les he dado sobre sus novias, he caído en la misma trampa. *Mira quien habla ahora.*

—De ninguna manera. —Elena no puede evitar sonreír.

Bien, tal vez esto valga toda la mierda que mis compañeros me darán.

—¡Sí! Y eligió una caridad maravillosa. Quiere recaudar dinero para la enfermedad de Alzheimer usando el dinero de la publicidad de mi vídeo. —Maya comprueba su cámara.

Los ojos de Elena se suavizan. Se acerca a mí y se coloca entre mis piernas.

—¿Planeaste esto para mí?

La coloco en mi regazo. —Bueno, pensé que mi reputación podría ser un poco de ayuda.

Ella levanta una ceja. —¿Y pensaste que un reto de maquillaje era la idea correcta?

—Alguien me dijo una vez que los idiotas comprometidos hacían este tipo de cosas, así que pensé en probarlo y ver de qué va. —*Si, ese idiota soy yo, pero da igual.*

—Tu madre tenía razón. —Ella sonríe.

—¿Qué quieres decir?

—Me dijo que eras todo dulce y tierno, y tengo que estar de acuerdo con ella.

—¿Dulce y tierno? Ahora tengo mucha curiosidad por ver cómo se comporta Jax contigo cuando no hay nadie más cerca —dice Liam desde el otro lado de Noah.

Niego. —Vuelve a llamarme así y te meteré la bota por el culo hasta que no camines recto durante una semana.

—A la mierda lo dulce y tierno. Jax es más del tipo amargado —dice Noah.

—Bien, pasando a la parte más importante de nuestra programación. La hora del maquillaje. —Sophie echa un vistazo a los suministros que hay sobre la mesa. Toma una herramienta de sujeción que parece un pequeño dispositivo de tortura y se la enseña a Liam—. Tus pestañas van a quedar tan bonitas que me van a dar envidia.

—Jax, me debes una estancia de fin de semana en Ibiza después de esto. —Liam gime.

—Trato.

Elena me besa la mejilla. —Gracias por esto. Significa mucho para mí que hayas elegido una obra de caridad para honrar a *Abuela*.

Todo lo que hay dentro de mí se calienta ante su aprobación. Me alegro de haber decidido hacer algo para apoyar a personas como su abuela, a la vez que le doy a Elena su propia versión de algo que le gusta ver todos los días en su teléfono.

—Señoritas, vayan a sus puestos de combate —dice Maya.

Elena salta de mi regazo. —Esa es mi señal.

—Hazme lucir de lo mejor, amor. Por favor, muéstrales a estos chicos quién es el más sexy de todos.



Algo dentro de *mí* está cambiando, y no es sólo por una nueva medicación. Es más que eso. Es por el tiempo con Elena, las sesiones con Tom, y unos crecientes sentimientos de esperanza dentro de mí.

Espero que mi vida sea diferente.

La esperanza de que no tenga la enfermedad de Huntington.

La esperanza de que pueda terminar feliz con Elena, viviendo sin preocupaciones ni tristezas.

—¿Estás preparado para el Prix de esta semana? —Tom me recibe en su despacho antes de tomar asiento en la silla de enfrente.

—Tan listo como puedo estar. —Me pongo cómodo en el sofá—. Así que, he estado pensando.

—Pensar es bueno.

Dejo escapar una sonora carcajada. —Bueno, en realidad he estado pensando en algunas cosas. La primera es que no me di cuenta de que me gusta estar en una relación.

—¿Y cómo te va?

Golpeo con mis dedos el agujero de mis jeans rotos.

—Bien. Sorprendentemente bien. —Tan jodidamente bien que espero no estropearlo.

—Pareces sorprendido por eso.

—Lo estoy. Nunca he hecho tiempo para algo serio como esto antes.

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con Elena? ¿Ya han pasado dos meses?

—Cerca. Y créeme, estoy igualmente sorprendido.

Tom junta sus dedos. —¿Qué te impacta de estar en una relación?

—¿Necesitas algo más aparte del hecho de que yo soy yo, y Elena es Elena?

Inclina la cabeza. —Dime lo que significa para ti.

Oh, Tom. A medida que nos sentimos más cómodos el uno con el otro, se vuelve más audaz con sus preguntas. No me opongo exactamente a ello, pero me desafía a ser más abierto con él.

—Elena tiene su vida bastante arreglada, aparte de algunos contratiempos. Incluso sus partes desordenadas son tranquilas comparadas con las mías. Quiere llegar a lo más alto, y no tiene problemas para enfrentarse a sus problemas. Y diablos, confía en mí para que la ayude a superar sus miedos.

—¿Eso te asusta? ¿Que alguien confíe en ti para ser su roca?

—Es aterrador.

Tom se ríe. —Puedo dar fe de ello.

—Estás casado. Hablando de alcanzar el más alto nivel de confianza. —Señalo su anillo.

—Por supuesto. Pero no me gustaría que fuera de otra manera.

Lucho por no poner los ojos en blanco. —Por supuesto, dirías eso. Estás casado y eres terapeuta, así que estás obligado a predicar sobre las buenas vibraciones y las citas de los lunes de motivación.

Tom suelta una carcajada. —Dime una cosa. ¿Qué se siente al saber que Elena confía en ti lo suficiente como para contar contigo cuando tiene miedo?

—Bien. Realmente bien. Como que haré lo que sea para desterrar toda la mierda que la retiene, de una forma u otra.

—Entonces ahí lo tienes. Yo también siento lo mismo por tener a alguien que confíe en mí.

Mierda. Hablar con Tom me da una nueva perspectiva.

—Tengo otro problema.

—Oigámoslo.

Me trago los nervios. —Quiero hacer la prueba predictiva. Necesito saber si tengo Huntington o no para poder seguir adelante. Voy a pedirle a mi madre que organice el asesoramiento genético y la prueba en sí.

Tom levanta las cejas, su única señal de sorpresa. Se inclina más cerca. —Es muy valiente por tu parte. ¿Qué ha cambiado?

Todo. Cada maldita cosa y no hay nada que pueda hacer al respecto. No cuando Elena se ha infiltrado en mis muros cuidadosamente levantados, atravesándolos como si fueran de papel.

—He decidido que tal vez he estado abordando esta situación de manera equivocada. Con la nueva medicación, algunos de los temblores han mejorado, y no me gustaría saber que me estoy preocupando por nada.

—Me alegra saber que el cambio de medicación te ha ayudado. Puedo decir que has hecho grandes mejoras en tu vida hasta ahora, y estoy muy orgulloso de ti.

Asiento con la cabeza. —No quiero que las preocupaciones se apoderen más de mi vida. Es agotador.

—Sabes que siempre haré de abogado del diablo. Aunque estoy impresionado por los progresos que has hecho, me preocupa lo que podría pasar si no recibes las noticias que quieres oír. Sobre todo, si te enteras de malas noticias antes de que acabe la temporada. ¿Qué pasaría entonces?

Mis ojos se deslizan de los ojos de Tom a mis manos. —Entonces hare lo que mejor sé hacer.

—¿Y qué es eso?

—Autodestruirme.

39



Jax

Marco el número de mi madre con dedos temblorosos.

Contesta al primer timbre, sin darme mucho tiempo para prepararme. —*¡Hey! ¡Qué sorpresa!*

Respiro profundamente. —Hola, mamá. Tengo una pregunta.

—*Haré todo lo posible por responder.*

—Has dicho lo mismo desde que era un niño.

—*Porque eras demasiado curioso para tu propio bien, y hacías un millón de preguntas. Ten empatía por criar a un niño sin smartphones.*

—Vaya, había olvidado la edad que tenías.

Se ríe. —*¿Qué querías preguntar?*

—¿Me dijiste qué harías que alguien hiciera las pruebas de predicción si las quería?

Su falta de respuesta aumenta mi nerviosismo.

Continúo, queriendo llenar el silencio. —Siempre puedo esperar al final de la temporada de carreras. Pero...— Tal vez ese sea un mejor plan en caso de que las cosas no salgan como quiero y me golpee con la sentencia de por vida que no quiero.

—¡No! Está bien. Puedo hacer que un asesor genético se reúna contigo a través de sesiones de telesalud antes de que puedas verlos en persona cuando aterrices en Italia. Pueden acelerar los resultados.

—¿Vendrás a Italia? No sé si...

—Por supuesto —dice sin dudar—. *Papá y yo podemos volar hasta allí y reunirnos contigo antes de ir al consejero. Eso nos da unas dos semanas para hacer los arreglos.*

—Gracias.

—No necesitas agradecerme. Es mi trabajo como tu madre. Y estoy muy orgullosa de ti por querer hacerlo, por ser lo suficientemente valiente para intentarlo.

—He visto a otra persona enfrentarse a sus miedos, y ya es hora de que yo haga lo mismo.

40



Elena

Un grito se apresura a salir de mí mientras salto de la cama. La oscuridad me hace temblar mientras una ola de náuseas me golpea. Tomo grandes bocanadas de aire para aliviar mi estómago revuelto, queriendo combatir la angustia.

No es real. Es sólo una pesadilla. Estoy en Italia, no en México. Soy una adulta, ya no soy una niña.

—Mierda, lo siento. Me olvidé de dejar la luz encendida. —La voz somnolienta de Jax es apenas audible por encima de mi fuerte respiración. Se apresura a buscar el interruptor de la luz nocturna.

La luz baja ilumina su cara aturdida. Intento levantarme de la cama, pero Jax me tira del brazo, haciendo que mi cabeza caiga sobre su pecho.

—No te vayas. Ya no tienes que huir de las pesadillas —me susurra en el cabello.

Unas cuantas lágrimas resbalan por mi rostro y caen sobre su pecho desnudo.

—¿Quieres hablar de ello? —Me pasa la mano por el cabello en un gesto que me encanta.

Niego con la cabeza. —Es vergonzoso que no pueda dormir en la oscuridad. ¿Qué clase de vida es esta?

—Una en el que todavía estás sanando. Cosas como estas llevan tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo también estoy aprendiendo sanar. No es tan fácil como lo hacen ver las películas.

Dejo escapar una risa ronca. —Eres secretamente un idiota.

—¿Por qué crees que Liam y yo nos llevamos bien? Él tiene sus libros y yo mis películas. —Me rodea con sus brazos y me aprieta contra su pecho. Su aroma picante me tranquiliza.

El silencio nos envuelve. Con Jax abrazándome, la oscuridad no parece tan intimidante. La prisión mental que he creado a lo largo de los años se afloja cuando Jax me pasa la mano por el cabello.

Respiro profundamente, centrándome antes de acobardarme. —¿Jax?

—Mm. —Su pecho retumba debajo de mí.

—Creo que me estoy enamorando de ti. —Las palabras salen de mis labios en un tenue susurro.

Se queda callado durante un buen minuto. Vacilo, pero me aprieta más contra él. —¿Elena?

—Mm. —Lo imito.

—Yo estoy seguro de que ya me enamoré.

41



Jax

Mi mamá cumplió su promesa y me programó una cita con un asesor genético italiano que podría acelerar mis pruebas. Mamá no es de las que tiran el dinero a la gente, pero haría cualquier cosa para que me hicieran las pruebas rápidamente antes de que me acobardara. Me hice la extracción de sangre el lunes. El jueves ya tenía los resultados.

Mis padres y yo nos sentamos juntos en la consulta del médico. Observo los rasgos faciales del médico, esperando una sonrisa o un suspiro de alivio. Su expresión no revela nada mientras lee el documento que tiene delante.

Mamá y papá agarran cada uno una de mis temblorosas manos. Dejo que me cuiden, la ansiedad me dificulta respirar bien.

El médico nos mira y abre la boca.

Basta una palabra para cambiar la vida de alguien.

Sólo una palabra para destruir toda la esperanza que he construido con Elena.

Ocho letras. Cuatro sílabas. Un significado.

Positivo.

42



Elena

Busco el número de Liam en mi teléfono para llamarle. —Oye, ¿está Jax contigo?

—No. Estoy con Sophie. Pensé que estaba contigo.

Frunzo el ceño, comprobando de nuevo las habitaciones de nuestra suite. Desde Londres, empezamos a compartir habitación. Sus botas están tiradas en un rincón junto a mi par de tacones favorito, y mi maquillaje está alineado en la encimera del baño junto a su maquinilla de afeitar. Es doméstico y no se parece a nada que hubiera imaginado.

Mi búsqueda falla. —No. No ha respondido a mis llamadas. Antes, me envió un mensaje diciendo que hoy iba a pasar tiempo contigo.

—Ya aparecerá. Tal vez salió con algunos amigos después de las rondas de práctica. Llama a Noah tal vez tenga noticias de él.

—De acuerdo. Gracias. —Cuelgo y mantengo una conversación similar con Noah después de interrumpir su cena temprana con Maya y Santi. Envío un mensaje de texto a todos los que salen con Jax, incluido Connor, pero nadie tiene ni idea de dónde está.

Envío otro mensaje pidiendo a Jax que me llame. Mi instinto me dice que algo no va bien, pero no consigo averiguar por qué. En lugar de preocuparme, me doy un largo baño de burbujas, con la esperanza de que una bomba de baño pueda calmarme.

Mi teléfono suena mientras estoy en la bañera. Me apresuro a salir, goteando agua por todas partes mientras tomo una toalla y me envuelvo con ella.

El nombre de Jax se ilumina en mi pantalla y respondo. —Hola, ¿dónde has estado? He estado preocupada y pensaba que había pasado algo. —Dejo escapar un suspiro de alivio.

—Lo siento. Mis padres volaron de sorpresa y he estado con ellos todo el día. Siento no haber llamado antes. —Su voz suena tensa y fuera de lo normal.

—Oh. —La decepción me invade ante la falta de invitación.

—Sí. Se están quedando en uno de los lugares de mi padre, así que decidí pasar la noche con ellos. ¿Estarás bien sola esta noche?

El vértigo me consume ante su preocupación. —He dormido sola durante veinticinco años. Creo que puedo sobrevivir una noche sin mi guardaespaldas personal. Además, siempre tengo mis lámparas nocturnas geniales y totalmente adultas que alguien me regaló.

No se ríe, sustituyendo mi felicidad por la preocupación. *—Quiero asegurarme de que estarás bien. Si no estoy allí...* —Su voz se interrumpe.

—Es una noche, así que no es gran cosa. Puedes compensarme con abrazos extra mañana.

—Bien.

Una sensación carcome dentro de mí y me dice que algo va mal, pero Jax no parece dispuesto a compartirlo ahora mismo. No quiero ser una novia molesta ni nada parecido cuando somos algo nuevo. —Supongo que nos encontraremos en la pista mañana si te quedas con tus padres esta noche.

—Claro. —Deja escapar un suspiro resignado.

—¿Está todo bien?

No responde de inmediato. *—La verdad es que no. Pero lo estará en algún momento.*

—¿Quieres hablar de ello?

—*No*. —Jax hace una pausa—. *Lo siento*. —No dice nada más.

—Te dejo ir entonces para que puedas pasar tiempo con tus padres. —Disimulo el dolor en mi voz ante su distancia.

—*Cuídate*. —Jax cuelga, sin darme la oportunidad de preguntar qué quiere decir.

Después de ver un episodio en la televisión y de encender las luces nocturnas, cierro los ojos y caigo en la inconsciencia.

43



Jax

Mamá me ruega que no salga del apartamento. Incluso papá me pide que me quede a hablar con ellos para no arruinar todo lo bueno que me ha pasado esta temporada. No escucho sus ruegos. Me comprometo a arruinarme de la peor manera posible para salvar lo mejor de mi vida.

Antes, me costó mucho mentir a Elena y no confesarle la desastrosa noticia que descubrí. Para pedirle que me ame de todos modos, con enfermedad y todo. Pero no puedo hacerle eso.

Después de todo lo ocurrido con su abuela, me niego a ser otra carga en su vida. No puedo arrastrarla conmigo, esperando que le parezca bien no tener nunca hijos propios. Definitivamente no puedo pedirle que elija una relación con alguien que se marchitará como una planta hambrienta al envejecer. Maldita sea, no voy a follar como antes, y mucho menos a adorarla como se merece.

Cada decisión dolorosa que tomo esta noche es por ella.

La falsa fiesta en el club más exclusivo de Milán.

El arrebato de ira que tengo, que resulta en voltear una mesa y romper botellas por todos lados.

Los guardias me escoltan fuera del club y me tiran fuera.

Los paparazzi llamados por mí para estar allí al mismo tiempo, filmando mi muerte. Mi falsa embriaguez estará en todas las redes sociales mañana por

la mañana.

Dejo que la rabia me consuma mientras lloro por la vida que quería. Estoy sobrio durante cada maldito segundo de mi caída, queriendo recordar el dolor. Me lo merezco, sabiendo exactamente cuánto le dolerá a Elena cuando se despierte y se dé cuenta de que la he traicionado de la peor manera.

Puede que ella no crea que la amo después de todo lo que hice, pero siento que este se filtra por cada nervio de mi cuerpo. El amor no se trata de los sentimientos que alguien te da. Que se jodan las mariposas y la mierda. Que se jodan las películas que promueven finales poco realistas en los que el chico se queda con la chica, sin importar el drama y los obstáculos en su camino.

El amor es peligroso y letal. Tiene que ver con sacrificios y con la voluntad de proteger a las personas que te importan a toda costa. Puede que Elena no lo vea así, pero yo quiero salvarla.

Las pesadillas de Elena no tienen nada que ver con la que me convertiré un día. Para salvarla, mando a la mierda mi relación, y a mí con ella.

44



Elena

Me despierto con el teléfono cayendo de la mesita de noche tras vibrar una y otra vez. Me obligo a salir de la cama y me agacho para tomarlo, esperando ver que quien me llame a las 5 de la mañana tenga un buen motivo.

Tengo cuatro llamadas perdidas de Connor, ocho mensajes de Elías y múltiples notificaciones de Twitter. Antes de que pueda comprobarlo, mi teléfono vuelve a sonar con el nombre de Connor. Contesto sin pensarlo dos veces.

—Hola, Connor. Me acabo de despertar y he visto que me has llamado...

—*¿Dónde diablos estuviste anoche?* —La irritable voz de Connor me golpea como una inyección de cafeína.

Mi ritmo cardíaco aumenta. —¿Durmiendo en mi habitación de hotel?

—*¿Por qué no estabas vigilando a Jax?* —dice.

—¿Jax? Está con sus padres.

—*Revisa tus mensajes.*

Pongo a Connor en altavoz para poder abrir los mensajes que me ha enviado. Cada mensaje empeora progresivamente, desde que Jax se fue de fiesta con un grupo de desconocidos hasta que enloqueció y se fue. Lucho por conseguir oxígeno en mis pulmones.

—¿Por qué haría esto? —Las palabras salen en un suspiro.

—No lo sé, pero tienes que entender por qué necesito contratar a otra persona para terminar este trabajo. Necesito a alguien que sea objetivo sobre la situación. Fue un error, pensar que podrían trabajar juntos después de que ambos empezaran a desarrollar sentimientos. Lo reconozco.

—Espera. Por favor, no me digas que me estás despidiendo.

—No es nada personal. Sabes que creo que eres excepcional en tu trabajo, pero Jax... estás demasiado involucrada emocionalmente y necesito que alguien arregle esto cuanto antes.

—Déjame ser la que arregle esto. *Por favor*. —Odio rogar. Va en contra de todo en mí, pero estoy dispuesta a hacerlo por Jax y *Abuela*.

Connor suspira. *—Lo siento, pero no creo que sea una buena idea.*

—Pero... —Mi voz tensa me hace estremecer.

—Siento mucho tener que rescindir tu contrato antes de tiempo. Odio absolutamente hacer esto, especialmente porque he disfrutado teniéndote cerca.

—Lo entiendo. —Lo que hace que toda esta experiencia sea aún más dolorosa. He fallado. Simple y llanamente. Fallé tan horriblemente que espero que mi carrera pueda recuperarse de esto—. Gracias por la oportunidad. Yo soy la que lamenta lo ocurrido.

—Elena, por favor, no dejes que este despido o Jax derriben tu confianza. Realmente eres increíble en tu trabajo.

¿A quién le importa ser increíble cuando no tendré suficiente dinero para ayudar a *Abuela* a largo plazo?

—Gracias —logro decir.

—Por favor, no dudes en pedirme alguna carta de recomendación o referencia. Aunque Jax no funcionó, estoy seguro de que hay otros que encajarán mejor con tu tipo de servicios.

—Te lo agradezco. —Las consecuencias de la decisión de Jax hacen estragos en mis emociones; mi cuerpo tiembla mientras intento mantener la

compostura al teléfono.

—Haré que la compañía envíe tu último pago. Siéntete libre de llamarme si necesitas algo.

Una respiración temblorosa se desliza por mis labios mientras considero la pérdida de mi bono. —Adiós. Gracias por todo, Connor. Siento haberte defraudado.

—Cuídate, Elena. Adiós.

El clic del teléfono se suma al vacío en mi pecho. Todo gira a mí alrededor. Me recuesto en la cama y cierro los ojos, deseando que las lágrimas desaparezcan. La oscuridad con la que estoy demasiado familiarizada pide que se apodere de mí. Intento luchar contra ella lo mejor que puedo, pero la traición hace que la tristeza envuelva mi corazón roto.

Jax arruinó algo más que mi confianza en él. Le bastó una decisión imprudente para echar por la borda mi oportunidad de proporcionar a *Abuela* los mejores cuidados. Aprieto mi rostro contra la almohada para amortiguar mi llanto. La única persona a la que dejé entrar en mi vida, la arruinó en cuestión de veinticuatro horas.

Lloro por mi abuela y por mi ahora manchada reputación laboral. Mis lágrimas de tristeza se convierten en lágrimas de frustración cuando me culpo por haberme acercado a alguien como Jax. Me advirtió que no podía salir nada bueno de nuestra relación y tenía razón.

Pensé que era la salvación de Jax, pero resulta que era mi condena.

Nada bueno podría salir de él. No importa lo que haga, no puedo salvar a alguien que pretende ahogarse en el alcohol, el autodesprecio y la autocompasión. Especialmente cuando está desesperado por alejar a todo el mundo a costa de su propia depresión y ansiedad. Y lo más importante, no quiero hacerlo.

Me merezco algo mejor que eso. Joder. Me merezco algo mejor que *él*.

Paso la siguiente hora preparando mi equipaje para pasar el tiempo. Jax tiene que volver en algún momento para recoger su bolsa de carreras antes de sus rondas de entrenamiento, y yo necesito algo para ocupar mi mente.

Si no, acabaré llorando, y no quiero dejar que los pensamientos oscuros ganen hoy.

A las 7 de la mañana, Jax entra en la habitación del hotel como si fuera el dueño del lugar. Sus ojos se deslizan desde mi equipaje junto a la puerta para encontrarse con mi mirada.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño ante sus ojos enrojecidos, odiando que me recuerde la cantidad de alcohol que bebió anoche.

Su mirada indiferente hace que me duela el corazón. —Quería divertirme.

—¿Por qué mentir? ¿Por qué no pedirme que fuera contigo? —¿Por qué aplastar mi corazón con un martillo?

—Porque no te quería allí, obviamente. No estaba de humor para tu decepción y tu juicio.

—¿Pasó algo con tu madre? ¿Es por eso que vinieron a Italia? Si es así, no pasa nada si te equivocaste con el calor del momento. Lo entendería. —Sería difícil, pero estoy dispuesta a perdonarlo porque me importa.

—No. En absoluto. Tengo muchas cosas que hacer y necesitaba una noche sin ti. Quería una noche de sueño sin que te despertaras y gritaras.

Mi corazón destrozado se rompe un poco más ante sus palabras. —¿Así es como te sientes con respecto a nosotros? Hace un par de meses, todo lo que querías era ser diferente. La gente no cambia tan rápido. ¿Qué ha pasado? —Mi voz se quiebra.

—Ya no quiero estar cerca de ti. Las cosas están cambiando demasiado rápido, y no puedo seguir tu ritmo y las exigencias de la temporada. Siento cómo están terminando las cosas entre nosotros.

—No quiero tus disculpas. Quiero estar con alguien más fuerte que el miedo que lo retiene. —De alguna manera contengo el dolor en mi voz, escudando mi dolor tras un muro de hielo.

—Eso es bueno viniendo de la persona que tiene miedo a la maldita oscuridad.

Aspiro con fuerza, sin conseguir aliviar el ardor de mi pecho y mis ojos.

—Este no eres tú.

Voltea la cabeza hacia otro lado. —Entiendo que estoy demasiado jodido para manejar a alguien igual de jodido. Todo lo que está pasando ahora en mi vida demuestra que no puedo ser ese tipo de héroe para ti. Y no necesito salir con alguien plagado de pesadillas y malos recuerdos, o que arruina mi cumpleaños porque no puede ni siquiera soportar ver una película pensada para adolescentes. Puede que yo sea un desastre, pero tú eres igual. Sólo que lo ocultas mejor. Ve a casa y arréglate. Sana. Encuentra a alguien que sea mejor para ti que yo. —Su voz se quiebra.

Una sola lágrima se escapa de mis ojos y recorre mi mejilla. —No sabía que sentías eso por mí.

Su pecho tiembla, revelando su irritación contenida. —Ayer me di cuenta de eso, después de todo lo ocurrido con mi madre, necesito a alguien que me apoye, en lugar de que yo tenga que apoyarla. La vida es demasiado corta para pasarla con el tipo de persona equivocada.

La respiración entrecortada que suelto duele mucho. —La única persona que está equivocada aquí eres tú. Disfruta de tu vida, Jax. Espero que sea larga, para que puedas revolcarte en tu resentimiento y autodesprecio. Gracias por joderme el trabajo, y gracias por destrozar mi corazón hasta dejarlo en nada para que coincida con el tuyo. —Tomo mi equipaje y lo paso sin mirar atrás—. Y puede que tenga miedo a la oscuridad, pero quizá sea por una buena razón, ya que hay monstruos como tú ahí fuera. —Me alejo con la barbilla en alto a pesar de que mi corazón se resquebraja.

Me paso todo el viaje hacia un taxi diciéndome mí misma que puedo lograrlo. Que puedo mantener mis emociones neutrales hasta que esté fuera de la vista. En el momento en que entro en el auto, un sollozo me desgarra la garganta. Apago el teléfono y me dejo llevar por la tristeza y la traición, permitiéndome este momento de debilidad.

Me prometo a mí misma que cuando llegue a casa, no lloraré más. No por mi carrera. No por mi pasado. Y definitivamente no por la gente que no aprecia lo bueno de su vida.

Me he cansado de salvar a la gente a costa de mí misma. He terminado de aferrarme a un pasado de dolor, esperando que mejore sin ponerme a trabajar. Y, sobre todo, he terminado con Jax Kingston, y nada de lo que digan o hagan me convencerá de lo contrario.

45



Jax

—Espero que estés jodidamente feliz, pedazo de mierda. —Elías me empuja.

El sudor me corre por la cara después de una intensa sesión de práctica. Mis padres pensaron que sería una buena idea saltarse el resto del fin de semana de carrera, pero no podía hacerle eso a mi equipo. Además, fallar activaría demasiadas alarmas en Elena. Ya no me importaba una mierda ganar el Campeonato, no cuando ya había perdido tanto. Incluso estar unos puntos por detrás de Noah es mediocre. ¿Cómo podría estar feliz por la posibilidad de ganar un campeonato en un par de meses cuando no tengo nada que esperar después?

De alguna manera, Elías mantuvo a raya su ira durante unas horas mientras terminábamos las entrevistas y practicábamos alrededor de la pista. No era ningún secreto que estaba resentido conmigo por lo que le hice a Elena esta mañana, pero se mantuvo profesional frente a los reporteros y al equipo. Mi momento de paz llega a su fin cuando me mira fijamente con las fosas nasales dilatadas y los ojos enloquecidos en busca de mi sangre.

Elías me empuja de nuevo, provocando que los mecánicos nos miren.

Chasqueo. —Mantén tus manos quietas antes de que te muestre lo bien que se sienten las mías cuando reorganizan tu cara.

Elías gruñe. — Eres el peor compañero de equipo. El peor novio. Simplemente lo peor.

—¿Planeas compartir información nueva conmigo? —Me embolso las manos para ocultar su temblor.

—No debería haberle dicho que intentara nada contigo. Arruinaste todo. Ahora su abuela tiene que mudarse a una nueva instalación después de acostumbrarse a su nuevo hogar. Todo porque eres un idiota que no pudo mantener la calma durante un año. ¡Un maldito año! Elena y yo crecimos sin apenas nada y tú estás aquí arruinando su trabajo porque quieres. Voy a hacer de mi misión personal hacer tu vida miserable aquí. Te lo prometo.

Mi cuerpo se pone rígido. — ¿Qué quieres decir con que su abuela tendrá que mudarse de casa?

Los puños de Elías se aprietan. —Tu contrato se basaba en un pago mensual. Ahora que la temporada se acorta para ella, no puede pagar ese nuevo lugar. Y Elena no acepta la mierda de la gente sin que ella trabaje por ello, así que nunca aceptará mi dinero si le ofrezco pagar la estadía de su abuela. Créeme, lo he intentado. Tu pequeño truco no solo dificultó que otros la contrataran, sino que ahora ella no recibe el bono en el que confiaba para pagar sus facturas. Entonces, vete a la mierda, Kingston. Espero que haya valido la pena emborracharte para arruinar tu reputación y la de ella. —Elías voltea y sale del garaje.

Mierda. No pensé en el tema del contrato de Elena. ¿Cómo podría hacerlo cuando estaba luchando contra mis propias noticias?

Mierda. Mierda de puta. Por esto analizo demasiado las decisiones. Las irracionales como la que hice me llevaron a una mierda como esta. Ignoro la ansiedad arrastrándose en mi cerebro porque no tengo el lujo de enloquecer en este momento. Elena necesita mi ayuda lo quiera o no. Es lo menos que puedo hacer.

Me apresuro a la oficina de Connor y entro sin llamar.

—Era sólo cuestión de tiempo antes de que te volviera a ver. ¿Vuelves por más regaños? Me sorprende que la conferencia de esta mañana no haya sido lo suficientemente dolorosa para ti.

Créeme, su conferencia fue lo menos doloroso de toda mi semana.

—No estoy aquí por mí. Necesito hablarte de Elena.

Connor niega con la cabeza. — ¿Por qué te importa? Tú eres el que no la quería cerca.

Me siento en la silla vacía frente a su escritorio. — No la quiero cerca, pero eso no significa que creo que no se le debería pagar por todo el daño que he causado. Cubriré el resto del contrato de Elena, así que no retengas su pago por mi error. Considéralo pago por riesgos.

—Debo decir que no para que aprendas tu lección y vivas con las consecuencias de tus acciones.

Mi esperanza cae en picada. —Castígame como quieras. Me importa una mierda siempre que reciba el dinero que siempre planeó recibir. —Mi voz insinúa la desesperación que siento.

Connor se recuesta en su silla y me mira fijamente. —Dime por qué lo hiciste y veré si me siento a la altura de tu demanda.

—No.

—No estás en condiciones de negociar. Si no lo compartes, no es mi problema lo que le suceda. —Se encoge de hombros, despidiéndome.

Sopeso mi decisión con cuidado. Unas cuantas respiraciones profundas no hacen nada para aliviar la pesadez en mi estómago. —No planeaba arruinar su oportunidad de conseguir un trabajo y sus cheques de pago.

—Sin embargo, lo hiciste. —Golpea el escritorio con su bolígrafo.

Una respiración profunda. Dos respiraciones profundas. Tres, oh, al diablo con esta mierda.

—Me hice la prueba genética.

El rostro de Connor cambia de la ira a la compasión. —Joder.

—No obtuve los resultados que esperaba. —Aparto mi mirada de la mirada de Connor, temeroso de ver su compasión. Aceptar la simpatía de los demás

se siente como una forma de aceptar mi enfermedad y no estoy preparado para eso.

—Mierda, lo siento, Jax, aunque mi disculpa nunca será suficiente para ti. ¿Cómo puedo ayudar?

Trago, luchando contra los pensamientos que amenazan con consumirme. He evitado hablar con todo el mundo al respecto, incluidos mis padres, porque la negación parece más segura que aceptar el sombrío resultado de mi vida.

El primer pensamiento que tuve ayer fue cómo necesitaba alejar a Elena. No por mis propias razones egoístas, sino porque no podía ser lo suficientemente egoísta. Y seamos realistas, muchas decisiones en mi vida se han centrado en mí. ¿Pero terminar las cosas con Elena? Eso fue 100% lo más difícil que me hice.

—Quiero que las cosas sean normales. No necesito que nadie más lo sepa antes de que termine la temporada. Si siquiera decido decir algo.

—¿Pero la presión es buena para ti? No quiero que la F1 someta a tu cuerpo a más estrés.

—Esto es todo lo que tengo a mi favor. He sobrevivido toda mi vida detrás del volante, así que creo que puedo manejar el resto de la temporada.

Connor asiente con la cabeza. —Ayudaré a Elena. No te preocupes por eso.

—No le digas que es por mí, por favor.

—¿Realmente la estás dejando ir?

Aparto la mirada. —Ella nunca fue mía para quedármela. La vida conmigo sería como vivir en una jaula dorada, bonita a la vista, pero una jaula, al fin y al cabo.



Nunca he experimentado un dolor como romper el corazón de Elena. Aprender sobre mi diagnóstico y arruinar cualquier posibilidad de tener un futuro con la persona que amo todo eso en veinticuatro horas, me agotó.

Lucho contra todo lo que tengo para no llamarla y rogarle por una oportunidad. No luchar por ella y por nosotros porque no puedo imaginarme no tenerla cerca.

Se necesita una gran cantidad de fuerza para entrar en nuestro dormitorio después de la pelea de esta mañana.

Mi dormitorio.

Me ducho para tener algo que hacer. Algo en el cubo de la basura me llama la atención cuando estoy a punto de salir del baño. Agarro la papelera y la vuelco boca abajo. Cada luz de noche que compré para Elena cae en el fregadero. El dolor sordo en mi pecho se convierte en una herida en toda regla cuando encuentro sus pequeñas notas moradas que debe haber sacado de mi botella de píldoras.

Lucho entre querer estrellar mi puño contra el espejo y agarrar una mini botella de alcohol del refrigerador para ahogar mis emociones. Luchando contra el impulso, voto en contra de las dos opciones, con la esperanza de poder controlarme lo suficiente para superar esta mala racha.

Tomo las notas del fregadero. En lugar de devolverlos a la papelera, los guardo en mi bolso de mano. Me tiemblan las manos cuando arrojo cada lamparita a la papelera porque no las uso.

Me acuesto en la oscuridad, luchando por conciliar el sueño por primera vez sin Elena. Para evitar la tentación de llamarla, me dirijo al baño a tomar un trago de agua. El contenedor lleno de luces se burla de mí una vez más. Por capricho, tomo una y la enchufo al tomacorriente del lado de la cama de Elena.

Miro el auto de F1 y espero que algún día pueda encontrar en su corazón amar a otra persona. Causar su dolor ahora en lugar de más tarde parecía la mejor opción, pero el razonamiento detrás de mis acciones no alivia el dolor en mi pecho.

No puedo imaginarla empujándome en una silla de ruedas o renunciando a su elección de tener su propio hijo. Su vida ha estado plagada de sacrificio tras sacrificio, y no puedo encontrar en mí ser lo suficientemente egoísta como para aumentar su miseria.

Cierro los ojos, aceptando la angustia, sabiendo que tomé la decisión correcta por ella.



Mamá llama a mi puerta antes de entrar en la habitación del hotel. —¿Tu papá quería que te preguntara si estabas interesado en cenar con nosotros? No queremos que te vayas a dormir con hambre antes de tu clasificación de mañana.

No me molesto en levantarme de la cama. Después de poner una cara falsa durante las rondas de práctica, todo lo que quería hacer era regodearme en mis sentimientos. —No, gracias. Estoy bien pidiendo una comida en un momento.

Mamá se mueve al otro lado de la cama y se sube a ella. Ella se acuesta y toma mi mano como si fuera un niño de nuevo. —Dime cómo puedo mejorar esto. ¿Cómo puedo arreglarlo?

—No hay nada que arreglar. Está hecho porque destruí todo.

Aprieta mi mano con más fuerza. —Siempre puedes disculparte. Si te arrepientes, nunca es demasiado tarde para arreglar las cosas con Elena. Estás en un lugar vulnerable en este momento. Ella entendería más que nadie cómo las cosas pueden salirse de control.

—No, no lo hará. Me aseguré de que no quisiera estar conmigo nunca más, y mucho menos hablar conmigo. Usé cada momento secreto y vulnerable que ella alguna vez compartió conmigo en su contra.

—¿Por qué? —Mamá no puede evitar la tristeza en su voz.

—Porque no soy su caballero de brillante armadura. Soy la maldita parca, robando su maldito futuro.

—Me siento tan culpable. Me rompe el corazón escucharte hablar así. —Ella vuelve la cabeza. Algunas lágrimas caen por su rostro hasta mi almohada.

Una sensación de frío se esparce por mi cuerpo ante la angustia de mi madre. —Por favor, no llores. Lo siento.

—No puedo evitarlo. Eres mi hijo y te traje esto. Es mi culpa.

—Era una probabilidad del cincuenta por ciento. Las probabilidades estaban en mi contra desde el principio.

—Pero eras feliz. —Ella enjuga algunas lágrimas—. Finalmente estabas encontrando la felicidad. Debería haberte disuadido de hacer el examen. En cambio, te ayudé, pensando que sería diferente. Y ahora…

—Ahora salvé a Elena de una vida de dolor. No saberlo eventualmente me habría comido. Es mejor saberlo ahora que tarde, después del matrimonio y ...

—Niños. —Mamá asiente con la cabeza en comprensión.

—No habría podido negarle a Elena esa experiencia. Si alguna vez nos pusiéramos así de serios.

—¿No deberías dejar que ella decida eso?

—Ella decidiría apoyarme.

—Entonces es alguien a quien quieres en tu esquina desde el principio. —Mamá me ofrece una sonrisa temblorosa.

—No lo entiendes. No puedo soportar el peso de que ella no esté contenta conmigo. Nunca tendría un hijo propio, sabiendo que podría transmitir el gen. Eso y no querría que mi novia, o tal vez mi esposa algún día, me cuide mientras yo me consumo.

Ella retrocede, su cuerpo se tensa. — ¿Es así como crees que tu papá se siente por mí?

—Mierda. No. Papá te ama más que a nada. Pero no soy ciego al dolor que le causa al verte molesta y herida.

Su labio tiembla. —Te ruego que reconsideres tu relación con Elena. No querrás tomar una decisión seria cuando estás emocional y perdido. Recibiste noticias que cambiarían el mundo de cualquiera, y ese no es el momento de tomar una decisión que te cambiará la vida.

—Arruiné cualquier posibilidad de que volviéramos a estar juntos de cualquier manera. Tuve que hacerlo. Honestamente, no esperaba que la

prueba fuera positiva. —Mi voz se ahoga—. Pensé que tenía una oportunidad real porque los temblores mejoraron después de cambiar de medicamento y mi ansiedad estaba más controlada.

Hice bien mi trabajo, destruyendo todas las esperanzas de Elena de tener algún tipo de vida conmigo. La abracé herida como si fuera la mía, con cada palabra de dolor que escapaba de su boca y me golpeaba como una daga en el pecho.

Tenía esperanza, por una vez. Y como todo en mi vida, fue inútil y temporal.

Mamá me aprieta la mano con más fuerza. —Lo sé. Esperaba que no fuera así. Dios, oré día y noche después de concertar la cita.

Una lágrima se escapa de mi ojo. No estoy acostumbrado a llorar, pero siento que todo se derrumba a mí alrededor. Cada maldita cosa. —¿A dónde voy desde aquí?

—Te elevarás por encima de esto y aprovecharás todos esos años que te quedan. No puedo responder lo que quieres de la vida. Solo tú puedes.

—Todo lo que quería o pensaba que quería, parece imposible. —Miro hacia el techo.

—Sólo para ti. —Mamá permanece callada, haciéndome compañía en medio de mi miseria.

Mamá no dice nada más. Ella toma mi mano mientras me tambaleo al borde de la ruptura, no queriendo empujarme al borde.

Mi tristeza retrocede, reemplazada por el vacío.

Vacío negro y ensordecedor.

46



Jax

Respiro hondo mientras subo los escalones de mi jet privado.

—Oye imbécil, ¿estás planeando entrar o quieres hacernos esperar aquí afuera? —Liam grita detrás de mí.

Sophie se ríe.

—¿Por qué los invité a los dos de nuevo? —Apretando los puños, entro en la cabina. Los recuerdos inundan mi cabeza mientras reviso el asiento que siempre prefirió Elena. El vacío en mi pecho se convierte en anhelo mientras evalúo el rompecabezas completado.

—Porque eres un buen amigo y mi jet necesita una revisión de mantenimiento. —dice Liam detrás de mí mientras entra.

—Deberías volar en comercial.

Liam jadea burlonamente. —¿Me odias tanto?

Me dejo caer en una silla frente a la vieja de Elena.

Sophie mira el rompecabezas, trazando su dedo a lo largo del borde. —Guau. Esto es impresionante. No te identifiqué como una persona de rompecabezas.

—Él no lo es —Liam se desliza en la silla frente a mí.

—Oh. —Los ojos de Sophie brillan de reconocimiento.

—Las cosas que hacemos por los que amamos. —Liam da una palmada en la silla a su lado para que Sophie se siente.

—¿Por qué terminaste con Elena? —Sophie se muerde el labio inferior.

—No estoy hablando de esto con ustedes dos. No es demasiado tarde para que ustedes dos tomen otro vuelo. —La culpa destruye mi claridad mental mientras pienso en la verdadera razón por la que terminé las cosas con Elena. Odio la imagen no solicitada que se infiltra en mi cabeza de ella molesta conmigo, conteniendo sus lágrimas mientras levanta la barbilla en desafío.

Sobre todo, odio preguntarme si me arrepentiré de alejar a Elena por el resto de mi vida. Resulta que invitar a mis amigos a un vuelo no es nada útil, sino que me frustra al darles un pase de acceso total a mi infierno.

Liam frunce el ceño. —No seas un idiota con nosotros porque la cagaste.

—Basta —Sophie pellizca el costado de Liam.

—No. ¿De qué sirve andar con rodeos?

—Porque no conoces las razones de otras personas para lo que hacen.

Sí, Liam, escucha a tu novia. Busco a tientas mis auriculares, fingiendo ignorar su conversación.

—Basado en lo miserable que se ve, no creo que haya tomado la decisión correcta. Alguien tiene que ser la voz de la razón por aquí.

Oh, vete a la mierda.

—No sabes de qué maldito infierno estás hablando. —espeto—. Hay una diferencia entre tomar la decisión correcta y tomar la más fácil. No emitas juicios sobre mierda que no entiendes. —La ira se siente bien. La ira se siente tan jodidamente bien que quiero aferrarme a ese sentimiento en lugar de a la ansiedad que me arrastra una y otra vez.

La boca de Liam se abre. —Lo siento. Solo quiero ayudarte.

—No quiero la ayuda de nadie, especialmente para las cosas que no puedes empezar a comprender, y mucho menos ayudar.

El dolor cruza por el rostro de Liam. —Escucha, no puedo entenderte si no compartes lo que está pasando en primer lugar. Somos amigos y los amigos se ayudan unos a otros.

—Esto no es algo que se pueda deshacer con una sonrisa y un gran discurso de "*Vuelve a aceptarme porque soy un completo imbécil sin ti*". No todos podemos ser el maldito Liam Zander, el rey de las cagadas y que al final consigue lo que quiere —Mi piel se calienta y se irrita, y me apresuro a levantarme.

Mis ojos se posan en el rompecabezas. Cada emoción se precipita a través de mí, haciendo que me duela el pecho mientras evalúo los globos aerostáticos. El recuerdo de llevar a Elena al festival atormenta mis pensamientos. Una imagen de ella, radiante mientras sonríe al cielo con la misma reverencia que guarda para mí. De cómo me besó hasta que ambos labios se hincharon, susurrando dulces palabras al cielo.

Los globos me recuerdan a ese tonto estúpido y esperanzado que accedió a una prueba por amor. La ira y la tristeza se fusionan, reemplazando el recuerdo con desesperación.

Antes de que alguien tenga la oportunidad de detenerme, paso el brazo por la mesa. Cientos de piezas de rompecabezas vuelan por el aire, esparcidas por la alfombra negra como copos de nieve.

Copos de nieve.

Otro recuerdo de las esferas de nieve de Elena me asalta como balas de un rifle automático. Me aferro a la camisa como si pudiera amortiguar el dolor que resuena en mi pecho.

Pisoteé las piezas del rompecabezas mientras camino hacia el dormitorio en la parte trasera de la cabina, rompiendo algunas sin querer con mis botas. El golpe de la puerta detrás de mí coincide con el latido de mi pecho antes de que me encuentre en silencio.

El silencio no es para los débiles de corazón. Ahí es donde los demonios salen y juegan.

Bienvenido de nuevo, hijo de puta.



Un golpe suave me despierta. Me levanto de la cama y abro la puerta para encontrarme con Sophie mirándome.

—Oye, ¿podemos hablar?

—¿Tengo opción?

Liam llama desde el frente de la cabina. —No, puedes apostar que no, maldito idiota. Y será mejor que trates a mi novia con respeto o, de lo contrario, romperé esa sonrisa arrogante de tu cara.

Sophie murmura lo siento.

Saco la cabeza del dormitorio y me encuentro con la mirada de Liam. —Lo siento por ser un idiota antes.

Sus ojos se suavizan.

—Si, si lo que sea. No te pongas a llorar. —Él devuelve la sonrisa mientras se limpia debajo de los ojos con el dedo medio.

Dejo escapar una carcajada mientras abro más la puerta para que Sophie entre. —Entra.

—¡Y mantén la puerta abierta, Sophie Marie Mitchell! Conoces la regla sobre otros chicos. —La voz de Liam hace eco.

Se muerde el labio para ocultar su risa. Ignoro la protesta de Liam mientras cierro la puerta detrás de mí.

—Lamento haber enloquecido antes. —Me siento en una silla frente a la cama.

—Y yo lamento que estés sufriendo ahora mismo. —Sophie me imita, sentándose en el borde del colchón.

—Todavía no debería reaccionar así. Soy mejor que dejar que un arrebato de ira me controle.

—Todos tenemos emociones. Honestamente, estoy agradecida de que te hayas expresado, con ira y todo, porque creo que has pasado demasiado

tiempo ocultando cómo te sientes.

Inclino mi cabeza hacia ella. —¿Por qué dices eso?

—Porque he estado contigo durante casi dos años. Todo el mundo sabe que lo que se esconde detrás de la fachada de playboy nunca es bonito.

—¿Y qué te hizo llegar a esta conclusión?

—Comparé lo feliz que parecías con Elena con cómo estás ahora sin ella.

Respiro hondo en un intento de aliviar mi creciente preocupación por Sophie metiéndose en mi cabeza. —¿Y?

—Y es obvio que la amas lo suficiente como para sentirte miserable en su ausencia.

—¿No podemos hablar sobre...

Sophie se pone de pie y se acerca a mí. Ella se inclina para envolver sus brazos alrededor de mi cuerpo y tirar de mí hacia ella.

—No sé por qué rompiste con ella, pero no tienes que enfrentar tu tristeza o ansiedad solo. No tomes las pastillas. Permítenos estar ahí para ti, y por favor no nos alejes. Especialmente a Liam. Él se preocupa mucho por ti y solo quiere apoyarte, si lo dejas.

—No sé cómo empezar a explicarme.

Ella se aparta y sonríe. —Esa es la belleza de la amistad. Nos quedaremos, con o sin una comprensión completa de lo que está pasando.

Por primera vez en unos días, siento alivio. Tengo amigos que se preocupan lo suficiente por mí como para no dejarme caer en un círculo vicioso de pastillas y beber para combatir sentimientos abrumadores.

Y con alivio llega la más pequeña llama de esperanza de que superaré esto.



Mi misión personal es asegurarme de que mi error no cause más daño a Elena. Después de arreglar sus finanzas con Connor, necesito hacer

conexiones por ella. Empiezo con el equipo que mejor conozco y planeo trabajar a partir de ahí.

Liam me preparó para reunirme con James Mitchell, el director del equipo de Bandini y el hombre que básicamente dirige el espectáculo allí. Puede que tenga el cabello canoso y algunas arrugas, pero el hombre es una auténtica bestia. Creo que puede superarme en press de banca cualquier día de la semana.

James me mira con severos ojos verdes antes de dejarlos caer sobre el papel frente a él. Cruza las piernas y se inclina hacia atrás en su silla de oficina, golpeándome con el ceño fruncido. —¿Por qué ella?

—Noah me dijo que no le gustan los representantes de relaciones públicas de Bandini. Pensé que también podría resolver tu problema mientras arreglaba el mío.

De acuerdo, más como Noah cedió después de que le expliqué la situación de Elena debido a mi error, pero James no necesita saber eso.

Él levanta una ceja oscura. —Déjame aclarar esto: la cagaste y la despidieron, pero quieres que otra empresa la contrate. Me pregunto por qué es así.

Por fuera, soy el Jax habitual, frío e indiferente. Pero por dentro, me estremezco de lo lejos que llegó mi lío que incluso James lo sabe.

—Ella es muy trabajadora y sabe lo que hace. Mis acciones no reflejan su ética de trabajo. Todo lo contrario, ya que duró casi toda una temporada a mi alrededor.

—Sin embargo, tú eres el que tiene un trabajo bien remunerado mientras ella no tiene uno. Es curioso cómo funciona el mundo.

—No es gracioso. Si no quiere contratarla, está bien. Llevaré sus referencias a Sauvage.

—Yo no dije eso. Pero dime, ¿por qué te importa si la contrato? —Permanece estoico a excepción de la más pequeña contracción en sus labios.

—¿Tengo que explicárselo?

—Por favor, dilo lentamente para asegurarte de que lo escucho todo. Me estoy haciendo viejo.

Me siento tentado de hacer que se enoje, pero me abstengo porque la contratación de Elena es más importante que mi dedo medio nervioso.

—Liam me habló de ti.

—Todo lo que dice es probablemente una versión diluida de la verdad. Será mejor que recuerdes eso. —James me golpea con una amplia sonrisa esta vez.

Toco mi rodilla con mi mano temblorosa. —Quiero que la cuiden. Ella no merece perder todo por lo que trabajó por mi culpa. Cometí errores, grandes, pero no era mi intención que ella perdiera lo que más le importa.

—Por lo que estoy recopilando durante esta conversación, no sé si eso es lo que más le importa a ella.

Arrugo la frente. —¿Cómo lo sabes?

—Si estar aquí es una inclinación de cuánto te preocupas por ella, tengo la sensación de que ella siente lo mismo. No es que esté aquí ofreciendo consejos gratis, pero si fuera tú, consideraría arreglar las cosas. Puedo echar un vistazo a su currículum y considerarla para un trabajo, pero eso no cambia el daño que has causado.

—¿Considerar?

—No empujes tu suerte. Dile que la amas. Grandes gestos como este son dulces y todo, pero...

—Ella no puede saber. —solté.

James inclina la cabeza hacia mí. —Eso es interesante. ¿Por qué?

—No quiero que sepa que la recomendé para el trabajo, si decides contratarla, claro. —Y espero que lo haga.

—Te lo voy a decir directamente, de manera similar a como lo hice con Liam.

—Joder. — susurro en voz baja.

—Ah, estás familiarizado con mi consejo no solicitado. Bueno, permíteme ser tu padre sustituto durante diez minutos, ya que eres amigo de mi hija y todo eso. Considerando esta situación detenidamente. Las personas tienen suerte de encontrar a alguien a quien aman, me refiero a que aman de verdad, una vez en la vida. —Toca el currículum de Elena para enfatizarlo —. Si Elena es esa persona para ti, deja tu mierda a un lado y arréglala. Deja de lado el orgullo, saca tu mejor disculpa y reconócelo. Los errores se pueden olvidar, pero el tiempo perdido nunca se puede recuperar.

Su declaración me golpea duro, y no por su intención original.

Elena no puede perder el tiempo con alguien como yo.

Alguien que está destinado a vivir una vida envuelta en momentos difíciles.

Alguien que nunca tendrá sus propios hijos, y mucho menos estará vivo para sus nietos.

Alguien que nunca será digno de ella, no importa cuánto desearía que no fuera así.

Y la última declaración es la más verdadera de todas.

47



Elena

En el momento en que vi mi cuenta bancaria, llamé a Connor.

—¡Cometiste un error! —Me salto las cortesías y voy al grano.

—Puedo asegurarte que no lo hice.

Camino por el pequeño pasillo de mi piso. —Me dijiste la semana pasada que solo me pagarían por los meses que completé. Definitivamente, este no es el precio que acordamos. —Reviso el extracto bancario una vez más para asegurarme de que veo las cosas bien—. Demonios, este ni siquiera es el precio de bonificación por el que firmamos.

Él suspira. —No debería haber dicho algo así cuando estaba enojado. Trabajaste duro para ayudar a Jax y no debería reprocharte su error. En cuanto al bono, considérelo un pago por riesgo.

—¿Pago por riesgo?

—Ya sabes, por Jax siendo un idiota y jugando con tu reputación. Por cumplir con tu acuerdo de confidencialidad y no compartir nada de lo que Jax podría haber dicho o hecho durante su tiempo juntos.

—No puedo aceptar esta cantidad de dinero por eso. —Incluso yo tengo valores y aceptar doscientos mil euros por un trabajo fallido parece que me estoy aprovechando de la situación.

¿Jax rompiendo mi corazón duele? Sí.

¿Merece el precio de un año extra de pago? Definitivamente no.

—No sé qué decir. —Suspiro.

—Di que lo aceptarás y seguirás adelante. Tengo una reunión a la que ir y no tengo tiempo para charlar y chismear juntos sobre chicos.

Dejo escapar una risa suave. —Sin embargo, eres el primero en chismear.

—Bien. Me atrapaste. En serio, fue un placer hablar contigo, pero tengo que irme. Buena suerte con tu abuela y te deseo la mejor de las suertes.

¿*Abuela*? No recuerdo haberle mencionado eso a Connor. Le doy las gracias y cuelgo, atribuyendo la situación al bocazas de Elías. Apoyo la cabeza contra el respaldo del sofá y susurro mi agradecimiento a Dios.

Hay buena gente por ahí, solo necesito buscarlos en los lugares correctos.



—*Pareces exhausta.* —Caleb acerca la cámara de FaceTime a su cara.

Para decirlo bien, me veo como una mierda porque mi sueño nunca ha sido peor. Me niego a dormir más con luces, no después de todo lo que dijo Jax. El miedo y los malos recuerdos siempre han sido mi debilidad y tal vez Jax tenga razón. No todo lo que dijo, sino una pequeña parte. Necesito enfrentar mi miedo para dejar ir las pesadillas que me atrapan. Pero cosas como esta toman tiempo, ya que he tenido pesadillas seis de cada siete noches.

Toca la pantalla para llamar mi atención. —*Vamos, quita ese ceño fruncido.*

—¿Qué tal ahora? —Le ofrezco una sonrisa tensa.

—*Horrible y falso. Deja la mierda, Elena. Ya ha pasado una semana y apenas has salido de tu apartamento.*

—Apenas salí de mi apartamento antes de tener un trabajo viajando por el mundo.

—*JA, JA. Gracioso. No me hagas volar y patearte el culo.*

Mis ojos se entrecierran. —Me gustaría verte intentarlo. Déjame ver esos brazos de nuevo.

—Guarda el rompecabezas, ponte algo de ropa que no parezca pertenecer a un desfile de moda de Goodwill y sal después de que cuelgue.

—Wow gracias. Con tu encanto, deberías llamarme más a menudo. Está haciendo maravillas con mi autoestima.

—Oh por favor. Tenías a Jax Kingston deseándote, así que no puedo decir que seas poco atractiva. —Caleb se ríe hasta toser.

—¿Estás bien?

Me despide. *—Estoy bien. Tú eres la que me preocupa. No estaba seguro de si estabas de mal humor como Jax, y por lo que parece, estas casi tan mal como él.*

Mi corazón se hunde ante la mención de Jax. —Caleb, por mucho que quiera hablar contigo, no quiero hablar de Jax.

—¿Ni siquiera quieres saber cómo ha estado?

—No.

—¿O lo miserable que es sin ti? Parece un desastre durante sus entrevistas. El tipo tiene las ojeras más oscuras que incluso Sephora no puede arreglar.

Eso es interesante. Mi ceja se levanta, pero mis labios permanecen en una línea neutra. —Ni siquiera eso.

—Está bien, muy mal, te lo voy a decir de todos modos. Parece basura en una semana sin ti. Nunca he visto a un hombre tan deprimido y deprimido por dejar a alguien. ¿No te parece extraño?

Esperaba que Jax estuviera mejor sin mí. Después de todo lo que dijo, pensé que quería terminar conmigo.

Por su puesto que lo hace. Nadie le dice lo que le hizo a alguien con quien quiere estar.

—Creo que estás leyendo demasiado sobre las cosas. —Tiro del hilo suelto de mi manta—. Eres joven y no has tenido una relación. Las palabras que dijo no se pueden retractar con una disculpa.

—Puede que sea joven, pero he pasado por mucha mierda. Y no soy estúpido ni ciego. No sé qué te dijo, pero por su aspecto, lo está comiendo por dentro.

—Genial, es humano después de todo. —murmuro en voz baja.

—Mira, algo en esto no está bien. Obviamente, no es feliz sin ti. Obtuvo el séptimo lugar en la última carrera. ¡Séptimo! Los corredores como él no pasan del podio al nivel medio. ¡No cuando está a un par de carreras de vencer a Noah por el título! Hola, no ha ganado un campeonato en años.

—Es una pena. —Mi voz plana no coincide con la preocupación que se abre camino en mi cerebro. No debería importarme que la actuación de Jax arriesgue su oportunidad en el Campeonato Mundial, pero me resulta difícil no sentir empatía.

Aquí estoy, experimentando la misma empatía que me metió en este lío para empezar.

—Cállate. —Caleb suspira—. *Tal vez esté enfermo.*

Pongo los ojos en blanco. —¿Enfermo de qué? ¿Romper su propio corazón?

—Ahora finalmente lo entiendes. —susurra Caleb al techo.

Dejo escapar una carcajada. — ¿Y qué, oh sabio, me sugieres que haga?

Caleb sonríe. Se vería bastante siniestro excepto que sus anteojos con montura de carrey le quitan el aspecto. *—¿Tú? Nada. ¿Él? Todo.*

Me quedo callada porque tengo miedo de preguntar. Estoy agradecida por Caleb. Él y Elías me han mantenido cuerda durante la última semana mientras procesaba mi ruptura con Jax. Sin ellos, estaría hasta las rodillas en comida para llevar y vino barato para aliviar el dolor.

Caleb mira hacia un lado. *—Uf, Elena, alguien vino a revisar mis signos vitales. ¿Te enviaré un mensaje más tarde?*

—Seguro. Adiós.

Cuelgo y vuelvo a preparar la cena. Todo el tiempo, lucho por dejar de pensar en lo que dijo Caleb. La única pregunta que pasa por mi cabeza es

por qué.

¿Por qué Jax lucha después de terminar todo con nosotros?

¿Por qué me importa lo que le pase?

¿Por qué siento la necesidad de llamarlo y ver cómo está a pesar de lo mal que me trató?

Borro la última pregunta de mi mente, sin permitirme preocuparme ni un segundo más. Como una cena triste para uno antes de meterme en la cama. La oscuridad inunda la habitación mientras apago la última luz y empujo las mantas hasta mi barbilla.

Mi corazón se acelera durante unos minutos antes de calmarse. Me quedo dormida, esperando no tener más pesadillas.



Corro de mi cama a mi cocina después de oler mi cena quemada. El humo sale del horno cuando abro la puerta, maldiciéndome por olvidarme de poner un temporizador.

—Excelente. Pasta será. —Me pongo mis guantes de cocina y saco el sartén del horno. Se me escapa una tos mientras abanico el aire a mí alrededor.

Dicen que hablar con uno mismo es un signo de locura, pero resulta que últimamente lo encuentro bastante reconfortante. Siempre estoy acostumbrada a estar ocupada. He sido una gran trabajadora desde la universidad y me resulta difícil relajarme como lo he hecho últimamente.

De ahí el reciente intento de probar nuevas recetas.

Mi teléfono suena en la otra habitación. Lo ignoro mientras lleno una olla de agua. El timbre comienza de nuevo. Dejando atrás la olla medio llena en el fregadero, salgo de la cocina y encuentro mi teléfono escondido en algún lugar entre las sábanas de mi cama. Mi teléfono deja de sonar antes de que pueda contestar.

Emite un pitido con un nuevo mensaje de voz. Lo desbloqueo y presiono reproducir, curiosa por el nuevo número.

—"Hola, señorita González. Este es James Mitchell, el director del equipo de Bandini. No tuve la oportunidad de conocerte mientras trabajabas con McCoy, pero he escuchado cosas buenas de Connor y Noah sobre tu trabajo. Necesito un agente de relaciones públicas que pueda ayudar a mi equipo con las conferencias de prensa y la gestión de su imagen. Necesitamos a alguien que trabaje de forma remota desde Mónaco pero que pueda estar en espera para vuelos y conferencias de última hora. Si esto es algo que le interesa, por favor contácteme a más tardar este viernes para discutir la logística. Si no, tomaré tu silencio como un rechazo y pasaré a otra persona. Qué tenga un lindo día".

Ay Dios mío. De ninguna manera.

Primero las noticias de Connor hace unos días, y ahora esto. No puedo tener tanta suerte.

¿Puedo?

Quiero decir, rezo y todo eso, pero no pensé que Dios obraba de tantas formas misteriosas. Apretando mi teléfono contra mi pecho, me dejo caer en mi cama, agradeciendo a quien quiera que esté allí ayudándome.

A pesar de todo lo que me pasó la semana pasada, sonrío y agradezco a Dios por las pequeñas bendiciones.

La paz solo dura unas horas antes de que me despierte sola y en la oscuridad, llorando por mis padres perdidos. El miedo me paraliza mientras recupero el aliento. La pesadilla me recuerda lo verdaderamente sola que estoy y lloro hasta quedarme dormida.

La oscuridad gana esta noche, robando mi felicidad.



El timbre de mi teléfono me despierta. Mi vista está medio borrosa cuando lo tomo de mi mesita de noche.

—¿Hola? —mi voz ronca.

El silencio en el otro extremo del teléfono me pide que compruebe quién llamó. En retrospectiva: debería haberlo hecho antes de responder. *Mierda*.

—¿Jax?

La respiración pesada y el crujir de las sábanas me dicen que todavía está en la línea.

—¿Por qué diablos me llamas tan tarde? En realidad, ¿por qué diablos me llamas?

—*No lo sé.* —maldice

Excelente. Marcare recibir una llamada del culo borracho de un ex de mi lista de deseos.

—Entonces, me llamaste porque estás bebiendo de nuevo.

—*No.* —Responde demasiado rápido.

—No quiero hablar contigo. Y especialmente no quiero hablar contigo cuando estás borracho.

—*No quise beber esta noche.*

—Sin embargo, de alguna manera estás arrastrando las palabras.

—*Bebí solo.* —dice con hipo— *en la habitación de mi hotel para celebrar mi victoria.*

—Felicitaciones, lo más probable es que hayas ganado el Grand Prix de Singapur por el resto de tu vida y el Grand Prix de Singapur en un fin de semana. Debes estar muy orgulloso.

Él suspira. —*No estoy orgulloso. Estoy sobreviviendo*.

—¿Por qué me llamaste? —Pronuncio mis palabras con una pizca de amargura.

—*¿Quieres la verdad?*

—Contigo, tal vez la mentira sea mejor esta vez. Tu versión de la verdad es un poco brutal para mi gusto.

—*Bien. Mentiras serán. No te extraño.*

Mi corazón se aprieta en mi pecho.

—Estoy colgando ahora. —Sin embargo, no encuentro la voluntad de presionar el botón rojo en la pantalla.

—Mentira. Estoy feliz sin ti. —Él suspira— *No pienso en ti en absoluto. No me despierto todas las mañanas, soñando que estás ahí, solo para darme cuenta de que nada de eso es real. Mentiras, mentiras, mentiras.*

Mi frustración crece a medida que juega conmigo. —No puedes llamarme, borracho y solo, diciendo que me extrañas cuando me alejaste. No estoy aquí para consolarte. Arruinaste todo para mí. —Nos arruinaste.

—Lo sé. —dice sombríamente—. *Solo quería escuchar tu voz. Fue egoísta de mi parte.*

—¿Por qué hacerlo entonces?

—Para recordarme por qué todo esto vale la pena. El dolor, la soledad, todo. Para no rendirme y rogarte para que me aceptes de nuevo.

—Jax ... no sé lo que quieres que diga. —Me duele el corazón en el pecho, sordo y palpitante ante su admisión. No puedo empezar a comprender la complejidad de su mente.

—Nada. Esto fue suficiente, así que gracias por responder. Lo siento, por llamar. No volverá a suceder. —Cuelga antes de que pueda responder.

Mi confusión se convierte en ira antes de convertirse en tristeza. No entiendo la verdadera razón de Jax para llamarme, pero sí sé que dejó un agujero en mi corazón del tamaño de su puño.

48



Jax

Mierda. Lo jodí.

Beber fue una idea terrible. Pero enojarme y llamar a Elena es exactamente la razón por la que tengo problemas de confianza con el alcohol.

Le escribo un mensaje de disculpa en cuanto me despierto por la mañana. Cuando mi dedo se cierne sobre el botón de enviar, me detengo y llamo a Sophie.

—Hola. Necesito ayuda. —Mi voz ronca establece el tono desesperado que siento en este momento.

Sophie gime. —¿A las 7 de la mañana?

—¿Puedes explicar por qué diablos estás llamando a mi novia al amanecer? —El discurso irritado de Liam es interrumpido por su bostezo.

—Quería pedirle un consejo.

—Está bien. Me debes un Starbucks después de despertarme tan temprano. —responde. Sophie murmura algo que solo puedo imaginar apaga la molestia de Liam. Me atragantaría si no estuviera celoso.

—Está bien, olvídate del Starbucks. Moléstanos todas las mañanas por lo que me importa. —Liam se ríe.

Las sábanas crujen cuando Sophie me pide que espere un segundo. Una puerta se cierra en su extremo del teléfono antes de que vuelva a contestar. —¿Entonces qué hay de nuevo?

—Siento molestarte tan temprano.

Ella ríe. —No te preocupes por eso.

—Entonces, cometí un error anoche.

—¿Cómo? —La voz preocupada de Sophie se suma a mi culpa.

—Me derrumbé y llamé a Elena después de beber.

Ella deja escapar un profundo suspiro. —Está bien, no es tan malo como pensaba. ¿Qué dijiste?

—Cosas que no debería. Admití cómo me siento.

—Estoy teniendo problemas para seguirte sobre por qué esto es algo malo. ¿Le dijiste que la extrañas?

—Sí. —siseo—. No es bueno porque no quiero darle falsas esperanzas. Y ahora me preocupa si debería enviarle un mensaje de disculpa o fingir que nunca sucedió.

—¿Por qué quieres disculparte por decirle la verdad?

Lucho entre decirle a Sophie la verdadera razón por la que aparté a Elena o fingir que ya no necesito su ayuda. La desesperación por volver a herir a Elena me hace dejar de lado mi orgullo.

—No he sido completamente honesto contigo acerca de por qué terminé con Elena. Es más complicado de lo que piensas.

Casi tan complicado como los cables en mi cerebro que me dicen que persiga a Elena a pesar de todo hasta este punto.

—Dame un segundo. —murmura Sophie en el teléfono. Escucho atentamente sus pasos cuando vuelve a abrir una puerta—. Liam, asegúrate de que mi café tenga un shot de Baileys.

—¿Tan temprano? —El micrófono del teléfono capta su voz.

—Jax, ¿crees que necesito alcohol para esta conversación?

Mi murmullo de confirmación hace que ella siga echando a Liam por la puerta de su habitación de hotel.

—Entonces, dime qué está pasando.

Después de hacer que Sophie jure que guardar el secreto, comparto todo lo que ha sucedido hasta este momento. Al final de la conversación, ella solloza en el teléfono, su tristeza coincide con la forma en que me siento.

—¿Por qué yo? ¿Por qué soy el primer amigo al que le dijiste?

—Porque estoy desesperado por el consejo de una mujer sobre cómo disculparme por un descuido.

—Pero ese no es el consejo que quiero darte. —Ella solloza.

—Por mucho que aprecio tu consejo, no puedo darle a Elena más que esto. Así que por favor ayúdame a pensar en qué decir —susurro, resignado por la situación.

—Está bien, primero tienes que disculparte por tu confesión borracho. —Sophie continúa divagando, dándome una lista de instrucciones.

Después de escribir lo que Sophie considera el mensaje más perfecto, presiono enviar sin dudarlo.

Yo: Decir que lo siento nunca será suficiente, pero quiero decirlo de todos modos. Lamento haberte llamado porque estoy demasiado débil para alejarme de ti por más de dos semanas. Lamento ganarme tu confianza y arruinarla con mis decisiones. Lamento romper tu corazón cuando confiaste en mí para protegerte y eso. Lo siento por ser egoísta en primer lugar, esperando que nos enamoremos, solo para romperlo cuando las cosas se pusieron difíciles. Y, sobre todo, lo siento por no ser el hombre que te mereces, pero desearía serlo de todos modos.

Sophie cuelga después de asegurarme que no le contará a Liam mi secreto.

Pasan minutos sin respuesta. Intento ocuparme de hacer ejercicio y ver imágenes previas a la carrera, mi incertidumbre y mi preocupación

aumentan a medida que pasa el tiempo.

Mi teléfono emite un pitido y me apresuro a levantarlo, derribando mi computadora portátil en el proceso. —Mierda.

La única persona de la que no esperaba un mensaje enciende mi teléfono.

Elías: Si valoras tus dedos, no le vuelvas a enviar mensajes de texto a Elena. *Chinga tu madre, pendejo*.

La comprensión que no quería aceptar me golpea, destrozando cualquier última esperanza de que Elena alguna vez me perdone.



—Oye, idiota. Buena suerte con tu clasificación hoy. Todavía estoy enojado contigo, pero espero que te coloques en P1. —Caleb pone los ojos en blanco ante la cámara de FaceTime.

El equipo de boxes me ignora mientras me apoyo en mi auto de carreras, escuchando a mi entrenador. —Gracias por las dulces palabras. También te quiero, amigo.

—Si tu amor se acerca a lo que tenías por Elena, tendré que pasar. —Caleb convierte sus palabras en balas, perforando mi armadura cuidadosamente erigida.

—¿Qué sabes sobre el amor?

—Lo suficiente para saber que la cagaste.

—¿Me vas a decir lo mismo antes de cada clasificación?

—Si eso es lo que necesitas para sacarte la cabeza de tu culo, entonces estoy totalmente de acuerdo.

Mis ojos se mueven de la pantalla a Elías, quien me frunce el ceño desde el otro lado del garaje. —Menos mal que solo me quedan un par de clasificatorias entonces. No puedo imaginar mi vida sin tu actitud alegre.

—Eso es lo que obtienes por romper el corazón de Elena. ¿Qué te dije?

—No respondí tu llamada para que pudieras sermonearme. —espeto, el cansancio absorbiendo mi paciencia. La culpa ya me dificulta funcionar todos los días, así que lo último que necesito es un chico de dieciséis años que me enseñe lo poco que sabe sobre el amor.

—No, respondiste para aliviar tu culpa. No soy como la ayuda pagada que tienes a tu alrededor. Te voy a criticar por tus tonterías.

—Por supuesto. Desafiándome.

—Tienes que ir a perseguir a tu chica. Ya han pasado tres semanas. ¿Que estas esperando?

Un milagro suena un poco religioso para mi gusto, así que lo mantengo falso.

—A veces la gente no funciona.

—Bueno, esas personas son idiotas como tú que destruyeron su relación con un error.

—He hecho todo lo que he podido para corregir mis errores y asegurarme de que la cuiden.

—¿Espera, que? —Caleb me mira con sospecha.

Mierda.

—Me aseguré de corregir mis errores con McCoy.

—¿Cómo te aseguraste de que la cuidaran?

—¿De qué estás hablando? —Suave, Jax.

—Está bien, amigo, la quimioterapia puede apestar, pero no mata mis células cerebrales. Dijiste que hiciste lo que pudiste para asegurarte de que la cuidaran.

Un miembro de equipo me hace señas con la mano. —Me tengo que ir. Me están llamando para prepararme.

—No me hagas ir todo 007 contigo y ahondar en lo que estás escondiendo.

Mi risa sale forzada. —Está bien, James Bond. No sé qué medicina te dan, pero tus delirios son jodidamente alucinantes.

Caleb me mira con los ojos entrecerrados.

—*Buena suerte hoy, adiós.* —Cuelga sin dejarme decirle adiós.

Mierda. Por su bien y el mío, espero que no ande escarbando.

Elena no puedo saber que he estado detrás de sus oportunidades recientes.



Elías me da un susto de mierda cuando salgo de la línea de boxes.

—Mierda. ¿Te gusta acechar en las esquinas?

Su ceño se contrae. —Me atrapaste. He estado esperando el momento adecuado para saltar sobre ti.

—Si estás tratando de quejarte un poco más por Elena, guárdalo. He tenido un día de mierda. —Mi clasificación se fue al infierno después de mi conversación con Caleb. De alguna manera manejé mi pánico antes de que se convirtiera en algo peligroso, pero afectó mi desempeño.

—Quería agradecerte, en realidad.

Hago una pausa. —¿Qué quieres decir?

Elías se apoya contra la pared. —Elena me contó cómo Connor le ofreció una ridícula suma de dinero por todo el daño que causaste.

Me encojo de hombros. —Eso es genial. Al menos ella fue recompensada por mi idiotez. —Mi cuerpo se pone en alerta máxima mientras Elías me evalúa.

—Sí, gracias a Dios Connor es más amable que tú, ¿verdad?

—Cierto. —ofrezco con la voz más seca.

—Imagínate mi sorpresa cuando Elena me llamó la semana siguiente para decirme cómo James Mitchell de Bandini le ofreció un trabajo de relaciones públicas.

Alzo las cejas con sorpresa. —¿En serio lo dices? Tal vez mi mala prensa hizo que el enemigo se interesara en ella.

Elías niega con la cabeza. —Tú me dirás. ¿Qué tan loco es que estas dos coincidencias sucedan en el mismo mes para alguien como Elena?

—Tan loco como piensas que me importa que tengamos una conversación sobre mi ex novia. —Mis palabras tienen amargura. No quiero hablar de Elena, especialmente con alguien como Elías. Pienso en ella lo suficiente por mi cuenta sin su guardaespaldas personal y su mejor amigo fisgoneando.

La sonrisa de Elías se convierte en una sonrisa en toda regla. —Y luego recibí una llamada de Caleb que me gustaría citar 'supervisa a Elena y dame actualizaciones'. Pero antes de colgar, mencionó cómo has estado arreglando tus errores con Elena. ¿Qué opinas de eso?

Maldita sea Caleb, confiaba en ti. —Que eres una mierda conectando los puntos.

—Creo que estás ocultando algo. No es posible que Connor le ofrezca a Elena cien mil euros para que se quede callada acerca de trabajar contigo. Ni siquiera él es tan generoso.

Bueno, joder, Connor debe haberse sentido muy mal por Elena. —Eso es un montón de dinero. No sabía que valía ese tipo de pago por riesgo.

Los ojos de Elías se entrecierran. —Extraño. No mencioné nada sobre la prestación por condiciones de riesgo, pero Elena usó la misma declaración.

Joder, joder, joder. Abortar la misión.

—Salimos después de todo. Estamos obligados a tener el mismo humor.

—Cierto. De cualquier manera, podría odiarte por romperle el corazón, pero no puedo odiarte por mentirle para asegurarse de que se ocuparan de ella. Lo admiro, incluso si no lo admites. —Se pone de pie en toda su altura, poniéndonos al nivel de los ojos.

—No sé de qué estás hablando.

—Tu secreto está a salvo conmigo. Quería darte las gracias. —Elías me tiende la mano.

Lo agarro y lo sacudo. —Nunca planeaste contárselo, ¿verdad?

Él sonríe. —No. Quería confirmarlo por mí mismo. Creo que ya le has causado suficiente dolor, así que quiero que mantenga la dignidad de su trabajo.

—Eres un tipo muy correcto, Elías. Respeto eso.

—Ya es hora de que lo notes después de trabajar conmigo durante toda una temporada.

Dejo escapar mi primera risa genuina del día. Al menos puedo sobrevivir un día más sabiendo que mi sacrificio significa algo para Elena, incluso si ella no lo sabe.



—*Tenía la intención de hablar contigo*. —La voz de papá retumba a través del altavoz.

Me siento en el sofá de la suite de mi hotel, preparándome para una conversación largamente esperada. Desde mi diagnóstico, he mantenido neutrales mis conversaciones con mis padres, sin querer molestarlos más. Mamá no puede mirarme durante largos períodos de tiempo sin que se le llenen de lágrimas los ojos. Papá, por otro lado, se ha mantenido relajado y nunca indaga.

Debería haber adivinado que estaba esperando su momento. —Supongo que ha llegado el momento de que me la des.

—Te preguntaría cómo estás, pero supongo, según los videos de prensa, que apenas aguantas.

Me aferro al teléfono y presiono el botón del altavoz, queriendo que mis manos tengan algo que hacer. —Estoy emocionado de que termine la temporada.

—Puedo imaginar. Has pasado por muchas cosas en el último año.

—Subestimación del siglo.

—¿Cómo ha estado todo desde que alejaste a Elena?

—Como la mierda no cubre lo que siento por todo esto.

Él suspira. *—Bueno, sabes que no soy de los que dan vueltas por un tema.*

Aprieto el puente de mi nariz. —Golpéame con eso.

—He sido paciente, tratando de esperar a que esto pase y ver cómo manejas la situación con Elena. Pero ha durado demasiado y temo qué pasará si continúas por este camino.

—Me he mantenido recto. Sin fiestas ni drogas para sentirme mejor, no importa cuánto me gustaría que pudiera aliviar el dolor.

—Esa no es mi preocupación, aunque estoy feliz de que te hayas mantenido limpio y concentrado. Estoy hablando de un camino diferente.

—Elena y yo estamos separados.

—No es demasiado tarde para enmendar eso. Quiero hablar contigo y defender su caso.

Gruño. —No es así como funciona.

—Lo hace cuando no le estás dando una oportunidad justa de intentar las cosas contigo, con el diagnóstico y todo.

—Tú y ella no son lo mismo. Ella tiene la opción de marcharse, tú no la tuviste.

—Ahí es donde te equivocas. Todos tenemos opciones. Elegí quedarme con tu madre a pesar de que sabía que se enfermaría y necesitaría ayuda porque los amo a los dos más que a cualquier otra cosa en el mundo. Ninguna enfermedad podría alejarme.

Mis pulmones arden por la profunda inhalación que tomo. —Estabas casado. Tenías votos de no abandonarla. Solo aceleré lo inevitable con Elena.

—¿Que es qué?

—Que me voy a enfermar un día y no quiero derribarla conmigo.

—Tu madre no me derriba. Ese es mi punto, y por qué quería hablar contigo. Ella es la mejor parte de mis días y no podría imaginarlo de otra manera. Incluso cuando está en su peor momento, me siento agradecido de que esté allí para empezar. Por eso me quedé con ella cuando fue diagnosticada. No se trataba de un voto. Se trata de un sentimiento que tengo hacia ella con el que nada se puede comparar.

—Y es por eso que estarás devastado cuando ella muera. —digo con voz ronca—. Estás destinado a morir junto con ella en todos los sentidos que cuentan.

Amo a mi papá. Lo último que quiero ver es que la luz de sus ojos se desvanece poco a poco a medida que mamá empeora.

—No voy a morir. —Deja escapar un largo suspiro—. *Seré el mismo hombre que le prometió que lucharía por ella y por ti. No importa lo que le pase a tu mamá, siempre te tendré. Y eres el mejor regalo que me pudo haber dado. Por eso estoy aquí para decirte que saques la cabeza de tu culo y persigas a Elena porque los Kingston no nos rendimos con las personas que nos importan.*

Mi pecho se aprieta. —Te amo, papá. Te respeto por todo lo que me has dado, incluida la ayuda cuando más la necesitaba.

—Pero…

Dejo escapar un suspiro de resignación. —Pero no puedo seguir tu consejo esta vez.

Su suspiro suena similar al mío. *—Al menos dale un pensamiento y considera lo que dije. Y piensa en cómo sería la vida si te permitieras disfrutar de todos los buenos momentos con Elena antes de que la vida se ponga difícil. Son muchos buenos recuerdos para contrarrestar los duros.*

—Por ti, lo pensaré.

Su risa profunda resuena a través del teléfono. *—No me mientas. De hecho, hazlo.*

—Todo lo que he hecho es pensar en mis decisiones.

—Sin embargo, sigues siendo miserable. Me parece una mala decisión.

—¿Papá?

—Mmm.

—¿Cómo te sientes cuando mamá tiene un mal día?

—Como si quisiera destrozar el mundo y encontrar una solución para ella. Quiero gritar sobre cómo la vida no es justa y cuál es el punto de ganar todo este dinero si no puedo comprar lo único que quiero.

—Exactamente mi punto.

—Eso podría ser tu perspectiva. ¿Pero mi punto? Los días malos nunca superarán a los buenos. Nada puede reemplazar todos los recuerdos que tengo y todos los que seguiré haciendo con tú mamá. Entonces, no, hijo, tu punto es nulo y sin valor. Podría gritar que la vida no es justa. Pero la vida me dio a ella, así que es un sacrificio que estoy dispuesto a hacer. Tienes que preguntarte, ¿dejarás que Elena haga lo mismo?

49



Elena

Me desperté y me vestí para poder visitar a *Abuela*. La nueva instalación en la que la puse cuando comencé a trabajar con Jax está a solo unos minutos a pie. Todo en el lugar es conveniente, y lo extrañaré cuando se me acaben los fondos y tenga que mudarla. La constancia es esencial para personas como *Abuela* y me mata volver a perturbar su vida.

Entro al edificio y saludo al personal. Uno de los gerentes me llama por mi nombre y me pide que vaya a su oficina.

Un montón de escenarios pasan por mi cabeza sobre lo que quiere de mí. Año tras año recibí noticias decepcionantes sobre *Abuela*, y me temo que esto no es diferente. Me señala en la dirección de una silla vacía mientras toma asiento frente a mí.

—Entonces, Sra. González, lamento llamarla antes de que pudiera ver a su abuela, pero no quería perderla.

—¿Se encuentra ella bien?

—Oh sí. No quise causarte ninguna alarma. Ella está bien y está bastante feliz aquí. De eso es de lo que quería hablarte.

Me relajo en mi asiento mientras mi frecuencia cardíaca disminuye. —Oh Dios. Me preocupaba que sucediera algo.

—Si pasara algo, te llamaríamos y te pediríamos que vengas aquí de inmediato.

Cierto. Manera de sacar conclusiones precipitadas. Asiento con la cabeza.

—Sé que discutimos el desglose de las tarifas antes de que tuvieras que viajar. Quería informarle que el resto de la estadía de su abuela ha sido cubierto.

Mi mandíbula se abre. —¿El resto? Pero no sé cuánto tiempo será.

Hago los cálculos en mi cabeza, preguntándome quién donaría tanto dinero. La única persona que considero lo suficientemente astuta para hacer este plan es uno de los ciudadanos no reales más ricos de Londres.

El mismo que me rompió el corazón hace solo unas semanas.

Paso una mano temblorosa por mi boca, procesando el desglose de los honorarios que me muestra el gerente. Cuando le pregunto quién donó los fondos, responde que no puede decirlo.

¿Por qué Jax haría esto? ¿Por qué querría ayudarme después de decir que no quiere tener nada que ver conmigo? Este tipo de donación no es lo que hace alguien cuando no quiere volver a ver a alguien.

El único tipo de pregunta que sigue apareciendo en mi cabeza es *por qué.*

¿Por qué esto?

¿Por qué todavía le importa?

¿Por qué me dejó ir?

¿Por qué no me amaba lo suficiente como para compartir su carga conmigo?

Me despido del gerente y subo los escalones para visitar a mi abuela. Su frágil cuerpo se hunde en la cama. Me duele ver sus mejillas superficiales y sus ojos hundidos mientras me mira con las pupilas brillantes.

Tomo mi asiento habitual junto a ella y tiro de su mano a la mía. *—Hola, ¿cómo estás?*

—Marisol, no me gusta la última doctora. Me pinchó con una aguja. Quiero ir a casa.

Niego con la cabeza y suspiro, deseando que *Abuela* me recuerde una vez. Las lágrimas llenan mis ojos mientras asumo el papel de mi madre. Cada minucioso minuto agota mi energía, pero me mantengo fiel a mi promesa de visitarla.

Incluso cuando ella no me recuerda.

Incluso cuando se enoja por su situación y grita que la voy a dejar que se pudra en un asilo de ancianos.

Incluso cuando mi corazón se rompe día tras día cuando la visito, con la esperanza de que ella me recuerde, aunque sea por un segundo.

Cumplo con mi deber familiar, llevo la carga. Mis padres habrían hecho lo mismo y multiplicado por diez. Dejando de lado mi tristeza, disfruto el tiempo que tengo con *Abuela* hasta que las enfermeras me dicen que las horas de visita terminaron.

Me levanto de mi silla y estiro mis doloridas piernas.

—Marisol, ¿vienes mañana?

—*Si, como no*. —Me inclino y beso la parte superior de su cabeza antes de salir de su habitación.

Mi corazón se detiene. Mis pies se detienen. Todo a mí alrededor se detiene.

Vera se apoya contra la pared, golpeando con su bastón el ritmo del reloj sobre ella. Ella me ofrece una sonrisa tensa.

—Elena. —La piel alrededor de sus ojos se arruga, reflejando la tristeza grabada en su mirada.

—¿Vera?

—Parece que has visto un fantasma.

Miro su cabello rubio brillante y su piel de porcelana. —Estás pálida y todo, pero no. Me sorprende que estés aquí. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Tengo mis fuentes.

—¿Eres tú quien pagó para que mi abuela se quedara aquí indefinidamente?

Vera sonríe. —Prefiero que mis donaciones permanezcan en el anonimato. Presumir es tan del pasado.

—¿Estás detrás de mi nuevo trabajo y mi cheque de bonificación también?

Ella niega con la cabeza en desacuerdo. —Solo puedo asumir que fue por otro Kingston. Puedo ser fabulosa, pero incluso mi poder tiene sus límites.

Una risa desenfrenada se me escapa.

—Ven, vamos a dar un paseo. —Me ofrece su codo.

Entrelazo mi brazo con el de ella mientras aprieto mi mano sudorosa. —Por muy agradable que sea esta sorpresa, ¿qué estás haciendo aquí?

—Estoy cumpliendo con mi deber maternal.

—¿Por Jax? —Mis palabras reflejan la confusión sin duda grabada en mi rostro.

—Por ti. —Ella permanece en silencio después de eso.

Proceso sus palabras cuando salimos de las instalaciones de *Abuela*. El sol de finales de octubre nos ilumina mientras caminamos hacia la costa. Vera elige un lugar cerca de la orilla irregular, lo que nos brinda una buena vista del mar Mediterráneo.

Ambas nos sentamos juntas en un banco, similar a nuestra charla en Londres hace todos esos meses.

—Estoy aquí tanto por mis propias razones egoístas como porque creo que te vendría bien un consejo maternal. Tu madre te fue arrebatada a una edad tan joven. No puedo imaginar el tipo de dolor con el que has lidiado y las luchas que tienes ahora con tu abuela. Ser joven y llevar una responsabilidad tan grande sobre los hombros debe ser agotador.

Asiento con la cabeza. —La parte egoísta de mí está tan cansada.

—No es la parte egoísta, es la parte humana. Y eso es lo que te hace genuina.

Dejo caer la cabeza y me concentro en mis manos en puños en mi regazo.

—Algunos días es difícil visitarla.

—¿Porque cree que eres su hija?

Trago para combatir la sequedad de mi garganta. —¿Escuchaste?

Vera agarra mi mano en un gesto maternal que anhelo, recordándome sus temblores. —No sabía que su condición era tan grave.

—Es lo que es. —Me encojo de hombros.

—Oh, deja de lado esa positividad tóxica. No necesitas ser fuerte todo el tiempo. Dime cómo te sientes honestamente.

—Sola. Tan jodidamente sola que lloro hasta quedarme dormida algunas noches. —Con Elías viajando y *Abuela* en el estado en el que se encuentra, me siento privada de cariño hasta el punto que me asfixia como la oscuridad que desprecio con todo en mi ser.

Ella niega con la cabeza y me da una palmada en la mano. —Mi hijo es un idiota. Un idiota desinteresado, pero un idiota de todos modos.

La mera mención de Jax me pone nerviosa.

—Quiero contarte una historia, pero tienes que prometerme que escucharás hasta el final. No interrumpas hasta que termine.

Mis cejas se juntan mientras considero qué tipo de historia quiere compartir. Probablemente algo sobre Jax que me tiente a derrumbarme frente a su madre. Pero Vera merece mi respeto y mi tiempo, así que asiento con la cabeza a pesar de mis emociones que se estaban gestando.

—Me enteré de mi condición unos meses después de dar a luz a Jax. Cuando a mi abuelo le diagnosticaron la enfermedad de Huntington, mis padres me enviaron una carta de cortesía al respecto. Sin llamadas telefónicas, sin saludos, sin felicitaciones por dar a luz a un niño. Solo una carta básica deseándome lo mejor y sugiriendo que debería hacerme la prueba en caso de que sea portadora del gen. —La voz de Vera se quiebra.

Ella continúa, agarrándose más fuerte a mi mano. — No podía entender ese tipo de diagnóstico. Estaba recién casada y acababa de tener un hijo. Pero cuando me enteré de mi abuelo, fue como si mi mundo se detuviera. Zack

fue mi único sistema de apoyo mientras navegaba por el proceso de reunirme con un asesor genético. La única razón por la que pasé por la prueba en primer lugar fue por mi hijo. Podría haber vivido una vida feliz sin saber algo que no encontraría hasta una edad mayor, pero sabía que mi hijo merecía saberlo. Que merecía disfrutar cada momento que podía ofrecerle antes de que mi enfermedad comenzara a pasar factura.

Ella deja escapar un suspiro irregular. —Fue la decisión más difícil que tuve que tomar. Cuando descubrí que era portadora del gen, me enojé y luego me deprimí. Zack estuvo ahí para mí en cada paso del camino, asegurándose de que tuviera a alguien de mi lado. Y, oh Dios, Zack era apenas un adulto. Su carrera estaba comenzando a mejorar en la escena del box, y aquí estaba yo, una nueva esposa y una nueva carga para él. La noticia de mi diagnóstico y las hormonas posparto me hicieron caer en depresión. Un lugar profundo, oscuro y solitario lleno de dudas y odio. Por mí, por mi situación, por las probabilidades que tenía en contra de mi hijo recién nacido sin saberlo.

››Apenas vivía. Apenas respiraba, pero me aseguré de cumplir con mis deberes maternales básicos. Un día Zack me tendió a nuestro hijo y, querido Dios, todavía recuerdo su discurso hasta el día de hoy. Juro que sus palabras se escribieron solas en mi corazón y nunca se fueron. Zack dijo: “Puede parecer que el sol deja de brillar de vez en cuando debido a una nube, una tormenta o la noche, pero todavía está allí. Lo soporta todo para nutrir las vidas que dependen de él. Eres mi sol. No me importa si estás escondida por una tormenta o el maldito fin del mundo. No puedo vivir sin ti, y no puedo imaginar un mundo donde mi hijo quisiera tampoco” —Un par de lágrimas escapan de los ojos de Vera. Envuelvo mis brazos alrededor de ella y le doy un abrazo, todavía sin hablar como ella pidió porque necesita sacar esto.

—Dejé de brillar. Dejé de vivir. Permití que un diagnóstico que no me afectaría durante años absorbiera mi felicidad como un vacío. Pero la amabilidad de Zack y mi amor por Jax me sacaron de eso, junto con la terapia. Y es posible que te preguntes por qué le estoy contando todo esto, pero juro que es importante.

Ella deja escapar un profundo suspiro. —Entiendo a mi hijo más que nadie. Puede que tenga la constitución de su padre, pero tiene cada gramo de mi

corazón. Él te apartó en lugar de mantenerte para él. Le tomó años aceptar un asesor genético la primera vez, pero después de menos de una temporada contigo, estaba dispuesto a hacer el proceso de nuevo. Una luz que no había visto en él desde que era más joven finalmente se volvió a encender. Quería un futuro que fuera diferente al que se inventó en su cabeza sobre él viviendo solo por el resto de su vida.

Todo en mi cuerpo se tensa. Tengo miedo de lo que dirá a continuación, pero espero con la respiración contenida a que continúe.

Su voz se quiebra. —Como su madre, me preocupé cuando me preguntó sobre la prueba de nuevo. ¿Cómo podría no estarlo? Recé día tras día para que recibiera las noticias que tanto necesitaba y ansiaba. Excepto que no recibió las noticias que todos esperábamos. —Las pocas lágrimas que Vera derramó se convirtieron en una cascada por sus mejillas. Mi rostro imita el de ella, y no trato de apartarlas—. Me mata saber que mi hijo tiene la enfermedad de Huntington por mi culpa. Que él destruyera su futuro contigo me robó un poco del alma por el dolor que experimentó al hacerlo. Odio ver a mi hijo devastado por no estar con la persona que ama. No quiero eso para él.

¿Jax tiene la enfermedad de Huntington? No me duele el corazón, estalla en mi pecho como una bomba. Todo a mí alrededor se desvanece mientras miro a su madre, desesperada por que todo esto sea una broma.

—¿Fue diagnosticado? —Las palabras salen de mis labios en un susurro.

Mueve la cabeza hacia arriba y hacia abajo. —Dios, desearía que no fuera así.

Lloramos juntas, abrazándonos. Las lágrimas corren por mis mejillas mientras pienso en todo lo que Jax hizo para alejarme. Lloro por él y por su futuro del que desesperadamente quería escapar.

Ella se aparta de mis brazos, solo para agarrar mis manos entre las suyas.

—Amo a mi hijo con todo lo que hay en mí, así que he venido a pedirte que lo perdones. No estaba en un buen momento cuando te dijo esas cosas, y sólo las dijo para que lo odiaras. No puedo sentarme y ver cómo se convierte en la cáscara de alguien que apenas reconozco porque se negó a sí

mismo su oportunidad de amar. Se merece el sol, por mucho que se esconda de él y viva en las sombras. Sé eso para él. Sácalo. Ten en tu corazón el deseo de luchar por él, aunque crea de todo corazón que no se lo merece. El amor no es fácil, y no estoy aquí para decirte que tu historia de amor será así. Pero puedo prometerte que mi hijo es sin duda uno de los mejores hombres que conozco, y no es porque yo lo haya criado. Las acciones que realizó para protegerte después de alejarte hablan más de su carácter que cualquier cosa que yo pueda decir. Es leal a ti, incluso cuando están separados.

—Ni siquiera sé qué decir. —Me limpio las lágrimas de las mejillas.

El dolor se apodera de mi pecho como garras oxidadas. El hecho de que Jax cargue con otra carga además de su ansiedad... No puedo soportar la idea de que esté en agonía.

—Mi hijo hizo lo más difícil que creo que cualquiera puede hacer. Rompió el corazón de la mujer que ama para protegerla, para darle una oportunidad de su propia felicidad, sin importar cuánto lo privara de la suya. Y aunque me siento culpable de que te haya molestado, no negaré lo orgullosa que estoy de él. Lo crie para que se preocupara más por otras personas que por él mismo, y eso para mí es una victoria. Entonces, por favor, tenlo en tu corazón para perdonarlo. Lucha por él como mi esposo luchó por mí. Demuéstrale que el sol no deja de brillar, incluso en los peores días. —Ella aprieta mi mano antes de soltarla.

—¿Y si me rechaza de nuevo?

—Él podría. —Sus labios se presionan juntos en una delgada línea—. Pero creo que la segunda pregunta que debes hacerte es: "¿Y si te acepta, con un futuro arruinado y todo, porque no podría imaginar un mundo sin ti en él?".

Y así, Vera y yo miramos hacia el océano, ambas en nuestros propios mundos.

Me doy cuenta de que no todas las historias de amor están escritas de la misma manera. Desde el principio, Jax y yo nunca fuimos destinados a un final básico con el chico persiguiendo a la chica hacia el atardecer. En nuestra historia, soy yo quien necesita abrazar la oscuridad para sacarlo y

salvarlo. De nuestro pasado. Para nuestro futuro. Y, sobre todo, porque el amor que conozco es más fuerte que cualquier diagnóstico de mierda o ansiedad.

No necesito un final feliz. Necesito *nuestro* final. El que puede ser desordenado e imperfecto, pero exclusivamente nuestro.

Y ya es hora de que vaya y luche por lo que sé que es legítimamente mío.

50



Jax

Siempre pensé que era un bastardo miserable e insufrible antes de Elena. ¿Pero la vida sin Elena? Es como vivir en el ojo de un huracán. Es tranquilo, silencioso, pero estás dolorosamente consciente de la destrucción que se avecina cerca.

Liam me frunce el ceño desde el otro lado de mi suite. —Te ves como una mierda. No habría adivinado que te colocaste en el P1 para la carrera de mañana por lo deprimido que estas.

—Puede que no lo parezca, pero estoy emocionado de que la temporada termine mañana. Estoy listo para un descanso.

—¿Para un descanso o para una despedida?

Además de mi único momento de debilidad la noche del Grand Prix de Singapur, no he tocado ni una pizca de alcohol desde que rompí con Elena. Ni siquiera el Jack puede curar el agujero del tamaño de Elena en mi pecho, no importa cuánto desearía que lo hiciera.

Y puedes apostar tú culo a que desearía que lo hiciera.

—Un descanso. Quiero pasar tiempo con mis padres. —Y quiero curarme. No puedo hacer eso cuando vivo bajo el microscopio de Connor y las demandas excesivas de la F1.

—¿Te acompañará tu nueva niñera?

Sam, mi último monitor de tobillo y un recordatorio constante de cuánto arruiné mi vida, se sienta en los sofás fuera de mi suite, dándome privacidad por una vez en todo el día.

—No. Connor confía en que me comportaré esta vez. —Probablemente porque ya no seré una carga.

—Eso es impactante. Pensé que sería el primero en querer que te supervisaran después de la última vez.

—Ya no tiene motivos para preocuparse. Después de mañana terminé con la F1.

Liam me mira con los ojos muy abiertos. —¿Qué? No es una broma graciosa, idiota.

—No estoy bromeando.

—¿Estás renunciando? ¿Qué diablos te ha pasado? —Él frunce el ceño.

—No he sido completamente honesto contigo. —Aparto la mirada.

—No jodas.

Respiro profundamente, esperando que me dé valor adicional. Estos son los momentos en los que desearía tener una pastilla. Dejo salir todo, contándole a Liam sobre todo desde que mis padres me dijeron que mamá tenía Huntington. Las pastillas, el alcohol, la ansiedad constante que me paraliza hasta el punto de apenas vivir. Al final de mi historia, ambos estamos en silencio y procesando. Liam se levanta del otro sofá y se sienta a mi lado. Parece aturdido.

—Estoy totalmente a favor de nuestro bromance, pero no necesito tus lágrimas. —Le doy un codazo en las costillas.

Liam envuelve su brazo alrededor de mi hombro y me tira hacia él en el abrazo más varonil que he experimentado.

—Eres un idiota estúpido por guardarte todo esto para ti. Hubiera estado allí para ti si solo me hubieras pedido.

—No quería ser una molestia para nadie. Además, ahora tienes a Sophie y Noah tiene a Maya.

—Seríamos los mejores amigos si te ignoramos por nuestras novias cuando más nos necesitas. Y seamos realistas, si hay algo de Noah y yo que esperarías, es que nunca tomamos la mitad de nada, incluidas las amistades. —Me golpea en la espalda y me suelta—. No necesitas enfrentarte a nada de esto solo. Si quieres dejar de competir, estaremos a su lado todo el tiempo. Mereces hacer lo que te haga feliz.

—No sé si alguna vez seré realmente feliz. —Una vida sin Elena, incluso si vivo solo cerca de la casa de mis padres, suena muy solitaria.

—Mierda. Solo necesitas encontrar lo que te hace sentir así. Si no es una carrera, que así sea. Si eso significa regresar a Londres y seguir adelante con la vida, entonces hazlo. Tienes una cuenta bancaria lo suficientemente grande como para no trabajar un día más en tu vida.

—La más grande. —Le guiño un ojo.

Liam se ríe mirando al techo. —Todo lo que sé es que te voy a echar de menos. Por favor, dale una paliza a Noah mañana para que puedas dejar la F1 con estilo. No aceptaré nada menos.



El sudor empapa mi espalda mientras mi motor retumba contra mi columna. Las luces se apagan frente a mí. Presiono el pie en el pedal y despego, el sonido de los neumáticos chirriando resuena detrás de mí. Mi auto pasa por la primera esquina antes de que mi auricular vibre de actividad.

—Oye. Mantén el ritmo y cuida tus neumáticos. Y cuidado con Noah porque quiere montarte el culo.

Vigilo a Noah todo el tiempo que corro, asegurándome de no darle muchas oportunidades de adelantarme. Turno tras turno luchamos por el primer lugar. Él toma la delantera una vez, pero yo lo derroté después de una exitosa parada en boxes.

—Estás girando demasiado en la esquina tres. —habla un ingeniero a través de la radio del equipo.

Mi respiración se vuelve más pesada a medida que continúo avanzando hacia la línea de meta. Pasan borrosas multitudes, gritando mientras los autos apresurados pasan volando.

Noah avanza lentamente hacia mi alerón trasero, pero aprieto el acelerador y doy otra vuelta. Con una última vuelta a la pista, necesito llevar mi auto al límite.

Chris vuelve a dar a conocer su presencia. *—Firme. No arruines esto en la última vuelta.*

Me concentro en la pista frente a mí mientras me preocupo por mis espejos mientras empujo el auto de carreras a su punto de ruptura. Giro tras giro, mantengo mi liderazgo, sin darle a Noah mucho espacio para pasarme. Con un último giro, salgo por la recta final del Prix.

Los fuegos artificiales se apagan cuando paso la bandera a cuadros. Los sonidos de las multitudes rugiendo me arrancan una sonrisa mientras corro por la pista para una vuelta de enfriamiento.

—Joder, lo hiciste. Maldita sea, eres dos veces campeón del mundo. ¡Buen trabajo, Kingston! —Chris grita.

Lanzo el puño al aire, disfrutando de la última vuelta de mi carrera.



Mis ojos me engañan. No hay otra explicación para la aparición de pie al lado del podio, mirándome.

Elena jodida González, en carne y hueso. Me sonríe y saluda con la mano, meciendo una camiseta de McCoy con mi número. Liam, Sophie, Maya y Elías están a su lado, animándonos.

¿Qué diablos está haciendo ella aquí? Pero lo más importante, ¿por qué me sonríe como si le hubiera colgado la maldita luna?

Intento ignorarla mientras Noah vierte champán sobre mí, pero mis ojos encuentran los suyos cada vez. Cuando me entregan mi trofeo, le sonrío antes de levantarlo en el aire. La multitud se vuelve loca cuando Noah y Santiago rocían champán sobre los fanáticos que gritan.

Los locutores dan por terminada la celebración y yo salgo del escenario. La miro. Una mirada larga, preguntándome cómo demonios me he merecido que viniera a mi último Prix a pesar de todo lo que he hecho. Me acerco a ella, impregnándome de ella como la tierra en medio de una tormenta después de un año de sequía.

—Oye. —Me ofrece una pequeña sonrisa nerviosa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Lucho contra mi sonrisa y fallo.

—Quería ver de cerca y en persona cómo es un Campeón mundial. Pensé que valía la pena comprobar si el podio final cumple con las expectativas.

—¿Cumplió con tus estándares?

—Realmente no. Para ser honesta, esperaba mejores fuegos artificiales.

Niego con la cabeza hacia ella. *¿Qué diablos está haciendo ella aquí?*

Toma mi mano y me aleja de mis amigos. Un zumbido de energía recorre mi brazo ante nuestro contacto. Estoy tentado a apartarme, pero me permito el momento de la tortura.

Aunque estoy feliz de que haya venido, e incluso eufórico, no puedo expresarlo exactamente. Estoy en espera mientras ella me empuja a través de la multitud antes de llevarme hacia una casa rodante oscura.

—No tienes que lucir en conflicto por tenerme aquí. —Coloca su palma contra mi mejilla.

Me inclino hacia ella, ansiando su toque como el hombre jodido que soy. ¿Cuál es el daño en unos minutos de su atención, aunque sé que me devastará una vez que se vaya?

—Estoy feliz de que estés aquí. Honesta y jodida verdad.

—Bueno, eso es un alivio. No estaba segura de sí me ignorarías o me besarías.

Permanezco en silencio porque temo que mis palabras traicionen lo que realmente siento por ella. Por mucho que desee que esté aquí, no es lo que debería ocurrir.

Elena suspira. —Bien podría terminar con esto. —Frota su pulgar sobre mi barba antes de alejarse—. En primer lugar, eres el hombre más frustrante que he conocido. Me alejaste a propósito y si alguna vez me vuelves a hacer eso, te amenazaré con hacerte daño corporal.

—No sé qué...

Presiona un dedo contra mis labios, callándome.

—Guárdate la mierda para cualquiera menos para mí. Lo sé, Jax. Lo sé todo. —Su voz se vuelve sombría mientras me mira con lágrimas reflejándose en sus ojos.

—¿Qué quieres decir? —mi voz gruñe.

—Sé que no recibiste las noticias que querías. Sé que dijiste todas las cosas terribles para que huyera. Que de alguna manera conseguiste que Connor pagara mi salario de todo el año a pesar de haber sido despedida, y cómo Bandini me contrató por tu conexión. Hiciste todo lo posible para asegurarte de que estaba bien sin ti, aunque definitivamente no lo estaba. Ya no necesitas fingir que estás bien. No quiero que lo hagas. Quiero lo bueno y lo malo, y todo lo demás contigo.

Apoyo mi frente contra la de ella y dejo escapar un profundo suspiro.

—¿Quién te lo dijo?

—¿Importa quién? Ese no es el punto.

—No, pero ¿es esa la razón por la que viniste aquí? ¿Por mí ayudándote?

—No. —Ella deja escapar un suspiro agitado—. Vine aquí porque te mereces todo el maldito mundo y cada momento de esferas de nieve. Y soy egoísta porque quiero que todos esos momentos sean conmigo.

Cierro los ojos, protegiendo el anhelo. —Debería alejarme. Permanentemente.

Ella se burla. —Me gustaría verte intentarlo. No me importa nada de eso. Nada de tu diagnóstico me asusta. Podrías empezar a tener síntomas mañana y quisiera estar ahí para ti todos los días a partir de entonces. He pasado por pérdidas drásticas en mi vida y lo último que quiero es perder a

la persona que amo porque prefiere estar solo que conmigo. —Su voz se quiebra.

Agarro su cuello y la obligo a mirarme. —No sabes lo que estás pidiendo.

—¿Quién dijo algo sobre preguntar? Estoy tomando nuestro futuro en mis propias manos.

—¿Qué pasa con los niños?

—¿Qué hay de ellos? Hay otras formas de tener hijos. Donantes de esperma, adopción: las opciones son infinitas. No me importan los detalles mientras pueda tenerte.

—Elena... —Miro hacia otro lado, nervioso por encontrar su mirada—. ¿Estas segura acerca de esto? Porque si dices que lo quieres todo, entonces tengo que hacer lo mismo.

Sus pequeños dedos agarran mi barbilla y me obligan a mirarla. —No lo querría de otra manera. Vive una vida desordenada conmigo, Jax Kingston. Quiero el caos. Quiero oscuridad. Quiero sol y tormentas contigo. Pero, sobre todo, te quiero de la forma que pueda tenerte porque te amo.

Sus palabras se hunden en mi piel, se graban como la tinta que cubre mi cuerpo. No me di cuenta de cuánto la necesitaba hasta que la dejé ir.

—Yo también te amo. Incluso cuando intenté con todas mis fuerzas no hacerlo. —Mi mano se aprieta alrededor de la parte posterior de su cuello y acerco sus labios a los míos. La beso con cada gramo de amor que siento, esperando poder expresar todas las disculpas que quería decirle. Para recordarle cada momento en que la extrañé, la anhelaba, quería arrastrarme de regreso a ella.

Ella suspira y yo aprovecho, pasando mi lengua por la costura de sus labios antes de probar. Con Elena, un beso nunca es suficiente. Nunca será suficiente, en todos los días de mi vida, de aquí en adelante. A pesar de mi deseo de continuar, me aparto.

Ella protesta con un gemido. Me río mientras agarro su mano y la arrastro hacia la casa rodante de McCoy. Los fans gritan mi nombre y yo asiento, apenas prestando atención porque estoy en una misión.

Mi polla palpita con anticipación cuando regresamos a mi suite privada. La acerco para darle otro beso, haciendo un trabajo rápido para quitarle la ropa. Ella tira de la cremallera de mi traje de carrera y yo ayudo, liberándome de la ropa sudada y empapada de champán.

—Mierda. Te he extrañado. —La tomo, amando cada curva de su cuerpo.

—Yo también. —Suspira cuando mis labios encuentran su cuello y lo chupan.

—Si fuera un buen tipo, te llevaría de regreso a mi hotel y te daría el reencuentro que mereces.

—No estoy aquí para salir con el chico bueno. —Toma mi erección y frota su pulgar por la punta.

Dejo caer la cabeza hacia atrás y gimo. —Entonces prepárate para todo lo malo.

Ella ríe. —Eso espero.

La empujo hacia el sofá. Elena se acuesta, ocupando toda su longitud. Ella me mira como un regalo que no merezco, pero que no puedo evitar tener.

—Está bien ser feliz. —Ella sonríe.

Agarro sus piernas y la empujo hacia el costado del sofá, levantando su culo sobre el apoyabrazos. Mis rodillas golpean el suelo mientras mi boca la hace estragos. Su sabor es jodidamente adictivo, recordándome todo lo que fui estúpido al dejar ir.

La beso, lamo y la aprecio con cada caricia de mi lengua. Sus gemidos son una sinfonía para mis oídos. Jadea cuando mis labios se envuelven alrededor de su clítoris. Bombeo un dedo, y luego otro dentro de ella, preparándola para mí.

Gime mi nombre antes de detonar a mí alrededor. No puedo apartarme, queriendo consumir todo lo que ella tiene para ofrecerme.

—Mierda. —Ella suspira—. Te he extrañado mucho.

—Muévete hacia atrás.

Ella sigue mi orden, moviéndose para que todo su cuerpo vuelva a cubrir el sofá. Agarro un condón de mi bolsa de gimnasia y me lo pongo antes de arrastrarme por su cuerpo.

—Te he extrañado más de lo que puedo empezar a explicar. Lo siento por todo, Elena. Siento haberte lastimado y hacerte sentir que no eras lo suficientemente buena para mí. La verdad es que siempre serás demasiado buena para mí. Pero maldita sea, no puedo dejarte nunca más.

—Retenme para siempre —Se apoya sobre los codos y me besa. Sus manos van a mi polla, tocándome antes de guiarme hacia su entrada.

Empujo dentro de ella, gimiendo mientras tira de mi cabello. —Mierda.

Ella jadea cuando me muevo. Mantengo un ritmo lento, deseando disfrutar del momento con ella. Movimientos firmes y tentadores la impulsan a tirar de mi cabello con más fuerza.

—Por mucho que me guste el sexo lento, esto es una tortura.

—El mejor tipo. Siempre lo mejor contigo. —Beso su cuello mientras aumento mi ritmo y fuerza, golpeando el punto que la hace arañar mi espalda. El gemido que sale de su boca me excita. Mi ritmo se vuelve errático mientras ella se agarra a mi espalda, gimiendo mi nombre en mi oído.

Con algunos empujes más, explota alrededor de mi polla. Mis movimientos se vuelven implacables y desesperados mientras persigo el subidón que solo Elena proporciona. Una calidez recorre mi columna mientras mi liberación se acerca. Me corro, golpeándola, devorando sus suspiros con mis labios.

Colapso sobre ella, abrazándola cerca de mi cuerpo. —Te amo.

—Yo también te amo. —Su voz se quiebra.

Levanto la cabeza de su cuello, limpiando una lágrima de su mejilla con la yema de mi pulgar. —¿El sexo es tan bueno?

—Lo mejor. Pero tengo miedo de que cambies de opinión si las cosas se ponen difíciles.

—Durante todos los días de mi vida, te prometo que no te alejaré. Cuando la vida se ponga difícil, me apoyaré en ti. Cuando me necesites, puedes contar conmigo para hacer lo mismo. Quiero nuestro tipo de historia de amor. —La beso suavemente.

—¿Sin devoluciones?

Le sonrío con cada gramo de amor que siento. —Sin devoluciones.

51



Jax

Tres meses después

Elena pudo haber sido la que luchó por mí, pero no puedo negar la creciente ansiedad de que todo es solo temporal. Siempre que caigo en un ciclo de pensamiento negativo, Elena me saca. Y para ser sincero, me encerré demasiado en mi prisión mental después del Campeonato Mundial.

Dejar la F1 fue más fácil de lo que pensaba. Son las visitas al médico y adaptarme a mi nueva vida lo que no lo es. Hago todo lo posible para lograr avances positivos. Tom es mi terapeuta permanente ahora y he pasado tiempo arreglando las cosas con Elena.

Todo tipo de compensaciones. De las buenas, de las sexuales y de las absolutamente sentimentales.

Lo que me lleva a mi próximo dilema. Logísticamente hablando, Elena y yo estamos actualmente en una relación a distancia.

Ja. Jodido. Ja.

Yo, el que tiene alergia a algo más permanente que las sobras de la semana pasada, estoy comprometido con algo más que mi carrera y mi familia. Pero a pesar de mi paciencia y lealtad hacia Elena, no puedo seguir viviendo con ella lejos. Un vuelo de Londres a Mónaco es demasiado largo para mi gusto. Incluso Caleb me da mierda sobre que Elena viva lejos de mí.

Ninguno de los dos ha mencionado a dónde queremos ir desde aquí. Después de que terminé mis eventos de prensa y de mi última temporada, volé a Mónaco, con ganas de sorprender a Elena.

Hice planes. Grandes planes que me embriagan de emoción más que de nerviosismo. A diferencia de mi último gran cambio en la vida, pensé todo. Cada detalle y todos los escenarios posibles. Sé que es una locura. Sé que todo esto hará que mis amigos se pregunten si lo he perdido por completo. Pero si algo me ha enseñado este año es que ya no puedo pasarme la vida esperando.

No quiero pasar un año más de mi vida esperando mi momento debido a las normas sociales. Bueno, no quiero perder un mes más, y mucho menos otro día sin Elena a mi lado. Y, sobre todo, quiero vivir todos los días al máximo ahora que sé que mi vida cambiará drásticamente a medida que envejezca. De ahí mi plan.

El primer paso fue la preparación.

El segundo paso implicó allanamiento de morada.

Y el paso final está a punto de ocurrir, basado en el ruido del pomo de la puerta de Elena en su piso.

Respiro profundamente, metiendo mis dedos inquietos en el bolsillo de mis jeans rotos. Elena abre la puerta y deja caer sus llaves en la mesa auxiliar. Ella cierra y bloquea la puerta de entrada antes de colgar su bolso, todo sin darme una segunda mirada.

Su percepción es una mierda. Combina eso con su piso de mierda y tendrás la última inspiración para un episodio de *Criminal Minds*. Sombrío pero honesto.

—Bueno, amor, te diré una cosa, has probado exactamente por qué ya no deberías vivir sola.

Elena grita, saltando un pie hacia atrás antes de golpear la puerta.

—¡Qué diablos, Jax!

Me apoyo contra la pared, sonriéndole. —Te he estado esperando.

Ella empuja su mano contra su pecho. —¿Y no podrías haberme enviado un mensaje de texto? ¿Cómo conseguiste mi llave?

—Tu arrendador fue comprado fácilmente.

—*¡No mames*! —Ella golpea la luz junto a ella, bañándonos en un resplandor.

Después de un año de estar cerca de ella, aprendí sus palabras para insultar.

—Está bien, bien, estoy bromeando. Pedí prestada tu llave de repuesto la semana pasada.

—¿Por *prestado* te refieres a 'lo quitaste del llavero'?

—Precisamente. Siempre has tenido un don con las palabras.

Camina hacia mí, abandonando su lugar junto a la puerta. Sus ojos se deslizan de mí al estante recién construido escondido detrás de una sábana.

—¿Qué es esto?

Alerta de spoiler para todos los idiotas tristes que hay: construir muebles de Ikea es como ensamblar un juego de Lego *Millennium Falcon* sin instrucciones. Maldita sea terrible.

—Un regalo.

—¿Tratando de comprar mi amor ya después de unos meses juntos?

Le sonrío antes de darle un suave beso en los labios. —¿Por qué comprar algo que ya tengo?

Elena niega con la cabeza, ocultando su sonrisa. —¿Así que qué es esto?

Tiro de la sábana, revelando mi creación.

Elena no se mueve, y mucho menos habla, mientras sus ojos se posan en las hileras de esferas de nieve.

—¿Guardaste todas las notas? —Traza el cristal de una esfera de nieve como si pudiera tocar su papel lavanda asegurado en su interior.

—No podía dejar que los tiraras a la basura. Todavía no he cobrado todos ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Compruébalo tú misma y dímelo.

Elena me lee cada uno de sus cupones. Me río de la mención del Xanax, negando con la cabeza por lo imbécil e irritable que era. Ella me empujó a querer salvarme con algunas notas garabateadas y escondidas dentro de mi frasco de pastillas.

Agarro una de las esferas de nieve y la agito, antes de girar la perilla en la parte inferior. La suave melodía de "Thinking Out Loud" de Ed Sheeran suena mientras le paso la bola de nieve.

—¡De ninguna manera! ¿Ed Sheeran?

Nos quedamos callados mientras suena la melodía. Las lágrimas corren por su rostro mientras lee mi nota. Intento limpiarlas, pero se me escapan algunas.

Sus ojos se deslizan de la esfera de nieve a mi cara. —Yo no escribí esa nota.

Se me escapa una risa suave.

—Obviamente no. —Mi desordenado *¿Quieres casarte conmigo?* sobresale, a diferencia de su elegante cursiva.

—Esto es de locos.

—Pero tan real. —Dejo la bola de nieve en el estante y la meto en mi cuerpo. Su calidez se filtra dentro de mí, golpeándome con una nueva ola de felicidad.

—Es demasiado pronto.

—Ya nada en mi vida es 'demasiado pronto'.

—Tengo una vida aquí.

Me río para mí mismo, amando la parte racional de ella que necesita cuestionar todos los posibles problemas antes de estar de acuerdo.

—Si quieres quedarte aquí, yo también viviré aquí. Puedo viajar hacia y desde Londres con más frecuencia.

—¿Harías eso por mí? —Ella me mira con las mejillas manchadas de lágrimas.

—Por supuesto.

—Pero ¿qué hay de tu mamá?

—La visitaré a menudo.

Elena niega con la cabeza.

Mi pecho se aprieta ante su potencial rechazo.

—No tiene sentido esperar a que algo que sé que sucederá de cualquier manera. No quiero pasar otro día sin ti, ya no con mi diagnóstico. Ya sea que comencemos una vida en Mónaco o Londres, solo te necesito a ti. Y tu abuela porque es parte del paquete.

Más lágrimas caen de los ojos de Elena. —Sí

Me congelo. —Sí, ¿te casarás conmigo?

—Sí. Si. ¡Sí! —Toma mi cara con sus manos y me tira hacia abajo para un beso. Un beso destinado a consumirme de adentro hacia afuera, solidificando mi necesidad de mantenerla para siempre.

Ella se aleja. —Sí. ¡Vamos a casarnos!

—¿Ni siquiera quieres ver el anillo antes de aceptar?

Ella deja caer la cabeza hacia atrás y se ríe. —No. Podrías ofrecerme una roca de afuera y aún diría que sí.

—Te puedo asegurar, es una gigantesca... roca.

Su risa se convierte en un bufido. —Por favor déjalo. Estás matando el momento.

Saco la pequeña caja de mis jeans, me agacho sobre una rodilla y abro la tapa. Mi mano agarra la suya con fuerza.

—Elena González, no puedo esperar a pasar el resto de mi vida contigo, sin importar el lugar, la hora, los problemas. Eres la heroína de nuestra historia, dispuesta a estar a mi lado, sin importar lo oscuro que parezca el futuro.

Todo lo que quiero hacer es hacerte mía, por siempre y para siempre. Sin devoluciones.

Las mismas palabras están inscritas en el interior del anillo porque soy un hijo de puta más cursi que mis dos amigos. ¿Qué puedo decir? Ella tiene una forma de sacar eso en mí.

Me sonríe con cariño incondicional. —Sin devoluciones, ni un solo momento. No en tu época más oscura ni en tu día más difícil. Te amaré a pesar de todo.

Deslizo el anillo en su dedo. Mi pecho se expande al ver el diamante solitario que la marca como mía. Me levanto y llevo su mano a mis labios, besando su dedo anular.

Atraigo a mi prometida para darle un beso real, marcándola posesivamente de todas las formas que puedo. Para agradecerle su amor, perdón y aceptación. Para besar sus dudas y mostrarle que lo quiero todo.

La esperanza es para los hombres que tienen un futuro por delante.

La esperanza es para aquellos que desean bajo las estrellas, o en una iglesia, o en un momento desesperado de necesidad.

Y, sobre todo, la esperanza es para personas como yo.

EPILOGO



Elena

Un mes después

—Sin mirar a escondidas. —Jax reajusta la venda que cubre mis ojos. Me agarra de la mano y me saca del auto con cuidado. De alguna manera, aguanté todo el viaje desde la casa de sus padres sin sentir náuseas ni asustarme, ya que mis ojos han estado cubiertos todo el tiempo. La oscuridad ya no me da miedo. No después de un mes de sesiones de terapia y exposiciones a lo que más temía.

—¿Dónde estamos?

—¿Necesitas una respuesta para todo?

—Sí. Especialmente cuando me has raptado antes de que pudiera darme un baño.

Jax se ríe. No me dio la oportunidad de hacer preguntas o ducharme después de nuestro combate de entrenamiento en la casa de sus padres. Mi piel zumba con anticipación mientras Jax me lleva hacia lo desconocido.

Intento usar mis otros sentidos para tener una idea de nuestra ubicación. La hierba cruje debajo de mis zapatillas de deporte y los pájaros cantan cerca, sin revelar nada. ¿Qué diablos quiere hacer conmigo por la noche en medio de la nada? Me levanta en sus brazos mientras sube por algo que supongo que son unas escaleras cortas. Una puerta cruje al abrirse y el plástico cruje

bajo nuestros pies. —¿Ya me están asesinando después de un mes de vivir juntos?

—Quiero asesinarme por aceptar vivir con mis padres mientras averiguamos nuestra situación de vida. Fin de la historia.

Resoplo.

—¿Pensé que estabas feliz de haber elegido mudarme a Londres? —En el momento en que le conté a Jax sobre mi idea, solicitó un reembolso por el cuidado de *Abuela* y la instaló para vivir en las mejores instalaciones de la ciudad mientras nos mudamos temporalmente a la casa de sus padres.

—Oh, amor, estoy extasiado. Pero creo que mis padres están obstaculizando nuestro estilo. —Jax se detiene.

Me desplazo hacia su espalda y él me estabiliza. Me ayuda a sentarme en una especie de banco antes de sentarse a mi lado, su cercanía me hace sonreír. Mi ritmo cardíaco aumenta cuando deja un beso prolongado en mi mejilla.

Sus dedos rozan mis labios antes de trazar un camino de calor hasta la venda de los ojos. Me encuentro con una visión de Jax sonriéndome mientras guarda la venda de los ojos.

Parpadeo confundida al piano frente a nosotros. Unas pocas velas encendidas proporcionan algo de luz, insinuando una casa en construcción.

—¿Qué estamos haciendo en una casa abandonada al azar? —Mi voz resuena a través del área vacía.

—Déjame explicarte con una canción. —Pasa las manos por la fila de teclas antes de que la dulce melodía de “All of Me” de John Legend llene el aire a nuestro alrededor.

Le sonrío. —Me encanta cuando te pones romántico conmigo, a pesar de que la ubicación grita más espeluznante que linda.

Jax echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Pierde el ritmo antes de retomar la canción. Me encanta cuando toca para mí, la paz de él perdiéndose en la música hace que mis ojos se llenen de lágrimas de felicidad. El anhelo crece dentro de mí cuando una imagen de él enseñando a nuestros hijos a tocar el

piano un día me golpea. Quiero disfrutar cada recuerdo con este hombre antes de que su enfermedad le robe pedazos. Cada beso, cada momento tierno, cada pelea que tenemos.

Un gran trozo de papel azul esparcido por el atril me llama la atención.

Me inclino más cerca.

—¿Qué es esto? —Saco mi teléfono del bolsillo y enciendo la linterna.

—Sigue mirando.

Paso la primera página de un bosquejo básico de la tierra. Una nota en la parte inferior menciona cómo el arquitecto debe incluir una bolera, una sala de cine y un armario con espacio adicional para tacones y zapatos.

La siguiente página me hace sonreír. Es un boceto del exterior con un patio, hoguera, luces de cuerda colgantes, una piscina con un tobogán y un río lento, y el diseño de un campo de minigolf.

El boceto final tiene un charco de agua en mis ojos. Paso un dedo por el dibujo colorido de la casa del árbol más genial, con un letrero colgado en el frente con la etiqueta *The Kingston Kiddos.*

No puedo ocultar las lágrimas de felicidad cayendo por mi rostro cuando recuerdo que Jax y yo discutimos cómo sería una casa en el futuro. Escuchó cada idea y pidió a alguien que la elaborara para que coincidiera con nuestra visión.

Envuelvo mis brazos y piernas alrededor de Jax, obligándolo a dejar de tocar la canción.

Sus brazos me aprietan contra él. —¿Entonces supongo que te gustan los planos?

—¿Cómo esos? ¡Los *amo*! —Acerco sus labios a los míos, dejando un beso abrasador. Mis dedos de los pies se enrollan en mis zapatillas de deporte mientras me besa sin sentido, sus manos dejan un camino de calidez dondequiera que permanezcan.

Señala una ventana enorme al otro lado de la habitación. —La casa del árbol puede ir allí. —Nos obliga a mirar hacia otra ventana, frente al vasto

bosque—. Y la piscina y la hoguera allá, al lado del campo.

—¿Vamos a vivir aquí? ¿De verdad?

—No solo nosotros.

Inclino mi cabeza hacia él. —Ah, de verdad.

—Ninguna casa en el árbol está completa sin niños. —Él sonríe.

Lo beso de nuevo. La forma en que sus ojos se iluminan ante la idea de los niños me llena el corazón al máximo. No tengo ninguna duda de que este hombre hará todo lo posible para que sus hijos sientan cada gramo de amor que tiene en él. Debería saberlo, ya que lo he recibido durante meses.

Jax apoya su frente contra la mía. —Te amo. Te amo tanto que quiero guardarte todo para mí. Pero la mayor parte de mi corazón quiere transmitir tu amor a los niños que lo necesitan. A nuestros hijos algún día. Definitivamente no tiene que ser ahora, pero quiero que sepas mis intenciones. Te lo mereces todo y quiero ser yo quien lo haga realidad.

Una ola de adoración me recorre. —Te amo. Cada cosa de ti.

—Excelente. Ahora para la segunda parte de esta noche.

Levanto una ceja. —¿Hay más?

—Por supuesto. Ahora que el romance terminó, estoy aquí para mostrarte la segunda razón del piano. —Jax deja un suave beso en la comisura de mis labios.

—Mmm. Dime más.

—He estado soñando con follarte contra uno durante meses. Ahora es mi oportunidad.

Me río hacia el cielo nocturno.

—Bueno, Jax Kingston, ¿qué estas esperando?

—A ti. Siempre a ti.

Un calor se esparce por mi cuerpo cuando Jax me muestra exactamente cuánto me ama. Nuestra historia no será fácil, pero es real. Jax no era el

único que necesitaba ser rescatado. Mientras él luchaba contra su futuro, yo luchaba contra mi pasado. Pero juntos, no necesitamos luchar solos.

Somos más fuertes que un diagnóstico o el miedo en sí.

Pero, sobre todo, somos más fuertes juntos que separados.

EPILOGO EXTENDIDO



Elena

—¿Cuánto suele durar una cesárea? —Me paso las palmas sudorosas por el vestido.

—Joder, si lo sé. Quizá deberíamos buscarlo en Google. —Jax hace rebotar su rodilla hacia arriba y hacia abajo. La sala de espera del hospital alemán está llena de la familia de Liam, nuestros amigos y el padre de Sophie, que resulta ser mi jefe.

—Unos 45 minutos. —Lukas, el hermano mayor de Liam, responde mientras recorre el pequeño espacio.

Jax mira su reloj. —Todavía tenemos treinta minutos.

Me doy cuenta de que está ansioso, pero no sé por qué. —¿Quieres dar un paseo?

Jax asiente. Los dos salimos de la sala de espera y caminamos juntos por los pasillos. Permanece en silencio durante unos minutos hasta que se paraliza.

—¿Estás segura de que no quieres tener tus propios hijos? —suelta.

Doy un paso atrás. —¿Por qué me preguntas eso?

—Porque tanto Maya como Sophie ya se han quedado embarazadas, y tú nunca sacas el tema. —Se pasa una mano temblorosa por el cabello.

—No he pensado mucho en ello. —Mentira. Últimamente no puedo dejar de pensar en ello, sobre todo después del baby shower de Sophie.

—Sé sincera conmigo.

Lo ignoro y sigo caminando, sin querer encontrarme con sus ojos.

Él gruñe.

—No me trates como si fuera un frágil juego de porcelana. —Su suposición no puede estar más lejos de la realidad.

Doblamos la siguiente esquina y me detengo de nuevo. Una ventana de cristal revela unos cuantos bebés en pequeños contenedores de plástico, envueltos en mantas azules o rosas.

Coloco la mano contra el cristal y respiro profundamente. —Sé que no eres frágil.

—Entonces, ¿qué te impide querer un bebé?

—No se trata de ti. Se trata de mí. —Mis palabras se interponen entre nosotros.

—¿Qué quieres decir? —Se pone a mi lado, mirando también a los bebés.

La verdad se me escapa antes de que tenga la oportunidad de detenerme.

—Tengo miedo de no ser suficiente para ellos.

Jax me rodea con sus brazos y mete mi cabeza bajo su barbilla. —Siempre serás suficiente. Cualquier niño sería afortunado de tenerte como madre.

—Tengo miedo de hacerlo sola. Echo de menos a mis padres y no tengo ninguna familia que me ayude. Y me da miedo si pasa algo. ¿Y si los pierdo a ellos también? —Mi voz se quiebra.

—No puedo traer de vuelta a tus padres, pero puedo compartir los míos contigo. Y estaré allí para protegerte a ti y a cualquier hijo que tengamos. No estarás sola ni un día en toda tu puta vida, mientras yo viva. Estaré a tu lado, criándolos para que digan palabras malditas británicas adecuadas y enseñándoles que su madre es lo mejor de este mundo.

Me tiembla el pecho de la risa. Sus brazos me dan otro apretón antes de soltarme. Mis ojos se desvían hacia los bebés en sus camas. Uno de los niños me llama la atención, con sólo su peso y su altura escritos en la tarjeta. Se chupa el pulgar y nos mira con sus grandes ojos marrones.

—¿Por qué crees que no tiene nombre?

—El pobre bebé fue abandonado en una iglesia local. Nadie le ha puesto nombre todavía. —Una nueva voz suena detrás de nosotros. Una enfermera sonríe y hace rodar un carro con material para bebés por el pasillo.

—¿No tiene padres? —No puedo apartar los ojos del niño, acurrucado en su manta, con su cara bronceada y regordeta que parece pecaminosamente bonita.

—No que sepamos. Y sinceramente dudo que los encuentren. Según el estado en que encontraron al niño, es mejor que lo adopten de todos modos.

Abandonado. *Solo. Mejor que sea adoptado.*

Es como si la bombilla brillara entre Jax y yo.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —susurro, trazando el contorno de la cara del bebé con el dedo.

—Es nuestro puto hijo y no lo tendremos de otra manera.

Jax coloca su palma sobre la mía, atrapándola contra el cristal. Nuestro hijo nos mira con los ojos marrones más dulces en los que quiero perderme. Su entrada en el mundo fue de todo menos cariñosa, pero con Jax a mi lado, pensamos amar a ese bebé con todo lo que llevamos dentro.

Y juntos, los tres creamos nuestro primer momento de esfera de nieve como familia.

FIN

Notas

[←1]
Episodio de suspenso

[←2]

En español original.

[←3]

En español original.

[←4]

En español original.

[←5]

En español original.

[←6]

En español original.

[←7]

En español original.

[←8]

En español original.

[←9]

La **enfermedad** de **Huntington** es una **enfermedad** hereditaria que provoca el desgaste de algunas células nerviosas del cerebro.

[←10]

En español original.

[←11]

En español original.

[←12]

Domingo Especial Pésimo.

[←13]

Dominados por un coño.

[←14]

Internet Movie DataBase es la más importante base de datos de cine y televisión del mundo

[←15]

En Español Original.

[←16]

En español original.